

El Rey
y la
PERVERSIÓN

VERÓNICA MENGUAL

© VERÓNICA MENGUAL

El rey y la perversión

Sello: Independently published

Primera edición, septiembre de 2023.

Impreso en España.

Corrección y edición: José Pedro Baeza Piera.

Diseño de portada: Verónica Mengual.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El rey y la perversión

Serie amor, deber y amistad

Verónica Mengual

*El tormento esculpe hombres peculiares.
Solo el amor es capaz de curar el alma de un atormentado.
Dedicado a las mujeres que lo dieron todo,
por borrar el tormento de sus hombres.*

*Esta historia la ha ideado junto conmigo Rosa Berini.
Por eso está dedicada exclusivamente a ella.
Las dos hemos compartido horas de
conversaciones y ocurrencias.
Mis lectoras beta me llenan la cabeza
de ideas y sugerencias a las que dar forma.*

Sinopsis

¿Qué hacer cuando la hermana de un enemigo se pone a tiro?

Lord Chesterfield no es un conde común. Considerado el «Rey de la Perversión», tiene sobre sus hombros una infancia compleja y unos orígenes muy cuestionables, por lo que ha tenido que servirse de sí mismo para salir adelante.

Albus John Lamark no desea que nadie se preocupe por él. Su vida de perdición y vicio es excelente. Vive en una oscuridad continua y espera no ver nunca la luz de la salvación. La misma que todos a su alrededor están empeñados en que vislumbre. Sus familiares y amigos desean que se case. Matrimonio. Esa palabra le produce incluso más arcadas que pensar en el amor que revolotea en su alrededor.

Un lobo solitario lo único que pide es que lo dejen en paz. El destino tiene otros planes para Ches, y ha colocado a su alcance a una tierna oveja con la que espera darse un buen festín. Sin remordimientos.

El rey está a punto de ver cómo todo lo que creía se va por la borda...

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Una boda de la que huir

Capítulo 2

Una dulce venganza

Capítulo 3

Una traviesa seducción

Capítulo 4

Una floreciente amistad

Capítulo 5

Un descubrimiento aterrador

Capítulo 6

Una propuesta indecorosa

Capítulo 7

Una amante en su lecho

Capítulo 8

Un falso matrimonio

Capítulo 9

El pasar y el pesar de los años

Capítulo 10

El perdón del amor

Epílogo

Una gran enlace al que asistir

Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

Lord Chesterfield tomó un trago de brandy. Dejó la copa sobre la mesa que tenía más cerca. Uno de sus hombres entró en la alcoba para guiar a una mujer y a sus dos acompañantes. Ataviado en mangas de camisa y su pantalón de montar —pues el conde había terminado de dar una buena cabalgata a lomos de un pura sangre que le había regalado su buen amigo, el duque de Ascot, Patrick Manchester, por su treinta y cinco cumpleaños—, Albus John Lamark, conde de Chesterfield, a quien sus allegados llamaban Ches, se volvió para observar a la comitiva. Examinó a la mujer. Era de unos cuarenta años. Hermosa, con buena figura, de pelo oscuro e interesantes ojos verdes. Se veía de muy buena cuna, probablemente una viuda con dinero y aburrida, pensó Ches. Los dos hombres eran considerablemente más jóvenes que ella y también muy apuestos.

—Buenos días. Es muy temprano para pedir los servicios del Rey de la Perversión —apuntó el conde de Chesterfield con humor. En los últimos años se había labrado una reputación como regente de la Mansión de la Perversión: su hogar, su vida.

—Milord —tomó la palabra la dama—, le hemos asegurado a su hombre —miró al gorila que aún custodiaba a los tres—, que pagaríamos muy bien sus servicios. —Ella sacó una bolsa repleta de libras.

Chesterfield se sonrió. La sociedad no comprendía aún que lo que hacía no lo llevaba a cabo por dinero. Era más complicado que todo ello. Suspiró.

—No tengo tiempo para atenderlos. Puedo cederle a mi hombre confianza para que les ayude en sus... asuntos. —Su segundo al mando, en el club de juego y perversión que él había

levantado de la nada, era Brad Murder y estaba tan bien instruido como él para enseñar lo que ella había venido a solicitarle.

—No. Estoy aquí por usted, milord. Pagaré lo que haga falta.

—Lo lamento, no es una cuestión monetaria. Sencillamente no tengo tiempo hoy.

La mujer avanzó hacia él. Brad miró a Ches y lo vio negar con la cabeza para que no hiciera nada.

—Tal vez... —comenzó ella seductora—, si ve lo que hay oculto, llame su atención y comprenda que valdrá la pena lo que se le ofrece.

Ches la repasó una vez más. Ciertamente era una mujer muy tentadora. Sus labios gruesos prometían infinidad de placeres.

—Incluso mis muchachos están dispuestos para lo que se les ordene. —La dama había acabado de dejar claro que sus dos amantes podían ser usados por él si así lo estimaba oportuno.

Ches se puso serio.

—No creo que comprenda lo que implica el juego al que pretende acceder, milady. Aquí hay unas reglas muy sencillas que no pueden quebrarse. Quien asume el mando de la situación tiene el deber de preocuparse por las necesidades y el placer de aquel que asume el papel de siervo. Esto no se solventa con un pago. Las personas que tome bajo su ala deben estar convencidas de que es lo que verdaderamente desean. Si esas dos sencillas premisas no están claras, el juego no es el adecuado y no se disfruta de lo que se ofrece. Puede pagar a sus dos amantes, pero si ellos no son libres para mostrar sus preferencias, no los tendrá bajo su mando jamás. No es todo dinero, milady —sentenció de modo muy tajante.

—Ellos dos están aquí porque consienten.

Chesterfield se acercó a la mujer: —Quédese ahí quieta y no ose hablar. —El conde la rodeó y se colocó delante de los hombres. —¿Servís a la dama?

—Lo hacemos —respondieron al unísono.

—¿Os ha ofrecido a otros hombres antes?

—No, milord —respondió el más bajo de los dos.

—Si os ofreciera, ¿estaríais dispuestos a aceptarlo?

—Milady proporciona techo, nos da comida, nos da placer. Lo que ella necesite, estamos dispuestos a darlo —respondió con sinceridad el que había hablado antes.

Ches se colocó delante del otro, que era más alto, y cruzó los brazos a su espalda. Era más hermoso que el otro. Rubio con unos preciosos ojos azules.

—¿Qué respondes tú? Habla libremente y sin temor —lo invitó.

—Respondo que no lo sé.

Ches se sonrió. Era una contestación muy honesta. Ches regresó para colocarse delante de la dama.

—¿Y bien? —preguntó ella desafiante.

—El primero de sus amantes hará cualquier cosa que le pida. Es una actitud correcta, pero le recomiendo que no sustente su control sobre la amenaza de hambre o pobreza. Si es buena con él por las razones correctas, tendrá un fiel escudero hasta que usted se aburra de él. Pero si es una dama inteligente y logra que él la ame por lo que le ofrece de modo desinteresado, llegará a depender de él tanto como él de usted.

—Gracias por el consejo. —La mujer asintió con una breve reverencia—. ¿Qué me dice del segundo hombre?

—Es igual de honesto que el primero. —Ches se giró para observarlo—. A él le costará más someterlo a su voluntad, pero una vez que lo consiga llegará a ser incluso más leal que el anterior. Mi recomendación es que no lo fuerce nunca a hacer algo que no quiera. Si pretende llevarlo a su terreno, recompénselo por sus esfuerzos y trate de no reprenderlo por sus negativas. Lo que debe fomentar con sus dos amantes es una relación de confianza plena. No habrá duda de quién es la dueña de ellos, pero con el segundo puede conseguir que también la haga sentir sierva... —Ches se sonrió al recordar que su buen amigo Patrick había conseguido disfrutar de este tipo de relación siendo el obediente esposo de su duquesa. A Chesterfield se le borró de un plumazo la sonrisa cuando recordó que su hermana era la mujer que tenía doblegado a su amigo. No. No podía imaginar a su dulce Gertrude jugando a... a... ¡A nada con Patrick!

—Confieso que lo que quería era aprender a usar una fusta del modo que dé placer a mi amante. Sin embargo, saber que tal vez Jeff —era el nombre del más alto— puede hacer lo

mismo conmigo me seduce en exceso.

—Podría manejarla si usted se lo permite. No me cabría la menor duda. La experiencia podría ser muy interesante. Porque usted podría estar atada a las argollas del techo, uno de sus amantes podría azotarla con la fusta en la espalda o en sus... —Él avanzó y comenzó a inspeccionarla por detrás— bonitas posaderas. Si él sabe cómo emplear el instrumento, le prometo que le será interesante y más cuando su segundo hombre se encuentre ante usted, arrodillado, lamiendo lo que es bien custodiado por esas dos piernas que se empeña en cerrar ahora. —Chesterfield había sido consciente de esta acción por parte de ella. Se colocó de nuevo enfrente. La vio con las mejillas encendidas y los ojos vidriosos fruto de la lujuria que la estaba envolviendo—. Veo que no es solo usted una dama dominante. Hay bajo su piel una mujer que también ansía verse sometida por un hombre tan grande y apuesto como uno de sus amantes.

La mujer levantó la cabeza para enfrentarlo.

—Pagaré lo que haga falta para que nos enseñe a hacerlo sin que duela.

Ches sonrió de lado nuevamente. No había manera de evitar que el fustigazo doliese. De lo que se trataba era de hacer que el dolor acabase sintiéndose un placer absoluto.

—Haremos una cosa, milady. La enseñaré sin pedir una sola libra.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Qué pedirá a cambio?

—Cuando mi segundo —señaló a Brad— les enseñe a los tres, se prestarán a hacer una demostración pública en mi sala.

—¡Eso es una desfachatez! —se indignó la mujer.

Ches se acercó a la oreja de la dama.

—Su bello cuerpo. Sus senos maduros, pero aún apetecibles. Sus preciosos y contorneados glúteos. El vello empapado de su sexo. —Ella jadeó. Él se sonrió aún más—. Todo el precioso cuadro que es usted, mi hermosa dama, quedará ante los ojos de un importante número de caballeros y damas que la admirarán con glotonería. Los hombres desearán conocerla y probarla. Las damas envidiarán su osadía y la ternura de su bello cuerpo de pecado. Estará bellamente privada de libertad mientras uno de sus hombres la azota y el otro le da placer con su lengua en su sexo. Le aseguro que jamás obtendrá tanto placer como lo hará al saberse espiada y

provocando el ardor de todo aquel que admire el bonito espectáculo. Le prometo, milady, que cuando acabe, querrá quitarse la máscara que le permitiré usar a fin de salvaguardar su identidad.

Ella tragó saliva y trató de recomponerse. Estaba muy excitada. Cerró los ojos y respiró profundamente. Se giró para mirar a sus dos jóvenes amantes.

—¿Os oponéis alguno a la propuesta de lord Chesterfield?

En estos momentos le tocó a él sorprenderse. Aprendía rápido.

—No, milady —respondieron casi al unísono.

Ches se colocó de nuevo delante de los dos.

—Cuando ella os pida vuestra opinión respecto a algún asunto, debéis ser siempre sinceros. Si ella se da cuenta o presiente que le mentís, os castigará. Entonces usará la fusta de modo que no habrá placer. Es vuestra superior. Es vuestra patrona. Es vuestra amante, pero ante todo, ella es vuestra compañera. Si accedéis a lo que ella pretende, los tres deberéis comprender la importancia de la honestidad. Entre los tres no habrá traición de ningún tipo. ¿Lo entendéis y aceptáis?

—Sí, milord —volvieron a afirmar los dos esta vez al unísono.

—Si alguno de los dos, o ambos, no está dispuesto a seguir las normas que Brad —él se separó para volver a señalar a su segundo al mando—, va a enseñaros, es momento de que se vaya. La dama os hará entrega de la bolsa tan bien surtida que ha querido entregarme a mí y no habrá mayores represalias.

—Lord Chesterfield... —comenzó ella temiendo quedarse sin esos dos vigorosos y apuestos amantes que con tanto ahínco había seleccionado. En la bolsa había una pequeña fortuna capaz de tentar al hombre más sensato a cometer un crimen.

Él regresó ante ella.

—Si ha venido en busca de mi ayuda, lo primero que debe hacer es no cuestionar nada de lo que yo haga, milady.

La vio apretar los labios y convertirlos en una fina línea blanquecina. Definitivamente ella aprendía a buen ritmo.

Ches se dio la vuelta para observar a los dos hombres. El más bajo, el que había observado que haría cualquier cosa por su patrona, se veía sopesando las opciones. El otro era el que no parecía estar pensando la propuesta. Ches hinchó el pecho. Su sentido no había quedado obsoleto. Hacía unos meses que no utilizaba sus dotes como espía para la Corona, porque su última misión en Francia había salido muy bien y sus superiores lo habían premiado con un merecido descanso. Intentó persuadirlos de que le dieran una nueva misión. No funcionó. Al menos le quedaría el consuelo de poder estar en su amada Mansión de la Perversión. Su casa de apuestas y pecado era su mayor pasión.

Se había labrado una buena fama como el mayor libertino de todos los tiempos y se regocijaba en ella, para delicia suya y horror de su padre, el gran y temido duque de Gales.

Chesterfield se posicionó de nuevo delante de los hombres. Repiqueteó el suelo con su bota derecha.

—¿Quién se va de aquí siendo rico, señores?

—¿Cómo sabemos que no es una trampa? —preguntó el más bajo. Ese mismo que había jurado servir a su dueña.

Ches agarró el dinero que tenía en su mano Brad. Se lo dio al hombre.

—Vete de aquí de inmediato. —La dama jadeó. Ches le dio una mirada y ella volvió a apretar los labios. El joven agarró temeroso la bolsa y esperó a que todos los males del mundo cayeran sobre él. Pero eso no sucedió. Brad le abrió la puerta y el muchacho se marchó mirando atrás por si lo perseguían.

El hombre de Ches cerró la puerta.

—Muchacho, para ti puede haber otra bolsa esperando si es lo que decides. Solo dilo —lo azuzó el conde.

—No, milord. Yo me quedo con la dama. —Chesterfield vio que la mirada de ambos amantes se cruzó.

—Muy bien —dijo Ches. —Brad os llevará hasta la sala de aprendizaje y allí os instruirá. Os aseguro que ambos estaréis bien. Confiad el uno en otro y todo irá maravillosamente bien.

La dama avanzó hacia el conde.

—No dudo de sus palabras y su buena voluntad, milord, pero me ha hecho perder un joven muy ardiente y una buena suma de dinero —le recriminó la mujer.

—No, milady. Ha pagado el precio por desentenderse de un hombre que no hubiera estado a la altura que usted parece necesitar. Brad le presentará a un compañero de fechorías más acorde con sus... perspectivas.

—¿Daniel? —preguntó Brad, creyendo saber a quién se refería el conde.

Ches miró a su ayudante.

—Sí. Nuestro señor Jacobson hace tiempo que quiere marcharse de la mansión. Estará bien con la dama y él será un excelente guía para estos dos amantes. No creo que se niegue ni un solo instante. —Ches regresó la atención a la dama—. No es un ejemplar joven, pero sí muy imaginativo y pese a que no es tan apuesto como el muchacho que se ha marchado, estoy completamente seguro de que le será de gran utilidad.

El señor Jacobson era un conocido suyo. Un noble francés sin una sola moneda en su bolsillo, con el que se topó en su última misión y al que le dio cobijo en su casa. El hombre resultó ser un buen aliado y le prometió ayudarlo en lo que pudiera. Pronto descubrió que era tanto o más libertino que él mismo. La viuda agradecería tener a su lado a un hombre con sesera y no a un muchacho arrogante, como el que se había marchado.

La dama y el muchacho salieron de la sala. Brad entornó la puerta para que no pudieran oírlo.

—Tu padre está abajo esperando.

Chesterfield maldijo con fuerza.

—¿Te ha dicho qué quiere? —Su ayudante alzó una ceja. Ches continuó—: No, desde luego que no lo ha hecho. ¿Qué diantres le habrá pasado ahora para que venga? Acudí a su maldita boda como me pidió. Ya he cumplido para que al menos me deje en paz durante dos años —se quejó.

Hacía un mes que el duque de Gales había contraído nupcias con la antigua marquesa viuda de Ailsa, de nombre Elvina, y actual duquesa de Gales. Que daba la casualidad de que era la tía de su mejor amigo Patrick, duque de Ascot. Aunque la esposa de su padre había sido oficialmente la madre de su buen amigo, había sido la mujer que lo había criado, puesto que

Patrick y su hermano Anthony perdieron a sus padres siendo bebés. Esa mujer que a efectos prácticos era la madre de Patrick, tenía otra hija, Valerie, actual duquesa de Lennox. El problema con la nueva esposa de su padre era que la denominada Elvina se consideraba a sí misma una especie de casamentera, pues había conseguido que su propia hija y tres de sus pupilas encontrasen buenos esposos. A Chesterfield, Elvina le repelía como el agua y el aceite.

Lo preocupante con la duquesa de Gales es que era una mujer muy, pero que muy peligrosa, para cualquier hombre soltero. En la boda de su padre le aseguró que él sería el próximo en recitar sus votos. Esto disgustó tanto a Ches, que tras el almuerzo de bodas, fue el primero en largarse a la Mansión de la Perversión para hacer de las suyas con unas cuantas preciosas mujeres que le recordaron las virtudes de los vicios que podían estar asociados a la soltería.

—¿Le digo que se marche? ¿Que estás ocupado con tus...?

—No —cortó el conde a su hombre—. Lo extraño es que no se haya presentado de inmediato aquí arriba. Gales no es ni de los que esperan, ni de los que aceptan que se le despida sin darle lo que exige. Si ha estado pacientemente aguardando por mí, trama algo, y no creo que sea algo bueno. Será mejor que vaya a ver lo que quiere. ¿Está en el despacho?

—No, lo he llevado a la mazmorra —ironizó su hombre mientras bufaba—. ¡Pues claro que está en tu despacho! —Brad salió de allí dando un portazo.

Ches no se asombró. Su amigo era muy extraño. Se ofendía por nimiedades y cuando el conde en verdad le hacía una jugarreta, como la que le había hecho al convertirlo en instructor de la dama y su amante, no se quejaba.

Ches se sirvió otra copa y se sentó en el sillón que daba a la ventana. El frío Londres estaba tranquilo esta mañana. No como él, que en su interior nunca se encontraba con paz.

Su vida había resultado ser... Ches suspiró. No tenía derecho a quejarse. No, porque no mereciera maldecir sus circunstancias, sino porque todo pudo haber salido peor de lo que fue.

Al echar la mirada atrás no recordaba demasiado de su infancia. El duque de Gales, al que llamaba padre, era en realidad su medio hermano. Por lo visto, cuando el que a ojos de todo era su progenitor encerró en un lugar apartado al anterior duque de Gales, porque el viejo andaba mal de salud, el hombre violó y atormentó a su verdadera madre.

El servicio de la casa informó de inmediato del suceso al que él llamaba hoy en día padre.

Este buscó a la joven de inmediato, pero cuando la encontró, ella yacía muerta en una sucia habitación de los bajos fondos de Londres, y a él lo habían abandonado a las puertas de un orfanato. El actual duque de Gales lo encontró cuando él contaba con seis años de edad, después de una investigación muy laboriosa. Tal vez desarrolló lo que su padre llamaba una insana conducta en un caballero, en aquel horrible lugar donde estuvo los seis primeros años de su vida. Allí pasó hambre y alguna que otra penuria, que con el paso del tiempo se había atenuado.

En honor a la verdad, debía confesar que el gusto por la fusta que se le atribuía era más mito que otra cosa. Se había dado cuenta a pronta edad que la combinación de un poco de dolor y placer era algo interesante. Todo surgió a raíz de ver a uno de los responsables del orfanato jugando con una bella mujer y usando la fusta. La escena quedó en su retina y con el paso de los años tuvo los medios y la disposición de investigar más sobre aquella curiosidad.

Si bien el conde era bueno usando la fusta para propinar el dolor justo y hacer que su presa disfrutase del placer que venía a continuación, su fama había crecido hasta unos límites insospechados. Había quien decía que él no lograba alcanzar su propia satisfacción si no veía correr la sangre en el cuerpo de sus víctimas femeninas. Luego había quien juraba que los altares sobre los que el réprobo libertino le gustaba sacrificar sus excesos eran de índole impura y contra natura. Nada más lejos de la realidad. Respetaba a los hombres que necesitasen de un igual para ser satisfechos, pero su opinión, el cuerpo de una mujer era una tentación en todas sus formas, tamaños y medidas, en especial en un orificio del todo olvidado por muchos. Oh, pero cuando se deslizaba por el calor de ese canal de mujer... Esa suavidad que ellas emanaban era del todo terciopelo caliente, al que nadie debería resistirse.

Las mujeres habían sido creadas para que el hombre venerara su templo. Todo lo que ellas poseían, pero lo que había entre sus piernas debía ser un culto de devoción que un hombre arrodillado ante su diosa debiera saborear con dulzura y pasión. Ello no le impedía disfrutar de ver unas bonitas posaderas rojas por un par de golpes que él propinaba con mucho cuidado al propiciar el pellizco justo de dolor. Placer y dolor no tenían por qué estar reñidos, bien él lo sabía. ¡Mujeres! Cuán exquisitas y perturbadoras resultaban. Necios. Sí. Quienes no sabían complacerlas eran necios por no esforzarse. Su fama de libertino era incuestionable, pero a él acudían féminas decididas a explorar su propia fuerza, para conocer y saciar sus deseos carnales. Había hombres que consideraban que ellas no tenían apetito por la lujuria. ¡Qué equivocación tan terrible y miserable cometían!

Chesterfield había estado en Escocia, donde aprendió de dos mentores algunas técnicas muy secretas y desconocidas. Fue instruido por dos hermanos que lo habían enseñado a seducir a

una mujer, a saciarla con caricias tanto humanas como las proporcionadas por el contacto de una vara o fusta. Incluso un látigo bien usado podía dar la satisfacción oportuna a víctima y verdugo. Dueño y sierva. Lo que importaba, le habían dicho sus mentores, es que quienes disfrutaban del juego de las argollas y los azotes estuviesen de acuerdo en consentir y obtener. Si esa máxima de aceptación era transgredida, el juego se convertía en una violación de la confianza depositada entre los participantes, se invalidaba la seducción y entraba en vigor el crimen. Sabios mentores tuvo en su momento.

Y allí descubrió también los denominados consoladores de viudas. Unos ayudantes para el hombre que cumplían las más deliciosas fantasías prohibidas de quienes lo usaban. Eran de piel muy trabajada, que untados con aceites, se introducían cómodamente en el orificio elegido por quien lo empuñaba.

El componente excitante, para Chesterfield, residía en tener a sus mujeres inmovilizadas, más allá que ofrecer algún fustigazo ligero. Lo que le gustaba era que quienes ejercían el papel de siervas estuvieran inmóviles y a su plena disposición. Necesitaba la docilidad y la confianza de ellas, esas valientes amantes que se entregaban con una fe ciega para que él las liberase de sus preocupaciones y los grilletes de las necesidades impuras de su cuerpo; y a cambio las recompensaba con el placer más sensual conocido, prohibido. Seducción. Docilidad. Sumisión. Posesión. Se consideraba un amante posesivo que exigía a sus compañeras toda su dedicación. Ellas se ponían a su servicio para que él las usase. A cambio las recompensaba dándoles lo que sabía que ellas necesitaban. Había que entenderlas para poder ofrecer lo que Chesterfield daba a quienes consideraba que lo merecían.

Fuese como fuera, su padre, al igual que otros muchos ignorantes, lo consideraba un monstruo torturador de mujeres y hombres. Nada más lejos de la realidad. Él las liberaba a través de su cuerpo. No todo el mundo podía ingresar en ese vicio del que él tanto disfrutaba, pero los que comprendían las reglas del juego podían divertirse mucho. A fin de cuentas, lo que importaba era la diversión en el acto de la seducción.

Había descubierto que esconderse en ese mundo de perversión y libertinaje resultaba, además de placentero y lucrativo, una buena forma de huir de los problemas, de escudarse en las injusticias que había vivido.

Heredero de un duque. Y no de uno cualquiera. Las condecoraciones que arrastraba su padre por méritos logrados para con la Corona siempre le hacían sombra. El maldito Ed Lamark, duque de Gales, lo había salvado de una vida de marginación y miseria... O tal vez no. Su padre

siempre andaba diciendo que había sido un error haberlo sacado de la ruina.

Después de que Ches se encontrase con una familia, vio que el que decía ser su padre —y que en realidad era su medio hermano— no le era estimado ni querido. La que lo amaba era la primera esposa que había tenido Gales. Linda. Un alma tan cándida que consiguió que él quisiera ser el mejor de todos los hombres. Ella era una luz que cegaba esa oscuridad que él portaba en su interior. Tan amorosa y paciente, que suplía con creces las miradas despectivas del duque. Pero la vida era injusta y pronto la muerte se llevó a la única mujer a la que alguna vez amó sin pretenderlo. Y aquello dolió tanto que se juró que jamás volvería a depositar sus ilusiones y esperanzas en otra persona que no fuese él mismo.

Ches sacó el reloj de oro que llevaba en su bolsillo. Lo acarició antes de abrir la tapa. Ese bonito obsequio había sido otro regalo de Patrick. El duque de Gales había hecho muchas cosas buenas por la Corona, pero el grupo que comandaba el duque de Ascot no se quedaba atrás y bien valió el reconocimiento que él contemplaba entre sus manos. Sus superiores le dieron ese reloj para no olvidar que nunca perdió su tiempo.

Habría pasado cerca de una hora desde que su padre había llegado y el duque no había entrado de estampida para interrumpirlo y pedirle explicaciones por haberlo hecho esperar. Suponía que tampoco se habría marchado, porque Gales no era de los que abandonaban un cometido con facilidad.

Suspiró. Prefería a su padre enfurecido, porque verlo tan dócil no presagiaba nada bueno. Se levantó y se colocó el chaleco y la chaqueta a fin de presentarse formalmente ante el duque. Frenó en seco antes de ajustarse la chaqueta. ¡Qué demonios! Ches estaba en sus dominios y si él se quería pasear en mangas de camisa, así lo haría. Se deshizo de las dos prendas y compuso una sonrisa. A ver cuánto aguante tenía el viejo esta vez.

Bajó hasta su despacho con tranquilidad. Entró y su cara de satisfacción se borró de un plumazo. Su padre estaba sentado en su silla revisando sus papeles. Tuvo que haber previsto algo como eso.

—¿Necesita algún informe más? Puedo explicarle las cuestiones de la Mansión de la Perversión —arrastró la palabra con el fin de molestarlo— yo mismo con gran acierto, puesto que son mis asuntos propios, excelencia.

Gales cerró el libro de cuentas y lo miró a los ojos. Ches vio en la mirada de su padre... ¿admiración? Sacudió la cabeza, eso era un espejismo. No. Un espejismo tampoco, porque hacía

demasiados años que había desistido de buscar la admiración de su padre.

—Puesto que me han mantenido esperando durante más de una hora y no estoy dispuesto a perder mi tiempo, me he permitido el lujo de supervisar... tus asuntos, como los has llamado. Dado que este lugar se alzó con los fondos que yo te destino, veo mi participación aquí también. —Gales se levantó de la silla y se colocó en la que había enfrente del escritorio a fin de cederle al rey su trono.

—Y esos asuntos que ha decidido que son nuestros, ¿son de su agrado? O por el contrario... ¿debe hacer sus observaciones y exponer sus quejas como hace cada vez que nos encontramos, excelencia? —Inquirió mientras tomaba el asiento que su padre le había cedido.

Gales se reclinó hacia atrás. El duque era un hombre maduro, pero se sentía como un jovencito, tan lleno de vida, aspiraciones y esperanzas renovadas, que al mirar atrás en el tiempo consideraba que lo que importaba ahora mismo era el presente. Dios sabía que no había sido un buen padre, ni con el conde de Chesterfield ni con la hija de su segunda esposa, con Gertrude. Sus misiones y obligaciones con la Corona le habían hecho olvidar que tenía una familia de la que preocuparse. Su nueva esposa, Elvina, le hizo ver que era el momento de recuperar su relación con su hija. Esto estaba en orden. Y fue más fácil porque Gertrude era muy cándida. Del mismo modo, Elvina consideraba que Ches lo seguía necesitando y que Ed debía iniciar un plan de acercamiento con su hijo. Su esposa le había dicho que esta era la misión de su vida y que él debía poner su máximo empeño. Bien. A este respecto, Gales no estaba muy convencido, porque si él mismo era un duro hueso de roer, el conde lo era infinitamente más. En verdad no eran padre e hijo, pero sí se notaba con claridad que la sangre que corría por las venas de uno y otro era la misma. Demasiado parecidos en sus temperamentos. Así se lo había hecho ver Elvina.

No solo en los rasgos físicos, pues ambos tenían exactamente los mismos ojos: grandes, de color caramelo, y los mismos labios gruesos. Ches era más alto y robusto que Gales, pero ambos tenían un porte muy elegante. El conde tenía el pelo cobrizo, un poco más oscuro que el que había tenido el duque en su juventud. En cuanto al carácter, sí eran dos gotas de agua. A cada cual más orgulloso que el anterior, testarudos y rudos. La moralidad era lo que uno creía que difería del otro. El duque se consideraba un hombre correcto. Su esposa Elvina le había hecho ver que él no era tan diferente de su hijo con respecto a sus vicios. Pues si del conde había oído historias que le habían llevado a sentir repugnancia, la insistencia de Elvina para averiguar más sobre la vida íntima de Ches, le había llevado a pensar que no era todo tan horrible como había imaginado en un principio.

La demente de su esposa, esa que lo tenía bailando al son de su meñique, había hecho que él visitase la Mansión de la Perversión ataviado con una máscara a fin de saber qué era eso de las fustas y las cadenas. No fue tan perverso como creyó. Una sonrisa se asomó en su cara.

A sus años, y su esposa había colocado en su mano una fusta para que él probase lo que era azotar a alguien en los términos de la pasión y la seducción. Ella misma se había dejado encadenar en una de las habitaciones de las mazmorras de la casa de su hijo —que más que una casa era un club muy rentable— y aquello resultó ciertamente más que interesante, incluso placentero. No lo confesaría delante de Ches, porque solo imaginar que su propio hijo supiera que él había practicado algo que llevaba lustros criticando... y encima en la casa que juró que no pisaría nunca... Y con esta ocasión, ya eran dos las veces que se encontraba en el lugar al que aseguró que no lo vería entrar... Verdaderamente, Elvina resultó toda una auténtica sorpresa, porque incluso habían aprendido a utilizar ciertos artilugios de índole privada —que él mismo calificó como inventos del diablo cuando los descubrió— que hacían que los encuentros de cama con su esposa fueran cada vez más apasionados. Si fuera otro tipo de hombre, reconocería delante de su hijo que se había equivocado en muchos aspectos. Él no era otro tipo de hombre. No lo reconocería ni aunque la vida le fuese en ello.

El duque miró con seriedad a su hijo.

—Como bien sabes, siempre esperé mucho más de ti que lo que has llegado a ser. Eras un niño sin futuro cuando te encontré. Te hice mi heredero. El ducado de Gales no estaba en ruinas. Mis títulos, mis tierras y riquezas solo necesitaban de un hombre correcto que los administrara a mi muerte.

—Tú estás muy lejos de morir —tuvo que reconocer. Su padre estaba muy lleno de vida. Ches se había enterado no hacía mucho que el pícaro de su padre había estado disfrutando de su actual esposa durante cinco años sin haber estado casados. Cuando supo que Gales y Elvina se casaban, creyó que todos sus allegados estarían en peligro. Si por separado esas dos personas eran peligrosas para la cordura de sus familiares... juntos serían una plaga. Y así se lo confesó a su amigo Patrick, pero el muy bastardo se rio en su cara y le dijo que su tía era una plaga para los solteros y que por tanto el único que parecía estar en peligro era él mismo. Entre otras cosas porque, según le dijo Patrick, su tía Elvina lo había mirado a él, al conde de Chesterfield, de un modo muy peculiar durante la boda.

—Eso espero. No me agradaría separarme tan prematuramente de mi esposa. Confío en que Dios me deje disfrutarla durante unos cuantos años más —admitió con honestidad—. Sin

embargo, no soy un joven que tenga la vida por delante. Tú eres todo lo que tengo. Mi heredero.

Ches se removió en la silla, inquieto.

—Te dije en su momento que comprendía que buscaras un familiar lejano para legar tu fortuna y títulos. No me interesa ser el futuro duque de Gales.

—Me niego a hacer algo como eso.

Ches colocó los codos sobre su preciosa mesa maciza de madera natural. Cruzó los dedos y apoyó su mentón en ellas.

—¿Por qué? Hasta donde yo recuerdo, las amenazas de desheredarme han estado ahí desde... —calló. Movié los ojos hacia la izquierda tratando de imaginar los años que llevaba oyendo las reprimendas de su padre por no ser el hombre correcto y respetado que se esperaba que fuese—, que tengo uso de razón. Su insistencia en recortar cada año mis gastos para obligarme a hacer su santa voluntad, fue lo que me movió a crear mi imperio —Él movió los brazos para hacerle ver a su padre que la Mansión de la Perversión era todo lo que él deseaba y necesitaba para vivir plácida y cómodamente. Hacía años que Ches no aceptaba la asignación que tenía de Gales. Eso estaba depositado en una cuenta y allí habría ya una fortuna interesante que Chesterfield se negaba a tocar.

Gales suspiró y se levantó de la silla. Se dirigió hasta la ventana del lugar y miró por la calle.

—Te has convertido en un gran hombre de negocios. Las cuentas que he examinado antes de que llegases, demuestran que no necesitas mi apoyo financiero. Tal vez incluso tu fortuna sea mayor que la mía. Tus superiores dicen que hace años que superaste mis habilidades y recursos en tus misiones. Es cierto que... En fin, no he sido un buen padre ni para ti ni para tu hermana.

—Lamento interrumpir esta muestra inesperada y del todo innecesaria de... de... de lo que sea esto que está haciendo. Usted —cambió a la formalidad—, no es mi padre. Yo no soy su hijo. Nunca he querido su legado. Con el paso de los años hemos aprendido a convivir el uno con el otro sin declararnos la guerra. Creo que las cosas deben quedarse como están. No voy a jugar a la familia feliz, ni mucho menos al honrado heredero que se sacrificará en su modo de vida, por un legado que ni he pedido ni deseo.

El duque de Gales se giró para mirar a su hermano. Lo que veía ante sí no era lo que Ches había relatado. Siempre sería su hijo. Aquel pequeño al que al fin rescató de aquella miseria y al

que trató de formar y querer.

—Quieras o no, eres mi hijo, a todos los efectos. Vas a casarte y a engendrar a mi heredero porque tu madre, Linda —usó una baza que aún tenía escondida bajo la manga— así lo quiso. Mi esposa se sacrificó. Aguantó los chismes y la vergüenza de vivir con lo que el mundo creía que era mi bastardo, porque ella te quería. Si por mí no vas a hacer lo que debes, lo harás por ella.

—¿Lo haré? —Lo retó Ches alzando una ceja. Su padre estaba demasiado seguro de que a él le quedaba alguna pizca de humanidad en su ser.

Gales se acercó hasta la silla y lo miró desde su altura con más arrogancia que la que mostraba Ches.

—Lo harás.

Ches comenzó a reír sin contención.

—Cuando el infierno se congele, excelencia. Trate de buscar otro bastardo que engendrarse el anterior duque y hágalo su heredero, porque de mí no tendrá nada. Nunca. Escúcheme bien, Gales, porque no voy a casarme mientras yo tenga algo que decir al respecto. Amo demasiado mi perfecta vida disoluta y no pienso sacrificar lo que soy y necesito para terminar convertido en lo que es usted.

—¿Y qué soy yo? No —frenó a su hijo cuando vio que él abría la boca—. Yo mismo te diré lo que soy. Soy un hombre satisfecho con mi vida. Tengo una familia. Tú y Ger, aunque no os mereciese, llegasteis a mí. No os valoré en la medida que tuve que hacerlo y ahora pago el precio. Dios me ha devuelto la ilusión con una bonita esposa que me hace suspirar. Llego a la última etapa de mi vida con un solo lamento. Tu hermana me ha absuelto de mis pecados. Incluso la vida parece haberme dado un poco de paz y tranquilidad. Tengo un nieto maravilloso, pues el hijo de Ger, el pequeño Will, es un cielo. Más que se parezca en exceso a su padre en su obra y pensamiento —Gales y Patrick habían limado asperezas pero no se eran simpáticos—, veo mucho de tu hermana en él. Ger me premiará con otro nieto en breve. Lo que deseo en estos momentos es ayudarte y recuperar, sino tu estima, porque comprendo que eso sería un imposible, sí tu respeto. Deseo lo que un buen padre debería ansiar para su hijo. Verlo asentado, casado y rodeado de amor. Quiero a mi heredero encargando a su primogénito. Mi meta es esa en estos momentos de mi vida y es lo que voy a conseguir hasta que expire el último aliento.

Hubo un segundo de silencio muy pesado. Los dos hombres se miraron con seriedad.

Acto seguido, Ches comenzó a reír sin parar.

—Nunca creí que lo vería convertido en un sensiblero. Comienzo a pensar que esa esposa suya le va a hacer más mal que bien. Esas pretensiones no son tuyas, bien lo sé. Veo la mano de la duquesa de Gales ahí. Elvina debe estar aburrida, porque si su aspiración es verme casado... Y no solo casado, sino feliz al lado de una esposa y con mis vástagos corriendo por mis tierras... Me temo que tanto ella como usted, van a tener que buscar otras metas en su vida. Les garantizo que eso jamás pasará.

—¿Tan seguro estás? —Gales levantó una ceja y mostró una sincera sonrisa. Ches se quedó helado. Tanto que perdió hasta las ganas de reírse.

El duque se puso de pie.

—Lo estoy. Recitar mis votos depende de mí. No lo haría ni incluso con todo un regimiento apuntando con sus pistolas en su mano y sosteniendo las espadas en la otra —señaló total y absolutamente seguro de lo que decía.

—Entonces es una suerte que en ese regimiento no haya ni pistolas ni espadas —apuntó enigmático Gales, mientras se distanciaba de su hijo y se disponía a coger sus guantes, su bastón y sombrero. Se los colocó y se giró para mirar al conde.

—¿Qué pretende hacer? ¿Tenderme una trampa? —Ches volvió a tener humor. Nada en este mundo lo llevaría hasta el altar. Era algo imposible.

—No. Pero confesaré que es una suerte que dos de las mujeres más brillantes que he conocido coincidan conmigo en que es momento de que te cases y que lo hagas por amor.

—¿Disculpe? —preguntó Ches con los ojos como platos. ¿Su padre acababa de alabar, no a una, sino a dos féminas? Tuvo que reconocer que Elvina sí estaba obrando un verdadero milagro. No es que su padre odiase al género contrario, sencillamente es que nunca lo había oído reconocer la importancia de una mujer más allá de darle hijos o sacrificarse por su esposo. No dudaba de que Gales había amado a Linda. Y la había amado porque la que fue durante un corto tiempo su madre, resultó ser una maravillosa muchacha llena de vida, candor y amor. Tan dulce y atenta que hubiera sido imposible que el mismísimo Lucifer no hubiese caído a sus pies. En opinión de Ches, Gales había dado con la única mujer buena, honrada, pura, respetable, y un sin fin más de calificativos positivos, que había sido engendrada en este mundo.

—Elvina me apoya y no es la única.

Gales fue a abrir la puerta, pero el mayordomo de Ches se adelantó. El hombre se quedó delante del duque. Miró a su patrón.

—Disculpen la intromisión, la duquesa de Stone solicita audiencia, milord —informó el sirviente de modo muy correcto y civilizado.

Ches maldijo sin recato. Entonces fue la ocasión de Gales de reír a pleno pulmón. El conde se puso lívido. No creía haber oído nunca a su familiar haber efectuado una muestra similar de... de... ¡Gales no se reía nunca!

—Ahí viene la caballería y si bien la duquesa de Stone no trae ni pistolas ni espadas, tengo entendido que a ella le basta con promulgar una sencilla maldición para que se obre su voluntad... Tu buen amigo Patrick mismo, lo sabe... Y me parece que no es el único... —Y ahora sí, el duque salió de escena sonriendo. Las reconciliaciones no se llevaban a cabo en poco tiempo. Ed aguardaría paciente a que todo tomase su justo lugar. El primer paso estaba dado.

Y mientras el duque se marchaba, una imponente duquesa entraba en la sala como si de una gran reina se tratase:

—¡Ches!, querido mío. Siempre es un placer verte. —La duquesa de Stone, la anteriormente conocida como Lisa Summer antes de tomar por esposo a Stone, de nombre de pila Tom, entró muy cantarina e ilusionada para saludar a su buen amigo. Ni la mirada gélida ni el rictus severo de la boca del conde le hicieron perder la sonrisa. Lisa estaba más que habituada al carácter agrio de él. Nunca se lo tenía en cuenta.

—¿Sabe tu esposo que estás aquí? —Con esa frase, el conde esperaba sacudírsela de encima. No era ningún secreto que Tom, pese a haber sido un compañero de armas y buen amigo, no quería que su duquesa anduviera cerca de él. El duque de Stone era un hombre celoso. Un ingrato que aun hoy no se daba cuenta de que él había ayudado para que el matrimonio pudiera alcanzar la felicidad. Si bien Ches debería reconocer que su papel llegó a ser retorcido, puesto que todo aquello salió grandioso, no merecía mayor importancia.

—Sí, está al corriente y se ha puesto muy contento al saber que venía a verte. —Lisa le ofreció una sana sonrisa que le permitió a Ches ver su perfecta dentadura. La duquesa no era ninguna jovencita, era una mujer muy... No era bella, pues esos ojos que a veces se volvían tan negros como su pelo, pese a ser azules, y su piel tan blanca como la nieve, la hacían parecer peligrosa. No bella, pero sí muy peligrosa. Contaba con dos hijos y un esposo muy posesivo que por lo visto no había conseguido que ella dejase de molestarlo.

—¿Pretendes hacerme creer que Stone te animó a venir a mi morada de buena gana?
—Bufó él sin dar crédito a lo que oía.

Lisa se sentó en la silla que él tenía en frente, cansada ya de que Ches no le ofreciese asiento ni se hubiera levantado conforme marcaba la etiqueta para recibirla.

—Sí. Mi esposo me ha dado sus bendiciones y me ha deseado la mejor de las suertes en mi empresa. Dice que si logro hacer lo que me propongo, dejará que lo ate a la cabecera de mi cama todas las veces que yo desee para que pueda saciar mi deseo. Como comprenderás es un reto que no estoy dispuesta a dejar de lado.

—¡Por los huesos de Lucifer! —Se quejó con una mueca de disgusto—. ¿Es preciso que tengas que meter en mi mente tales imágenes del todo inapropiadas? Bastante malo es ver a Tom en persona, como para imaginarlo desnudo y atado a tu cama esperando por tus perversiones.
—Ches volvió a arrugar la nariz en una muestra de repugnancia.

Lisa chasqueó la lengua.

—Te recuerdo que la primera vez que nos vimos en esta casa, yo te vi saliendo de tu cama, donde reposaban tres mujeres, e ibas desnudo. Creo que nuestro nivel de amistad está por encima de cosas tan terrenales como estas nimiedades, Ches. A fin de cuentas, nunca nos hemos comportado en la intimidad como se supone que marca el decoro y la integridad —le recordó con un tono de indignación.

—Lisa, querida mía —él compuso una falsa sonrisa—, no pasará un solo día en el que no lamente que me hubiese convertido, sin mi consentimiento, en tu mejor amigo. Ve a casa con tu esposo. Ese título que tan alegremente me otorgas desde hace tantos años lo merece él más que yo. Te aseguro que si decides en estos momentos que tú y yo debemos convertirnos en enemigos por el bien de la cordura del hombre al que amas, no será solo Stone quien dé gracias a Dios. También lo haré yo.

Ella se rio ligera.

—No vas a molestarme porque sé que me estimas. En ese pequeño y oscuro corazón que te empeñas en ocultar a todo el mundo, hay espacio más que suficiente para estimarme. He escudriñado en lo más profundo de ti. Recuerda que por mis venas corre sangre cailleach. Las brujas irlandesas somos las más poderosas. A mí, mi querido y apreciado amigo, no me puedes engañar. —Lo sermoneó como solía hacerlo cuando se veían y él le echaba su amistad a la cara.

—¿Qué quieres, Lisa? Tengo trabajo que hacer. —Indagó enfurruñado.

—¿Trabajo? —preguntó ella sin creer lo que oía.

—Sí, del que se hace sin ropa y con cuatro mujeres deseosas de conocer mis dotes como semental. —Desveló él sin remordimiento para ver si así la ahuyentaba... Aunque lo dudaba...

—¡Ches! —Le tocó a ella quejarse—. ¿Era necesario ser tan específico? —Inquirió falsamente aturdida.

—Tú empezaste primero —hubo de recordarle él.

—¿Ves como sí somos amigos, por mucho que quieras negarme? Eres del todo un ingrato. Pero mi amistad para contigo es tan leal y sincera, que haré oídos sordos a tus impertinencias y te brindaré toda mi ayuda. —Lisa regresó al tono alegre con el que había ingresado en el despacho en un primer momento.

—¿Ayuda? Es curioso... Muy curioso. Curiosísimo, de hecho —señaló pensativo.

—¿El qué? —Inquirió ella con cara inocente.

—Que mi padre haya venido con ese mismo pretexto. Estoy comenzando a sospechar que habéis armado un complot en mi contra. Te ahorraré los esfuerzos, mi querida Lisa. —Él se calló para dar más dramatismo a su aseveración.

—¿Cómo vas a hacer eso? —hubo de preguntar al ver que él no proseguía.

—Sea lo que sea que creas que necesito, olvídalo. No tengo problemas. No deseo tu ayuda. No la pido. No me la concedas. Yo te libero de lo que creas que necesito de ti. —Deseaba sacársela de encima como fuese.

—¡Pero es que sí la necesitas! —exclamó ella con un mohín.

—No. Ni la quiero, ni la necesito —rebatía con cansancio. ¿Era sorda?

—Sí.

—No.

—Sí.

—No. —Al parecer era sorda y terca, decidió Ches.

—Sí.

—Lisa... —Él decidió parar ahí la ridícula discusión. Lisa era la reina de los testarudos y él tan solo quería que ella cogiera su escoba de bruja, ya que se vanagloriaba de ser una importante hechicera, y saliese por la ventana si era necesario—, escupe lo que hayas venido a decir para que yo pueda continuar con mis... asuntos.

—Quiero que te cases. —Aseveró como quien dice que el sol no ha salido todavía.

Él se tomó un segundo que le valió para coger aire.

—¿Perdón?

—Llevo casi seis años aguardando pacientemente para que solicites mi ayuda a fin de seleccionar a una buena mujer que te ayude a... —ella no se atrevió a decir que él necesitaba luz en esa oscuridad en la que se ocultaba. Así que no lo hizo—. Eres un conde. El hijo de un duque. Como una de tus mejores amigas...

—Eres mi única amiga, Lisa —la interrumpió él.

—¿Lo ves? Lo acabas de admitir. —Terció ella con una cálida sonrisa.

Chesterfield la miró fijamente. Ella ponía esa cara angelical y ya era imposible rebatirle nada. Bruja, sí era, pero una sumamente inteligente. Esa condescendencia que la envolvía lo ponía nervioso.

—Lo que quería decir es que un hombre como yo, no tiene amigas. Tengo amantes. Y si el bruto de tu esposo se entera de que estamos solos sin su supervisión... No me gustaría tener que batirme en un duelo con Stone. No porque no pueda ganarlo, sino porque corro el riesgo de dejarte viuda y de que te encapriches de mí. —Soltó mientras sonreía de lado. ¡Cómo le hubiese gustado que el esposo de la bruja hubiera oído esa aseveración!

—¡Chesterfield! —Lo regañó ella.

—Si tanto te disgustan mis conjeturas... Vete... —Él ahuecó una mano en dirección a la puerta.

—Te acabo de decir que Stone estaba de acuerdo con que yo viniera. Me ha deseado la mejor de las suertes —repitió de nuevo—. Le he dicho que pretendo casarte y de ahí que él haya dicho que si consigo algo semejante se pondrá a mis órdenes hasta el fin de mis días. ¿Me

escuchas cuando hablo?

—Desgraciadamente te escucho demasiado alto y claro. No. Lisa, no. No sigas por ahí porque no vas a lograr nada.

Ella se levantó y se dirigió al decantador para servirse una copa.

—Como quieras... —Ella se encogió de hombros para restar importancia al asunto.

—Lisaaaa. —Usó su nombre para regañarla. Ella tramaba algo, él lo sabía. La duquesa se giró y lo miró de nuevo con fingida inocencia.

—¿Qué?

—¿Qué tengo que hacer para que cojas tu escoba de bruja y te largues de mi casa? No es que no aprecie tus visitas... —se quedó pensativo— Bien, no las aprecio, pero es que además, siempre que vienes traes problemas contigo.

—¿Yo? ¡Oh, Ches, qué cosa más fea acabas de decir!

—Sí, tú. Una de las veces que llegaste a mi alcoba, lo hiciste para pedir mi ayuda y me costó la amistad con tu ahora esposo. Eso sin contar que el hermano de Stone, mi buen amigo John, sigue perdido por el mundo sin dar señales de vida.

—John está bien, recibí una carta de China. Venía sin firmar, pero sé que era suya. Y lo que sucedió con John fue porque él quiso desaparecer para que pareciese que yo quedaba viuda y pudiera casarme con su hermano. Yo no se lo pedí, ni intervine. Eso no me lo atribuyas. —Explicó ella con suma naturalidad, como si fue algo muy común.

Ches se mordió la lengua. Aquella situación de la que ambos conversaban era mucho más compleja de lo que ella acababa de señalar, pero esa era otra historia que no venía al caso.

—Yo siento que tu amistad es más una maldición que otra cosa, Lisa.

Ella se sonrió nuevamente.

—Bien. No me has apodado lady Maldiciones por nada. —Ches solía referirse a ella con ese apodo. A Lisa le encantaba.

El conde se levantó ya harto de tanta cháchara.

—Lisa. Siéntate en mi silla. Mira mis documentos. Tómate el licor y admira la bonita decoración que tengo en mi despacho —había cuadros obscenos con posturas eróticas por todas partes—, y cuando te hayas cansado, regresa a los brazos de tu esposo y haz con él lo que te plazca. Yo tengo cosas mucho más interesantes que hacer que seguir escuchando tonterías.

Ches comenzó a andar. Lisa se colocó delante de él aún con la copa de brandy en sus labios. Tragó el contenido y la despegó de sus labios. Lo miró de arriba a abajo.

—Me marcharé si prometes venir a la boda de Melly. —Esa muchacha a la que se había referido era una especie de pupila que ella y su mejor amiga Susan tenían bajo su ala.

—¿Estás ebria? Creí que eras una mujer más... más fuerte. ¿Un solo sorbo y ya estás borracha?

—Como quieras. —Ella tomó aire—: Yo, Lisa Marie Summer, duquesa de Stone, invoco a mis antepasadas, las hechiceras Crusoe, para que hagan cumplir mi voluntad... —Ches puso cara de pánico sin creer lo que oía. ¿De verdad ella iba a hacer algo como eso?, se preguntó incrédulo. ¡Se disponía a lanzarle una maldición!

—¿Vas a maldecirme con una de tus profecías? ¿Qué mal he hecho para que pretendas dejarme mustio y privarme de mi hombría? —No era ningún secreto que ella había dejado a dos hombres que la habían disgustado sin poder usar sus miembros viriles por enfadarla. Uno de aquellos había resultado ser el propio Tom, a quien se suponía que ella amaba... Por precaución era mejor no enfurecerla, se dijo Ches. No es que él creyese en cuentos de viejas, pero si fuese capaz de privar de virilidad a Stone...

—Tal vez te maldiga para que encuentres el amor y luego lo pierdas para que te llegues a dar cuenta de que no puedes vivir sin ello, sin esa mujer que te pondrá de rodillas y hará que tu mundo se tambalee. —Maldita sea, eso se sintió como una promesa, pensó el conde.

Ches no estaba dispuesto a que ella ganase. Él explotó en sonoras carcajadas. Ella alzó su ceja al más puro estilo ducal... Algo muy parecido a lo que había hecho el duque de Gales antes de irse.

—También puedo hacer que la parte de tu cuerpo que más valoras deje de funcionar correctamente y tengas que utilizar continuamente esos instrumentos que tanto dicen que te gustan para satisfacer a tus mujeres. —Le agradó verlo tragar saliva con preocupación. Ingrato. ¿No se daba cuenta de que ella lo quería tanto que deseaba ayudarlo? ¡Hombres!

—¿Qué quieres, Lisa? —Esa conversación estaba durando ya demasiado. Le diría que sí a lo que fuese con tal de que se marchase de inmediato.

—Que acudas a la boda de Melly. Ni más ni menos que eso. Es un requerimiento muy sencillo.

Chesterfield tomó con cautela la petición de ella. Lady Amelia Worth, más conocida como Melly, era la hermana del duque de Ashton, un hombre al que él odiaba porque sí hubo una vez una mujer que lo hizo soñar. Esa mujer era Emma, la actual duquesa de Ashton, y él no había terminado de olvidar a esa muchacha por la que casi... Él negó con la cabeza. Aquello fue solo un... un... un amago que gracias al cielo ya había pasado. Se había salvado por un pelo de haber cometido una locura. Aun así se sentía mal por haber perdido ante Ashton.

—¿Crees que es buena idea que el mayor libertino de todos los tiempos se presente en la catedral de Londres para...?

—El enlace será en casa de campo de Ashton. No en una catedral —lo interrumpió ella en su exposición.

—Como sea. Habrá una iglesia y todos esperarán que yo arda en fuego purificador o algo por el estilo.

Ella se rio con verdadero humor.

—Oh, querido. Nosotros te protegeremos en caso de que el mismísimo Ángel Negro se presente en la casa de Dios para llevarte a los infiernos. No permitiríamos que dejases este mundo sin haber conocido el amor... —sentenció con una preciosa sonrisa.

Él bufó con hastío.

—¿Tus poderes como bruja te hacen ser su amiga? De Lucifer, digo. —Preguntó con una sonrisa ladeada. Ella lo miró con reprobación.

—Si hubiera tenido esa maldad a mi alcance, lo primero que habría hecho sería castigar a todos los hombres que una vez maltrataron o se negaron a ayudar a una mujer. No creo que a Satanás le hubiese hecho gracia que yo usase el mal para luchar contra el mal y hacer el bien. —Ella lo miró con firmeza a ver si él se atrevía a insultarla más. Al saber que la estaba mirando a los ojos, bajó sutilmente la mirada para detenerse en esa parte de él. Sí, ahí mismo.

Ches sintió que su hombría se empequeñecía, por lo que decidió apretar los labios y

tragarse su réplica. Ella le sonrió entonces:

—Ches, te espero mañana.

—¡Ni siquiera estoy invitado al enlace! —Gritó con enfado.

Ella removi6 en su ret6culo. Sac6 un sobre.

—Aquí tienes tu invitación. No más excusas.

Él cogió el papel a regañadientes.

—No entiendo ese interés en que asista. Te diré lo mismo que le he dicho a mi padre. No voy a casarme. No pretendo dejar mi vida de pecado por ninguna mujer. Esto —abrió los brazos para señalar su casa—, es lo que soy. Si me llegase a casar, haré a esa mujer desdichada y estoy seguro de que no te gustaría convertir a ninguna de tus congéneres en alguien a quien sabes que destruiré.

—Oh, querido mío. Eres tan ingenuo. —La duquesa no tomó en serio sus palabras.

—Lisaaaa. —Matizó el nombre con un tono de advertencia.

Ella se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Se separó y lo miró a los ojos con cariño. Dejó apoyada una mano en su pecho de un modo familiar, de cariño.

—Te adoro, Ches. Nunca haría nada que pudiera lastimarte. Eres mi mejor amigo. Así que te prometo que cuando encuentres a la mujer con la que quieras compartir el resto de tus días, yo estaré ahí. Seré tu fiel escudera, como tú hiciste conmigo. Es la promesa que te hago como cailleach, como hija de Natura. —Ser una hija de Natura era un credo para la duquesa de Stone. Ella pertenecía a una corriente de mujeres que ayudaban a otras. Había sido criada bajo el manto del saber, al amparo de los libros y los rituales sagrados de otras como ella misma. Druidas. Brujas de Irlanda. Nana, su abuela, quien tenía el don de la providencia, la había formado para ser una mujer fuerte y poderosa.

Ches sintió que un frío le recorría el cuerpo. Incluso las cortinas de las ventanas se movieron. Extraño, porque estaban bien cerradas. La miró con suspicacia.

Iba a preguntar, cuando de nuevo la puerta sonó. El lacayo llamó para pedir permiso para entrar. Ches lo concedió. Vio a Lisa encaminarse hacia la salida. Antes de marcharse, ella se giró y lo miró con ternura. Le guiñó un ojo y se fue.

—Milord, el duque de Ascot pide audiencia —anunció el sirviente.

—¡Maldita sea! ¿Qué sucede hoy para que tenga que recibir en mi casa a toda la puñetera nobleza? —bramó Ches.

Patrick Manchester accedió al lugar sin esperar las invitaciones.

—¿Este es el recibimiento que le das a un buen amigo? —inquirió Patrick.

Chesterfield cerró los ojos y buscó una calma que estaba lejos de sentir. Tenía esperando por él a tres o cuatro, no sabía las mujeres que serían, pero había muchas aguardando por él en la terma romana que tenía en su alcoba. A buen seguro ellas habrían comenzado la fiesta sin el conde.

—Patrick —los dos se estrecharon las manos—, discúlpame. Pero esta mañana todos parecen empeñados en querer que me case y estoy a un paso de perder los nervios. —Vio a su amigo desviar la mirada con incomodidad. Ches entrecerró los ojos —: Patrick... No pretendo menospreciar tu visita, pero... ¿qué te trae por mis dominios?

El duque de Ascot se armó de valor y lo miró fijamente.

—Tu hermana.

—¿Qué sucede con Ger? —Lanzó la pregunta alarmado.

El duque de Ascot tomó impulso para explicar lo que había de decirle a su amigo.

—Tu hermana quiere que haga de casamentera contigo. Mi esposa está empeñada en que es momento de que tomes una esposa. Una buena mujer que te haga feliz.

—¿Cómo dices?

Esto era una condenada broma pesada del destino. O mejor aún, había de ser un sueño. Un mal sueño de hecho. Una pesadilla. Esto no podía estar pasándole a él. No. Porque Chesterfield no se metía en la vida de nadie... Bueno, de casi nadie, porque cuando se enteró de que su mejor amigo había osado poner sus manos sobre la que consideraba el mayor de sus tesoros, su hermana Ger, quiso degollarlo.

—Gertrude. Es idea suya —dijo a modo de excusa—. He seleccionado a una viuda muy bonita, porque sé cuánto te desagradan las vírgenes inexpertas —hubo de puntualizar—, para que

la conozcas y veas si ella podría tentarte.

—¿Te has vuelto loco? —Lo miró como si en verdad el duque de Ascot debiera internarse en una institución mental. Tal vez debería pedir plaza en Bedlam para Gales, Elvina, Lisa, Patrick y su hermana Ger. ¿Tan aburridos estaban todos que no tenían otras cosas en las que pensar o hacer?, se preguntó a un pelo de sacar sus pistolas y prohibir la entrada en su casa a ningún familiar o amigo.

Patrick se sentó en la silla. Así que el conde estuvo ante su amigo en el mismo estado tras su escritorio.

—Me temo que no. Tu hermana ha hecho voto de castidad hasta que yo cumpla mi cometido. Como comprenderás... No deseo otra cosa más que hundirme en ella desde que cerró las piernas —confesó con sinceridad.

—¡Infierno, Patrick! ¡La dama de la que hablas es mi hermana! —Chesterfield compuso una mueca de repulsión. ¡No podía imaginar eso de su dulce y pequeña hermana!

El duque de Ascot no se inmutó ante el alarido.

—No. La dama de la que hablo es la esposa que me niega sus favores hasta que tú estés casado. Me temo que cuando Ger decide algo... —Su duquesa había resultado más pícara y decidida que el mismísimo Rey de la Perversión.

—¡No pienso casarme! —Ches explotó. Se puso de pie e hizo lo mismo con el duque. Comenzó a zarandear a su amigo para expulsarlo de su casa. Patrick trató de frenarlo.

—Por amor de Dios, Ches. Conoce al menos a la mujer que te presentaré. Así tu hermana verá que he hecho mi mejor esfuerzo y me permitirá regresar a su cama... ¡Soy tu amigo! Me lo debes.

Ches siguió con su labor de echar a Patrick.

—No. No te debo nada. Demasiado hice con no matarte con mis propias manos cuando descubrí lo que le habías hecho a mi hermana. Eres un hombre listo. Idea otro método para que ella te permita... ¡Demonios! No puedo pensar en mi dulce hermana haciendo... ¡Maldición! —Volvió a maldecir al pensar en Ger y en Patrick... No, no estaba preparado para eso.

—Fuiste tú el que colocaste una fusta en sus manos para que ella se vengase. No te atrevas a ponerte digno porque tú... —El malvado de su amigo había enseñado unas cuantas

cosas, a su esposa, muy indecentes y cuando lo hizo no puso tantos reparos como en estos momentos. Bien que no recordó que ella era su hermana cuando le habló de ciertas cosas que... ¡Maldito Ches! Patrick necesitaba su cooperación.

—¡Basta! —lo cortó—. No voy a conocer a ninguna dama. No voy a casarme. Y desde luego no voy a contribuir en nada que haga que mi estimada hermana abra sus piernas para recibirte. —Ches le dio el último empujón y dejó a Patrick en la calle sin atender sus súplicas.

Lo único que iba a hacer era asistir a esa estúpida boda, porque la que le daba miedo, pavor más bien, había exigido que él acudiese a ese enlace. El conde no creía en brujas y supercherías, pero no estaba dispuesto a arriesgarse a averiguar la verdadera naturaleza de la duquesa de Stone. Así que asistiría, y cuando terminase aquello, se marcharía de Londres en busca de un poco de paz y sosiego. Tal vez incluso hiciera un viaje para buscar al hermano de Stone. John había fingido su muerte y estaba seguro de que estaba viviendo como nunca antes lo había hecho.

Sí. Decidido. Acudiría al enlace y de ahí pondría rumbo a China. Allí nadie lo buscaría. Además, le atraía la idea de conocer a mujeres diferentes, exóticas, a las que todavía no había tenido en su cama...

Ches giró la cara y miró al lacayo que estaba a un lado, en la entrada principal de la gran mansión.

—Si viene alguien preguntando por mí, di que estoy ocupado... ¡O mejor, di que he muerto!

Lazó una maldición y subió los escalones de dos en dos dispuesto a disfrutar en los brazos de la lujuria más depravada. Abrió la puerta de su habitación. Cinco. Había cinco mujeres que lo miraron con hambre, y en efecto ellas ya habían iniciado el camino de la seducción sin el conde.

¿Cómo iba él a desentenderse de su reputación de libertino si las mujeres llegaban de todas partes para arrojarse a sus brazos, dispuestas a dar lo que él exigiera?

No. Nunca. Ni en un millón de años, Albus John Lamark cambiaría su vida disoluta por los deseos de nadie, ni tan siquiera por sus obligaciones. Y mucho menos que todo ello, por la llamada felicidad.

Si de ello dependía su futuro, podía estar tranquilo, puesto que felicidad era lo que le

sobraba. ¿Qué podría hacer a un hombre más feliz que verse agasajado por cinco preciosas damas que lo estaban acariciando, besando y lamiendo por todas partes de su cuerpo?

¿Casarse? Antes haría un pacto con el mismísimo Lucifer para evitar tal sentencia de muerte.

Capítulo 1

Una boda de la que huir

El conde de Chesterfield sabía que no era buena idea acudir a una cita social. Menos a una boda y mucho menos a una que implicase la presencia de Ashton, el hermano de la novia. Lo odiaba. No le agradaba nada. El duque de Ashton era arrogante, pomposo, inepto... y un sinfín más de descalificativos que en estos momentos no le venían a la mente.

Ches lo había ideado todo para permanecer en la finca del hombre que le había quitado las ilusiones —unas que nunca se debió permitir—, el mínimo tiempo posible. La bruja de Lisa lo había obligado a acudir, pero nunca enumeró las condiciones exactas de su estadía. El conde llegaría en su carruaje momentos antes de la ceremonia, miraría cómo los felices novios recitaban sus votos —y trataría de no vaciar el contenido de su estómago con tanto amor y ternura—, y luego se marcharía de nuevo a su reino de perversión. De hecho, contaba con dos preciosas pelirrojas que lo contentarían después de lo que sabía que sería verla de nuevo.

Emma. Em. La que una vez fue marquesa de Montrose —un cargo que la Corona había permitido que ella ostentase a la muerte de su padre, hasta que engendrara un hijo que recibiría sus posesiones y título— y primeramente se convirtió en una jovencísima muchacha que se atrevió a robarle un beso. ¿Quién iba a pensar que aquella mocosa de dieciséis años lo marcaría a fuego con aquella inocencia y perversión latiendo en sus venas?

El recuerdo estaba aún fresco. Fue durante una fiesta, que ofrecía la tía de su amigo Patrick, cuando la besó. La señorita Emma Harrelson, haciendo uso de su audacia, se disfrazó de mujer adulta y seductora y él no pudo resistirse.

Canela. Su lengua sabía a canela y desde entonces, él no había sido capaz de tragar nada

que tuviera ese olor o sabor. De aquello hacía demasiados años y todavía lo vivía como si hubiera ocurrido ayer.

Por el bien de su cordura, el destino la quitó de su vista hasta que un buen día Emma regresó a Londres convertida en toda una mujer hermosa y atrevida. El mal augurio quiso que ella se encontrara con el duque de Ashton antes que con él. Por lo que el conde de Chesterfield sabía, la actual duquesa de Ashton y su esposo se habían seducido antes de casarse y él no tuvo opción para luchar por ella.

Patrick no se lo permitió. El esposo de su hermana aludió a sus gustos íntimos y en aquel momento Ches no lo llegó a comprender. El conde que nunca creyó que algo despertaría en su corazón, lo sintió removerse cuando estuvo en compañía de la antigua señorita Harrelson y trató de presentarse ante la dama como una opción válida para ser su esposo. Patrick se negó a aceptarlo. Ches se marchó desilusionado y amargado de regreso a Francia para buscar algo en lo que invertir su tiempo, para tratar de olvidar a esa hermosa morena de ojos verdes que se atrevió a desafiarlo siendo una joven inocente.

Y ahora que le veía andar hacia él, en las puertas de la capilla familiar donde se iba a officiar la boda de lady Amelia con el señor Leopold Shell, maldijo su suerte y conformismo. No debió escuchar a Patrick. Ella hubiera sido perfecta para tomarla por esposa. Hubiese sido una compañera de alcoba fantástica. El conde le hubiese descubierto todo un mundo sensual y prohibido que ella hubiese aceptado, porque él habría puesto todo su empeño en que así hubiera sido.

Bueno, aquello no resultó y él pudo continuar con su vida de libertinaje. Solo Patrick era conocedor de su secreto, de que una vez una mujer lo tentó para abandonar todo lo que tanto le había costado conseguir: su adorada mansión, sus vicios y reputación disoluta. Además, no estaba seguro del todo de poder vivir sin esa gran variedad de mujeres que tenía a su alcance cada hora del día o de la noche.

—Lord Chesterfield, es un placer volver a verle. —La duquesa de Ashton, Emma, lo saludó exhibiendo una brillante sonrisa que él encontró sincera.

—¡Maldición! —Se le escapó cuando la tuvo delante. Ella lo miró con extrañeza.

—¿Va todo bien? —inquirió con nerviosismo.

—Buenos días, duquesa. —Él hizo una reverencia y se obligó a no pensar en lo buena esposa que hubiera sido esa magnífica mujer fresca y atrayente que lo tentaba a robarla. Deseaba

sustraérsela a ese Ashton que a buen seguro no se daría nunca cuenta de la suerte que había tenido con su mujer. Él la hubiese valorado más. Estaba seguro de ello.

—No estábamos seguros de que pudiera acudir porque...

Ella se refrenó en su exposición porque lo vio mirarla con atención mientras fruncía el ceño.

—¿Va a ser así siempre así, Emma? La cortesía y la formalidad por delante de nosotros... No pareces aquella muchacha que logró embaucarme para hacer que la besase. No. Tampoco eres aquella mujer que se puso unos pantalones para acudir a un club de esgrima. —Él agitó los hombros al darse cuenta de lo que tenía enfrente—. Eres una duquesa, bella, sosegada, fría... Él lo ha conseguido, te ha contagiado de su frialdad ducal. Conmigo hubieses seguido manteniendo tu chispa... —Se lamentó una vez más.

—¡Chesterfield! —gritó ella con enfado—. No puedes decirme esas cosas, no con toda esa gente detrás. Mi esposo nos observa. —Ella se vio con fuerzas para reprobarlo.

Él sonrió de lado.

—¡Ah! Al menos no está todo perdido. Veo un poco de pasión ahí escondida tras la máscara. Hay esperanza para ti.

—¿Disculpa? —Ella no se creía lo que estaba oyendo.

—Cuando te canses de la rigidez y frialdad de Ashton, ven por mí. En mi cama encontrarás un lugar caliente en el que darle salida a esa pasión arrolladora que sigue estando ahí. —Y finalizó su indecente proposición con un guiño de ojo.

Emma lo miró con horror. Se recompuso de esa sensación y lo miró con seriedad. ¡Se le veía tan divertido con su intervención! Emma desearía poder darle un codazo en las costillas.

—Si es la manera que tienes de vengarte de mí porque una vez me atreví a robar uno de tus codiciados besos, lo has conseguido. No es ni el lugar indicado ni la ocasión para que hagas un espectáculo. Es la boda de la que llamo hermana. No vamos a empañar el día de Melly. Chesterfield, si no vas a comportarte con decoro y corrección, será mejor que te vayas de inmediato.

Él hizo una mueca. Más le gustaría no haber venido a esa estúpida boda.

—No puedo hacer eso.

Emma abrió los ojos como platos ante la respuesta de él.

—¿El gran Chesterfield no puede hacer lo que se le antoja cuando lo desea? Eso es toda una novedad —expuso con sarcasmo.

—No puedo hacerlo —siguió él hablando con calma—, porque la duquesa de Stone se ha empeñado en que yo esté hoy aquí y a ella no se la debe contradecir. Estimo demasiado mis nobles partes para osar ofenderla. No me arriesgaré a que ella me deje mustio.

Emma se llevó una mano a la frente. ¡Era incorregible! No entendía nada de lo dicho, pero sí la parte sobre la que hablaba de cierta zona de su anatomía. ¡Incorregible!

—¿Pero de qué demonios estás hablando?

Él la miró con una sonrisa ladeada. Emma se dio cuenta de que acababa de perder los nervios.

—Oh, duquesa, hay tanta pasión en ti...

Emma resopló con fuerza. Buscaba paciencia.

—Chesterfield... Esto es del todo inapropiado —señaló más para ella que para él.

—Lo es. Porque nunca debí consentir en que Ashton te tuviera —expuso con total naturalidad.

Y una vez más ella lo miró con extrañeza, pero ahora con la boca totalmente abierta. ¡No podía decir esas cosas! Emma perdió la poca templanza que le quedaba.

—¿Cómo te atreves a hacer semejante afirmación? Tú, que me besaste y saliste airado y a toda prisa de la Casa Manchester aquella noche. Tú, que no volviste a mi vida hasta... —Emma cerró los ojos y exhaló profundamente para templar la agitación que recorría su cuerpo—. ¿Qué derecho crees tener sobre mí? Vienes a mi casa hablando de un extraño... ¿anhelo?—Em no sabía cómo calificar lo que él creía sentir—. No, lord Chesterfield, no tiene ningún derecho. No cuando nunca se habló entre nosotros una palabra de sentimientos, o intimidad.

La miró con una brillante sonrisa. Eso la enfureció todavía más.

—No negaré que nunca abrí la boca para exigir algo de ti. Tampoco me atreveré a negar

que salí huyendo y despavorido porque aquel beso fue demasiado tentador. Seré un libertino, un rey de la perversión, como me apodan, y yo me vanaglorio de serlo, pero ni aun así hubiera estado bien apoderarme de los sentimientos de una tierna muchacha de apenas, ¿quince, dieciséis o diecisiete años? ¿Cuántos años tenías en aquel entonces?

—¿Acaso consideras que yo hubiera aceptado que tú usaras una fusta sobre mi carne? ¿Crees que hubiera sido una esposa permisiva con respecto a tus vicios? —Ella comenzó a negar con la cabeza. —No, Ches, ni con quince, ni con cien años. Y es de muy mal gusto sacar a colación una conversación como esta en estos momentos.

Él se tensó. No esperaba que ella conociese ese detalle íntimo de sus prácticas.

—¡Ah! Te han prevenido sobre mí... ¿fue antes o después de todo el episodio ocurrido con Ashton? ¿Fue Patrick o tu frío esposo el que te explicó mis gustos y necesidades? —Él dio un paso amenazador y buscó su oreja. Ella no se atrevió a moverse porque nunca pensó que él haría algo tan íntimo como lo que estaba haciendo—. Te habría subyugado con caricias y lamidas tan lascivas que hubieras suplicado que hiciera contigo lo que me placiera. —Ella jadeó de indignación. Él era mucho más peligroso de lo que recordaba—. Fusta en mano —siguió él mientras le hacía cosquillas en la oreja con su aliento—, hubieras gritado de pleno éxtasis. No te quepa la menor duda de que en mis manos hubieras sufrido menos haciendo el amor de lo que Ashton te hizo padecer. Él no te merecía. Jamás lo hará. Yo estuve allí. Lo vi. Fui testigo de cómo nació ese amor que no debió haberle estado destinado a él. Llegué tarde entonces. Estaré esperando impaciente a que recapacites y te des cuenta de la locura que cometiste.

—¡Emma! —Gritó el duque de Ashton, quien se acercaba a la carrera al verla tan cerca de Chesterfield.

—Ahí viene el esposo celoso. ¿Cuándo lo haremos cornudo? —En efecto, estaba deseando que ella lo abofetease y al fin se propiciase una pelea con su esposo. Esa que durante tantos meses había estado deseando.

Emma se separó de lord Chesterfield y compuso su sonrisa más dulce. Se giró para mirar a su esposo, que venía a toda velocidad.

—¿Si, Oliver, mi amor? —No era demasiado correcto dirigirse a Ashton por su nombre de pila en los términos tan íntimos en los que ella lo había hecho delante de otra persona, pero era necesario tranquilizar los temores que sabía que tendría su esposo. Después de que ellos dos tuvieran sus reticencias en su relación, comprendía que el interés de Ches en ella pudiera celarlo.

Del mismo modo que sabía que el conde deseaba protagonizar un enfrentamiento abierto. ¿Cuándo se convirtió ella en una persona tan importante para Chesterfield?, se preguntaba Emma sin comprender en qué momento se hizo eso posible.

Ashton llegó hasta donde figuraban ellos. Se acercó a su esposa y la sujetó por la cintura en una clara muestra de posesividad. Chesterfield trató de contener la sonrisa que pugnaba por salir. El duque se sentía amenazado por él y esa sensación le gustaba.

—Melly te necesita. ¿Por qué no vas a ayudarla a terminar de prepararse? —Emma rodó los ojos. No había sido muy sutil al ordenarle que se marchase de allí.

—Creo que será mejor que entremos los tres en la iglesia. —habló la duquesa—. Los invitados se están sentando ya.

—Em, adelántate, por favor. —Volvió a solicitar Ashton, quien no había dejado de mirar al que antaño fuese un rival en la conquista de su esposa.

Emma suspiró. Se colocó entre los dos hombres y los miró, primero a Ashton y luego a Chesterfield.

—Es un día de celebración. Si alguno de los dos hace algo que ponga en peligro la felicidad de Melly, no hará falta que lady Spencer, —de nombre Susan, quien era una amiga tan especial para Melly que las dos se consideraban entre ellas como hermanas— prepare una poción para revolveros las tripas, ni que la duquesa de Stone lance una de sus maldiciones, porque seré yo quien os dé una lección. ¿Comprendido? —Emma alzó una ceja al más puro estilo ducal. Ashton se maravilló con su esposa. La amaba tanto que creía que era imposible hacerlo más, pero de nuevo ella le acababa de demostrar que todavía era capaz de admirarla con mayor intensidad. Tan decidida y fuerte ante dos hombres que eran muy intimidantes...

El duque asintió y regresó la vista para ver que lord Chesterfield hacía lo propio, pero el muy bastardo estaba mostrando una sonrisa tan cautivadora que le dieron ganas de borrarla de un puñetazo. Apretó las manos en puños, tratando de contenerse. Cuando vio que Emma se alejaba lo suficiente del lugar fue cuando Ashton decidió advertir al conde.

—Lord Chesterfield, diría que es un placer volver a verlo, pero como comprenderá, después de nuestro...

—Sí, sí —lo interrumpió el conde—. Me queda completamente claro que no me quieres cerca de tu esposa —él prescindió de la formalidad porque esa conversación no la requería—. Y

que si vuelves a verme cerca de ella me retarás a duelo, que si oso tocarle un pelo de la cabeza me asesinarás con tus propias manos... —suspiró cansado—. ¿Olvido algo más que deba ser tenido en cuenta?

Ashton lo miró con ira. Ches era tan... tan... tan... ¡Lo odiaba! Después de enterarse de que el conde pretendía casarse con su Emma, ya nunca podría verlo con otros ojos. Ese hombre que tenía delante de él no tenía sentido del honor. No en cuanto a mujeres se refería. Tomaba lo que deseaba sin pedir permiso. No importaba que fuese una mujer casada o soltera.

—Tal y como ha señalado mi esposa —Ashton arrastró la palabra mientras trataba de no comenzar a golpearse el pecho como haría un simio protegiendo lo que era suyo—, no es necesario empañar un día señalado. Podemos hacerlo en otro momento. Bien en un cuadrilátero con una bonita pelea a puño descubierto, o bien en un club de esgrima. Incluso podríamos hacerlo en un campo de batalla con nuestras pistolas de por medio. No obstante, las amistades que nos unen no nos perdonarían a uno u a otro que nos matásemos. Así que considero que esta última opción no debería ser tenida en cuenta.

El conde lo miró con indiferencia y aburrimiento.

—Cuando y donde quieras, Ashton. Porque si bien me mantendré alejado de tu esposa, por mucho que la desee, puedes apostar toda tu fortuna y título a que no lo haré en el momento en el que ella decida venir a mí.

Ches estuvo satisfecho cuando vio que Ashton apretaba los labios con frustración en una fina línea blanca.

—Y tú, puedes apostar toda tu fortuna, título y perversión, a que eso sucederá cuando el mundo llegue a su fin, y ni aun así Emma será tuya. —Esta vez le tocó esbozar una brillante sonrisa al duque, quien, tras esto, giró sobre sus talones satisfecho consigo mismo. No dudaba de la lealtad de su esposa. Oliver la colmaría de tanto amor, que Emma no podría ni siquiera pensar en abandonarlo, ni a él ni su lecho.

Chesterfield maldijo por lo bajo. En su fuero interno hubiera deseado haber acertado cuando vaticinó que ese matrimonio entre los duques de Ashton no sería bien avenido. Se veía que entre ellos había una... una... Tal vez una relación muy importante. Y entonces se alegró de no haberse convertido en un hombre como el que había estado delante de él hacía escasos segundos. ¿Y si se hubiera casado con ella y se hubiese convertido en un mentecato que suspiraba devoción y exhalaba algodón de azúcar?

Bueno. Al menos le quedaba la satisfacción de verse como un hombre libre de la esclavitud de eso llamado amor. ¿Amor? Eso era del todo una invención de los mortales para estar sometidos los unos a los otros. No. Lord Chesterfield no cometería nunca la temeridad de ponerse a los pies de una mujer. Tal vez Emma hubiera estado cerca de lograrlo, no se atrevía a negarlo, pero lo importante era que no había sucumbido a los tontos impulsos que había manifestado en su momento un corazón que creía marchito.

Desde Linda, la primera esposa de Gales, nunca una mujer había logrado emocionarlo. Ches sacudió la cabeza. Bodas. Por eso las evitaba como la peste. Todo allí lo invitaría a anhelar, a desear, a querer encontrar el amor. Albus no negaba que la táctica de la duquesa de Stone para llevarlo a rastras había sido correcta, pero lo que su buena amiga —la única con quien no se había acostado— no sabía era que él no permitiría dejar latir su corazón, y menos, por cualquier otra persona. Todo lo que se permitía era adorar a un semental negro árabe y a un perro de caza que tenía en su finca que llegó a sus brazos después de rescatarlo de una trampa de cazadores furtivos. Salvo ese afecto por ambos animales, él no esperaba, ni deseaba, encontrar nada similar entre los de su misma especie.

Comenzó a caminar y vio a Patrick acercarse hacia él. Le dio mala espina verlo junto a Ger y al lado de otra mujer. Estuvo tentado a echar a correr.

—Hermano. —Lo saludó Ger mientras le daba un beso en la mejilla.

—Ches— Patrick le tendió la mano y él se la ofreció con reticencia.

—Es un placer verte —señaló educado el conde, quien se negaba a prestar atención a la mujer que sonreía al lado de Patrick.

—Deseamos presentarte a lady Wayne —tomó la palabra el duque de Ascot, mientras él lo miraba con una ceja alzada.

—Encantado, milady. —Ches tomó la mano enguatada de la dama y la besó.

—Al fin puedo conocerlo, milord. Llevo esperando mucho tiempo este encuentro —habló sin tapujos la mujer. Ches la examinó. Era morena, de ojos marrones. No era una muchacha. Debía ser la viuda de la que le habló su amigo mientras lo echaba sin contemplaciones de su casa. Tuvo que haber previsto que el esposo de su hermana no se refrenaría con facilidad.

—Espero que esté al tanto de mi reputación, milady. Si bien soy un conde, soy uno de los

mayores libertinos del reino. No tengo intención de cambiar, mucho menos de tomar esposa. Si lo que le han prometido mis... Mi hermana y mi amigo, es un puesto como condesa, no lo hay vacante. Si lo que desea es un lugar en mi lecho, puedo arreglarlo. —La mujer se sonrojó mientras Ger jadeaba y Patrick lo miraba con reprobación. Como nadie decía nada y él tenía muchas ganas de dejar atrás esa escena, se movió un paso hacia delante y dijo—: Hay una boda a la que acudir. Si me disculpan...

Los dejó atrás, supuso que tanto Ger como Patrick se estaban disculpando por su impertinencia. Sonrió satisfecho. A él no era tan fácil tenderle una trampa. No era el Rey de la Perversión por nada.

La sonrisa se le borró cuando vio que Elvina se acercaba a él con su padre al lado. ¡Por los huesos de Lucifer! Bien. En esta ocasión la pareja a la que tenía que atender no venía con una mujer a su lado...

—Duquesa —saludó Ches primero a la esposa de su padre—, Gales —miró al duque a los ojos mientras inclinaba la cabeza.

—Hijo. —Ed hizo una breve inclinación de cabeza en señal de cortesía también.

—¡Por amor de Dios! Sois padre e hijo... ¿No hay otra forma menos fría de saludaros? —Se quejó Elvina.

Ches la miró con una sonrisa.

—Cuando era un niño pequeño, después de que la que llegué a llamar madre falleciera, necesité amparo y cariño, un abrazo del que creía que era mi padre. Eso no llegó entonces porque un hombre no debía mostrar debilidad. ¿Espera ahora, duquesa, que corra a los brazos de mi padre y le profese mi amor?

Elvina sintió su corazón partirse en dos. Ahí había mucho dolor. Reprimió sus ganas de abrazarlo y consolarlo. Tenía ante ella a un hombre hecho y derecho de unos treinta y cinco años y no debía tratarlo como menos que eso. Pero le hubiese gustado tanto abrazarlo y reconfortarlo para darle un poco de esa paz que Elvina sabía que tanto necesitaba...

—No, por supuesto que no —habló la duquesa—. Ni usted pretenderá que yo lleve a su padre sobre mis rodillas y lo castigue por no haber estado a la altura de las circunstancias en su momento.

Ches la miró con sorpresa. Esa mujer nunca dejaría de sorprenderlo. El conde sonrió pícaro.

—Tenga cuidado, duquesa, eso podría llegar a gustarle. Únicamente mantenga alejadas las fustas porque puede que mi padre —arrastró la palabra— desarrolle una insana satisfacción al respecto. Dios nos libre de que eso suceda, porque ello implicaría que toda su vida él había estado equivocado sobre mis vicios y placeres.

—No —respondió ella a la ironía de él—. Lo hemos visto y probado en tu casa de vicio y...

—No es una casa de vicio. Es la Mansión de la Perversión —la corrigió él con humildad sin llegar a inmutarse por lo que la esposa de su padre acababa de confesar. Él los vio una vez atravesar las puertas de su casa y se quedó helado. Elvina tuvo su admiración por hacer que Gales fuese allí.

—Como sea —siguió Elvina—. Lo hemos visto con nuestros propios ojos y... En fin, ni lo censuramos ni lo aprobamos. Tu padre y yo consideramos que las prácticas que presuponemos que son de índole íntima para ti, son excéntricas. De cosas peores hemos tenido que ser testigos —ella recordó uno de los descabellados planes que había ideado en su juventud y que implicaron a su madre para terminar con un ser malvado—. No podemos retroceder el reloj, pero sí mejorar el presente y el futuro.

—¿Pueden? ¿Quiénes? —preguntó jocoso.

—Te conozco desde que apenas eras un muchacho que comenzaba a requerir que afeitasen su rostro. Ya entonces eras un joven impulsivo e irreverente. Tu padre no habrá hecho las cosas bien, pero tú tampoco has facilitado la reconciliación.

—Con el debido respeto, excelencia, no voy a simular que es usted mi madre, ni que gozo de una familia feliz. No deseo ni comprensión ni aprobación por parte de nadie. Las cosas están bien tal y como están. No tengo deseos de cambiar un ápice nada, y repito nada —porque él ya se figuraba que la antigua marquesa viuda de Ailsa se traía algo entre manos—. En lo que a mí se refiere, todo está perdido. No se puede salvar a quien no desea la salvación.

Elvina levantó una ceja arrogante y le sonrió levemente. Él sopló y resopló. Esa mujer no lo iba a dejar en paz. Por suerte, tenía planeado ausentarse del reino hasta que todo se calmase y se olvidasen de él.

Chesterfield dio un paso al frente para bordear a la pareja. La duquesa de Gales se colocó delante.

—Hay una dama a la que vas a conocer en cuanto se ofrezca el desayuno de bodas. Puedes tratar de huir, de esconderte bajo las piedras, pero vas a conocer a la mujer que he seleccionado para ti, y que es indudablemente mejor que la que ha traído mi sobrino Patrick.

Chesterfield no se molestó ni en contestar. Avanzó hacia las puertas de la iglesia familiar.

Gales miró a su esposa.

—No creo que nunca me perdone —señaló con tristeza el duque.

—Necesita tiempo. Él cree que está roto y no pretende que nadie lo arregle. Hemos de tener paciencia. Como diría mi sobrino Patrick, yo no sería quien soy ni haría lo que hago, si no fuese capaz de tramar un buen matrimonio para tu hijo.

Gales rompió a reír. Solo ella era capaz de poner luz en la oscuridad.

—Espero que sea feliz. Deseo su felicidad por encima de todo.

—Lo sé, Ed. Cuando venza su terquedad, podrá alcanzar lo que necesita para sanar.

—¿Y su reputación? En muchos lugares no será bienvenido.

—Es un conde. Es un hombre. Si fuese una mujer, la cosa sería difícil porque la sociedad no podría perdonar sus faltas. Siendo un hombre y teniendo el beneplácito de la Corona, podemos lograr que sea un miembro de las altas esferas.

Elvina acababa de explicar una gran verdad. Las reglas para uno y otro sexo eran completamente diferentes. Era algo que a la duquesa de Gales, e incluso a su hija Valerie, les había costado de aceptar, pero las cosas eran como eran. Una mujer estaba a merced de los designios de un hombre. Casarse era la única solución para una dama si no quería morir de hambre. Pocas había que fueran ricas herederas y pudieran conservar su independencia, e incluso a esas pocas, sus padres, tutores o allegados las obligaban a tomar el matrimonio como la única vía posible en su futuro.

La pareja se encaminó hacia las puertas de la iglesia albergando un poco de esperanza. Eran muchos los que se habían unido para que el díscolo Chesterfield tuviera la oportunidad de ser feliz junto a una buena mujer. No todo estaba perdido.

Por su parte, Chesterfield se enfrentó a la última barrera que quedaba por saltar para ver a los futuros esposos recitar los votos y poder largarse. Lisa. La duquesa de Stone lo esperaba justo al pie de los bancos más cercanos de la entrada del lugar.

—Si tienes escondida bajo la falda a una mujer con la que desees que me case, estaré encantado de agacharme para echar un vistazo —le dijo Ches esperando escandalizarla. Puesto que su esposo no andaba cerca, podía permitirse ciertas licencias con su amiga. ¿No lo había obligado la duquesa de Stone a ser amigos años atrás, cuando él se había resistido a serlo? Bien. Pues ella tenía que acarrear con las consecuencias.

—No seas ridículo. Bajo de mi falda no llevo nada. —Ella se acercó a Ches para hablar solo para su oído—: Stone es insaciable, me conviene estar lista para él cuando me necesita. He dividido ya un gabinete en la casa de Ashton donde voy a dar rienda suelta a mi imaginación. —Ella le sonrió con picardía. Él la miró horrorizado. ¿Por qué con ella siempre le salía el tiro por la culata?, se preguntó con desesperación. La imagen no se le iría de la mente ni frotándola con agua caliente. Eso sí, para los buenos súbditos británicos, Ches era un depravado... Si supieran de los gustos de este peculiar matrimonio que eran los Stone... Ches suspiró.

—¿Qué quieres, Lisa? —inquirió con hastío. No podía soportar más reprimendas, ni casamenteras, ni... ni... ¡Estaba harto de tener que comportarse! Ojalá se prendiera fuego por haber entrado a un lugar santo. Ches bajó con esperanza la mirada hacia su pecho para ver si las llamas de Satán se iniciaban desde su interior. No tuvo suerte. Le tocaría seguir soportando tonterías.

Ella agitó los hombros con despreocupación.

—Nada. He venido porque no quería que estuvieras solo. He oído a Ashton amenazar a su esposa con retarte a duelo si volvías a acercarte a ella. ¿Por qué no me dijiste que habías puesto tus ojos sobre esa mujer? —Le recriminó como si fuera su madre—. Yo te habría ayudado a conseguirla. Eres un hombre terco.

—¿No me acusa tu esposo de querer robarte a ti cuando vienes a hablar conmigo?

—Sí. A Tom le cuesta comprender que seamos amigos. De hecho esta sociedad tan rígida no puede concebir que un hombre y una mujer no tengan una relación de amistad sin que medie nada más entre ellos. Mi esposo es muy posesivo. Puedo manejarlo. No tengas miedo —apuntó con diversión.

—¿Entonces debería haberte pedido matrimonio, Lisa? —respondió con cansancio.

Ella lo miró con desagrado.

—No trates de engañarme. No podrás. No está mal que lo intentes, pero te conozco. He visto a través de ti. Eres mi amigo, ¿recuerdas?

—Sí, Lisa, tengo la bendita suerte de poseer tu amistad. Tanto que a veces desearía que Stone me hubiese pegado un tiro —ironizó con altanería.

Ella se rio con ligereza. Acostumbrada como estaba a sus desplantes, tuvo que reconocer que al menos él había sido original en esta ocasión.

—Al final agradecerás mi amistad. Te lo garantizo. Vamos, querido. Siéntate junto a Stone y a mí. No quiero dejarte solo o Elvina y Patrick dividirán tu bello cuerpo en dos para dárselo a esas dos mujeres que creen que te convienen.

—¿Bello cuerpo? Si te oye tu esposo, sí acabará por enviarme al otro mundo, querida mía, y me gusta demasiado seguir vivo.

—Puede ser. Aun así, no he dicho ninguna mentira. Te he visto desnudo —ella se tocó la sien con dos de sus dedos para tratar de recordar—, por lo menos dos veces.

—Sí, dos veces que viniste a mi alcoba privada para molestarme. —Respondió, mientras ella enhebraba su mano en su antebrazo para dirigirlo hacia donde estaba Stone sentado.

—Cuando te enfadas resultas encantador. Deberías mostrarte más veces en ese estado. Ninguna mujer se resistiría a ser tu esposa

—¡Yo no quiero una esposa! —Levantó la voz demasiado y los invitados lo juzgaron severamente entre murmullos.

—No te apures. —Lisa movió su mano izquierda para restar importancia al hecho de que el público lo miraba acusados—. Te están observando porque esperan que Dios baje de las nubes, te señale con el dedo y te saque a patadas de su Mansión de la Santidad. —Ella se felicitó a sí misma por haber hecho ese juego de palabras. Él la miró serio.

—Eres insufrible.

—Lo sé, pero tú me adoras.

—Eso no es cierto. Te detesto.

—No —rebatíó ella.

—Sí.

—No —Lisa negaba con convicción con la cabeza.

—Sí, lo hago —aseveró él convencido en su apreciación—. Haz el favor de sacar tus manos de mí, porque tu esposo no cesa de mirarme, y si tiene suerte y con la mirada consigue acabar con mi vida de perversión, no habrá motivo para que baje Dios a echarme por la fuerza de su casa, porque Stone lo hará con sus propias manos.

Lisa sonrió a Stone. Su esposo era tan encantador cuando se ponía celoso... Tal vez se saltase la ceremonia y se marchase hasta un lugar apartado, incluso en medio del campo podría montarlo... Lisa se regañó a sí misma. No estaba bien tener esos pensamientos en un lugar sagrado, y tampoco lo estaba el hecho de pretender perderse la boda de la pequeña Melly, quien evidentemente ya no era pequeña, sino toda una mujer.

—Stone no te tocaría un solo pelo de la cabeza... Sin mi autorización, claro. —Ches rodó los ojos. Esa mujer tenía demasiado poder sobre los que consideraba sus amistades. Era ingobernable, irreverente; y lo peor era que nadie conseguía frenarle los pies. Todo lo duro y bruto que era su esposo, y durante estos años no había conseguido sosegarla... El conde sonrió. Ella era demasiado parecida a él en muchos aspectos.

—Chesterfield —lo saludó Stone con seriedad.

—Excelencia. —Ches bajó ligeramente la cabeza para mostrar respeto. Eran amigos, pero el duque siempre recelaba de él. Bueno... Stone recelaba de cualquier hombre que mirase demasiado a su esposa. ¿Cómo pretendían que se casase? Todos los hombres que tenía a su alrededor habían sido incluso más pecadores que él en cuanto a placeres carnales. Patrick, Stone, incluso el odioso Ashton y su propio padre fueron varoniles, arrogantes, hombres de la selva y se habían echado a perder en cuanto se casaron con sus esposas. ¿Él, casado? Ches compuso una mueca de desagrado que hizo sonreír a Lisa. Ella lo miró con astucia.

—Cuando encuentres a la mujer que dará al traste con tus convicciones, también te pondrás de rodillas —le susurró ella al conde.

—Por mucho que te empeñes en decirlo, no eres una bruja. Sencillamente me conoces bien y sabes lo que ha pasado por mi mente. —La maldita mujer siempre lo pescaba en sus pensamientos.

—¡Exacto! Soy una mujer muy inteligente y muy observadora. —Esa era la versión oficial, que no era la definitiva del todo, porque ella descendía de las Hijas de Natura y cuando necesitaba la fuerza de sus antepasadas podía suceder cualquier cosa—. De todos modos, has hecho muy bien en no irritarme y venir a mi llamada. Stone apostó en tu contra. Dijo que no aparecerías.

—Lisa, ¿por qué no lo dejas mustio una temporada? Le vendría bien para buscar esposa. —Habló el esposo de Lisa, que estaba muy interesado en la conversación que mantenían ambos.

—Tal vez lo haga —dijo pensativa—. Podría lanzar una maldición y hacer que su mente comenzase a pensar que él sería incapaz de satisfacer a una mujer... No sería la primera vez que lo hiciera —Lisa miró a Ches—, y tal vez te vendría bien centrarte en lo que te conviene. Es momento de que tomes una esposa. —La última parte la sentenció total y absolutamente convencida de lo que decía.

—Puedes intentar hacer que mi virilidad no responda a los estímulos necesarios para... ponerse en pie de batalla. Pero olvidas que seguiré moviendo la lengua y podré sostener una fusta. —Chesterfield no se iba a amedrentar. No importaba que estuviera en una capilla.

Stone maldijo al oír la contestación porque el maldito libertino no había tenido la decencia de bajar la voz y las personas que estaban a su lado se habían levantado despavoridas.

—Sí, es verdad —siguió la duquesa sin hacer caso a los jadeos que se oyeron cerca de ella por el modo tan inapropiado de hablar de Ches—, pero estoy segura de que no disfrutarías ni la mitad de tus perversiones...

—¿Estás segura de ello? —La retó él con una ceja alzada.

—¿Quieres apostar, amigo mío? —aguantó el reto ella con suma maestría alzando también una ceja—. Tan solo estarías poniendo en peligro tu hombría.

—No soy tan débil como tu esposo y aquel otro al que oí que también privaste de su virilidad. —Habló Ches.

—Lord Spencer —puntualizó Lisa para referirse al esposo de su mejor amiga Susan. Esos dos, a los que ella maldijo en su momento con no poder usar sus atributos masculinos, se lo merecían.

—Como se llamase. Estoy seguro de que ese truco tuyo funcionó porque en el primer

caso, Stone estaba a tus pies y su culpabilidad le impidió funcionar con la correcta normalidad. Me consta que así fue porque yo estaba allí. Tú te aseguraste de que viese todo aquel drama en primera fila. En el segundo de los casos, ese otro hombre a buen seguro también estaba a los pies de la dama a la que probablemente ofendió y tú metiste aquella idea en su cabeza para que dejase de ser un pícaro durante un tiempo.

—¿Ves como no te elegí por nada? Eres mi estimado amigo porque eres uno de los hombres más inteligentes que conozco, Ches. —Lisa oyó que su marido carraspeaba molesto. Se giró desde su posición, porque ella figuraba sentada en el banco de la pequeña iglesia en medio de ambos hombres, para mirar a esposo—. Tú eres otro de los hombres inteligentes de mi vida. Eres mi esposo. Creo que a estas alturas ya deberías estar seguro de que para mí, no hay otro mejor que tú, Tom. Eres insuperable —Ella evitó decir que incluso lo había sido a la hora de meter la pata... pues le hizo sufrir un verdadero infierno en su momento. Eso era cosa del pasado y ya no había motivo para recordar aquello.

Stone mostró una sonrisa de satisfacción. Le gustaba que Lisa hubiese dicho eso en presencia de Chesterfield.

—¿Has terminado ya, Lisa? —Ches tenía ganas de echar a correr. ¿Qué diantres pintaba él en una boda, y además de la hermana del hombre que más detestaba?

—No. Estaba diciendo que si quieres, puedo maldecirte.

—¿Por qué diablos iba yo a querer algo como eso? —Ches estuvo a punto de rezar una plegaria para que Dios no permitiese semejante cosa. No estaba del todo seguro de que ella no tuviese poderes míticos, y en honor a la verdad no pretendía averiguarlo.

—Creí que habías dicho que yo no era una bruja —apuntó Lisa con inocencia.

—Una cosa es que no lo crea y otra muy diferente tentar a la suerte. Has dicho que yo era un hombre muy inteligente y como tal tomaré la precaución de no querer una de tus maldiciones.

Ella reflexionó ante las palabras de su amigo. Tuvo una ocurrencia:

—¿Quieres una bendición mía? No lo he hecho nunca, pero imagino que será igual de efectivo.

—¿Para qué demonios desearía yo algo como eso? —inquirió más escandalizado que antes.

—Para casarte, naturalmente —respondió ella convencida de lo que acababa de señalar.

Stone se puso nervioso de nuevo porque estaban dando pábulo a murmuraciones.

—Creo que no es momento de maldecir o blasfemar, Chesterfield —tuvo que recordarle el duque de Stone.

—En efecto —concedió Lisa—, sería momento de que la novia apareciese para que la boda comenzara. ¿Qué sucederá con Melly? —preguntó mientras fruncía el ceño.

—En fin —Ches comenzó a ponerse de pie—, yo he cumplido con esta... con esta... con esta obligación que me habías impuesto, Lisa. He venido a esta estúpida boda —más murmullos censuradores se oyeron. Ches levantó la vista y vio que Emma estaba conteniendo a Ashton para que no saliese en su busca. Si solo la duquesa de Ashton lo soltase y él pudiera pelearse con él, el viaje habría valido mil veces la pena—. Es momento de que regrese a mi vida de pecado, de la que no hube de haber salido... —miró a Lisa con reprobación... Se quedó parado esperando a que ella lo obligase a sentarse o lo regañase. Eso no sucedió.

Lisa, al ver que lord Chesterfield estaba de pie y la miraba con curiosidad, decidió hablar.

—¿No te marchabas, querido? —Lo invitó a irse.

Ches relinchó como si fuese un caballo. Esa mujer no era una bruja, era el demonio hecho mujer.

El conde salió de allí a toda prisa sin mirar más que hacia delante. Si la vista se le desviaba y caía sobre Patrick, Elvina, o incluso sobre Gales, estaba seguro de que todos se levantarían para apresarlos y obligarlos a quedarse y conocer a sus pretendientas.

¿Desde cuándo las damas atosigaban a los hombres? ¿No solía ser a la inversa?, se preguntó con cierto humor. Tal vez los tiempos estuvieran cambiando...

Lady Amelia Worth. Melly para sus allegados. Una hija bastarda del anterior duque de Ashton. Ese había sido su título y estigma durante buena parte de su vida. Ni en el día más

importante de su vida podía olvidar esa culpa que había portado sobre sus hombros y de la que no había sido responsable. Su boda. ¿Un día feliz?

Todavía recordaba cuando vio a su prometido con quince años y se quedó prendada. El señor Leopold Shell. Todo un seductor. Fue el hoyuelo en la parte derecha de su boca el que hizo que ella lo mirase embelesada cuando la defendió de unas muchachas que la estaban acusando de eso, de ser bastarda. Ni sus ojos increíblemente azules ni su pelo cobrizo tuvieron tanto peso como ese hoyuelo que se formó cuando él le sonrió de forma amigable y tierna.

Había derramado demasiadas lágrimas por él. Era testaruda. Tanto o más que su hermano Oliver. Tuvo claro desde el principio que lo quería a él, a Leo, y que no se casaría con otro. Lo había conseguido. Su sueño hecho realidad. Ni siquiera cuando él trató de seducir a la actual esposa de Ashton, a Emma, ella se dio por vencida. Tampoco cuando él le dijo que no sabía si podría convertirla en su esposa si ella no permitía...

Melly cerró los ojos con fuerza esperando que todo fuera un sueño y que al abrirlos la realidad fuese diferente. Sabía que eso no iba a pasar. Ella sola se había metido en este gran enredo y no sabía cómo salir, cómo escapar sin arruinarse a ella misma y sin decepcionar a todos. En especial a su hermano. Oliver le había dicho que el señor Shell no era bueno para ella, pero Melly lo había atribuido a su constante necesidad de protegerla de todo, de todos. Si solo le hubiera hecho caso a Oliver y ella lo hubiera olvidado...

No fue todo malo con Leo. Al principio creyó que era una princesa y que su príncipe, ese que la había defendido de aquellas jóvenes malvadas, podría luchar todas las batallas por ella. Lo fue idealizando tanto, que en algún punto del cuento de hadas que Amelia misma había creado, todo se torció. Él no era un príncipe. Definitivamente, ella no era ninguna princesa. Leo le había enseñado que había algo mal con ella.

Melly abrió los ojos. La opresión que sentía en el pecho no le permitía respirar con normalidad. Trató de serenarse. Fue imposible.

Debió haber parado esta locura cuando aún no se habían leído las amonestaciones. Casi todo un año de cortejo que no había servido para enamorarla, sino para que al fin se diera cuenta de que esas estúpidas historias de princesas que tanto le habían gustado desde pequeña no servían más que para destrozarse vidas.

No sabía qué hacer, porque se sentía del todo... Él la había estafado. Su prometido se había apropiado de sus ilusiones, sueños y deseos y los había convertido en cenizas. Tantas

personas que tenía a su lado para ayudarla y no quería pedir auxilio a ninguna.

Confiaría su vida a su hermano, a su mejor amiga Susan, a la que consideraba más una hermana que otra cosa. Incluso la duquesa de Stone la sacaría de allí en un abrir y cerrar de ojos. No podía hacer eso. No deseaba que sintieran compasión por ella, que la salvaran de nuevo mientras le acusaban de haber sido una muchacha caprichosa que no atendió a razones cuando vio las primeras advertencias. Lo que le sucedía era demasiado íntimo y embarazoso como para confiárselo a alguien.

Era un hervidero de preocupaciones. Su cabeza trabajaba a marchas forzadas para encontrar una salida. Su mirada se dirigió de forma inconsciente hacia la salida que figuraba a la derecha.

Esa pequeña habitación en la que Susan la había depositado tenía una puerta que daba directamente al jardín. En dos minutos podría ser libre.

—Melly, ¿me escuchas? —Preguntó Susan al ver que su amiga miraba hacia la puerta con mucha atención—. ¿Estás esperando a alguien?

—A un salvador —murmuró por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —Quiso averiguar Susan, mientras se acercaba con cuidado para colocarse delante de su amiga.

Amelia abandonó la silla en la que se encontraba sentada y se levantó para abrazar a una de las personas más importantes de su vida.

—Susan, te adoro. ¿Sabes que te quiero, verdad?

—Lo mismo que yo. —Susan correspondió con efusión a la improvisada muestra de cariño.

—Pase lo que pase, necesito que sepas que te quiero. Oliver y tú sois lo más importante en mi vida. Mi hermano y tú sois mi familia.

Las dos mujeres seguían abrazadas.

—Lo sé, Melly. Me estás preocupando. Dime qué sucede, por favor.

Lady Amelia se separó de su amiga y la miró con una tierna sonrisa.

—Sucedé que soy feliz. Miro a mi alrededor y veo junto a mí a personas que me quieren. Me duele ser una carga. Los orígenes de mi nacimiento siempre me perseguirán.

—¡No! —La cortó enérgica Susan—. No te atrevas a decir esa palabra que tanto despreciamos.

La joven volvió a abrazar a Susan.

—Que no la diga no implica que yo no sea una bastarda.

—¡Melly! —La regañó con el uso de su nombre.

—Tengo tanto miedo de defraudaros y que vosotros también me deis la espalda que...

La futura esposa se volvió a separar de su amiga y le cogió las manos con firmeza.

—¡Nunca! —Fue una promesa.

—¿No recuerdas lo que hizo Oliver contigo cuando creyó que tú lo habías...? —Su hermano se portó muy mal con Susan en su momento.

—No. No recuerdes el pasado. Esa historia quedó atrás. Mi esposo, Lee, pagó sus errores, Oliver pagó los suyos e incluso yo misma tuve que vivir con las consecuencias de mis silencios. Estamos bien todos. Somos felices. Tú vas a casarte con el hombre que amas. No mires atrás.

—Has sido tan buena, Susan. No pude haber pedido nunca una amiga mejor.

—Ni yo una hermana pequeña tan preciosa y amorosa como tú. Es normal que estés nerviosa en el día de tu boda. Vas a ser parte de él. Tu vida ya no será tuya, será de tu esposo. Te convertirás en su propiedad, por ello es muy importante elegir sabiamente a tu hombre.

Melly sintió un nudo en su garganta.

—Lo sé. ¿Podrías, por favor, dejarme unos pocos minutos a solas para que me serene?

Susan frunció el ceño.

—¿Va todo bien, Melly? Puedes hablar conmigo de todo lo que quieras. Lo hemos hecho desde pequeñas. —Susan le acarició la mejilla.

—Por favor, déjame sola. Necesito unos minutos. Estoy bien. —Aseguró afirmando con la cabeza. No le gustaba mentir a la que amaba como a su hermana, pero necesitaba un poco de

paz.

—Estaré ahí mismo, al otro lado de la puerta. Cuando estés lista saldremos. ¿De acuerdo, cariño?

—Sí. —De nuevo otra mentira más.

Susan, la actual marquesa de Spencer, salió del lugar mientras suspiraba de impotencia.

Melly se encaminó hacia la otra puerta que había estado planeando sobre su mente y la abrió. El aire fresco que le sobrevino en el rostro le dio la libertad que necesitaba. Sin pensarlo demasiado comenzó a andar a paso ligero. Un caminar que pronto se transformó en una carrera frenética.

Pero la suerte no estaba de su lado y, justo cuando llegaba a la arboleda para ocultarse del presente y escapar, una piedra la hizo tropezar. Colocó la manos para tratar de frenar el mal, pero sus posaderas, concretamente su nalga derecha, se llevó la peor parte. Su pie también quedó deformado.

Sintió unas tremendas ganas de llorar. No era buena ni para escapar de su destino. Estaba condenada a un matrimonio que se convertiría en un infierno y encima habría de soportar la vergüenza de ser pescada huyendo. Cobarde. Esa era la palabra que le venía a la mente una y otra vez.

Comenzó a maldecir como si fuese un pillastre de los bajos fondos de Londres. Y cuando terminó, vio esa piedra que había dado al traste con su magnífico plan... De acuerdo, no era tan bueno, porque no sabía hacia dónde ir o qué hacer, solo que necesitaba huir de allí. En fin, cogió esa tonta piedra, la miró con ira y la lanzó con fuerza, como si con ella fuesen a desaparecer todos sus problemas.

Melly debía de confesar que se sentía un poco más ligera. Ese berrinche le había servido para calmarse. Hasta que recordó que estaba en el suelo, herida y que su pie no iba a poder responderle. ¿Qué más podía salir mal?

—Ha sido fascinante oír maldecir con tanto coraje a una mujer. Y ha sido apasionante ver cómo esa maléfica piedra recibía su merecido. Confío en que esté muerta y bien muerta —señaló una voz masculina cargada de humor.

Melly levantó la vista, y cuando vio a ese poderoso hombre ante ella, supo que sus

problemas únicamente acababan de comenzar. Se sintió tan avergonzada que solo pudo sonrojarse. El dolor de su pie y esa zona tan inapropiada que se había llevado la mayor parte del impacto, no le permitían sentir la cohibición que debería mostrar.

No supo qué decir o hacer. Tampoco pudo hablar cuando ese apuesto hombre le sacó el zapato para inspeccionar su pie.

—No está roto, pero se va a poner morado —observó él, mientras lo masajeaba con sumo cuidado—. ¿Le duele algo más aparte del pie, milady?

Melly negó con la cabeza, incapaz de mover la lengua para articular alguna explicación.

Lord Chesterfield la cargó en sus brazos. Melly se agarró a su cuello. Sándalo. Inspiró más fuerte y efectivamente, él olía a sándalo.

—¿Le gusta?

—¿Uhm? —La joven seguía sin poder hablar.

—El olor que desprendo... Tomé un baño hoy mismo, era lo mínimo que debía hacer para acudir a una boda. Aunque si hubiese sabido que no iba a celebrarse ninguna, tal vez hubiese venido dando una enérgica cabalgata y no hubiese importado que apestase a caballo. —Ches la miró de soslayo. Ella no dijo nada al respecto de esa observación.

Anduvo unos pocos pasos más. Cuando el conde llegó a mitad del camino tuvo dos opciones: dirigirse hasta la puerta por la que la había visto salir corriendo o elegir el recorrido que quedaba hasta su propio carruaje. Entonces preguntó:

—¿Derecha o izquierda?

Melly sacó su cabeza de su cuello y lo miró con curiosidad. Él hizo un leve gesto con la cabeza advirtiendo las posibilidades que la joven tenía, y ella comprendió lo que le estaba preguntando.

—Sáqueme de aquí, se lo suplico.

Y ese fue el momento en el que él se desvió hacia la izquierda para alcanzar su carruaje.

—Sus deseos son órdenes, milady. —Aseguró con una brillante sonrisa, al tiempo que pensaba en la suerte que había tenido de salir de la capilla para divisar a una novia que había

emprendido una huida despavorida...

Y no era una mujer común, porque más allá de sus profundos ojos azules, su cabellera rubia que parecía oro bruñido, sus largas y espesas pestañas y esos dulces labios que habían blasfemado con toda la rabia que ella sentía, había un cuerpo muy bien formado que dependía del hombre que Ches despreciaba con todas sus fuerzas. Ella era la hermana de Ashton y el conde no se consideraba tan necio como para desperdiciar una oportunidad como la que se le había presentado.

La subió en su carruaje y la colocó con cuidado sobre el cómodo asiento de terciopelo rojo. Cerró la portezuela, no sin antes decirle a su cochero que pusiera rumbo a Mistrell —su finca de campo—, y echó las cortinas para protegerla de ojos indiscretos.

La pareja se marchó sin saber que varios pares de ojos habían estado viendo la escena desde la distancia. De las tres mujeres que permanecían con la nariz pegada a la ventana, una sonreía, la otra apretaba las manos en señal de súplica y la tercera mantenía un porte regio.

—No estoy segura de esto, Lisa —Susan fue la primera en hablar.

La duquesa de Stone descompuso su sonrisa y la miró con seriedad.

—¿Preferías verla casarse con ese hombre que iba a convertir su vida en un infierno, Susy? —La duquesa de Stone llamaba así a su mejor amiga.

—Desde luego que no. Nunca me gustó el señor Shell, ya lo sabes —confesó la marquesa de Spencer a su amiga—, pero dejar que lord Chesterfield se la lleve... Melly estará arruinada si esto no sale como tú pretendes.

La duquesa de Stone agitó su mano para restar importancia al asunto.

—Ha vivido en el campo y tampoco es que se haya relacionado con demasiada frecuencia en sociedad. Nos tiene a nosotras para arroparla si algo falla. Es la hija natural de un duque. Amelia no lo ha tenido nunca fácil. Ha sabido vivir con ese estigma. Estará bien.

—Bajo la protección de su hermano, Ashton —hubo de recordar la marquesa.

—Sí, y ese hermano la volverá a custodiar si algo se tuerce. Ella estará bien con Ches. Es incapaz de hacer daño a una mosca —expuso con total convencimiento Lisa.

—No es eso lo que se dice —habló Susan con malestar.

—No pasará nada malo. Él no podrá tocarla —la duquesa de Stone amplió su sonrisa.

—¿Le has dado algo para que no pueda...? En fin, ¿has hecho algo para que no sea capaz de ejercer como un hombre, Lisa? —preguntó con esperanza.

—No. No hará falta. Hace muchos años que conozco a ese hombre que se cree imperturbable, que se considera más duro que esa roca que Melly ha lanzado lejos. Lo que Ches no sabe, es que ella va a hacer justamente eso con él y cuando sea consciente de lo que le ha pasado, no podrá deshacer lo ocurrido. —La duquesa de Stone conocía muy bien el fondo de Ches. Era noble, era leal y debajo de esa amargura habitaba un hombre que deseaba ser descubierto. Era un lobo y tan solo una oveja conseguiría domesticarlo.

—Si algo malo le sucede a Melly yo misma terminaré con su vida. No me importa que lo adores. Si la hiere, lo mataré. —Susy, no estaba tranquila con lo que había acontecido.

Cuando Susan ingresó de nuevo en la habitación y se percató de que Melly no estaba, supo que había huido. Lisa ya se lo había advertido. El señor Shell no era para su joven amiga. La marquesa había tratado de que ese enlace no se celebrase, pero la duquesa de Stone le pidió que confiase en ella, y una y otra vez había pronunciado su credo como hija de Natura: «Susy, no te agites, nada sucede en vano, todo tiene un motivo», había dicho Lisa casi a diario desde que se leyeron las amonestaciones.

—Tú estabas allí aquel día, en la Mansión de la Perversión. Viste cómo miró Ches a Melly cuando yo le pedí que la custodiase. Lo vi entonces y lo he vuelto a ver hoy. —Lisa estaba muy tranquila.

—Sí —habló Susan—, no negaré que él estuvo muy atento con ella. Demasiado. Pero no es como si hubiese caído fulminado por un rayo de Afrodita.

La marquesa todavía recordaba aquella vez que, junto con su esposo lord Spencer y el esposo de Lisa, ellas dos habían ido a visitar la Mansión de la Perversión y vieron allí a Melly. Susan creyó que no era su hermana pequeña la que había ido a visitar un lugar tan maléfico como ese. Y cuando avanzó para ir a por ella, Lisa dijo que no debía intervenir. La convicción con la que lo señaló la dejó anclada en su sitio. La duquesa de Stone pidió que tuviese fe en ella y Susan no se negó. Uno no debía llevar la contraria a la duquesa de Stone. Lisa sabía mucho más de lo que decía. Ser descendiente de una poderosa cailleach le había conferido a Lisa ciertos aspectos especiales que Susan no se atrevía a negar.

—No. No fue así, porque Ches no es como los demás. Él es un cazador. Él seduce a su

placer. Necesita a una mujer inocente que lo enrede en su maraña sin que él sea consciente de lo que sucede. Cálmate, Susan. —La duquesa de Stone dejó de mirar por la ventana y se acomodó en una silla. Susan la siguió.

—¿Y usted qué opina, duquesa de Gales? —Susan quiso saber la opinión de Elvina, la antigua marquesa de Ailsa.

La interpelada chasqueó la lengua.

—No he intervenido porque sinceramente creo que ese muchacho merece una oportunidad. No sé si estamos obrando bien con respecto a lady Amelia. Es muy joven, sin preparación para lo que se le viene encima. Demasiado inocente. Él es un hombre muy oscuro. No va a saber manejarlo. —Elvina tenía ciertas dudas.

—De eso se trata —tomó de nuevo la palabra Lisa—. Melly es pura luz, tan cegadora que lo dejará ciego. Él necesita privar su vista para aprender a escuchar a su corazón. Si Melly no lo consigue, nadie será capaz de llegar hasta él. No conozco un alma más pura y buena que ella, además de ti, Susan —puntualizó la duquesa de Stone, no sin motivo, pues Susan y Melly eran muy parecidas en cuanto a candidez y bondad—. Estoy segura de que Melly puede salvarlo.

—Solo necesitamos rezar y confiar en que él quiera la salvación —apostilló Elvina, no muy convencida de haber permitido que lord Chesterfield la robase.

Cuando la duquesa de Gales vio que la marquesa de Spencer había entrado en la capilla donde estaba el resto de los invitados para llamar a su amiga Lisa, supo que algo no iba bien. Las tres habían contemplado el cuadro completo, desde que la joven cayese al suelo hasta que el conde la sostuvo en sus brazos. Verlo parado frente a la iglesia les dio buena cuenta a las mujeres de que al menos Chesterfield había sido honrado y había pedido permiso a la dama para ser raptada.

Ninguna paró aquello y lo que fuera que sucediese, recaería en las manos de las tres. Estaba hecho. Tocaba ocultar la verdad y salir de la habitación para explicar que la novia había huido.

Un pacto tácito fue sellado por tres damas que esperaban que todo saliera bien, un hecho del que Elvina no estaba demasiado segura, porque ella había visto a cuatro jóvenes —entre ellas su propia hija— tener que luchar con mucha valentía para sacar adelante el amor que sentían por los hombres que habían elegido.

Y ninguno de esos cuatro hombres que Elvina tenía en mente había sido tan complejo como lord Chesterfield. Solo esperaba que la joven lady Amelia no acabase arrastrada por la oscuridad que él emanaba.

Capítulo 2

Una dulce venganza

Melly se había quitado un gran peso de encima. Había evitado su propia boda. Lo había dejado plantado en el altar. Leo. El señor Shell, el hombre con el que no podía casarse y con el que creyó que lo haría.

El carruaje rebotó sobre un surco y ella jadeó de dolor. Colocó su cuerpo en otra posición para que su nalga derecha no sufriera la presión. Dolía. Se recostó en su lado izquierdo.

—¿Qué ocurre? —Y ahí, cuando él habló, fue consciente de que no estaba sola y de que había huido de un problema para terminar en otro peor. Sin conexiones ni dinero. Tampoco ropa o equipaje. Estaba a merced de ese hombre que la miraba con curiosidad desde su asiento de enfrente.

—Mi pie no es lo único que se ha lastimado en la caída —señaló con pudor. El lugar que le molestaba era muy íntimo.

—¿Qué te duele? —prescindió de la formalidad.

—¿No se hace una idea, milord? —respondió Melly con otra pregunta, porque era más que obvio la dolencia que ella arrastraba y dónde se estaba produciendo.

El uso de su título sorprendió a Ches.

—¿Sabes quién soy?

—¿Y usted? —Volvió a responder ella con otra cuestión.

—Desde luego que sé quién soy yo —le respondió con una sonrisa. Ella rodó los ojos.

—¿Sabe quién soy yo? —Melly precisó la pregunta.

—Por supuesto. Eres una mujer que ha arruinado todas sus posibilidades y que ha salido huyendo —expuso con humor prescindiendo nuevamente de la formalidad—. Nunca pensé que la hermana de Ashton fuese capaz de protagonizar semejante escándalo. —Estaba impresionado.

—Ni yo hubiera pensado jamás que el Rey de la Perversión vendría en mi... —ella tomó un segundo para buscar la palabra— supuesta ayuda.

—Supongo que no hace falta hacer las presentaciones formales.

—No. Su fama le precede, milord.

—La suya no se queda atrás —se vio él en la necesidad de defenderse. Ella usó una nota de voz demasiado censuradora que a él no le gustó.

Lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué quiere decir? Nunca he dado motivo alguno para que las lenguas se agitasen en mi contra.

—¿No? —rebatió él alzando una ceja.

—Si se refiere al hecho de que soy la hija bastarda de un duque, no hice nada para merecer dicho título —arrastró la última palabra.

—¿Es eso lo único que hay en su contra, milady? —La desafió él a hablar.

—También está el hecho de que he salido corriendo para no casarme y que he recibido la ayuda de uno de los hombres con peor reputación de Londres.

—De buena parte del mundo. Mi fama es conocida en Inglaterra, Francia, España, Italia... —se tomó un momento y prosiguió: —En los Estados Unidos de América todavía no están al tanto de mi reputación, pero es cuestión de tiempo que me anime a hacer un viaje allí.

—Mi reputación está irremediablemente arruinada —dijo ella más para sí que para su acompañante.

—¿Lamentas haber huido?

—No —dijo sin necesidad de examinar su respuesta.

—¿Tienes miedo de mí?

—No —respondió sin dudar.

—¿No? —preguntó con sorpresa. Esa muchacha debería estar aterrada por si él la violentaba o sacaba una fusta y comenzaba a dar rienda suelta a los supuestos placeres malsanos que se le atribuían.

—La alternativa de no haber tomado su ayuda en un momento de necesidad era mayor condena —alegó con simplicidad.

El carruaje volvió a dar un salto en el camino y ella aulló de dolor. Ches suspiró mientras se levantaba de su asiento.

—Date la vuelta para que vea lo que escondes con tanto pudor.

—¿Se ha vuelto loco? —Preguntó con horror, al ver que él la levantaba para voltearla sin su consentimiento. Él siguió con su manipulación sin atender a las objeciones de la joven.

—Hemos establecido que conoces mi identidad. No sé de qué te sorprendes. Por lo que se refiere a todo el mundo que sepa que has estado en mi compañía unos breves minutos, tú ya has sido mía por lo menos tres veces.

—¡Pero si llevamos diez minutos de viaje! —Él ya había levantado su falda y estaba peleando con los lazos de la ropa interior de ella para ver el daño que tenía.

—No me hacen falta más de dos, para que una mujer me pida que la posea.

—¿Su ego no tiene límites, milord? —Era el hombre más arrogante que había conocido.

Ches enfocó su mirada en ese lugar maltrecho que ella no deseaba mostrarle.

—Tienes un feo moretón —respondió él obviando la recriminación de la joven al ver el aspecto que presentaba parte de sus posaderas—. Cuando lleguemos te daré un ungüento para que lo apliques. En cuatro o cinco días, tu precioso trasero se volverá a ver apetecible, incluso para darle un buen bocado.

—¡Es usted infame! —Gritó ella cuando él le permitió volver a tapar sus partes pudendas.

Chesterfield se volvió a sentar en su lugar y la miró con diversión.

—Ya habíamos establecido que era el Rey de la Perversión. No te preocupes, no pienso tomarte. Nunca he intimado con una mujer que no está en óptimas condiciones o que no se ha mostrado muy bien dispuesta. Puedo ser infame, pero aún me queda una pizca de honor en mis venas. —Ella sonrió de forma brillante. Ches la miró con cautela—. ¿De qué te ríes?

—Si esas son las reglas de su comportamiento, puedo estar completamente tranquila con respecto a mi improvisado salvador.

—¿Lo estás? —Él alzó la parte derecha de su labio para ponerla un poco nerviosa, al tiempo que la miraba con intensidad. No le gustaba ver esa seguridad que observaba en sus ojos. Una cosa era haberla calmado sobre sus intenciones y otra muy diferente que ella se mofase de él.

—Sí —respondió segura de sí misma—. Porque no estoy en el mejor de mis momentos —Melly señaló su pie y evitó referirse a su trasero—, y no creo que jamás me muestre dispuesta a ser pervertida por un hombre como usted.

—¿Y qué le hace pensar que no pueda seducirla y que usted acabe implorando por mis favores, milady? No sería la primera ni la última mujer que me lanza un reto como ese. —La cuestión le borró de un plumazo la seguridad y la sonrisa. Él se felicitó por haberlo logrado.

Melly tragó saliva. No debería tentar su suerte y decidió callar por el momento... Hasta que recordó que:

—La duquesa de Stone es una conocida íntima mía.

Él se carcajeó a gusto. La bruja tenía un solo poder sobre él, y ese era que la consideraba su amiga. Su única amiga del género femenino. Nada más.

—La duquesa no está aquí, milady. Un beso en el lugar donde veo que su pulso late con fuerza, una caricia en su suave cabello. Un leve roce sobre su pecho desnudo. Unas palabras tranquilizadoras y tiernas y usted estaría suplicando que no la deje en la desesperación de la que su cuerpo sería prisionero. Imploraría una y mil veces para que la ayudase a llegar hasta eso que necesita, esa dulce sensación de tormento que precisa alivio. —Vio que Melly abría la boca para rechistar y levantó la mano para frenarla—. Mida bien sus palabras. Soy vanidoso, en especial en cuanto a mis actitudes de truhan seductor, hará bien en no obligarme a demostrar de lo que soy capaz. Por más que me gustaría volver a ver esas posaderas, no creo que sea el momento ni el

lugar adecuado. —El conde se acercó a ella desde su asiento y la hizo retroceder hasta que su espalda femenina tocó el respaldo—. Así que, milady, ¿va a decir alguna cuestión al respecto?

La vio apretar los labios al tiempo que negaba con la cabeza, y ya él se recostó cómodo en su asiento. Y sí, estuvo satisfecho del todo.

Estuvieron en silencio un tiempo. Amelia se negaba a sentirse coaccionada por él y decidió ser valiente:

—¿Qué piensa hacer conmigo?

Él abrió los ojos y la miró. Esa muchacha parecía haberle leído la mente. Había estado pensando justamente en esa cuestión.

—Hasta donde yo sé, no eres mi prisionera. Una palabra y te llevaré de vuelta junto a tu hermano. Tendrás que explicar lo que ha sucedido para que salieras como una bala y sin mirar atrás, pero Ashton se caracteriza por perdonar... ¿verdad? —Él sabía que era un hombre frío y que lo que acababa de decir era una vil mentira. Por mucho que Emma lo hubiera cambiado, no perdonaría lo que su hermana le había hecho. Contaba con ello para que la muchacha se quedase a su lado lo suficiente para...

—No quiero volver. —Era demasiado embarazoso hacer algo como eso. Al menos por el momento.

Un nuevo silencio volvió a caer entre ellos. Amelia comenzó a removerse inquieta. Él suspiró con fuerza antes de hablar:

—He disfrutado de una noche muy intensa, al amparo de cinco mujeres que no me han permitido el descanso. He tenido que levantarme temprano para acudir a una boda frustrada. Deja de una vez de moverte. —El conde habló sin despegar los párpados.

—¿Se supone que sus hazañas amorosas deben escandalizarme o motivarme para suplicar ser seducida? —Inquirió con furia, harta de esa arrogancia que él rezumaba.

Eso le hizo abrir los ojos nuevamente. Tenía valor. Debía admitir que con la joven no iba a aburrirse. Lástima que sus planes fuesen los que eran.

Chesterfield se levantó de su asiento.

—Te advertí de lo que podías conseguir... —Se acercó a ella mientras Amelia se movía

hacia la parte derecha del carruaje buscando una salida. ¿Si se tiraba del carruaje a esa velocidad se rompería el cuello?

Chesterfield se sentó a su lado y le sujetó las manos. Su rostro a poca distancia del de ella. Tan cerca, que Amelia podía oler su aliento a menta.

—No, por favor. No me haga daño —suplicó con terror.

—¿Daño? Un beso. Solo con un beso podría demostrarte qué hay de verdad en esa fama mía que te empeñas en arrastrar por el fango. Soy vanidoso, te lo he dicho antes. Tú te has mostrado desafiante en todo momento. ¿No te gustaría averiguar lo que puedo hacer con un sencillo beso, Melly? —Amelia tragó saliva con dificultad. Era tan peligroso como un rayo en plena tormenta. Su voz baja, seductora. La caída de sus párpados. El modo en que él miraba sus labios. La firmeza en la sujeción de sus manos. Todo en su apostura invitaba a que ella quisiera desafiarlo. No. Ella ya había tenido suficiente de ese juego con Shell. Le daba en la nariz que los dos estaban creados a imagen y semejanza de un demonio que los había colocado en la tierra para burlarse de las mujeres, para subyugarlas a su antojo y obligarlas a hacer cosas que no deseaban. Lord Chesterfield era un tentador nato, ella no iba a sucumbir.

Melly se obligó a tranquilizarse antes de hablar del mismo modo que él lo había hecho con anterioridad: seductor y bajo. Se acercó a la oreja de él para susurrar:

—¿Y a usted, milord, le gustaría probar la amarga agonía de mi rodilla en su entrepierna?

Chesterfield explotó en sonoras carcajadas. No había demasiadas personas que lograsen sorprenderlo. Había esperado que ella temblase de miedo, o que, motivada por la curiosidad, solicitase la promesa de un beso abrasador que él le había hecho. Esa respuesta no la hubiera sospechado, no en una joven dama casadera, al menos. No era una delicada flor inglesa. Se percibía que había estado al amparo de la duquesa de Stone.

La soltó y se quedó junto a ella.

—Te prometo que no volveré a rozarte hasta que tú me lo pidas.

—Eso no ocurrirá nunca. —Melly estaba segura.

—Oh, sí. Sí lo harás, porque has decidido venir conmigo a mi casa.

—Pero ha dicho que nunca ha violentado a ninguna mujer. —No se sentía tan segura de él en estos momentos.

—Y no lo he hecho, ni lo haré. Te he dado la oportunidad de regresar con tu hermano. La has desechado. ¿Quieres volver? Puedo llevarte con la duquesa de Stone o con la marquesa de Spencer. ¿Lo hago? —Él le daría una nueva oportunidad para escapar. Esa boda de la que había huido ella no era nada con lo que se le avecinaba.

—No puedo regresar aún. Demasiadas preguntas a las que responder. No deseo exponer mis motivos sobre... —Su voz se fue desinflando mientras recordaba lo que Leo...

—Bien. Te llevaré a mi casa. Te quedarás conmigo hasta que decidas regresar a tu cotidianidad. Aunque debes saber que mis intenciones no son desinteresadas. Voy a tratar de seducirte a cada momento. No estarás a salvo de mí ni un instante —ella jadeó con sorpresa—. Deseo hacerte mía y no cesaré en mi empeño hasta que lo consiga. Te juro por ese poco honor que se me atribuye, que no haré nada que tú no desees.

La respiración de ella era del todo entrecortada. Esa declaración no se la esperaba. No obstante, no lo habían rebautizado como el Rey de la Perversión por nada. Una vez más se obligó a recomponerse de su sorpresa.

Melly se tomó un momento para recapacitar. Él estaba jugando con ella.

—Milord, ¿tiene por norma general hacer esa advertencia a todas las mujeres con las que se cruza, o es que soy tan excepcionalmente irresistible que desea por todos los medios corromperme? —Ella también podía mostrar un poco de vanidad.

—Eres bonita y apetecible. No eres consciente del verdadero poder que tienes con esa mezcla de inocencia y valentía de la que alardeas. Si fueras cortesana, serías famosa en todo Londres. Pero mis motivos van más allá. Deseo la venganza.

La muchacha se quedó con la boca abierta. Tragó saliva.

—¿Qué he podido hacer yo para alentar ese sentimiento en usted, milord?

—Ches. Llámame Ches, Melly porque desde este momento comienza el juego.

Ella asintió, sin estar muy segura de nada. Aunque después de todo lo inapropiado que en ese estrecho carruaje había sido dicho, no tenía sentido resistirse a su ofrecimiento.

—Entonces, Ches, responde con sinceridad a mi pedido.

—Eres la hermana de Ashton.

Ello lo miró con curiosidad.

—¿Eso supone que deba esclarecer mis dudas?

—Tu hermano me ha privado de algo que yo deseaba con fuerza. Tú vas a ser el pago por la afrenta.

Ella bufó.

—Ese es el sino del que no podré escapar, el que marca mi existencia. Primero, condenada por haber nacido fuera del matrimonio, luego por ser hermana de mi hermano. Todo, culpas de las que no soy responsable y aun así parece que debo pagar por ser quien soy.

Ese momento fue el que el conde eligió para retraerse en su avance y darle a ella más espacio en el interior del carruaje. Los términos en los que la joven se manifestó dejaron a Ches confuso. No parecía tan distinta a él en cuanto al remordimiento que arrastraba por sus orígenes. Casi se apiadó de ella. Casi. Hasta que recordó que le había dado la oportunidad de salir de sus garras y ella se había negado.

—No te mortifiques, querida. Haré que mi venganza sea todo un placer para ti. Tanto, que cuando termine contigo me suplicarás que nunca te abandone.

Ella lo miró furiosa. No era un arrogante. Era el mayor de los engreídos. Bien. Amelia no era una mujer mundana, pero había aprendido algunos trucos de Susan y Lisa.

—Tenga cuidado, milord. Puede que justamente ocurra al revés. —Se atrevió a desafiarlo.

Chesterfield explotó una vez más en francas carcajadas. Eso la molestó tanto que a punto estuvo de hacerle la promesa de que así sería.

—Créeme, mi vida sería mucho más tranquila si lo que acabas de decir pudiese suceder. He conocido a muchas mujeres. Una larga lista de ellas, de todas las edades, razas y constituciones. Las he seducido y las he dejado seducirme. Ninguna ha tenido en su mano obrar semejante milagro. Y no lo han hecho porque sencillamente soy incapaz de amar.

Chesterfield se sintió incómodo de inmediato. La mirada de lástima que ella le ofreció después de haber dicho lo que esperaba que la indignase, se había vuelto en su contra.

—Cargo con un pecado muy grande. La bastardía es un mal muy difícil de sobrellevar.

En este punto es necesario alabar la gran suerte que he tenido. El amor ha estado junto a mí a cada paso. Mi hermano se ha desvivido por adorarme y quererme. Mis amigos no han dejado un instante de interesarse por mi salud y bienestar. Te compadezco, Ches —dejó la formalidad—. Ninguna persona, por muy malvada que fuese, debería estar condenada a vagar por la tierra sin conocer la belleza del amor.

Él alzó una ceja.

—Te recuerdo que acabas de huir de tu propia vida, y rehúsas utilizar el amor que esos a los que acabas de aludir te profesan. Has preferido ser mi víctima en este plan de venganza que he tramado. ¿O acaso has estado guardando algún interés secreto por mi persona que yo deba conocer, Melly? ¿Estás enamorada del Rey de la Perversión? —Él le lanzó un guiño.

Ella permaneció estoica en su pose.

—Por el amor es por lo que no puedo hablar con libertad en estos momentos con los que sé que me adoran. La vergüenza es demasiado grande para afrontar la desilusión que veré en sus ojos. Tampoco deseo que mi hermano acabe en la horca. Prefiero estar en tus manos. Eso es el amor. Sacrificio y tiempo. —Melly suspiró—. No puedo pretender que un hombre como tú, que ha yacido con multitud de féminas y no se ha molestado en escudriñar sus corazones, anhelos o necesidades, sepa de lo que hablo.

—Te equivocas, querida. He conocido muy bien el interior de cada una de las damas que me han acompañado en mis juegos de alcoba. La lujuria es la que mueve el mundo, no el amor.

Una vez más Amelia lo miró con infinita lástima. Ches rodó los ojos. Ella era demasiado joven e ingenua para comprender nada.

—Si yo pudiera lanzar maldiciones tal y como la duquesa de Stone hace, presagiaría que su venganza se cumpliera so pena de verse afectado por un gran amor que le abriera los ojos con respecto a la equivocación en la que se halla —regresó a la formalidad.

—¿Y tú serías esa mujer que me pondría a sus pies? —Se burló descaradamente de ella.

—No, desde luego que no. ¿Para qué iba yo a querer el amor de un hombre que me ve como un fin para sus propios planes? —respondió ella con sinceridad a la mofa.

—Una vez más, tesoro mío, me obligas a recordarte que has huido de los brazos del hombre al que habías prometido amor eterno.

—Porque creo en el amor eterno es por lo que he salido huyendo, milord.

—Verás, Melly, antes, cuando te he informado de mis traqueteos de la noche y día de hoy, no mentía. Estoy cansado y esta conversación me ha dado un terrible dolor de cabeza. Será mejor que descanses. Yo voy a hacer lo mismo.

—Lo intentaré.

Él se acomodó a su lado y se dispuso a cerrar los ojos. Ella comenzó a moverse y a suspirar.

—Estate quieta y callada de una buena vez, mujer. —Así era imposible descansar.

—Estaba pensando que ni una sola vez me ha preguntado sobre los motivos que he tenido para marcharme —consideró al darse cuenta de que el conde no se había interesado por la cuestión. Una persona común hubiera querido averiguar el motivo, sino para ayudar, por curiosidad. Él no era un hombre al uso, ella lo sabía, pero aun así debía tener cierto interés.

Sin abrir los ojos ni mirarla, Ches agitó los hombros.

—Es indudable que él te ha agraviado de algún modo. Eso lo vería hasta un ciego, más cuando has dejado claro que pretendes ahorrarle la horca a tu hermano. Ello implica que Ashton lo asesinaría por lo que te ha hecho. Eres una mujer, él un hombre, por lo que la consecuencia lógica es que, o ha abusado de tu confianza y te ha forzado de algún modo a cometer un acto que no deseabas, o bien te ha sido infiel en la víspera de tus nupcias. No me importa en absoluto el motivo subyacente. Por lo que a mí respecta, le debo dar las gracias al señor Shell porque te has convertido en mi víctima. En mi instrumento de venganza.

Melly suspiró. No alegó nada a las conclusiones a las que había llegado su captor, porque si en un primer momento la joven había supuesto que podría ser su salvador, él había dejado completamente claro, cristalino de hecho, que no era así.

—¿Qué mal te ha hecho mi hermano, Ches?

—Casarse con su esposa.

Si el conde hubiera estado mirando, habría sido consciente de que Melly había abierto los ojos como platos y que mantenía la boca abierta. Melly carraspeó.

—Tenía entendido que no era capaz de amar, milord —señaló con retintín.

—Y no lo soy.

Amelia frunció el ceño. Él era una contradicción en sí mismo.

—Entonces no lo comprendo.

—Es la única mujer con la que me habría planteado casarme. El amor no era algo importante para el arreglo. De hecho, un matrimonio sin que medie ese sentimiento es menos complicado.

—¿Sin amor? —graznó Amelia—. Yo —continuó sin esperar la respuesta de él— conozco muy bien a Emma —usó el nombre de pila para referirse a la esposa de Oliver—, ella no hubiera aceptado a un hombre de tus gustos, mucho menos sin la promesa de una vida llena de amor. Eso sin contar que ama a Oliver con todas sus fuerzas. Lo lamento, pero creo que no habrías tenido la menor posibilidad. —Fue brutalmente sincera.

Él abrió los ojos y la miró con seriedad.

—Y por todos esos motivos, estamos tú y yo en esta situación. —Si ella pretendía hacerle sentir miserable, él no lo iba a permitir.

—No. Tú y yo estamos aquí y ahora, porque no me he casado con mi prometido —puntualizó—. No pienses ni por un momento que Emma te habría tenido en cuenta. —Se rio de él sin maldad, pero con alevosía. Ella había estado en primera fila viendo ese amor que nació entre los duques de Ashton, y si bien fue complicado, se podía ver a simple vista que ambos se pertenecían en cuerpo y alma.

—¿Quieres que te haga callar con un beso? Porque como te he dicho antes, estoy agotado. No obstante, —Ches sacó su reloj y lo miró con atención— a estas horas suelo contar con la compañía de una bonita viuda que viene a visitarme con el fin de que use mi fusta sobre sus nalgas. Puedo cambiar esa afición por otras cosas que tú puedas ofrecerme.

—¡Eres un bárbaro! —Gritó indignada—. ¿Cómo puedes hacer eso a una mujer? Es... Es... Es... No sé cómo calificarlo, pero es... Sí, lo tengo: es algo abominable. Tanto como lo eres tú. ¿Cómo pretendías que la esposa de mi hermano te tomase en consideración? —Elegió muy cuidadosamente la forma de referirse a Emma para hacerle daño.

Él trató de controlar su genio y siguió impassible.

—El uso de mi fusta no implica dolor en las personas que solicitan mis servicios o

aprendizaje. Es muy placentero. Tú bien deberías saberlo.

Melly lo miró con la boca abierta.

—¿Cómo te atreves a sugerir que yo he...?

—No lo has probado, pero lo has visto —la cortó él—. No te atrevas a negar que has estado en mi casa. De hecho, lo estuvisteis tu fallido prometido y tú. No te escandalices —le recomendó al ver la cara de la joven—, porque cosas más extrañas has visto y se te han pedido. —Él levantó la ceja para retarla a desmentir lo que acababa de afirmar.

Melly enrojeció y cerró la boca. Desde luego que el Rey de la Perversión estaría al tanto de todo lo que en su territorio ocurría, y más cuando Leo era un socio muy asiduo.

Chesterfield volvió a acomodarse y a cerrar los ojos esperando que esa última explicación hiciera que no quisiera molestarlo más.

Melly descorrió las cortinas del carruaje para ver el paisaje que había fuera. Pronto, el traqueteo de las ruedas comenzaron a mecerla, y la agonía y ansiedad que había albergado en su ser hicieron que cerrase los ojos para buscar una paz que se resistía a hacer acto de presencia.

Esa muchacha le iba a traer problemas y no de los que Ches deseaba, porque estaba ansioso por llegar a Londres y que Ashton lo desafiara a un duelo, o incluso se conformaría con un buen combate de boxeo. Hacerle un poco de daño bastaría para reparar lo que él sentía. Había sido sincero cuando señaló que no era capaz de amar. Lo que llegó a sentir por Emma era un encaprichamiento, una ilusión, pero ello no implicaba que no hubiese deseado quedarse con ella.

El conde bajó la vista y miró ese bonito rostro que dormía con la boca abierta y que babeaba ligeramente sobre su chaqueta de terciopelo de cien libras.

Ches no tenía muy claro cómo ella había ido a parar a sus brazos, pero así había sido. Melly figuraba sobre su pecho y él estaba acunándola mientras la contemplaba con atención.

No se parecía demasiado a Ashton. Verdad que ambos hermanos eran rubios y de ojos

azules, probablemente herencia del padre, pero las facciones de ella eran más amables. Tenía muchas pequeñas pecas en su nariz y en los mofletes. Bajo el ojo derecho figuraba un pequeño lunar marrón. Era circular. Los labios eran cremosos, muy apetitosos. Ciertamente, él no había conocido a ninguna mujer cuyos labios no hubiese deseado besar. Cada fémica era especial de una u otra forma. Todas y cada una dignas de adorar. Las menos agraciadas resultaban más complacientes en el lecho, las más bellas deseaban que él las domesticase.

Las gruesas tenían unas formas redondeadas en las que él podía deleitarse pellizcando y lamiendo de modo muy sugerente, y sus pechos eran de lo más apetecible. Las provistas de la carne justa dejaban a la vista un cuerpo muy sugerente claramente más accesible a su virilidad.

A falta de contemplar el cuadro completo, diría que Melly era la combinación perfecta entre ambas. No era del todo delgada y poseía una redondez excelente. Cuando había levantado su falda, ese trasero lo había calentado lo suficiente para que su miembro se removiese. Desde la posición en la que estaba podía ver el nacimiento de sus pechos. Eran generosos, tal y como a él le gustaban. El color de sus pezones se intuía rosado, pero de un tono más oscuro. Se lo figuraba porque en la posición en la que se había quedado podía ver un pedacito de ese seno, concretamente su aureola.

Iba a disfrutar con la seducción, y cuando ella sucumbiera —porque todas lo hacían—, disfrutaría de todo el regalo. Imaginarse a Ashton furioso porque él había tenido a su hermana... Oh, eso sí le calentaba la sangre, tanto que deseaba tomarla ya.

Ches frunció el ceño. Esperaba recordar cómo se jugaba a cazar a una mujer. Hacía muchos años, tantos que ni recordaba exactamente cuántos, que no se sentía un cazador. Por norma general eran las mujeres las que se echaban a sus brazos. Bueno. Las reglas no habrían cambiado demasiado. Un toque aquí, una caricia allá, una bonita palabra susurrada... Aquello era como aprender a montar, no se olvidaba... Eso esperaba.

¿Sería ella inocente? Negó con la cabeza. Él conocía muy bien las peculiaridades del señor Shell. Lady Amelia no podía estar libre de pecado.

Que no fuera virgen le haría las cosas más fáciles. Rezó porque no fuera una joven virginal. Nunca había tomado a una y consideraba que eso sí sería una verdadera contrariedad.

Una sonrisa cruzó su rostro. Si Ashton llegase a saber que él había desflorado a su hermana... Suspiró. Aquello era imposible porque ella había sido la prometida de Shell.

¿Cómo conseguiría el novio que ella aceptase adentrarse en su Mansión de la Perversión?

¿Tan enamorada estaba ella para haberse sacrificado? Y en caso afirmativo, ¿qué, exactamente, la habría impulsado a abandonarlo frente al altar?

Ella era todo un enigma y al Rey de la Perversión nunca le habían interesado los misterios. Ciertamente era que entre sus habilidades había estado la de ser un buen espía, pero más allá de un servicio a la Corona, no tenía ni tiempo ni paciencia para desentrañar los misterios de una muchacha de la que solo quería una cosa: venganza.

Conseguiría que abriera sus piernas para él en un par de días, y una vez logrado, regresaría a la ciudad para aguardar la visita del hermano. Le permitiría quedarse en su casa de campo tanto tiempo como fuera suficiente para Amelia, porque no le importaba que residiera en un lugar donde él no pasaba demasiado tiempo.

En honor a la verdad, estaba entusiasmado con la hazaña que se presentaba ante él. Era del todo inesperada. Volver a jugar a la seducción para tener a una mujer en su lecho se le hacía una circunstancia muy divertida. Y que fuera precisamente la hermana del duque de Ashton ponía la guinda al pastel.

El carruaje frenó. Chesterfield bajó un poco la cabeza para tratar de ver por la pequeña ventana del habitáculo si habían llegado al destino. Efectivamente. El pórtico señorial que se alzaba sobre cuatro suntuosas columnas romanas se lo confirmó.

—Tesoro, hemos llegado —le susurró al oído.

—Uhm. —Melly no tenía ganas de abrir los ojos. Estaba cómodamente alojada junto a una fuente de calor que además era muy mullidita.

—No me obligues a darte un beso para despertarte —habló más fuerte para hacerla reaccionar.

Melly abrió uno de sus dos ojos y lo vio.

—¿Usas la amenaza de los besos para todo? —preguntó insolente.

—No. Por lo general los uso para conseguirlo todo.

Melly suspiró. Volvió a cerrar los ojos con calma y se acomodó mejor sobre su pecho.

—Para no tener corazón, el tuyo bombea muy fuerte.

—Si lo estás oyendo es porque estás sobre mí, preciosa.

Melly abrió los ojos de par en par. Observó que sus brazos la mantenían bien sujeta y que toda ella estaba encima de él. El bochorno la atrapó de una manera irrefrenable. Dio un salto para separarse de él con tan mala suerte que su cabeza golpeó el techo.

—¡Maldito infierno! —Siseó la dama sin miramiento, mientras masajeaba el lugar donde había sufrido el daño esta vez y colocaba su maltrecho pie en alto.

—¿Tu hermano está al corriente de las feas palabras que usas cuando te molestas?
—Preguntó con humor.

—Mi hermano no está al corriente de muchas cosas. No soy una niña pequeña, no es preciso que Oliver esté al tanto de todo lo que acontece en mi vida.

—Y volvemos al prometido desechado... —susurró al tiempo que salía del carruaje.

Chesterfield se colocó a un lado y esperó a que ella saliera del lugar con la mano alzada para ayudarla. Melly lo miró con indiferencia y colocó un pie en el suelo. No deseaba tocar al conde. Pronto el dolor la hizo retroceder.

—No puedo andar —susurró muy flojo.

—¿Cómo dices?

—No puedo andar —levantó un poco más la voz.

—No te oigo. ¿Qué has dicho?

—¡Me duele el pie! —gritó molesta.

—¿Qué pretendes que haga? —preguntó con enfado. La muy bruja había osado renegar de su ayuda.

—Supongo que no se pude pedir a un hombre como tú que sea un caballero.

—Podrías intentarlo —rebatió él un poco más molesto.

—Milord Chesterfield —comenzó ella a hablar haciendo de ello un gran teatro lleno de farsa—, ¿seríais tan amable de mostrar cortesía como el brillante caballero que sois y ayudarme?

—¿Qué más? —la azuzó.

—¿Cómo que qué más? —Melly deseaba darle una buena patada para borrarle su estúpida sonrisa. Si el pie no le doliera tanto, se lo plantearía.

—¿Qué tal si empleas la palabra «por favor»?

—Por favor.

—Empieza de nuevo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Te sugiero que lo hagas rápido. —Ches miró hacia arriba, donde las nubes negras comenzaban a aparecer.

Melly maldijo por lo bajo. A él le hizo gracia verla tan disgustada, era divertido hacerla enfurecer.

—¿Por favor —arrastró la palabra—, lord Chesterfield, sería tan amable de ser un caballero y ayudar a una dama a llegar hasta un lugar donde pudiera reposar su pie, por favor, por favor, por favor? ¿He dicho suficientemente la palabra por «favor»?

—Pídeme que te lleve en brazos —respondió él para castigar su atrevimiento.

—¡No!

—Como quieras... —señaló mientras emprendía el camino hacia la entrada de la casa donde les estaba esperando el servicio ya formalmente.

—¡Aguarda! —gritó enfurecida.

Ches frenó su avance y se giró para mirarla.

—¿Sí? —inquirió con seriedad.

—Cárgame en brazos —solicitó apretando los dientes.

—No.

—¿No?

—No has sido amable en tu petición. Te has mostrado tirana y autoritaria. Debes saber que a mí nadie me da órdenes. Menos una muchachita como tú.

Melly lo miró con ira. Se agarró a la puerta del carruaje, que seguía abierta, y colocó el pie malo en el suelo. Levantó la mirada para ver qué hacía Ches. El muy maldito seguía parado mirándola fijamente. No se había movido un centímetro. Bien. Ella había dado el primer paso y por Dios que no se rebajaría ante él más.

Cerró los ojos y dejó caer su peso en ese tobillo lastimado. El dolor fue lacerante y la caída no se produjo porque él llegó justo a tiempo para sostenerla en sus brazos. Chesterfield la cargó.

—Eres una mujer muy testaruda.

Melly lo miró con una sonrisa que le llegó a los ojos. Se había salido con la suya y ver a un hombre tan poderoso como él claudicar resultó un triunfo sensacional.

La joven colocó sus manos en su cuello.

—Debes saber —usó la misma fórmula que él había utilizado minutos antes—, que soy una mujer muy fácil de tratar, pero cuando me ponen contra las cuerdas, lucho con todo lo que tengo. Te hará bien recordar que he dejado a mi prometido esperando en el altar con todo lo que ello implica.

Ches la miró con intensidad. Una que la hizo sentir insegura.

—Voy a disfrutar mucho cuando supliques por mis caricias, querida. Veremos quién gana a quién.

—No se puede seducir a una mujer que no lo desea, milord. Me temo que esta batalla la tiene perdida antes de comenzar. O me toma por la fuerza, o no lo hará de otra manera.

Él se sonrió. A ella no le gustó esa confianza que él rezumaba por los cuatro costados.

—La última mujer que dijo algo parecido se quedó devastada en París, cuando tuve que regresar a mi hogar, y era una marquesa, no una la hija bas... —se calló a tiempo.

—Dígalo. No es un insulto, es la verdad. Soy la hija bastarda de un duque. Siga diciendo cosas como esas, se lo agradeceré, porque de esa forma se asegurará de que yo no sucumba a su encanto.

Él decidió que no podía arreglar el insulto que sin querer había dicho. Nunca antes una mujer lo había hecho cometer tal desliz imperdonable. Más cuando él era otro bastardo del

anterior duque de Gales.

—Yo mismo estoy considerado el bastardo de Gales. Ser un hijo nacido fuera del matrimonio no debería ser un insulto. Es del todo imperdonable que yo haya hecho referencia a ese hecho sobre usted. Le pido mis más sinceras disculpas, milady. —Optó por la formalidad para parecer más correcto ante ella.

Melly abrió los ojos por completo. No sabía que el conde tuviera la misma condición que ella.

—Yo no lo sabía.

—Poca gente lo sabe. Soy quien soy y no me avergüenzo de ello. Deberías probar a hacer lo mismo. Te será más fácil convivir con un pecado que tú no cometiste, como bien has dicho con anterioridad. ¿Me consideras encantador? —Se colocó de pronto esa máscara seductora que Melly comenzaba a odiar. No lo conocía demasiado, pero ya se hacía una idea de que cuando él se sentía herido o acorralado usaba la seducción como un arma arrojadiza.

—Eres encantador. Es algo que sabes. También eres apuesto. Demasiado para mi gusto.

—Está bien que seas sincera, me facilitará el trabajo.

—¿El de seducirme?

—Sí.

Ella se rio con ligereza.

—Eso no va a pasar.

—¿No? —Él levantó la ceja.

—No.

—Entonces es momento de hacerte ver que hemos llegado a la salita azul de mi casa. Hemos pasado por delante de todos mis sirvientes sin hacerles el menor caso y llevamos unos cinco minutos hablando en esta misma posición. Un tiempo que he estado parado y sujetándote en mis encantadores brazos, esos que creo que te niegas a abandonar. ¿Qué pasaría si te diese un beso, Melly?

—Que mordería tu lengua.

—Está bien que sepas que ese tipo de beso, uno húmedo, existe. Será también más fácil seducirte. En cuanto a lo de morder, mientras no hagas sangre, te lo permitiré.

Melly quiso gritarle. ¡Hombre arrogante! Esa seguridad suya le ponía enferma. Ella compuso una bonita sonrisa.

—Eso no va a pasar.

—Pero sigues aferrada a mi cuello y no has mostrado el más mínimo esfuerzo por separarte de mi cuerpo. —Ches sonrió de lado.

—Tal vez el que no ha hecho amago de dejarme en ese sillón que se ve bonito y confortable hayas sido tú.

—Desde luego que he sido yo. Mi misión no es otra que la de seducirte, hacerte gemir de placer y temblar deseando mi toque entre tus piernas.

—Creí haber dejado claro que no pienso escandalizarme ni suplicarte porque pruebes tus teorías. Por favor, ahórrate esas tonterías. Solo hace que te pongas en ridículo.

—¿Entonces por qué he sentido tu cuerpo sacudirse como si un rayo te hubiera atravesado? —Ella parecía indiferente, pero no lo era... No lo era, ¿cierto? Una simple mirada le valía para saber los secretos y necesidades de sus compañeras de cama. Bien, la pregunta era: ¿por qué le costaba tanto determinar lo que Amelia escondía?

Ella agitó los hombros despreocupadamente.

—Estás sosteniendo la otra parte dolorida de mi cuerpo en una de tus manos —se refirió a su nalga—. La has movido y me has hecho daño, por eso me he removido.

Ches la examinó con atención buscando la mentira. No estuvo seguro de nada.

—¿Y por qué sigues manteniéndote en mi abrazo, Melly? —inquirió de modo seductor.

Amelia se acercó a su oreja y le susurró:

—No me atrevo a privarte del gusto que sé que sientes de mantenerme cerca, milord. —Ella le dio el tono correcto, entre burlón y tentador.

Él apretó los dientes. Ella se creía muy lista. Bien. Melly había comenzado el juego y él era todo un campeón.

La dejó cuidadosamente sobre el sillón mostrando su sonrisa más encantadora en todo momento. Sin decir una palabra se marchó de allí.

Melly frunció el ceño. Él tramaba algo. Ese hombre no era de los que salían con el rabo entre las piernas.

Pasado un cuarto de hora, tiempo en que ella casi optó por ponerse de pie e ir a buscarlo, él apareció en mangas de camisa portando un cuenco con algo queapestaba.

—¡No! —Chilló cuando se dio cuenta de que era algún tipo de linimento.

—Sí. Eres mi invitada y es mi deber atenderte diligentemente —apuntó mientras se arrodillaba para sacarle el zapato.

—Yo creí que era una víctima de tu malvado plan para atormentar a mi hermano —bufó ella.

La miró desde su posición mientras hurgaba bajo la falda en busca de la media de seda. Melly se concentró en sus ojos caramelo para no centrarse en el suave roce de sus dedos removiendo esa prenda tan íntima.

—En efecto, y para ello te necesito en buenas condiciones de salud. Ashton me acusará de usarte, no de negligente.

—En caso de que tu intento sea fructífero y yo acabe embelesada, ¿habré de enseñar las marcas que tu fusta dejará en mi piel? ¿O bastará con que le relate las perversiones a las que me hiciste sucumbir? —Siendo como era protegida de Susan y Lisa, Melly se consideraba una mujer carente de una débil sensibilidad.

—Eres demasiado joven para tener tanta audacia. ¿Cuántos años tienes?

—Camino de los veintidós. Muchachas a los dieciséis ya son madres. ¿Te molesta que me muestre inteligente?

—No. Eso me agrada más. —Confesó con sinceridad, mientras comenzaba a untar el mejunje con sumo cuidado alrededor de su tobillo.

Melly se recostó cómodamente. Él sabía cómo tocarla.

—¿Vas a atarme mientras me fustigas como hacían esos hombres en tu casa con sus

víctimas? —Ella había visto en la Mansión de la Perversión cosas muy perturbadoras, pero interesantes.

Él sonrió de lado.

—Lo haré si me lo pides. Nunca niego nada a una mujer.

—No lo comprendí. Aquellas mujeres, ¿estaban bajo el efecto del láudano? No alcanzo a entender cómo una persona puede soportar semejante tortura.

—El placer y el dolor son muy sugerentes cuando van de la mano. Es un poco complicado de explicar. Las mujeres que desean ser privadas de su libertad y ceden el control a su dueño, es porque desean convertirse en siervas. Lo hacen gustosas porque confían en el hombre que les da placer.

—¿Placer? No. No puede haber nada como eso que dices en un acto tan bárbaro. —Melly tenía el estómago revuelto al recordar aquellas escenas.

—A ti te duele el pie. Pero estás sintiendo placer mientras masajeo con cautela esa zona. La combinación de ambos sentimientos es lo que busca la persona que se somete a ese juego de fustas y cadenas. Hay quien prefiere las cuerdas, otros usan látigos. En mi Mansión de la Perversión nadie es coaccionado a hacer nada que no desee, y por supuesto no usamos láudano para someter. Eso sería un delito. No. Todo se trata de confianza. No hay más.

—No, solo prostitutas a las que haces vender su cuerpo.

Él la miró con una nueva sonrisa. Había sonado como una niña a punto de tener una rabieta.

—Tampoco. Las mujeres que están en mi club son libres de hacer lo que deseen. Si quieren cobrar por sus atenciones se les paga, pero te sorprendería saber cuántas llegan ofreciendo sus servicios de modo desinteresado.

—No me lo creo.

—Es la verdad. Soy muchas cosas, pero nunca miento. He sido hasta el momento franco contigo y no voy a cambiar. Muchas de ellas, por no decir la gran mayoría, son damas de alto estatus social. Aburridas o curiosas. Son bienvenidas. En cuanto a los hombres, se les vigila para que obren de modo correcto y educado. Nada de lo que en la Mansión de la Perversión suceda es producto de la violencia. Los beneficios que me reportan los juegos de azar y la membresía me

dan suficiente para no tener que recurrir a la prostitución como servicio. Y debo recordarte que también hay hombres que son privados de libertad y reciben fustigazos porque gozan así. Esto es simplemente un encuentro entre dos personas que tienen un nexo en común: el placer de lo prohibido. Lamento si te decepciono, pero mi casa no es más que un templo de honrada perversión. Tú misma has estado allí y no has tenido que venderte a ningún hombre. —Hubo de recordarle sin acritud.

Melly lo miró a los ojos.

—¿Sabes lo que requería mi prometido en tu casa, Ches?

—Sí. —Sabía acerca de todo lo que bajo su techo acontecía.

—¿Lo apruebas?

—Soy el menos indicado para juzgar a nadie. Las cuestiones íntimas de cada cual son eso, íntimas. Mientras no se trasgreda la legalidad ni la violencia con la otra persona que participa de tus apetencias, nada debiera ser reprochado. La sangre es lo que único que no corre en mi mansión. Diversión, sí. Violencia, no.

Amelia se quedó un momento pensativa. Ches la observaba con curiosidad.

—Yo iba a casarme con él. Lo amaba. —Cerró los ojos para no mostrar el dolor de su mirada.

—Por eso reniego del amor. Según tengo entendido, tu prometido trató de seducir en reiteradas ocasiones a la duquesa de Ashton, cuando aún no era duquesa. Eso te debió dar buena cuenta de quién era el hombre que habías elegido para amar.

Melly no se sorprendió por esa revelación. Si él había perseguido a Emma, debía estar al corriente de una parte de su historia con Leopold.

—Los dos sabemos que el problema con el señor Shell no era de esa índole.

—Del mismo modo que nosotros no somos culpables de haber nacido bastardos, él no debe ser culpado por sus apetencias íntimas.

—¿Entonces, por qué trató de seducir a Emma? No lo comprendo. Explícamelo por favor.

Ches la levantó y le dio la vuelta mientras hurgaba entre su ropa interior a fin de curar su nalga. Melly jadeó por la sorpresa, no tenía derecho a manejarla como si fuese una muñeca de trapo.

—No te muevas. Voy a curarte y con un poco de suerte lo disfrutarás —expuso malintencionadamente.

—Es la segunda vez que me obligas a mostrarte esa parte de mí.

—Es la segunda vez que consientes en que yo vea esa parte de ti —rebatió raudo con una sonrisa.

—¿Tenía otra opción en ambos casos, Ches? —preguntó cansada.

—No. Nunca has tenido opción, Melly. En el momento en el que decidiste venir conmigo has estado condenada.

—¿Lo estaré más que si me hubiera casado con él, Ches? —inquirió con cautela.

—No lo sé. Yo no te obligaré a hacer nada que no desees y no disfruto con los hombres como hacía tu prometido. ¿Te sirve esa respuesta?

El conde terminó de aplicar el linimento en la zona y estuvo tentado a darle una palmadita cariñosa en la otra nalga. Se contuvo. Melly se dio la vuelta y se volvió a sentar con cuidado. Chesterfield tomó asiento a su lado.

—La primera vez que se sinceró conmigo, me llevó a tu club. Dijo que para explicarme lo que necesitaba de mí, tenía que verlo con mis propios ojos. Hizo llamar a dos hombres y a una mujer. Me obligó a estar sentada y ver lo que allí se hizo. Disfrutó de los hombres más que de la mujer. El señor Shell solo pudo hundirse en una parte de ella que no creo que fuera la correcta. —Aquello fue un infierno. Una cosa era verlo y otra ser partícipe.

—No, no era la indicada para procrear —la orientó él.

—Cuando aquello terminó, me dijo que eso iba a esperar de mí. Los tres habían usado a su antojo a la mujer. Con la misma calma me indicó que se haría cargo de mis hijos y que seleccionaría a alguien que me embarazase porque a él le sería imposible tomarme como debe hacer un esposo con una esposa. —Melly sintió una sustancia agria subirle por la garganta al recordar aquello.

—Al menos no hubo fustas. —Se vio en la obligación de decir para tratar de restar importancia al asunto. Chesterfield no sabía cómo manejar la congoja que percibía en ella.

Melly lo miró con seriedad.

—Tú no crees en el amor. Yo deseo ser amada. Desde pequeña he crecido soñando con príncipes y princesas. Merezco un poco de esa fantasía. —Habló con el corazón en la mano.

—El mundo no es un cuento lleno de bellas escenas y encantadores príncipes, Melly. Deberías estar contenta.

—¿Debería? —bufó.

Ches asintió con convicción.

—Sí. En el mejor de los casos has conseguido desembarazarte de un hombre que consideras que no mereces, o mejor dicho, que no te merece. En el peor, habrías visto cómo tu hermano o la duquesa de Stone lo asesinaban en caso de haber sido conscientes de lo que él requería de una muchacha como tú.

—¿Por qué entonces deseaba seducir a Emma?

—La duquesa es una mujer que alberga en su interior mucha pasión —dijo con admiración. Melly se sintió celosa al ver que un hombre hablaba así de una mujer.

—La hubiese utilizado como a mí.

—Creo que lo habría intentado. El señor Shell es un hombre complejo. Siente verdadera agonía por lo que es porque así lo marca la sociedad. Yo hubiera estado en su misma tesitura si no hubiese comprendido que la sociedad no tiene potestad para condenarme sobre mis apetencias íntimas. No obstante, el señor Shell no puede dejar que sus impulsos tomen la iniciativa. Lleva años buscando una mujer con la que pudiera acostarse. Saberse comprometido con la hermana de un duque...

—Bastarda —lo cortó ella.

Chesterfield le colocó una mano sobre los hombros. La entendía completamente.

—Hija de un duque y hermana de otro, al fin y al cabo. Creo que en algún punto del camino, él se vio tentado a no hacerte eso, porque debiste despertar algo de decencia en él.

Sospecho que ese escaqueo con la duquesa de Ashton fue un intento para librarse de su compromiso contigo. Podría ser. Como bien sabes, tu hermano frustró los avances del señor Shell con Emma. Verse asediado por los que te rodean y aprecian hizo que él quisiera descubrirse ante ti para ver si podías soportar su verdadera naturaleza. Incapaz de romper el compromiso se sinceró de la única manera que tuvo a su alcance. Él necesita a un hombre para alcanzar la plenitud en la intimidad. Tú no puedes competir contra eso. La sodomía está penada, castigada, pero es una identidad con la que se nace.

Melly se vio llorando sin ser consciente de ello. Ches la acercó a su pecho para consolarla.

—No estaba preparada para todo aquello. Mi príncipe azul se convirtió en un sapo. Yo lo amaba... él me traicionó... No debió permitir que mis sentimientos por él despertasen. Debí haber roto mi corazón mucho antes. —Los sollozos no cesaban.

—Lo siento, Melly. Él no puede evitar ser como es. Si te invitó a su juego, fue porque no quería esconderse de ti. Creo que te apreciaba, pero era imposible no romperte el corazón.

La muchacha salió de su abrazo. Lo miró con ira. Él le pasó un fino pañuelo de lino blanco con sus iniciales bordadas.

—Tú eres como él.

—No. Porque yo no te he mentado en ningún momento. Te he dicho lo que pretendo de ti.

—¿Me ofrecerás a hombres como él hizo con aquella mujer? ¿Los animarás con palabras lujuriosas a que me tomen con fuerza los dos al mismo tiempo? ¿Me fustigarás para satisfacer tus necesidades?

—Nunca haré nada que no desees —repitió con tranquilidad.

—No me seduzcas. Eres un hombre con el que sé que no tengo ninguna posibilidad de salir airosa. Eres un experto en seducción. Tu mirada, tus palabras, incluso el tono que utilizas. Sabes qué hacer y decir para que una mujer se refugie en tus brazos. Finges consolarme para ganar mi confianza y pronto me besarás para nublar mi buen juicio. Él lo intentó. No funcionó.

—No puedo cambiar mis maneras. Hablo como me indica la situación. Me muevo como siento que debo hacerlo. Puedo prometerte que no te tocaré. Aunque te aseguro que eso no te será de ayuda. Tengo un propósito y eres mi fin. No hay más.

—Jura que no me seducirás.

—No puedo hacer eso. Es algo innato en mí. Deseo verte feliz. Todo en mí me impulsa a acariciarte para que olvides las lágrimas, a besarte para borrar los malos recuerdos. Mi cuerpo desea consolar al tuyo de una manera que sé que olvidarás tu pesar. He nacido para contentar a las mujeres.

Melly se mordió el labio inferior. Chesterfield era un pícaro tan natural que comprendía perfectamente que ella sería una víctima muy fácil. Era un hombre apuesto, curtido en la seducción, por más que dijese que no le atraía, él sabría muy bien cómo darle la vuelta a la situación. Con las palabras anteriormente dichas por él, Melly había sentido su corazón estremecerse de anticipación, tanto, que había mirado sus labios con fijación y él lo sabía.

—Entonces haz lo que te pido para contentarme.

Él sonrió de lado. Esa mujer era astuta.

—Eres peligrosa. Casi tanto como la duquesa de Stone, veo rasgos de ella en ti. Has tenido una buena mentora.

—No lo suficiente si no me das tu palabra.

—Tienes mi palabra de que nunca haré nada que no desees. No te tocaré ni te besaré. Solo me queda prometerte que no te hablaré, pero sospecho que si cedo ante eso, lo siguiente que me pedirás es que me marche de mi casa y te deje unos días tranquila.

—¿Lo harías? —preguntó con ilusión.

—Me temo que no puedo hacer eso. Tu presencia aquí responde a mi interés por vengarme de tu hermano.

—¡Pero es una tontería! Estuviste interesado en su esposa y Emma lo eligió a él. No puede haber venganza cuando la dama ya eligió... y lo hizo sabiamente —apostilló para molestarle.

Él se rio con ligereza ante la última parte.

—Sí, podría ser. Aunque debes recordar que he señalado uno de mis mayores defectos, soy muy vanidoso. Mi orgullo masculino es muy poderoso. Y merece resarcirse.

—Los hombres sois peores que los niños. ¡No tiene sentido lo que planeas!

—Hubiera sido muy fácil ocultarte mis intenciones y haberte doblegado a mi voluntad. Te he explicado mi plan y has decidido quedarte. No deberías culparme por completo cuando sucumbas a mis encantos.

Melly rodó los ojos.

—Estás acostumbrado a vencer siempre, ¿verdad?

Él la miró con compasión. Deseaba borrar los restos de sus lágrimas con tiernos besos. Se veía tan vulnerable... Nunca había visto a una mujer en ese estado. Bueno, sí lo había hecho. Una única vez, y aquello fue cuando Lisa lloró por una jugarreta que le hizo su actual esposo. También tuvo ganas de aliviar sus lágrimas en aquel momento, pero nunca pensó en besos. Chesladeó la cabeza, no estando muy seguro de a dónde pretendían llegar esos pensamientos que desechó con una leve sacudida.

—No mentía cuando dije que ninguna mujer se ha resistido a mis avances.

Melly suspiró con cansancio.

—No me queda más remedio que demostrarte que estás equivocado y que soy capaz de resistirme a ti. —Ches admiró su convicción porque en verdad se veía capaz de lograr semejante proeza. Melly así lo esperaba. Había estado pensando en cómo darle una lección a ese libertino y se le ocurrió que le daría fuerte en su orgullo, mucho más fuerte de lo que había hecho, en opinión de Ches, su hermano Oliver.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Hizo la pregunta sin ser consciente de haberla formulado en alto.

—Porque le dije no, dos veces, al hombre que amaba. Me negué a sucumbir a sus indecentes juegos y luego me negué a convertirme en su esposa. No me costará negarme a ti —trató de sonar segura—, porque, no te molestes, Ches, pero no te soporto. Tu arrogancia me pone enferma. Tus apetencias íntimas me repugnan del mismo modo que las del señor Shell.

Ches se sonrió al tiempo que cabeceaba afirmativamente.

—Milady, acaba de convertir esta situación en un apasionante reto y le prometo que no soy un hombre que pierda en sus empresas. —El conde se levantó y la miró. Melly alzó la mirada y lo observó mirarla con intensidad.

—¿Qué?

—Debo llevarte a tu habitación en mis encantadores brazos. Pediré un baño caliente, cenaremos en tus aposentos. Tomarás uno de los viejos vestidos de mi hermana que habrán de valerte. Tal vez no, porque son de cuando Ger era más pequeña. De todos modos hay vestidos en el armario, no son... En fin, el recato no figura entre sus cualidades, pero es lo que hay a mano. Luego volveré a atender tu pie y tu precioso trasero. —Melly lo miró con horror—. No temas, porque aunque he probado ese placer a manos de una mujer, no es uno de mis gustos más predilectos. —Ches sonrió ampliamente—. O tal vez sí... No lo he decidido aún.

Ella se escandalizó de tal modo que cuando él la aupó, gruñó de forma muy poco femenina.

Capítulo 3

Una traviesa seducción

A la mañana siguiente Chesterfield se presentó con una bandeja repleta de comida para los dos.

—¿Cómo te has levantado hoy, Melly? —Ella alzó la colcha todo cuanto pudo para esconder su cuerpo de su mirada.

—¿No hay ninguna doncella que pueda atenderme?

Él la miró con una brillante sonrisa.

—Creí que mis servicios eran de tu agrado. A fin de cuentas has jurado que no conseguiré mi meta. Así que no corres peligro aunque ingrese en tus aposentos estando ligera de ropa, ¿no?

—No es muy habitual que un hombre, menos un conde, se convierta en sirviente de una dama —replicó ella con retintín, mientras tomaba una tostada y la untaba en mantequilla.

—Si fuese tu siervo, podría incluso bañarte —la amenazó él.

—¿Puedes dejar de hacer eso, por favor? —preguntó con la boca llena.

—¿El qué? —inquirió sin comprender.

—Me gustaría hablar con un hombre sin que siempre se muestre deseoso de llevarme a la cama.

—Eres extraña. Las relaciones entre hombres y mujeres se reducen a un estado primario, animal. No hay más que la atracción entre sus cuerpos. Los hombres no se desprenden con facilidad de su deseo de dominación. Las mujeres suelen querer que los hombres las deseen para llevárselas a la cama. Tú pides justo lo contrario.

—Las que son respetables no hacen nada semejante. Y dudo mucho que tus conceptos con respecto a las relaciones entre hombres y mujeres estén aceptados entre la buena sociedad. Ninguna mujer nace queriendo ser una posesión para el goce de un hombre.

Él se carcajeó.

—¿Crees que Emma no deseaba llevar a tu hermano a su cama desde el momento en el que lo vio? Las mujeres deben tener los mismo impulsos animales que los hombres, solo que se los adoctrina para que eso no ocurra. Hombre o mujer, la seducción siempre está sobre la mesa cuando dos miradas se cruzan de modo ardiente. La seducción es así de simple.

—Y ahora es momento de hablar de Emma... Eres demasiado previsible, Ches —dijo obviando el análisis sobre el comportamiento humano en relación a la seducción.

Él suspiró.

—¿Quieres hacer un trato?

—¿Qué sugieres?

—Creo que podemos comportarnos como personas civilizadas. Prometo no tratar de seducirte. Simplemente compartiremos la casa y las comidas. Nos olvidaremos de todo lo demás. Un hombre y una mujer en una casa. Actuaremos como si estuviésemos aislados del mundo.

El conde estaba tan seguro de que su venganza triunfaría, que se podía permitir el lujo de hacer semejante ofrecimiento. Ninguna mujer se le había escapado hasta la fecha. Bien podría hacer que ella se relajase un poco en su compañía.

—¿Como dos amigos? —inquirió Melly frunciendo el ceño.

Ches sintió arcadas. Si la palabra amor lo asqueaba, eso de la amistad era un calvario que se había dado cuenta de que era todo un incordio gracias a la duquesa de Stone. Iba a decirle que prefería que fuesen amantes, pero ella gritaría.

—Solo estemos juntos. Hemos desafiado todas las normas y reglas sociales. Veamos qué

sucede.

—¿No intentarás nada? —Sondeó ella con el entrecejo aún fruncido. Estaba sorprendida por el cambio de actitud de él.

—¿Qué te parecería si subo un par de libros y me acomodo a tu lado y leemos?

—¿Por qué no lo haces en tu propia alcoba?

—Porque es mi casa y deseo hacerlo aquí

—Es tu casa, pero es mi habitación.

—Es mi casa, te permito tener una habitación y quiero leer aquí, a tu lado.

—Yo quiero leer sola.

—Pero yo no. Podemos estar así todo el día. Tengo mucha paciencia aunque no lo parezca. —Le dijo él para que viese que no se saldría con la suya. Se mostró intransigente. Ella rodó los ojos. Un libro. ¿No habría nada malo en ello, verdad?

—De acuerdo, leamos.

Desayunaron y Ches se marchó para llegar con varios ejemplares. Tomó asiento a su lado y se acomodó sin remilgos. Ella se colocó lo más lejos posible de él. Tapada con las mantas esperaba que no llegasen a rozarse. El muy malvado se había presentado ante ella en mangas de camisa y con el pecho medio descubierto. Al menos llevaba los pantalones puestos. No como anoche, que entró en calzones para hacerle las curas. Melly sabía que él estaba tan acostumbrado a prescindir de toda etiqueta y norma social, que seguramente encontró el gesto del todo habitual.

—No conozco tus gustos, te he traído un par de libros. —Los exhibió ante su rostro.

—¿Góticos? —Vio los títulos y le dieron ganas de echárselo a la cara.

—¿Preferías algo con damas enamoradas? Mi hermana tiene unos cuantos en la biblioteca, pero pensé que dadas las circunstancias no desearías ese tipo de lectura.

—Adoro los libros con finales felices y hombres y mujeres enamorados —expresó de forma sardónica.

—¿Incluso después de lo que te ha sucedido?

—Por supuesto. No voy a renunciar al amor. No estoy dispuesta a hacerlo. La duquesa de Stone dice que cuando uno se cae, se toma un momento para compadecerse de sí mismo y luego se levanta con ánimo. Incluso lady Spencer no se rindió cuando su esposo hizo lo que hizo.

—Por los huesos de Lucifer, mujer. Pese a lo que te ha pasado y sigues con pájaros en la cabeza —señaló molesto.

—Sí. Desde bien pequeña he querido formar una familia. No he tenido un padre y una madre. Deseo hijos y a un esposo que me venere. No renunciaré a nada por una mala experiencia. Mi reputación está hecha trizas, pero algún hombre habrá que sepa verme... —Rezaba porque así fuese.

—¿Que te venere? —Inquirió con mofa.

—Por supuesto. Lo haré amarme tanto que será el hombre más feliz del mundo. Por eso quiero lo mismo que voy a ofrecer.

—Abre bien tus piernas para tu esposo. Hazlo gustosa y entonces tendrás su veneración. Es así de simple.

Ella ya no lo miró con horror. Él era del todo incorregible, cuanto antes se habituase a sus maneras, mejor le iría.

—No todo es placer y seducción. La comprensión, la compañía, el entendimiento, pueden ser herramientas más efectivas que abrirse de piernas. Expresión que por cierto es del todo inapropiada y horrorosa.

—Los hombres somos seres primitivos, ya te lo dije. Nuestro cuerpo toma el control cuando una mujer se coloca delante de nosotros. Incluso vestida es capaz de levantar nuestras más oscuras pasiones.

—Siento tanta lástima de ti, Ches.

—¿Sí?

—Sí.

El conde la miró a los ojos con seriedad.

—Es curioso. Yo siento lo mismo por ti.

—¿Por qué? —Decidió no indignarse.

—Porque no comprendes la vida. Has visto cómo tus sueños se hacían pedazos y aun así estás deseando salir al mundo para encontrar a otro hombre que volverá a arruinar tus expectativas y esperanzas.

—No. Me niego a pensar que eso pueda suceder.

—¿Porque tu hada madrina agitará su varita mágica y traerá un príncipe? —Se mofó con sorna.

Ella no se enfadó.

—Yo no tengo una de esas. Porque si la tuviera, en vez de haberme enviado al Rey de la Perversión para rescatarme, hubiera enviado a un buen hombre que fuese capaz de enamorarse de mí mientras me consolaba con ternura, con dulces palabras y gestos apropiados. —Melly agitó los hombros mientras él emitió un bufido—. No importa. No tengo hada madrina. A mí me puede ayudar una cailleach, y eso será más efectivo. —Él comprendió a quién se refería la joven.

—La duquesa de Stone no es una bruja, por mucho que se empeñe en decir lo contrario. —Tanto se lo había dicho su amigo Patrick que él ya había copiado la frase cuando alguien decía que Lisa tenía poderes mágicos.

—De igual modo confío en ella para que me ayude a conseguir un buen hombre. Deseo una familia —volvió a repetir con esperanza. Él estuvo a punto de vaciar el contenido de su estómago al ver la expresión embelesada de ella.

—Podría enseñarte a seducir a un hombre, sería más efectivo para casarte con él y definitivamente te ayudaría a darte cuenta de quiénes están interesados en las mujeres y cuáles no lo hacen. Ya sabes, para que no vuelvas a toparte con otro señor Shell.

—Grandioso... —exclamó ella mientras ojeaba uno de los libros que él le había dejado al lado.

—¿Disculpa? —¿Ella estaba aceptando así de fácil su propuesta? Algo no concordaba... Ches se preocupó.

—Has tardado diez minutos en volver a hablar de seducción.

—Todo un logro. A cada minuto estoy deseando seducir a una mujer. Es un milagro que

permanezca en una cama con una bella dama y mis pantalones sigan puestos —advirtió con total naturalidad.

—Te vendrá bien estar conmigo y que yo no clame por tus atenciones. Eso te hará ver que no eres tan fabuloso como imaginas. Una cura de humildad no te iría mal —le espetó con hastío.

—Lo soy. Soy del todo fabuloso. Un amante sublime. Solo que no deseo que comiences a llorar si te beso.

Melly cerró de golpe el libro que sostenía. Se giró para mirarlo a los ojos y vio que él estaba haciendo lo mismo.

—Chesterfield, serás un gran amante, no me cabe la menor duda, pero como hombre inteligente dejas mucho que desear. No me extraña que las mujeres únicamente te busquen para fornicar. Debe ser tan desesperante y tan poco revigorizante que tu único cometido en la vida sea fornicar... ¿No te sientes utilizado?—Él abrió los ojos con sorpresa.

—¡Vaya, pequeña Melly! Esa palabra es del todo inapropiada. Creo que puedo hacer de ti toda una mujer. Y no. Fornicar, como tú lo llamas, es mi gran pasión, pero no soy solo eso. Aunque sí me considero un gran y excelente fornicador. —Terminó la exposición con una brillante sonrisa que la hizo enfurecer.

Ella observó su condescendencia y quiso arrojársela a la cara del mismo modo. Había usado todas esas veces la palabra fornicar con el único fin de molestarla. Melly estaba completamente segura de ello.

—Quédate a mi lado en la cama sin tratar de seducirme, y tal vez pueda hacer de ti un hombre de provecho que alguna vez pueda conocer las bondades del respeto que puede llegar a sentir una mujer por su compañero.

Él agitó los hombros y ella supo que había fallado estrepitosamente en su intento por molestarlo.

—Podría hacerlo, pero no estoy interesado en lograr nada como eso. Siento desilusionarte... Bueno, en realidad no lo siento. —Él le sonrió una vez más. Ella lo observó furiosa.

—Te miro y siento ganas de tratar de ganar tu corazón, para luego pisoteártelo y

demostrarte que todo eso de lo que te burlas existe y puede volverse en tu contra.

Él explotó en sonoras carcajadas.

—Eres del todo una mujer llena de humor. Me gusta tu forma de pensar. Casi has parecido mercenaria. No eres menos parecida a mí en cuanto a tomar la revancha se refiere. Estoy seguro de que tus venganzas sobre los que se atreven a humillarte serán muy espectaculares.

—No quiera descubrirlo, milord...

Melly lo miró de soslayo. Él pretendía seducirla. ¿Qué mal podría haber en que ella tratase de robar su corazón y luego le diera a probar su propia medicina?

Bien. Su corazón estaba tan destrozado que no era una misión peligrosa... ¿no lo era, verdad? Tan solo sería necesario no sucumbir a los placeres que él prometía con sus palabras y miradas. Podría hacerlo. Se concentraría en el señor Shell. Lord Chesterfield y su antiguo prometido eran muy parecidos, por lo que recordar el dolor que Leo le propinó la ayudaría a mantener los pies sobre la tierra.

Ella estaba trazando un plan de actuación. Ese monstruo libertino necesitaba que una mujer le diera una lección y ella tenía tiempo y no había otra cosa más interesante que hacer. Tal vez lo hiciera...

Después de comer, Amelia solicitó bajar a la biblioteca para seguir allí con la lectura alegando que estaba cansada de permanecer en el mismo lugar. Su habitación se le caía encima y solo llevaba allí pocas horas.

Él la cargó en sus brazos y ella se mantuvo imperturbable. Había oído decir a las damas más mayores que la rodeaban que el amor era un juego. Eso le dio una idea. Él estaba acostumbrado a ganar siempre. Amelia le demostraría lo frustrante que podía llegar a ser perder.

La dejó en un cómodo sofá y le acercó el libro que había estado leyendo por la mañana. Amelia se quedó mirándolo con atención.

—¿Sucedo algo? —Quiso saber al verla tan atenta.

—No. Nada.

—¿Por qué me miras? —Ella abrió los ojos con sorpresa.

—¿Te incomoda que una mujer te mire con intensidad? Creí que estarías más que acostumbrado.

—Lo estoy, pero eres tú la que me observa, y eso me desconcierta.

Melly lo miró con suma seriedad al tiempo que colocaba sus manos sobre la bata que se había puesto. Chesterfield no le había permitido ponerse un vestido alegando que no era necesario porque él no iba a aprovecharse de ella y era más cómoda para llevar a cabo la cura de la noche. Ella le señaló que eso sería por la noche. Él dijo que no la quería vestida. ¡Era un tirano!

—Ches, me gustaría que me besases.

Él frunció el ceño. Ella tramaba algo.

—¿Por qué?

—Está bien. Si no deseas hacerlo, no lo hagas —dijo con indiferencia.

—Responde.

—No.

—Responde.

—No.

—Melly, dime qué te ha impulsado a pedirme un beso y te lo daré.

—No. Te he pedido un beso. Si no quieres dármelo no lo hagas. Tal vez sea mejor así. Ese plan de venganza que tienes contra mi hermano... —trató ella de picar en su orgullo.

—¡Si me has dicho esta mañana que no debía seducirte! —se quejó él.

Ella se quedó callada. No iba a añadir nada más. Melly cogió el libro y comenzó a leer. Esperaba poder manejar lo que había propiciado. Estaba jugando con fuego.

Chesterfield se acercó a ella y le quitó el libro de las manos. Se sentó a su lado y tomó su mentón con uno de sus dedos. Melly lo miró a los ojos sin emoción alguna.

—Mis besos son húmedos. ¿Estás preparada? —Ella asintió. Ches llevó sus labios hacia los de ella. Melly dejó la boca quieta y se concentró en las imágenes que había visto de Shell mientras Chesterfield trazaba con su lengua el contorno de su lengua. Cerró los ojos y entonces pudo visualizar mejor lo que había hecho el hombre al que había entregado su amor. El estómago comenzó a removersele.

Chesterfield, ajeno a los pensamientos de ella, hizo que abriese su boca y comenzó a jugar con su lengua en la cavidad de Melly. La muchacha se obligó a no sentir nada. Su dolor. Eso la protegería del libertino.

Ches se separó un momento para ver lo que sucedía. El beso no estaba yendo como él deseaba. La joven no estaba cooperando. Eso no le había pasado nunca. Decidió jugar un poco con ella. Llevó su mano hasta su pecho y lo acarició sobre la ropa esperando que ella comenzase a sentir deseo. Melly no se movía.

Cansado de jugar con su lengua y acariciar su seno, decidió probar a lamer su cuello y el lóbulo de la oreja. Este último era un punto muy sensible que tal vez la encendiera.

Ella seguía sin moverse ni dar señales de... ¡de nada! Ches se separó de ella y la vio con los ojos cerrados.

—Me deseas. Sé que mi lengua puede volverte loca, solo permítete sentirme. Si me das la oportunidad te daré tanto placer que te sentirás viva de nuevo. Melly, sé una buena chica y deja que tu cuerpo responda a mi toque.

Leo le había susurrado palabras parecidas: «Sé buena chica y deja que él te lama entre las piernas para que yo te observe», le pidió mientras uno de los hombres trataba de remover su falda.

Melly no pudo aguantar más, abrió los ojos y toda la angustia le salió por la boca en forma de jugo gástrico. Una sustancia que acabó vertida sobre el pecho de Chesterfield.

La miró con seriedad y esperó a que él comenzase a chillarle como había hecho Leo en aquel momento en el que ella se negó a la petición de su prometido.

La miró con seriedad.

—Esto es del todo nuevo e inesperado —señaló mientras se quitaba la camisa. Limpió los restos que aún tenía en su piel y la miró con atención—. Debería hacer llamar a un médico, creo que te has enfermado. Me preocupa que sea algo contagioso y acabemos todos indispuestos.

—Me parece que mi dolencia no se puede curar con un galeno.

—¿No?

Lo miró con seriedad.

—No, porque me temo que eso ha sido producto de tu seducción. Siento tener que informarte, Ches, que eso es justamente lo que me provocan tus besos, palabras y gestos.

Él volvió a reírse con ganas. Ella trató de mantener su aspecto imperturbable.

—Querida Melly, has lanzado todo un reto del que no vas a poder escapar. Hacía demasiado tiempo que no emprendía la caza de una mujer. Me temo que estás perdida. Te permití salir indemne la primera vez que me retaste. Esta es la segunda y mi vanidad y orgullo no me permiten abandonar el juego que tú misma has iniciado. —Se acercó con cuidado de no mancharla y le dio un ligero beso en los labios. Posteriormente él se marchó para darse un buen baño.

Se sentía animado. Animadísimo de hecho.

La hora de la cena fue tranquila. Charlaron como si nada extraño hubiera pasado entre ambos. Él se mostró atento y esta vez no habló de cosas carnales. Ella se sintió más relajada. Tal vez haberle vomitado encima hubiera dado sus frutos y la dejase en paz por un tiempo.

La hora de atender su pie y su otra zona delicada llegó. De nuevo apareció en calzones y la trató con diligencia, como si de un verdadero doctor se tratase. Le dio las buenas noches y se marchó.

A la mañana siguiente se repitió la misma rutina y por la noche ella se sintió aburrida y comenzaron a jugar una partida de ajedrez.

Chesterfield se deslizó hacia el respaldo y se colocó cómodo. Ella permanecía frente a él una posición muy rígida. Melly miraba el tablero de ajedrez mientras él sujetaba la reina blanca.

—¿Vas a decirme qué sucede? —Melly no había estado atenta durante la primera partida.

—Nada.

—He sido paciente y he esperado a que me explicases a qué se debió tu reacción a mi beso. Ha pasado el tiempo suficiente y es momento de que te confieses.

—Tus atenciones me disgustan. Eso es todo —señaló sin emoción.

—No. Eso es del todo imposible.

—Eres todo un arrogante. Me desesperas.

—Lo soy. Es la realidad. No soy el Rey de la Perversión sin motivo. Algo sucedió. Tú provocaste lo que sucedió. Tu reacción no fue obra mía. Dime lo que te pasa.

—No.

—Te hará bien hablar de lo que te aflige. Durante todo el día no he visto tu sonrisa, Melly.

—¿Echas de menos mis sonrisas? —Se mofó ella.

—Sí. Lo cierto es que me gusta ver tu alegría. Algo ha pasado y sé que no es culpa mía. Habla, por favor.

—¿Qué harás si me niego? ¿Seducirme? —Se volvió a mofar ella.

—No he hecho nada de eso en todo el día, y te recuerdo que la idea de que te besase fue tuya —respondió un poco molesto.

—¿Tus amantes te niegan algo? —preguntó con curiosidad.

—Suelo trabajar al revés.

—¿A qué te refieres? —inquirió con verdadera curiosidad.

—Yo las complazco a ellas.

—A mí me hiciste vomitar —puntualizó con el fin de enfurecerlo.

—Ambos sabemos que eso no fue obra mía. —La miró con intensidad para ver si ella se atrevía a ser valiente y confesaba el crimen.

Melly suspiró con fuerza. Recordar lo que sucedió con Shell no fue tan buena idea. Su corazón y alma estaban agitados. Percibía un peso tan aplastante en su ser que si no lo aligeraba un poco acabaría hundida en las profundidades de la tristeza más absorbente.

—Estoy rota —confesó sencillamente.

—Tu pie sanará pronto. Tal vez mañana ya puedas comenzar a apoyarlo en el suelo.

—No, —ella negó con la cabeza y levantó la vista para mirarlo a los ojos—, él dijo que yo estaba rota.

—¿Quién dijo eso?

—El señor Shell.

Ches negó con vehemencia con la cabeza.

—Tú no estás rota, Melly. Yo sí estoy estropeado. Desde pequeño lo supe. No fui querido en ningún momento. Tuve que valirme por mí mismo desde siempre. Harás bien si aprendes a evitar que te afecte lo que opinen los demás. A mí me ha funcionado muy bien.

—Tú... ¿estás solo? Denoto soledad en tu recomendación. —Ella sintió un deje de dolor pese a que las palabras de él habían sido planas.

—No, nunca estoy solo, ya te lo dije. Dime, ¿por qué tu prometido dijo que estabas rota? —Decidió centrarse en lo que le interesaba.

Melly asintió. Tal vez el mayor de los libertinos le pudiera abrir los ojos con respecto a unas cosas que ella sentía y que nunca había sido capaz de confiar a nadie.

—No siento nada cuando me besan. Shell lo hizo y no sentí nada. Trató de tocarme y tampoco funcionó. Cuando me obligó a mirar y yo no quise participar de sus actos, me dijo que era una mujer estropeada que no era capaz de sentir emoción o deseo. —confesó con humildad.

—Tengo mucha experiencia en estas cosas. Tú estás perfectamente bien. Lo único que sucede es que no estabas con el hombre adecuado para despertar tu lujuria. Creo que has hecho

bien en dejarlo plantado. Hubieras sido muy infeliz con un hombre que prefiere a los de su especie. —Él respondió con la misma sinceridad que ella había empleado.

—Me besaste y vomité.

—Lo sé bien. Tuve que usar mi mejor jabón para desprenderme del olor. Dos baños fueron necesarios. —Él le sonrió.

—Lo siento —dijo avergonzada.

—No lo sientes en absoluto. Vi un resquicio de sonrisa cuando me vomitaste encima, Melly. —Él la observó con atención cuando eso sucedió y supo que ella estaba muy satisfecha con su hazaña.

—Es verdad, no lo siento —confesó sin vergüenza.

—Lo sé.

La muchacha respiró con fuerza.

—¿Y si no soy una mujer que acepta las atenciones íntimas de un hombre? Tal vez sea como esas esposas que no desean que sus compañeros las utilicen en el lecho. —Fue lo que Shell le dijo.

—Eso no es verdad. Ninguna mujer desestima las atenciones amorosas de un esposo, o de su amante. La falta de instrucción es el mayor de los problemas. He tenido en mi casa a cientos de matrimonios que han venido a verme porque los hombres no soportaban que las mujeres yacieran muertas hasta que ellos finalizaban el acto. No hay mujeres rotas, solo hombres ineptos. Un hombre no puede esperar que una mujer que no ha sido versada en las técnicas de la seducción se muestre ansiosa por sus atenciones. Hay que acariciar, es necesario tomarse tiempo para susurrar. La lengua es un instrumento muy poderoso, capaz de encender cualquier pasión oculta. En el momento en que el hombre sepa dónde tocar a la dama, ella responderá. Las cuestiones de la religión son más complejas de solucionar. Si ella está convencida de que irá al infierno si acepta la plenitud que su precioso cuerpo femenino ansía, solo queda que su amante le explique que es mejor abrasarse en las llamas de infierno y probar la delicia del éxtasis, que llegar al cielo sin haber saboreado los placeres de la carne.

Hubo un momento de silencio. Melly estaba analizando las conjeturas de él. Tenía sentido lo que le explicaba, pero...

—¿Si yo hubiera sabido complacerle, él me hubiese amado?

Él respiró profundamente.

—Me temo que no, Melly. Tu mayor problema es que no eras un hombre como él.

—Pero si me hubiese entregado a sus peticiones... tal vez él... —dijo más para ella que para su compañero. Sentía que había fallado de alguna manera en su cometido.

—Hubiese hecho de ti un objeto que usar. Te habría convertido en una prostituta al servicio de sus caprichos y eso sí habría terminado por romperte. Estarás mejor sin él. —La última parte la dijo convencido.

—Yo sentí repulsión al ver lo que él hacía. Cómo tomaba en su boca a otro hombre. No podré olvidar esas cosas mientras viva. ¿Es natural que me sienta así?

—Los vicios de uno no hay que imponerlos en otro. Es del todo comprensible que no te agradase lo que viste porque eres una mujer muy inocente. Shell cometió un error imperdonable al no hacer el esfuerzo de conocer a la mujer con la que iba a casarse.

—¿Y tú me conoces?

—Sí. Eres una mujer fuerte que ha sufrido cosas horribles. No eres tan diferente a mí, Melly. Los dos compartimos el estigma de la bastardía y nos hemos sobrepuesto. Por muchas veces que caigas, seguirás levantándote, y no necesariamente porque lo diga la duquesa de Stone, porque eso es lo que has visto de quienes te rodean. Tu maltrecho corazón seguirá buscando amor aunque eso vuelva a suponer que lo rompan. Algo que yo nunca haría —puntualizó—. No te das por vencida y dentro de ti habita una lasciva mujer que está deseando salir a flote.

Ella lo miró con reprobación.

—Ibas bien hasta que has llegado a la última parte. Ahí ha sido cuando mi satisfacción por tus apreciaciones se ha visto truncada.

—Pero no miento. En el momento en que despiertes, no querrás volver a dormir. Te lo garantizo.

—Lo dudo mucho —expuso bufando.

—Puedo enseñarte. No sería la primera vez que hago que una mujer se sienta plena. Es

mi especialidad.

—Prometiste que no me tocarías —le recordó con suavidad.

—No es necesario hacerlo. Tienes mi palabra de honor de que no te tocaré. ¿Quieres ver de lo que eres capaz tu sola? —La retó él.

—¿Qué se supone que deba hacer? —preguntó con cautela.

—Seguir mis indicaciones. Creo que te hará bien comprender que no hay ningún problema contigo.

—¿No me besarás? —Melly sabía que sus besos eran más poderosos que sus palabras o caricias indecorosas y no quería verse así de tentada.

Le tocó a él poner cara de horror.

—No, no pienso arriesgarme a acabar bañado por tus flujos malolientes.

Ella rodó los ojos.

—¿Qué debo hacer?

—Vamos a la cama y te lo mostraré.

—¿Te has vuelto loco? —Lo miró con pánico mientras se llevaba una mano al pecho.

—No voy a mostrarte lo que debes hacer si no es en la intimidad. Te enseñaré y podrás hacerlo cuando quieras. Te he prometido que no pondré un solo dedo sobre ti. —Se acercó al tablero y cogió la reina negra de ella—. ¿Tienes miedo de perder o de ganar, Melly?

Ella se humedeció los labios.

—Llévame a la cama. —Las promesas que veía en él eran demasiado tentadoras para no tenerlas en cuenta. Necesitaba saber si ella era capaz de ser una mujer plena. Si Chesterfield no lo conseguía nadie lo haría jamás.

—Oh, dulces palabras que no pensé que dirías tan pronto.

—Lo has prometido...

—Siempre cumplo mis promesas. —Le dijo mientras la cargaba en brazos—. Te aseguro

que no te arrepentirás.

En un tiempo muy corto llegaron a la estancia de Melly. La dejó en la cama y la invitó a quedarse desnuda y recostarse de nuevo. Melly hizo lo que ordenó con suma reticencia. Se obligó a pensar que esto era con fines teóricos. Fue complicado desprenderse de toda su ropa. Él la miraba con demasiada intensidad y no sabía si sentirse ofendida o todo lo contrario.

Chesterfield, tan acostumbrado como estaba a ver el cuerpo femenino, tuvo que admitir que era muy bonita. No fue capaz de controlar su erección cuando el camisón cayó al suelo.

—Suelta tu pelo, Melly—. Ella se quitó las horquillas y la melena cayó libre por sus hombros—. Ese hombre era un necio incapaz de valorar lo que se le ofrecía. Eres del todo seductora y tentadora. Venus a tu lado palidece. Tu piel blanca como la nieve. Tus tersos pechos orgullosos y anhelantes, listos para ser atendidos. Esos rizos rubios como tu cabello. No, Melly. Él era el que estaba roto. Túmbate en la cama.

Amelia tragó saliva e hizo lo que él le pedía. Lo sintió colocarse a su lado. La admiró y se le hizo la boca agua. Se fue a los pies de la cama y desde allí la divisó con las rodillas apretadas y los brazos a ambos lados del cuerpo. Debía estar loco por prestarse a ese juego del que no iba a sacar más que frustración.

—¿Estás lista, Melly?

—Sí. —Ella no perdía nada por seguir sus indicaciones y ver si de verdad Shell tenía razón y estaba rota, cosa de la que la había convencido.

—Abre tus piernas cuanto puedas. Ponte en una posición cómoda. —Ella hizo lo que le solicitó—. Lleva tu mano derecha a tus labios y rózalos como si fueran una sutil flor que si apretases se deshojara. Sé tímida y cauta, Melly. —Él la observó y decidió que lo había hecho bien—. Pon tu mano izquierda sobre uno de tus senos y acarícialo con el mismo cuidado que con tu boca. Muy bien, eso es. Ahora pellizca delicadamente ese pezón erecto que necesita tu estimulación.

Melly comenzó a gemir con su propio contacto. Él tuvo que agarrarse a la cama. Era lo más sugerente e inocente que había observado en sus muchos días como el Rey de la Perversión.

—Preciosa, deseo que lubriques bien dos de tus dedos. Húndelos en tu boca y lámelos como si fueran un dulce helado o un caliente chocolate que necesitas degustar. Te hará bien este ejercicio porque cuando un hombre te pida que lo tomes con tu boca habrás de chupar de ese

modo. Todo está permitido entre un hombre y una mujer que se desean, Melly, no lo olvides. Tu cuerpo te irá diciendo lo que necesita a cada paso y deberás saber complacer tus necesidades. Habrás de guiar a tu amante si él no te da lo que necesitas. Dime, pequeña Melly, dime ¿qué necesitas? Explícame qué sientes mientras tu dulce lengua chupa y juega con dos de tus dedos —la invitó con sensualidad.

—Estoy mojada. Siento que mi centro se ha humedecido.

—Cuéntamelo todo, tesoro. Dime qué necesita tu cuerpo, explica qué sientes con tu lengua. Relata el placer que te da tu mano al pellizcar tus pezones, al acariciar tus senos con ternura.

—Necesito más. No es suficiente. Estoy ardiendo. —Melly se removía por la cama, con los ojos cerrados concentrada en lo que estaba haciendo y sintiendo. El manto de la lujuria la tenía a oscuras y la voz de Ches era lo único que la guiaba hacia un terreno desconocido y sensual que se moría por descubrir.

—Lleva tu mano hacia tus rizos, pequeña. Es momento de que conozcas tus secretos más íntimos. Palpa entre tus muslos y dime cuán húmeda estás.

Melly llevó su mano derecha hasta ese lugar que la tenía encendida.

—Estoy empapada.

Chesterfield se acercó a la cama y reptó para llegar a verla ahí con claridad. Era divina.

Todo el rocío de la mañana estaba filtrado ahí y él se moría por hundir su lengua en ella y ayudarla. No podía, no debía hacerlo. Lo había prometido.

—Lo sé, mi amor. Acaricia con suavidad. Pálpate con ternura, como haría un amante generoso. Descubre ese punto oculto que te hará saltar de emoción. Busca tu perla y cuando la halles frótala, hazlo con timidez. Un leve contacto primero, luego un poco más fuerte.

—Dios mío —susurró Melly cuando su mano se centró en el lugar al que Ches había aludido. La sensación era deliciosa.

—Eso es. Disfruta de ti misma. Acaríciate un poco más fuerte. No temas en presionar, no se romperá.

Ches la contemplaba situado sobre sus rodillas y codos sobre la cama. El aroma a sexo

que ella desprendía inundaba sus fosas nasales y él no tenía bastantes pulmones para robar todo ese tesoro desperdiciado.

—No puedo... no puedo soportarlo... Es delicioso y al mismo tiempo doloroso. Necesito algo que no llega.

—Llegará, no tengas prisa. Solo frota, juega con tus delicados dedos. Esa perla quiere ser castigada. Lleva tu dedo hasta tu abertura e introduce uno con cuidado. Despacio, Melly.

Ella lo hizo y gimió más alto:

—Ches... Ches...

—Sí, estoy aquí. Yo te guío. No temas tesoro, no sucederá nada malo, te lo prometo. Sigue haciendo lo que te digo y la liberación llegará.

—Cheees... No puedo más.

—Sigue hundiendo tu dedo, Melly. Muévelo dentro de ti y siente como te penetra con delicadeza. Ahora hazlo un poco más rápido. No temas. Estoy aquí. Vamos, tesoro. Hunde el dedo un poco más adentro.

—Ches, no puedo soportarlo, por favor, por favor... Ayúdame. —Verla retorcerse en la cama clamando por su ayuda fue toda una tortura. Deseaba llevar su lengua e introducir sus propios dedos en su cuerpo para liberarla.

—Tú lo harás, Melly. Vamos, lleva tu esencia hacia tu perla y vuelve a moverla con movimientos más violentos. Eso es. Mueve tu mano del modo en el que tu cuerpo lo pide. Solo escúchate a ti misma, sabes lo que quieres, como debes hacerlo. Vamos, lo tienes, tesoro. Siente todo el placer que tú misma te proporcionas. Vamos, Melly, salta al vacío. No te caerás. Te lo juro, déjate llevar. Vamos, puedes hacerlo, pequeña. Hazlo por mí, hazlo para mí. Dame tu placer, muéstrame tu lujuria. Grita tu liberación.

Melly sintió esa agonía liberadora con toda una fuerza desgarradora. El corazón bombeaba fuerte en sus oídos. Su piel estaba erizada. Sus sentidos concentrados en el centro de su placer.

—Cheeeeeessssss... —Gritó tan fuerte que el grito probablemente lo hubiesen oído hasta en los confines de la tierra.

Liberada. Suspiró satisfecha y una sonrisa se dibujó en su rostro. Sintió que algo se movía a sus pies. Abrió los ojos y lo vio mirarla con intensidad. Con hambre. Con lujuria. No tuvo miedo de él. Ese hombre le acababa de ofrecer el paraíso en bandeja de plata. Lo sentido fue sublime en todos los aspectos posibles.

—Necesito coger tu mano, Melly. He prometido que no te tocaría pero necesito que confíes en mí y me des tu mano. —Él hablaba con tanta necesidad que ella subió la izquierda para dársela.

—No. Quiero la otra, tesoro. Por favor, dame la derecha. No te haré nada. —La miraba con súplica.

Ella se la dio con cierta vacilación. Él, sin dejar de mirar sus ojos, llevó los dedos que aún tenían los restos de su liberación a su boca y hundió ambas falanges hasta donde pudo tragar. Su lengua absorbió todo lo que allí se había formado. Lo vio lamerse los labios cuando terminó de saborearla.

—Gracias, Melly.

Ches se acercó y le dio un ligero beso en la boca y se marchó de allí antes de cometer una auténtica temeridad. Había prometido vengarse de Ashton, pero le había dado su palabra de que la respetaría si ella confiaba en él. Melly había cumplido su parte, él respetaría el acuerdo aunque ello supusiera perder la que probablemente fuese su mejor oportunidad para poseerla.

Melly estaba receptiva y vulnerable. Hubiera sido fácil susurrar las palabras oportunas y hacerle desear más. Desearlo a él. Podría haber llevado su miembro hasta su interior y conseguir liberarse. Vengarse. Hizo lo que debía hacer. Era el Rey de la Perversión, pero nunca faltaría a una promesa entregada a una mujer.

Melly se quedó en la cama satisfecha, pero vacía. Había sido maravilloso. Tanto, que se moría por volver a repetir la experiencia. Sin embargo, algo no se sentía correcto del todo. Su cuerpo se había satisfecho por su propia mano, pero más allá de la liberación, había faltado el contacto de otro cuerpo. El calor de otra persona. La voz de él había sido deliciosa. Había imaginado que su mano era la de él. Chesterfield era quien la acariciaba, quien le estaba haciendo el amor.

Abrir los ojos y verlo observarla... A punto estuvo de pedir que lo hiciera. Que la tomara. Verlo engullir esos dedos que habían estado en su interior... Él los había devorado con glotonería mientras suspiraba sin dejar de mirar sus ojos.

Su cuerpo se volvió a prender sin necesidad de ninguna antorcha.

Aquella noche, él no vino para curar su pie y frotar su nalga. Ella lo echó de menos.

Los siguientes días fueron normales. Demasiado para el gusto de Melly. Ninguno de los dos había hecho alusión al suceso ocurrido. Eran... eran... se podría decir que eran compañeros, amigos. Comían juntos. Charlaban sobre la vida. Leían. Era extrañamente placentero. Su pie estaba mucho mejor y ella andaba sin que él la cargase en brazos.

Una de las noches ella se sintió perversa. Más bien, se sentía una mujer que no sabía bien lo que quería. Por un lado estaba aliviada porque él la trataba con respeto y cordialidad, pero por otro, se sentía insultada porque él no había tratado de seducirla desde que compartieron aquel momento tan íntimo. Se comportaba con una frialdad y cortesía que la tenían harta. Sabía que estaba siendo caprichosa y egoísta. ¿Qué deseaba de él? Cuando Ches se comportó como un libertino lo reprendió y ahora que no lo hacía deseaba que lo hiciera. No se entendía a sí misma.

Para él, la situación no era menos compleja. Chesterfield, tan mundano y experto como se consideraba, no estaba en sus mejores momentos. Lisa consiguió que él se sintiera protector y amigable con ella. Lo que Melly estaba consiguiendo de él, y que no deseaba profundizar, le estaba resultando molesto. Su plan de seducirla por venganza estaba lejos de cumplirse y Chesterfield no se entendía a sí mismo. Deseaba usarla para hacerle daño a Ashton y al mismo tiempo se sentía rastroso por abusar de la confianza de ella.

Melly echó las cartas sobre la mesa en un claro gesto de que abandonaba el juego. Tal vez el problema era el aburrimiento. Ches se recostó en la silla con nerviosismo. ¡Él no era un hombre nervioso! ¿Qué diantres le sucedía?, se preguntó con molestia.

—La partida no ha terminado —la regañó él.

—No me apetece jugar más. —Sonó como una niña mimada. Le dio igual.

—¿Qué te pasa? —Preguntó sabiendo que se avecinaban problemas.

—Estoy harta de estar encerrada en casa.

—Tu pie está prácticamente curado. Podemos salir a cabalgar si quieres.

—¿Sí? —inquirió más animada.

—Sí, mis caballos necesitan que los atienda. Nos hará bien salir a todos. —En especial a él.

Ella se desinfló porque recordó que eso sería mañana. Nada parecía complacerla. Las noches eran más divertidas desde que había descubierto que sus manos eran tan eficaces.

—Creo que voy a ir a acostarme. —Él relinchó—. ¿Sucedó algo? —preguntó extrañada por la respuesta de él a algo tan simple.

—No. Puedes irte. Dime cuánto tardarás en terminar de complacerte y esperaré en mi despacho —le espetó con enfado.

—¿Disculpa?

—¿Acaso crees que no te oigo cada noche suspirar y gemir?

Ella se puso lívida y se sonrojó.

—¿Lo siento? —La disculpa le salió en forma de pregunta porque no sabía lo que debía hacer con respecto a lo que le había sonado como una recriminación por parte del conde.

Él dejó las cartas sobre la mesa y se levantó. Comenzó a caminar por la estancia. Se colocó delante de ella.

—Soy un hombre, maldita sea. No puedes encerrarte en tu habitación mientras yo estoy en la contigua y sé lo que estás haciendo.

—Yo... —Ella lo miró con atención. Se lo ocurrió algo—. ¿Tú no puedes complacerte como hago yo?

Él jadeó de horror y comenzó a andar de nuevo.

—No. Un hombre como yo no recurre a su mano para excitarse. No, cuando tengo una larga ristra de mujeres bien dispuestas.

—¿Y qué se supone que significa eso, Ches?

Él paró de moverse. La miró fijamente desde su altura. Melly permanecía sentada

observándolo con calma.

—Significa que si no tengo pronto a una mujer en mi cama, moriré de inanición.

—Pues busca una que esté dispuesta —dijo ella como si fuese lo más normal del mundo.

—Melly, no lo entiendes... —dijo derrotado y comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿El qué no comprendo?

Ches regresó hasta donde ella estaba y la miró con más intensidad.

—Yo deseo que tú me complazcas.

Ella cabeceó un par de veces positivamente.

—Uhm... Olvidaba la venganza.

—¡Al infierno con la venganza! —gritó furioso. Llevaba casi una semana enfermo de necesidad oyéndola gemir y gritar su liberación. Mal negocio había hecho él al enseñarla.

—Lo siento, Ches, pero no voy a dejar que me seduzcas. Busca una mujer. Con tus dotes de libertino eso no debería suponer un verdadero problema para ti.

Él la observaba con seriedad.

—Esto no es una seducción. Te necesito. —No creyó nunca que él diría unas palabras como las que acababa de pronunciar. El celibato era algo del todo desconocido. Tanto que lo estaba trastornando. Jamás había estado más de dos días sin tocar a una mujer.

—¿Tú me necesitas a mí? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí, maldita sea. Sí. Llevo demasiados días sin yacer con una mujer. No puedo más. Estoy encerrado aquí a cada rato contigo. Las noches son insoportables porque te oigo gozar y yo no tengo medios a mi alcance.

Hubo un silencio muy incómodo. Melly se mordió los labios mientras su cabeza se ponía a cavilar.

—¿Y eso implica una fusta...? —quiso averiguar con suavidad. Él había resultado ser un profesor muy interesante... ¿y sí...?

—Implicaré lo que tú quieras que implique. Ya te dije que nunca hago algo que una mujer no me pida.

Ella tragó saliva. Desvió la mirada de la de él. Ches comenzó a andar de nuevo por la estancia.

—¿Qué pretendes que haga?

—¡Que me liberes de mi necesidad! —Ella no entendía que él era un hombre necesitado y de principios férreos sobre los modos de liberarse. ¿Una mano? Eso era como decirle a Dios que en la creación no incluyese a las mujeres. ¡Un sacrilegio!

—Abriendo mis piernas... —señaló ella con cansancio—. Ashton te lo agradecerá, ¿verdad?

Él llegó hasta ella.

—Si te prometo que no voy a tocarte, ¿estarías dispuesta a ayudarme?

Lo veía tan suplicante que se apiadó de él. No podía creer que el Rey de la Perversión estuviera pidiendo su ayuda de esa forma. Le gustaba saber que él necesitaba su consentimiento para... para... para...

—Ches, ¿por qué no buscas una mujer que te satisfaga? Yo estoy bien con lo que me has enseñado. No creo que sea una buena idea que...

—Te lo he dicho. Has de ser tú. —Su mente la quería y deseaba a ella. Ches no era un hombre que no lograra lo que anhelaba. Desde que la vio acariciarse soñaba con ella. La deseaba tanto que le asustaba... Hasta que recordaba que la deseaba porque ella no le permitía tenerla. ¡Era una cuestión de orgullo!

Melly movió la mano para restar importancia a lo que él decía.

—¡Pero eso es una tontería! Tú has tenido cientos de mujeres en tu cama. Yo ni siquiera sabía lo que era el placer hasta que me lo enseñaste. No voy a saciarte.

Ches cogió la mano de ella y la colocó sin ceremonias sobre su entrepierna.

—Esto está así por ti. Tú debes ayudarme. No deseo a otra. No ahora, al menos. Me lo debes. Yo te enseñé que no estabas rota.

Él habló de modo tranquilo. Ella suspiró.

—Demasiado habías tardado en querer cobrarte el favor. Ches, yo no...

—Melly... —Él hizo mayor presión en su zona íntima. Ella sintió una fuerte sacudida en su zona íntima. Se mordió el labio.

—¿Qué pasa con mi hermano?

—¡Al infierno con eso! Tengo una fuerte necesidad. ¿Vas a ayudarme? Podemos hacer cosas que no impliquen tu deshonor. Solo debes confiar un poco en mí.

Melly trató de retirar su mano de sus nobles partes. Él no se lo permitió. La joven sentía sus mejillas arder. ¡Era todo un pícaro comprometedor! Y lo peor era que ella se sentía demasiado bien con la acción que estaba llevando a cabo. No. No podía permitir que él...

—¿Qué deseas exactamente? —¿Qué? Esto de descubrir el placer era demasiado excitante como para desecharlo por completo. Él tenía razón, las mujeres también tenían impulsos primarios, y eran muy fuertes.

—Si te digo lo que deseo saldrás huyendo por la puerta, más rápido y lejos de lo que echaste a correr cuando huiste de Shell.

Melly dejó de mirar los ojos de Ches. Se concentró en esa mano que él estaba restregando con suavidad sobre su bulto. Se veía muy grande. ¿Siempre estaba así y ella no se había percatado de esa parte masculina?

—Prueba a ver qué pasa. —Era lo que sucedía cuando se convivía con el Rey de la Perversión. Él la había convencido, con sus numerosas charlas sobre la vida, sobre hombres y mujeres, que todo estaba permitido si dos personas así lo decidían. Era el diablo disfrazado de conde.

—Si lo hago, no te marcharás —la avisó él.

—No lo haré, tienes mi palabra de honor. —Ella trató de ser solemne pero se le escapó la risa. El conde la miró con reprobación—. Lo siento —se disculpó ella. Ches dejó libre su mano femenina. Melly no supo si se sintió aliviada.

Ches se acuclilló y se quedó frente al rostro de ella, quien permanecería sentada en la silla junto a la mesa en la que acababan de jugar una partida al whist.

—En mi habitación tengo unos grilletes. Me gustaría atar tus manos en ellos. Luego sujetaría tus piernas con dos cuerdas. Te dejaría inmóvil y a mi merced. Contemplaría tu bello cuerpo listo para que yo hiciese con él lo que se me antojase. Me arrodillaría frente a tus piernas y colocaría mis labios entre tus muslos, porque desde que te probé no consigo olvidar el dulce gusto de tu jugo íntimo. No cesaría de mover mi lengua hasta que gritases presa del placer. Te soltaría y te dejaría en mi cama para que te recompusieras del exceso. Estarías relajada y receptiva. Te pediría que abrieses tu boca y me tomaras hasta que tu garganta no pudiera contenerme. Descargaría ahí dentro mi semilla para que tragases todo lo que yo te ofreciera. Tú, gustosa y complaciente, no derramarías una sola gota del premio que recibirías. Los dos nos besaríamos y acariciaríamos hasta que el hambre regresara. Me hundiría tan profundamente dentro de ti, que no sabrías donde empiezas tú y donde termino yo. Te tomaría de todas las formas posibles. De pie, sentada, de espaldas. En cada posición imposible hasta que tus piernas no pudieran responder. Los dos llegaríamos al pico del placer y volveríamos a descansar. Y de nuevo requeriría de tu cuerpo en cuanto mi miembro regresase a la vida. Te aseguro que en toda la noche no pegarías ojo. Y lejos de estar cansada, suplicarías por más de mis perversiones. Serías arcilla entre mis manos, Melly...

El relato terminó y entonces, cuando hubo silencio, Melly recordó que había de respirar. ¡Estaba en llamas! Como si fuera una cortesana que deseara echarse sobre su amante y saciar sus necesidades sin recibir nada a cambio. Él era así. El Rey de la Perversión. Y con un sencillo relato cargado de lujuria había conseguido despertar tal lujuria en su interior que estaba ardiendo.

Melly carraspeó. Se levantó de la silla por el lado en el que él no estaba y respiró con tranquilidad. Él sabía que la había afectado, pero ella no iba a ser una presa fácil.

La joven se prometió que no cedería y trataría de cumplirlo, por más que tuviera ganas de probar todo cuanto él había relatado, no sucumbiría. Él era Satán y ella no caería en la tentación... No al menos por completo.

—Estoy dispuesta a concederte una cosa de las que has relatado.

—¿Cuál? Si es la que he aludido cuando he señalado que te lamería de rodillas hasta que gritases... —Sospechaba que eso querría ella.

—¡No! —Lo frenó mientras apretaba sus piernas para frenar la excitación que sentía—. Quiero tomarte con mi boca —señaló con tranquilidad sin creer lo que había dicho. Impura. Lasciva. Casquivana. Las palabras se agolpaban en su mente y a ella no parecían afectarle. Eso era lo que estaba dispuesta a ofrecer.

Chesterfield jadeó. Nunca hubiera esperado esa respuesta. Ella lo sorprendía a cada paso.

—Soy un hombre muy exigente, Melly. Todo el mundo cree que mi pasión son las fustas, pero no es así del todo. No, cuando una sugerente boca de mujer puede darme tanto placer. Puedes llegar a sentir incomodidad, porque me meteré hondo...

Melly cerró los ojos. La imagen que estaba en su mente era demasiado incendiaria.

—Entonces, no sé si sabré hacer lo que necesitas de mí.

—Debes seguir mis instrucciones, como cuando te enseñé a complacerte. Pero habrás de prometer que tragarás lo que yo te dé. Mi simiente. Eso sí es indiscutible. Es mi mayor vicio y no voy a desprenderme de él. ¿Lo harás?

—Sí. Porque como bien dijiste una vez, ser una mujer complaciente con mi futuro esposo hará más llevadero que él me otorgue su devoción. —Trató de recordar que el uso de él era con fines prácticos. Las lecciones improvisadas le valdrían para el futuro.

—Haz lo que voy a enseñarte a cualquier hombre y saltará al fuego por ti, tesoro.

—¿Lo harías tú, Ches? —Rebatió ella con una ceja levantada. Nunca sabría qué la impulsó a lanzar semejante pregunta...

—Cualquier hombre menos yo, querida. —Él se sonrió.

—Enséñame.

—Vamos a tu habitación... ¿o prefieres ir a la mía? —tanteó.

—La mía estará bien. Me sentiré más cómoda en un entorno conocido. Promete que no me tocarás más allá de... —Melly no había osado entrar en sus dominios y saber lo que podía haber allí... No le apetecía ver lo que él escondía allí.

—Lo prometo.

—Ni aunque yo te lo pida o suplique. —Él la miró con curiosidad. Se quedó sorprendido con la confesión que ella acaba de hacer. Así que ella no se fiaba de sí misma... Interesante.

—Te doy mi palabra de honor. —Y trataría de que así fuera... En verdad esperaba poder ser tan fuerte. Ella le apetecía demasiado como para...

—Confío en que la puedas cumplir. —Melly pareció haberle leído la mente.

—Espero que no me lo pongas difícil, Melly. Soy un hombre, no un santo —le advirtió mientras la cogía en brazos.

—Puedo andar, Ches —apuntó cuando él la sostuvo.

—Lo sé. —Melly se aferró a sus hombros y dejó su rostro en el hueco de su cuello. Inspiró el olor de él. Siempre olía tan bien...

Los dos se encerraron en la habitación. Ches la dejó en el suelo. Y se sacó su ropa. Se quedó desnudo frente a Melly. Ella lo miró perpleja. Para ese hombre hallarse en cueros era como estar en su estado natural. No tenía pudor ni recato en absoluto.

Lo examinó con tranquilidad y ella suponía que él estaba concediendo su deseo de satisfacer su curiosidad. Melly vio un torso duro, ciertamente marcado, con un poco de vello claro en el centro. Ese vello se extendía hasta su zona íntima. Su prominente erección la miraba desafiante. No era el primer hombre que veía desnudo. Leo se aseguró de que ella pudiera comparar. Ches no era tan grande en esa parte como los hombres con los que había estado su prometido, pero no era desdeñable.

—Necesito ver tus senos. ¿Supone algún problema? —Preguntó mientras tomaba asiento en una confortable butaca.

La llamó con un dedo para que se acercase.

—Yo... creo que no puedo hacerlo —se sinceró.

Ches se levantó y se acercó hasta ella.

—Melly, ¿te gustó lo que te enseñé? ¿Sientes que está mal darte placer a ti misma?

—No. Me siento bien cuando lo hago. Mucho, de hecho.

—Tómalo como una enseñanza más. Has salido huyendo de tu boda, te has refugiado con el Rey de la Perversión. Te he visto satisfacerte en la intimidad. Querida mía, hemos transgredido toda la buena etiqueta y moral. En mi caso no es nada nuevo, comprendo que tú albergues reparo. Te he dicho lo que deseo hacer contigo, comprenderé si no estás preparada o no deseas hacerlo. Nunca te obligaré a hacer nada que no quieras. —Chesterfield habló con sinceridad. Buscaba el alivio y lo necesitaba en la boca de ella. Si Melly no estaba dispuesta a

ofrecerlo, él no la obligaría. Comprendía que su prometido la hubiese podido traumatizar. Conocía a las mujeres y solo si ella decidía dar el paso, podría llegar a volver a disfrutar de la intimidad entre un hombre y una mujer.

Chesterfield maldecía las convenciones sociales. ¿Por qué debía ser pecado o reprobado disfrutar de la intimidad, de la lujuria, si todos los participantes estaban de acuerdo en entregarse al placer y el desenfreno?

Ya en tiempos de los antiguos romanos las orgías se celebraban como fiestas paganas llenas de valor social. Todo permitido. Todo deseado. Todo para el deleite de los sentidos. Comida, vino y placer. ¿Qué podía haber de malo en satisfacer el cuerpo con todas las necesidades básicas?

—Yo nunca pensé que podría llegar a ser tan libertina. Después de ver a Leo... Me hizo creer que no era una mujer completa, que no llegaría nunca a poder complacer a un hombre. Tú me has demostrado algo más importante. Me has enseñado a complacerme a mí misma. Lo que yo voy a hacer por ti será el pago por tal lección. De igual modo, usarme servirá para que tu venganza sobre mi hermano quede saldada.

—Voy a tomar una parte de ti, es cierto que te utilizaré para mi placer, pero lo que me permites no hará que yo te posea. No del modo que sé que molestará a Ashton.

—No se puede tener siempre lo que desea. Bien lo sé yo. El trato que hay sobre la mesa es ese. Yo te dejaré que me utilices, a cambio tú te olvidarás de todo lo que tenga que ver con seducciones y cosas sobre la carne. Me dejarás tranquila el tiempo que decida quedarme. Conviviremos en tu casa en paz. Como dos amigos.

—No. Ya te dije que no tengo amigas.

—Entonces como meros compañeros. Podría pedirte que te marcharas de tu casa... ¿lo harías? —tanteó ella.

—Lo que pides no es lo que yo tenía en mente. Te avisé de cuáles eran mis intenciones y aun así decidiste venir. Te he dicho que lo que deseo de ti va más allá de la venganza. Esto no es por tu hermano. Déjalo a un lado. Esto es cuestión nuestra, Melly.

—Lo sé. Nuestras circunstancias han cambiado. No quiero tener que pelear más contigo. Soy honesta, desde que me has enseñado que no necesito a nadie para contentarme en mis horas de tristeza, no deseo la compañía de un hombre, menos la tuya. A cada momento pienso que

tratarás de seducirme y no quiero seguir así mis días aquí.

—Melly, estás pidiendo mucho para lo que vas a ofrecer. Yo quiero hacerle daño a Ashton y tú eres mi medio más útil. Hablemos de tu hermano en otro momento, no ahora.

Ella lo miró desafiante.

—¿Tú crees que pido mucho? Lo dudo. Los dos tendremos un poco de lo que hemos pedido. Decídete, Chesterfield. —Lo azuzó ella.

Ches maldijo. La quería para liberarse, pero al mismo tiempo no deseaba perder la oportunidad de darle un puñetazo a Ashton...

Ella carraspeó. Él la miró con seriedad. Ninguna mujer le había exigido nada... Melly era la primera y la sensación era del todo desconcertante. ¿Por qué se sentía con ganas de contentarla?

—Harás todo lo que yo te ordene sin cuestionar lo que pida.

—Solo obtendrás mi boca sobre ti —le avisó.

Chesterfield maldijo en alto con fuerza. Hasta el momento ninguna mujer había tratado de doblegar sus preferencias. Es más, nunca ninguna se había atrevido a cuestionarlo. Esa muchacha tenía suerte. Sí, mucha, de que él no hubiera pensado en otra cosa que en esos labios tiernos y entreabiertos que habían recitado sus suspiros de tan bella forma.

—Deseo que estés desnuda. Te arrodillarás y yo te daré las indicaciones.

—Jura por tu honor que tu venganza estará saciada y que no volverás a tentarme ni a hacer mención sobre asuntos de índole impúdica.

Los dos se midieron la mirada. Ches sintió ganas de salir de la habitación. Su orgullo y vanidad así se lo ordenaban. Dio un paso para retroceder. Frenó en cuanto Melly se giró para ofrecerle su espalda para que él desabrochase ese viejo vestido de su hermana. Sus manos fueron en busca de los diminutos botones sin que pudiera evitarlo.

En un momento la tuvo tal y como había solicitado. Era una mujer preciosa. Verla ruborizada era toda una delicia. Era un reflejo que todavía no había observado en ninguna de las mujeres que habían pasado por su cama. Algo del todo inesperado y demasiado encantador como para no darle la consideración merecida.

Chesterfield se volvió a sentar en el asiento que había estado ocupando hacía poco. Melly fue tras él y, siguiendo sus indicaciones, se colocó de rodillas ante él.

Lo observó sujetar su virilidad con una mano. Comenzó a moverla con su mano.

—¿Ves lo que hago? ¿Cómo lo hago? Mi mano baja y sube sobre mi eje.

—Sí.

—Lo harás con firmeza y no serás delicada, pero sí cuidadosa. Abrirás tu boca mientras tu mano sacude con un ritmo constante y me lamerás como te apetezca.

Melly trató de contener el pánico que recorría su cuerpo. No podía creer lo que estaba a punto de llevar a cabo.

—Ches... esto no está bien... —No se veía capaz de hacerlo. Esas cosas debían estar destinadas a su esposo, no a él. E incluso con un marido, eso era...

—Yo creo que está perfecto. Verte ahí mirándome me da mucho placer. Eres una mujer preciosa. Desde que te oí maldecir con fuerza en el suelo porque caíste, no he podido pensar en qué más sería capaz de hacer esa tierna lengua sucia...

Él dejó de acariciarse y colocó ambas manos sobre los reposabrazos. Ches era un hombre muy peligroso, porque con un susurro lograba convencerla de todo lo que nunca imaginó que haría. Había sido fuerte cuando decidió negarse a las peticiones de Leo, ¿por qué no conseguía frenar al conde? Porque en realidad Ches había despertado un lado que ella no sabía que tenía.

Haber estado tendida en la cama acariciándose con lascivia, mientras él la observaba había sido maravilloso. Saber que un hombre estaba viendo lo que ella llevaba a cabo... Fue una sensación extrañamente poderosa. Estaba realizando algo prohibido que le producía demasiado placer.

Melly miró con curiosidad la humedad que había en la punta de ese instrumento masculino. Se acercó tentativa para pasar su lengua por ese lugar. La mirada de uno y otro se cruzó. Ella estaría de rodillas ante él, pero bien sabía, por la mirada que él tenía, que era Melly quien tenía el poder en su mano. La anticipación de Ches estaba ahí y se sintió una mujer seductora y poderosa. Uno de los amantes más expertos del reino había confiado en ella para darle la liberación.

Sacó la lengua y lamió con ternura nuevamente. Lo vio estremecerse. Rodeó con sus

labios la punta y su lengua trabajó sobre esa parte de él. Lamió todo su eje con firmeza. Trataba de no parecer inocente. Agarró su mano y comenzó a sacudirlo mientras repetía la acción de hacía unos momentos.

La respiración pesada de él le confirmó que no iba mal encaminada. Se envalentonó y las sacudidas fueron más intensas. Su lengua trabajaba a mayor ritmo. Él gemía. Ella suspiraba más fuerte. Se sentía mojada por ver la reacción que estaba proporcionando en su amante. Amante. Él se había convertido de algún modo en eso mismo. Tenían una noche. Confiaba en que él cumpliera su parte del acuerdo.

—Melly —Él no había dejado de observarla ni un instante—, quiero que te toques. Lleva tu otra mano hasta tu perla. Sacúdela como haces en la intimidad de tu habitación. Deseo que vuelvas a gemir para mí mientras me tomas con tu boca. ¿Harás lo que te pido, tesoro?

La muchacha respondió con hechos. Su mano izquierda llegó hasta sus húmedos rizos para palparse. Comenzó a acariciarse mientras seguía proporcionando caricias a su amante.

La mano derecha lo sacudía con fuerza. Él mecía sus caderas para entrar en la boca de ella. La garganta se resentía por la incursión. Los ojos se aguaban por el esfuerzo de contener las arcadas. Su zona íntima estaba a punto de explotar por lo que ella sabía que estaba sucediendo entre los dos.

Inmoral. Impúdico. Obsceno. Delirante. Delicioso. Perverso. Apasionante. Y la liberación no tardó en alcanzarla. Quiso gritar a pleno pulmón. Él no la dejó, porque Ches había sujetado con fuerza su cabeza. La mantenía pegada a su eje mientras que el torrente se derramaba sobre su lengua al tiempo que sonaba un duro grito lleno de deseo. Melly sintió la calidez del líquido vertido y lo tragó sin pensar en lo que hacía. Él lo había pedido. Ella deseaba complacerlo.

Ches se negaba a soltarla. Esa lengua tan inocente lo complacía demasiado bien. Melly siguió moviendo su boca sobre la virilidad hasta que por fin el conde soltó su cabeza.

El hombre se levantó sin rozarla y se marchó de la habitación sin mediar palabra. Sin volver a mirarla.

Melly frunció el ceño. Esa reacción de él no la hubiera esperado nunca. ¿Qué había pasado? ¿No lo habría sabido hacer bien? Seguramente no. Él había tenido un largo desfile de mujeres experimentadas capaces de darle con facilidad lo que deseaba.

Ella suspiró mientras se ponía de pie. Bien. Estaba hecho. Ya todo se había terminado.

Chesterfield la dejaría tranquila. Su plan había sido cumplido. Melly sospechaba que haberle permitido hacer algo como lo recientemente sucedido había sido más íntimo y obsceno que haber abierto sus piernas para él. Al menos, no la había hecho suya... ¿No lo había hecho, verdad?

Profanar su boca se había sentido más íntimo que meterse dentro de su cuerpo por el cauce habitual. Sí, de acuerdo. Ella no sabía si eso era del todo igual, porque pese a haber tenido un prometido tan depravado, ella seguía siendo pura como la nieve recién caída en un frío día de invierno.

Y fría se sentía después de haber compartido esa experiencia con el libertino más indecente habido y por haber...

¿Qué diantres había sucedido para que él la abandonase sin tan siquiera hacer ninguna observación sobre lo acontecido?

Se metió en la cama y decidió no pensar más en el asunto.

Por descontado no funcionó porque en el silencio de la oscuridad aún podía reproducir con fidelidad los gemidos que él había ofrecido. El duro grito proyectado cuando explotó en su boca.

Entre delirios de perversión, Melly finalmente se dejó caer en los brazos de Morfeo, sintiéndose abandonada y desolada.

Capítulo 4

Una floreciente amistad

¿Cómo podía una mujer como ella jugar a ser inocente? Lord Chesterfield estaba irritado con Melly, con él. Se contuvo de dar un fuerte portazo porque no quería ponerse más en evidencia. Esa dulzura que emanaba lo ponía enfermo. El contacto de sus labios lo había vuelto completamente loco. Nunca, en toda su vida de perversión, había encontrado una mujer así. Esa inocencia... Cuando la sintió tantear con su lengua la cabeza de su miembro tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no hundirse en ella y descargar su esencia con la primera embestida. ¡Él era un hombre experimentado, no un chiquillo ansioso!

Ches negó con la cabeza repetidamente. El problema era el celibato. Verla complacerse y saber lo que ella hacía al otro lado de la habitación era lo que le había llevado al extremo de la necesidad. No había otra explicación posible. Era un hombre de fuertes apetitos y exigencias. Haber permanecido con hambre lo había trastocado.

Aun así, ella era demasiado tentadora. Melly no tenía ni idea del poder sensual que habitaba en su ser. Con un poco de ayuda podía ser perfecta. Perfecta para él. Podría enseñarla a complacerlo, a ofrecerse del modo en que él lo deseaba. Incluso con un poco de buena guía ella dejaría que usase su fusta sobre su carne. Deseaba tanto profanar todas sus cavidades, que dolía.

Se maldijo. No podía otorgarle a ella ese poder. No debía mostrar que lo afectaba de esa forma. Ella no era la indicada para él. No lo era porque a él le gustaban las mujeres fuertes, seguras de sí mismas. Lascivas. Dispuestas a abrir sus puertas y aceptar sus órdenes sin rechistar. Melly no lo hacía. Lo desafiaba a cada segundo. Su actitud, sus palabras, todo en ella no era adecuado. No tenía madera de sierva y él era un dueño. Dueño del cuerpo de ellas, de sus

suspiros, de sus gemidos, de sus caricias. No debían desafiarlo, no estaban autorizadas a hacer más que lo que él solicitaba. Incluso las mujeres con las que yacía lo complacían sin necesidad de que él abriese la boca. Esa muchacha no estaba a la altura de sus pretensiones. Lo que le ocurría era que no estaba acostumbrado al celibato.

De todos modos, haría bien en regresar a Londres por la mañana y dejarla sola. En su Mansión de la Perversión encontraría todo lo que deseaba sin mayores complicaciones.

Con esa firme idea se acostó. Por la mañana haría el equipaje y se marcharía. Además, había prometido no volver a seducirla. Por lo que a él se refería, la venganza había sido tomada. No como hubiera deseado, pero puesto que ella se lo hizo prometer y él había aceptado... Sí. Volvería a la ciudad para seguir con su plácida vida.

Y con esa idea en la cabeza él se levantó y mandó a su lacayo que preparase su baúl. Bajó a la cocina donde la doncella ya tenía preparada la bandeja que él le subía cada día a Melly. Desayunaría con ella y partiría. No quedaba más que hacer.

—Buenos días.

Melly lo vio y le sonrió con suma alegría.

—Uhm, me muero de hambre. Gracias —dijo todavía metida en la cama mientras se desperezaba.

Verla tan cómoda con él en un fino camisón que se había movido y dejaba entrever una porción de su pezón lo molestó.

Dejó la bandeja sobre sus rodillas y se acercó a la ventana.

—Puedes quedarte en mi casa el tiempo que necesites.

—Gracias —dijo mientras tragaba un pastelito de canela que había en uno de los platos.

—He dado indicaciones a mi servicio para que te trate diligentemente.

—Gracias —repitió mientras bebía un poco de chocolate caliente—. Este chocolate es diferente, tengo que preguntarle a la cocinera el secreto. Sospecho que hay un poco de menta, pero también... Uhm... No sé si pone otra cosa que no identifico.

Chesterfield se giró para mirarla con el ceño fruncido. Ella se quedó mirándolo también.

—¿He dicho algo malo? —inquirió al ver la cara de pocos amigos de él.

—Me voy a la ciudad.

—Ajá, lo he supuesto cuando has dicho que has dado indicaciones al servicio.

Algo dentro de él se... se... se... ¡Estaba irritado y no entendía el motivo!

—Te quedarás sola en mi casa.

Ella agitó los hombros.

—Sí. No me importa. Debo darte las gracias también por hacer eso.

—¿Disculpa? —preguntó aún con el ceño fruncido.

—Después de todo, eres buena persona. Me alegra que te vayas y me des un poco de paz. —Melly se rio con ligereza. Eso lo molestó aún más—. Lo cierto es que comprendía perfectamente que esta era tu casa, pero desde que llegamos me he estado preguntado cuánto tardarías en regresar a la ciudad. Confiaba en que pronto tus vicios te llamasen a gritos y al fin yo pudiera tener un buen escondite. —Habló con una sinceridad brutal y sin ser consciente de lo mal que estaban cayendo sus palabras en los oídos de Ches. Tanto, que no se dio cuenta de que el conde mantenía apretados los puños.

—No sabía que mi presencia te resultaba tan incómoda. Si no me hubiera marchado mucho antes. Supongo que has tenido suerte. De haberme ido, tus noches no serían tan... satisfactorias. —Le señaló con acritud.

Ella lo miró con sorpresa. ¿Estaba herido por su declaración? Era un hombre del todo complejo. Le había escupido a la cara cosas mucho peores y él ni se había inmutado. ¡Hombres!

—Un momento, Ches... —señaló mientras se ponía de pie y se acercaba a él para escudriñar su rostro con atención...

—¿Qué? —preguntó bufando por la tontería que ella estaba haciendo.

—Oh, lo siento, querido —se mofó ella en su cara. Él apretó los dientes. Si esa muchachita descarada se volvía a reír de él...

—¿Qué sientes? ¿Haberte entregado ayer a mi capricho? —Inquirió con el único fin de molestarla.

Ella lo miró con una sonrisa sincera. Verlo enfadado era muy divertido. No sabía que podía hacer eso con un hombre. Hasta este momento no había hecho enfadar a nadie y ciertamente lo encontraba... No sabía cómo definirlo, pero tener a un hombre como él disgustado le hacía sentir un poder desconocido. Era realmente muy interesante esta nueva sensación. Lord Chesterfield estaba descubriéndole todo un interesante y muy fascinante mundo. ¡Había conseguido disgustar al Rey de la Perversión! Seguro que no era tarea fácil...

—No, desde luego que no. Lo que siento es haber herido tu orgullo. ¿Prefieres que me arrodille y suplique algo como «no me dejes sola»? ¿O será mejor que derrame unas pocas lágrimas y proclame que sin ti me sentiré morir? —Melly compuso su voz de falsa actriz para expresar sus preguntas en alto—. Entiendo que para un hombre de tus aptitudes, vanidad y orgullo, no debe ser fácil que una mujer confiese que sin ti a su lado podrá vivir en paz. ¿Acaso esperabas que sintiera una pena infinita por tu partida? —Ella se carcajeó a gusto—. ¿De ti? ¿Un hombre que no sabe valorar la amistad, el amor, la comprensión? ¡Vamos, Ches! Creí que entre nosotros no había secretos, solo verdad.

Chesterfield dio un paso y la sujetó por el brazo con firmeza sin llegar a hacerle daño. La miró a los ojos. Sus bocas estaban muy cerca la una de la otra. A ella se le pasó toda la bufonería de un plumazo. Lo vio mirar sus labios y ella se los humedeció en un acto reflejo. El conde descendió su cabeza y la besó con fuerza. No fue un beso tierno, no fue una caricia tentativa. Ahí hubo pasión y sentimiento. La obligó a abrir los labios para él y se deleitó con la suavidad de esa lengua maldita que tenía en su superficie restos de canela. Gimió al sentir ese residuo y la apretó contra su pecho. Melly llevó sus brazos a su cuello y respondió a su beso con la misma intensidad que él.

El conde se separó de ella y la observó sonreírle. Eso no le gustó. No le gustó ni un pelo.

—¿Te irás mejor así, querido? ¿Ahora que he respondido a tu beso? —No fueron las preguntas en sí lo que le disgustaron, fue el tono malicioso que ella empleó, lo que le dio ganas de tumbarla sobre sus rodillas y darle una buena zurra.

—Una vez dijiste que estabas tentada de enamorarme para luego pisotearme.

—Lo hice, sí. —Ella comenzó a separarse de él, sabiendo que había ido demasiado lejos.

—Deberías tener cuidado por si eso te llega a pasar a ti. Respondes muy bien a mis caricias. Yo sí podría tratar de robar tus afectos y con facilidad los podría desechar. No sería la primera vez que una mujer queda humillada por mi causa y si eso te llega a suceder, ten la

bondad de creer en mi palabra cuando te digo que entonces sí quedarás rota. —La miró con tanta satisfacción que Melly, en vez de callar, levantó el mentón y lo retó una vez más con la mirada.

—Antes saltaría de un acantilado o me dejaría quemar viva en una hoguera. —Le mostró una media sonrisa tal y como había aprendido de él mismo.

Él volvió a acercarse a ella peligrosamente. Se acercó lo suficiente para que el aroma a canela volviera a embargarlo.

—Lo veremos.

Ches salió de allí y dio instrucciones para que volviesen a dejar su equipaje en su lugar.

Cuando Melly fue consciente de que él había interpretado sus palabras como un nuevo reto, tuvo ganas de morderse la lengua hasta cortársela. ¡Ya lo tenía! Él se iba a marchar y su estúpido orgullo femenino había despertado para querer propinarle un golpe al de él. Se lo tenía bien merecido por haber sido tan necia y arrogante.

Al poco rato, Ches regresó a su habitación. Desde el marco de la puerta tocó suavemente, entró y dejó algo sobre la cama. Melly lo siguió con la mirada sentada desde el escritorio que había en la estancia. Se había propuesto escribir una carta a su hermano. Sus miradas se encontraron. Él estaba serio.

—Vístete, hoy salimos a montar. Si voy a quedarme tengo cosas que atender y tú vendrás conmigo.

Se marchó tan rápido del lugar que no tuvo tiempo ni de replicar. Melly vio sobre la cama un precioso traje de montar de terciopelo verde y decidió que no le vendría mal un poco de aire fresco para sosegarlo.

Melly era una experta amazona. Le había costado mucho aprender a montar a caballo, tanto que lo hizo a horcajadas. El esposo de Susan le había dedicado la suficiente atención para que ella dejase de tener miedo a los caballos y pudiera disfrutar de una cabalgata, pero había de ser en pantalones, no con ese vestido que él le había entregado.

Se metió en la habitación de él en busca de unos pantalones y una camisa. Entró en los aposentos del Rey de la Perversión y se quedó asombrada. ¡Era una habitación completamente normal! Salvo por unas argollas que caían del techo y unos grilletes apostados en el suelo. Una gran cama de cuatro postes frente a la chimenea. Un ventanal muy amplio daba la suficiente luz para que ella viese que aquello no era la guarida de Satanás. Un escritorio, varias sillas y un par de cómodos sillones que ella ya se figuraba para qué los utilizaba...

Se metió en el vestidor y hurgó entre la ropa de él sin sentirse avergonzada. Tomó lo necesario y un abrigo de lana negro.

Cuando bajó a las cuadras, él la esperaba ya montado sobre un precioso semental negro. Lo veía tan poderoso sobre ese animal... Lástima que ella no deseara encontrar en él a un hombre aceptable y no deseara desentrañar lo que había bajo la superficie.

Subió sobre una yegua y lo miró desafiante.

—¿Algún problema?

Ches la miró a los ojos.

—Ese sobretodo que llevas vale 200 libras, espero que me lo devuelvas en las mismas condiciones en las que lo has sustraído.

—En caso de sufrir daño, mi hermano te abonará el pago. No te preocupes —respondió del mismo modo perezoso que él lo había hecho.

Ambos salieron por el camino a paso ligero. Llegaron hasta una casa. Él la ayudó a desmontar y entraron en el interior.

—No la hagas sentir incómoda.

—¿A quién?

—Entra y sé cordial. No merece más sufrimiento, ¿de acuerdo?

Melly no dijo nada más al respecto porque él ya había iniciado el camino hasta la puerta. Una mujer y tres hijos vivían en la humilde residencia. Ches se sentó en la mesa como si fuera parte de esa familia. Melly tomó asiento y la mujer le sirvió un poco de té. Ches y la madre de esos niños, Aria se llamaba, hablaban con comodidad. Los niños trepaban sobre él como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Bromas, risas y un ambiente muy distendido sucedieron

allí dentro.

Los pequeños insistieron en que el conde saliese con ellos a jugar fuera. Querían mostrarle un cachorro al que habían rescatado del río. Ches los siguió.

Melly se quedó a solas con la mujer. Se veía mayor y cansada. La observó con detenimiento. Aria no podía tener más que tres o cuatro años más que ella. Entre otras cosas porque el menor de sus hijos tenía seis años.

—No trae mujeres cuando viene a visitarnos—dijo Aria, quien estaba frente a ella tomando el té caliente—. ¿Quién eres en verdad, Amelia? —Ches las había presentado y había obviado el título de ella.

—Yo... —No sabía cómo responder—, supongo que soy una amiga de lord Chesterfield.

—Ches no tiene amigas. No al menos de las que no se acuestan con él. De hecho, ningún hombre tiene amigas si no es con fines carnales.

—¿Son hijos de él? —Se arrepintió de la pregunta en cuanto fue dicha.

La mujer le sonrió.

—¿Estás celosa?

—En absoluto. Pero no pensé que el conde pudiera mostrar esa faceta que acabo de ver. Lo tenía por un hombre cínico y arrogante. Esas cualidades no han entrado con él en la casa. Las ha dejado fuera y se ha mostrado cariñoso y juguetón con tus hijos. Solo puedo deducir que a él los une algo más que cariño.

—Ojalá pudiera decir que es el padre de uno de ellos. Si eres su amante sabrás que se cuida muy bien de no dejar bastardos. —Melly no entendió lo que eso significaba, pero decidió callar.

—¿Debo suponer que él la ha salvado?

—No debe ser muy amiga de él si se atreve a poner sobre sus hombros cualidades admirables. Desprecia que lo vean como algo que no sea un réprobo libertino —sentenció Aria.

—¿Por qué estoy aquí? —No lo conocía demasiado, pero él no hacía nunca nada que no tuviera un motivo. Eso sí lo sabía ella.

—No lo sé. Con sinceridad le digo que no lo sé. En seis años, nunca ha venido a visitarme con nadie. Me da todos los meses el dinero necesario para que no nos falte de nada, pero hasta la fecha nadie lo había acompañado.

—¿Puedo preguntar con humildad cuál es su historia, Aria?

—Eres noble, ¿verdad? Tu dicción, tus maneras, tu sonrisa... Puedes presentarte ante mí con un atuendo del todo inapropiado, pero sé que eres una dama, ¿cierto?

—Soy la hija bastarda de un duque. —No le dolió decirlo. No en este momento.

—Igual que él —señaló enigmática la mujer—. No sé el motivo de tu visita, pero harás bien en apartarte de él. Cree que está condenado a la soledad. Nunca te permitirá acercarte lo suficiente. Si buscas conquistarlo, prepárate para sufrir. Lo he visto antes. No permitirá que llegues a él. Te apartará tan rápido que no lo verás venir.

Melly se sintió extrañamente contrariada.

—No estoy interesada más que en que él se marche a la ciudad y me deje tranquila. No me he propuesto conquistarlo. De hecho, he huido de un hombre muy parecido a él y no pienso caer de nuevo en otra trampa. El destino ha puesto a lord Chesterfield en mi camino en un momento de necesidad. Si Lucifer mismo me hubiera tendido la mano, la hubiera tomado sin dudar. Ello no implica que vaya a vender mi alma.

La mujer tomó un nuevo trago y dejó la taza en el platillo.

—Me violaron en un callejón. Él me encontró y me llevó a su casa. Ustedes la llaman la Mansión de la Perversión, para mí fue la Mansión de la Salvación. Allí me dejó permanecer hasta que di a luz a mi primer hijo. Luego me trasladó aquí donde conocí a un buen hombre y me casé con él. Tuve dos hijos más. El buen Dios se llevó a mi esposo demasiado pronto. Ese hombre que juega con mis hijos, es lo más parecido a un padre que he encontrado. Él no trae a nadie aquí —repitió de nuevo—. Tenga cuidado. La ayudará en lo que pueda, pero nunca cederá, no espere nada de él que implique amor. Se ve usted una buena mujer y no quisiera verla sufrir por un hombre tan complejo como él. Cuídese.

La puerta se abrió y Ches entró con dos niños sujetos en su brazo. Estaba despeinado y lleno de babas de perro.

Melly lo encontró adorable. Una sonrisa se dibujó en su rostro. La mujer frente a ella

carraspeó y la mirada de ambas se cruzó. Amelia se volvió a poner seria.

—Es hora de irnos —señaló el conde.

—¿Vas a ver a Mahilyn? —preguntó la madre de los niños.

—Sí. La señora Collins me ha dicho que el hijo mayor quiere marcharse a Londres y eso ha perturbado los nervios de su madre. Trataré de serenar a Mahilyn y le haré ver que su hijo estará bien.

—Charlie quiere labrarse un futuro. Desde joven dijo que quería marcharse contigo y ganar su propia fortuna.

—Es justo por eso que su pobre madre está disgustada. —Él se rio con despreocupación. Melly se quedó con la boca abierta. ¿Quién era este hombre que tenía delante? ¿Dónde estaba el oscuro conde que se pasaba la mayor parte del tiempo hablando de seducción y mujeres?

La parada en la casa de la denominada Mahilyn no fue la única. Hasta en diez casas estuvo él. Cada mujer con una historia muy parecida a la anterior. Mujeres solas que habían necesitado un salvador en sus vidas. La última de las mujeres le contó que había sido agredida con tal crueldad que estuvo en la cama durante una semana entera sin despertar. Días en los que el conde no se había separado de su lado. De aquella violencia había nacido un hermoso bebé que tenía unos cinco meses.

Melly tenía ganas de llorar. ¿Cuántas como ellas habría en el mundo? Mujeres desamparadas a merced de las inclemencias de los hombres. Seres malvados que se sentían superiores y que se creían con derecho a poseer sus cuerpos... Demasiadas. Injusto. El mundo era injusto. Ella había pasado su infancia sintiéndose culpable por ser bastarda. Lo que le había sucedido con el señor Shell carecía de todo valor. Pudo haberla violado, golpeado y desterrado de su humanidad. Melly se sentía afortunada.

Después de la última visita realizada, llegaron hasta lo alto de una loma y contemplaron la vista.

—Esto es lo único que Gales me ha dado que tiene valor —expuso con orgullo cuando divisó sus tierras y su casa desde esa posición.

Melly admiró la majestuosidad de lo que allí había. Era un paraje frondoso, verde, y la preciosa casa estaba en medio. Realmente era un territorio muy rico.

—Tienes suerte de que tu padre te quiera tanto —señaló con sinceridad.

Él se rio de las palabras de ella.

—No. Él no me quiere y yo no necesito ningún tipo de amor, creí que ya lo habrías aprendido.

—He observado a Gales, él te mira con respeto. No, sinceramente creo que te aprecia. Yo hubiera dado mi mano derecha por tener lo que tú tienes con tu padre. Solo tuve a mi hermano para cuidar de mí.

Chesladeó su caballo para quedar frente a ella.

—Créeme, nadie merece a un padre como Gales. Él nunca estuvo y ha sido mejor así.

Ella vio ahí mucha impotencia y tuvo ganas de seguir preguntando. Algo le dijo que no debía seguir ese camino.

—¿Por qué eres así? —No pudo evitar la pregunta, que salió disparada como una flecha.

—¿Cómo soy?

—Pretendes hacer ver que no hay nada en ti. Con tus palabras muestras desprecio hacia ti mismo. Te escudas en tus malas formas y no dejas a nadie ver lo que hay detrás. Cuidas de todas esas mujeres sin pedir nada a cambio. No te conozco. Cuando creo que eres de una manera, me muestras lo opuesto. Eres desconcertante, Ches.

El conde abrió con sorpresa los ojos.

—¿Tú deseas ver lo que escondo? Esos cuentos de hadas y princesas a los que una vez hiciste mención, te han dado la falsa idea de que puede haber más de lo que se ve. Te equivocas, Melly. Soy lo que soy, no deseo ni pretendo más que vivir según mis reglas. Me importan muy poco las convicciones sociales o mi reputación.—Habló con verdad.

—¿Qué te pasó, Ches? Una persona no llega hasta donde has llegado tú sin que algo realmente malo le haya sucedido. Me niego a pensar que la perversión ha estado siempre ahí. —Tal vez fuera la tranquilidad del lugar, tal vez la preciosa vista que se divisaba, pero ella necesitaba comprenderlo un poco. Los relatos de esas mujeres por las que él se había preocupado... Él no era el monstruo que deseaba aparentar.

—No. Mi infancia fue dura, pero no es la causa por la que yo he elegido mis metas. Cierto que pasé hambre, que hubo soledad, tristeza cuando la primera esposa de Gales falleció. Pero no hubo nada que un niño no fuese capaz de manejar. —Él se encogió de hombros mientras ella luchaba por no saltar y abrazarlo. Destilaba una pena de la que estaba segura de que no era consciente—. Pudo haber sido mucho peor.

—¿Pudo? —Una vez más la cuestión fue lanzada sin pensar demasiado.

—Sí. No sería el primer niño que pudo haber terminado en un prostíbulo para divertir a depravados desalmados mucho peores que yo. De igual modo, Gales pudo haber sido un padre dado a golpear. Creo que no me ha ido tan mal como para que achaques mis delirios perversos a una infancia desolada.

Melly suspiró. Eso justamente es lo que ella había pensado no hacía demasiado tiempo.

—Hay familias que son felices. La actual esposa de Gales la ha tenido. Una familia feliz, digo.

—Perdió al amor de su vida siendo demasiado joven. No creo que eso pueda llamarse felicidad.

—Al menos fue amada por su esposo y tiene una nueva oportunidad con Gales. Lady Spencer y la duquesa de Stone también cuentan con la felicidad. Sus esposos las adoran y sus hijos viven rodeados de amor.

Él bufó.

—No quieras saber por lo que tuvieron que pasar esas dos mujeres hasta lograr lo que hoy envidias.

—¡Yo no lo envidio! —se defendió de la acusación. Él levantó una ceja—. Está bien, sí lo hago, pero esas mujeres que me rodean me impulsan a desear conseguir la felicidad. Yo merezco un buen hombre y tener mis propios hijos.

—Sí, no has parado de repetir eso una y otra vez desde que nos conocimos.

—Lo sé. —Melly le ofreció una sonrisa tan brillante que él tuvo que cerrar ligeramente los ojos para no deslumbrarse—. Y seguiré diciéndolo. Tal vez haya esperanza para ti después de todo.

—Eres una muchacha ingenua. ¿No has aprendido nada después de hablar con esas mujeres?

—Muchas cosas pasan por mi mente.

—Seguro que ninguna es la correcta.

—¿La hay? ¿Una es la correcta? —Preguntó con humor.

—Dímelo y te explicaré tu error.

—¿Por qué supones que estaré equivocada?

—Porque no has vivido lo suficiente aún para comprender la maldad que habita a tu alrededor.

—Dime tú el motivo por el que les das cobijo y cuidas de ellas.

—Esas mujeres han luchado con uñas y dientes por su propia supervivencia. Son dignas de admiración. Sus hijos no tienen la culpa de que hombres sin alma los engendrasen.

Melly sintió que a él se le había quebrado la voz con la última afirmación. Algo se agitó en su interior al comprender que...

—¿Gales tomó con violencia a tu madre, Ches? —inquirió con mucha cautela.

—No. Su padre lo hizo. El anterior duque violó a mi madre. Gales me buscó y me salvó de terminar como te he dicho antes que hubiera sucedido.

—Lo siento. —El corazón lo sentía llorar por él. Ese hombre estaba tan lastimado. ¿Por qué nunca había permitido que nadie se acercase a él? Si tan solo dejase a la persona adecuada ofrecerle un poco de consuelo... Pero ¿cómo darle eso a un hombre que escupía sobre los tiernos sentimientos de los demás?

—Melly, cuídate de los hombres que no te respeten. No permitas que otro señor Shell pueda volver a aprovecharse de tu bondad. La historia de estas mujeres debe hacerte ver que tu cuento de hadas, ese que esperas, tal vez no llegue a producirse nunca.

Ella afirmó con la cabeza.

—Lo intentaré. De mismo modo te aconsejo que no dejes que toda esa inmundicia de la

que has sido testigo te impida ver la luz y la esperanza que puede haber cerca de ti.

Ches compuso una sonrisa torcida.

—Sabía que no ibas a aprender nada.

Melly lo miró con una sincera sonrisa. El sol estaba a punto de esconderse.

—Tal vez no seas un buen profesor, después de todo.

Él frunció el ceño.

—¿Estás coqueteando conmigo, Melly? Deberías tener mucho cuidado, ya sabes de lo que soy capaz. No has visto nada aún. Sé cauta. Bien sabes que no estoy satisfecho con la venganza que me he permitido tomar contra tu hermano.

Ella volvió a sonreír.

—¿Debo cuidarme de un hombre que salva mujeres al borde de la muerte, que les ofrece su casa, les da su comida y las instala en sus propias tierras para que no sufran los estragos del repudio y el hambre?

Chesterfield negó repetidamente con la cabeza.

—Tus absurdos cuentos y promesas de una vida llena de felicidad para toda la eternidad, te impiden ver que esta noche volverás a dormir al lado de un hombre que no soporta el celibato y que cada vez que te oye gemir cuando te das placer, siente deseos de asaltar tu cama para poseerte a fin de saciar su necesidad. Esas mismas tonterías a las que ninguna niña debería tener acceso, no te permiten darte cuenta de que si no te cuidas bien del mal, podrías acabar en una situación similar, o peor: muerta.

Melly acercó su caballo y colocó una mano en la mejilla de Ches. Creyó que se alejaría al instante, pero él se quedó quieto disfrutando del contacto.

—Te equivocas, Ches. La esperanza es lo que me motiva a levantarme cada mañana. El sol sale después de una larga noche de oscuridad o tormenta. La promesa de un futuro mejor es lo que me alienta a seguir buscando la sonrisa y la felicidad de quienes me rodean. Sé que hay mal, sé que soy una mujer a disposición de los caprichos de los hombres. He tenido suerte de tener a Oliver a mi lado. Tropezaré, caeré y me levantaré más fuerte. Hoy he visto una parte de ti. Una que no creí que poseyeras. Tal vez te haga bien saber que no todo es mal. También hay bien.

Incluso dentro de ti hay bondad. No eres el libertino sin corazón que deseas ser. Cuidas de esas mujeres y te preocupas de sus hijos. Busca a una buena mujer que te haga ver de lo que es capaz el amor, Ches. Tú lo mereces. Lo necesitas más que nadie —sentenció con el corazón en la mano.

Ches cogió la mano de ella y la separó de su contacto. Se la plegó sobre sí misma y le sonrió.

—Por esas mismas palabras volverás a caer en la trampa de un hombre que romperá nuevamente tu corazón. Seguirás pensando que eres capaz de despertar un amor donde no lo haya. Tal vez hubieses estado mejor junto a Shell. Con él habrías aprendido pronto que no debes esperar el bien, porque solo existe el mal.

Melly le arrancó la mano de entre la suya al punto.

—Al menos yo tengo un corazón que poder entregar, lord Chesterfield. —Melly lo miró con furia y puso al trote a su yegua para regresar a la casa.

Él suspiró. Todo lo hacía por ella, para que se diera cuenta de que no debía esperar nada de nadie. Así no sufriría cuando llegase el momento. Hombres. Ninguno era de fiar. Empezando por él y pasando por Ashton, Stone, Spencer e incluso Gales. Sí. Esos en los que había pensado eran ahora felices junto a sus esposas... pero ¿qué había sucedido antes de llegar a esa situación? Desesperación y desamor a raudales. Esas historias habían salido bien, pero la tónica general era que terminaban mal. Muy mal, de hecho. Solo había que ver a esas mujeres que él había conseguido rescatar para comprender lo que sucedía en caso de un exceso de confianza.

Esa inocencia y dulzura de Amelia le iba a traer demasiados problemas.

Los días se sucedieron y la cosa se fue complicando hasta límites insospechados. No se lo podía creer. Amelia Worth. Lady Amelia, por la gracia e intervención de su hermano, que le había dado el título al obligar a su padre a reconocerla. La hija bastarda del anterior duque de Ashton se sentía extraña y estaba enfadada consigo misma.

Le había entregado su corazón a un hombre que nunca podría amarla. El señor Shell no

resultó ser lo que ella había esperado y en el último segundo decidió que no podía seguir adelante. Que el libertino más réprobo del reino la hubiese salvado, era una cruel burla del destino. ¿No había disponible un apuesto caballero de tiernos y honrados sentimientos que pudiera liberarla del señor Shell? No. Por lo visto los hombres honrados, caballerosos, serios y correctos, se habían agotado y no quedaba disponible ninguno para ella.

Se había reído de lord Chesterfield desde que le declaró sus intenciones de seducirla. Tan hastiada había estado con lo que Leo le había hecho que estaba segura de que ese salvador que resultó ser un captor, no tenía ninguna posibilidad para que ella bajase las defensas. Error. Era un hombre muy experimentado que sabía muy bien manejar, tratar y agasajar a una mujer. Más cuando era una como ella, que se había criado entre cuentos de hadas y creía fervientemente en el amor.

Él estaba estropeado. Fue una sencilla confesión que Ches le hizo cuando ella le habló de algo parecido. Chesterfield le había enseñado una cosa de vital importancia que toda mujer debería saber hacer: complacerse. No contento con ello, le había permitido observarlo en la intimidad, mientras él usaba su boca femenina para su propio placer. Aquello fue demasiado.

Después, el conde cumplió su promesa y la trató diligentemente en todos los aspectos que pudo. Fue atento en todas las atribuciones que se agenció. No fue impúdico, sino todo lo contrario, y sinceramente, ella hubiera preferido que fuese un lascivo hombre y no todo un seductor y amable caballero.

Cada mañana se había presentado en su habitación con la bandeja del desayuno y desayunaban juntos. Se sintió azorada al principio porque vestía el fino camisón del que él la había provisto, pero pronto Ches la hizo sentir cómoda. Era demasiado siniestra la facilidad con la que su captor la hacía confiarse.

Después de haber compartido intimidad, de esas dos únicas veces en las que hubo lujuria, el conde se limitó a conversar y hacer que ella se abriese a él. Amigos.

Esa fue la rutina de ambos durante cerca de un mes. Días en los que él se fue ganando su confianza de modo tan natural que Melly estaba enfurecida consigo misma. Ser amantes era más fácil que ser amigos. Se cuidaba bien de no usar esa palabra, porque se había dado cuenta de que él la aborrecía. Pero ella no podía dudarlo, eran amigos. Antes habían sido amantes. No habían completado el acto propiamente dicho, pero lo sucedido era indiscutible.

En honor a la verdad, la joven, desde una tierna edad, había sido considerada como una

muchacha muy dulce y llena de candidez. Siempre había pensado lo mejor de cada una de las personas que se cruzaba con ella. Ese había sido el problema con Leo. Y pese a haber pasado un infierno con ese hombre, se encontraba luchando con todo su empeño por recordar que Ches solo la quería para vengarse de Ashton. ¡Pero es que él la hacía sentir tan bien con todas esas charlas sinceras! ¿Serían sinceras, verdad?

Una de las noches, después de la cena, hizo que una doncella tocara el piano y ambos bailaron. Aquello fue peor que si la estuviera observando desnuda. Otra de las noches la había dejado ganar al ajedrez y también varias veces lo hizo a las cartas. Él no era un hombre que deseara contentar a las mujeres sin un motivo íntimo y eso la hacía sentirse especial. Luego estuvo aquella vez que ella se despertó gritando, porque Shell la estaba violentando en sueños y él se metió en su cama para arroparla con sus brazos. La dejaba salirse con la suya a cada instante. Era demasiado atento, demasiado servicial.

Melly era consciente de que se estaba metiendo bajo su piel y ella no quería frenarlo. Esos ojos tristes que la hacían sonreír merecían una oportunidad. Esas manos que no habían tratado de someterla con la pasión necesitaban estar llenas, llenas de su amor.

Él era especial. Amelia lo había visto. No iba a dejar que él volviese a ocultarse de su vista nunca.

Su pie había mejorado mucho. No obstante, mientras lo tenía delante, hablando con seriedad y sin que ningún asunto inapropiado o impúdico fuese dicho, ella se veía recreando su cercanía, como cuando la había sujetado en sus poderosos brazos, pensando en su físico cincelado como el de un dios en piedra... Sus buenas maneras y bonitas palabras la tenían en un buen aprieto. Tanto, que deseaba volver a torcerse el pie para sentirlo cerca. No la había tocado desde aquella vez que le dio un beso que le hizo temblar las rodillas. Ni un solo roce. Melly lo echaba de menos. Sus sutiles masajes en sus pies, incluso cuando la untaba con el linimento en la posadera.

Tonta. Ilusa. Confiada. Cada día Melly se obligaba a repetirse esas palabras y cada día él conseguía que ella las olvidase nada más aparecía por la puerta de su habitación para traerle el desayuno.

Lo más sensato sería pedirle que la regresase a la ciudad y allí enfrentaría su futuro y afrontaría las consecuencias de lo que había hecho. Una mujer en su sano juicio es lo que habría hecho al tercer día de compartir intimidad con él. Ella no era juiciosa.

¡Maldito fuese! Sí. Horrendo, por hacerle ver durante todo un mes lo que sería tener a un hombre que se preocupase por ella, que compartiese junto a ella las comidas, que le ofreciese conversación y consejo. Tanto anhelaba el amor, a una persona que se preocupase por ella, que en su tonta mente se imaginó que ellos eran un matrimonio viviendo una idílica luna de miel.

Y lo peor eran las noches. El muy astuto se había asegurado de que ella lo echase de menos. Deseaba verlo al día siguiente entrando con su bandeja. Ver esa sonrisa que él le mostraba era como un viento fresco en su insípida vida. No había necesitado rozarla o hablar de forma libidinosa para que ella lo extrañase en la soledad de su cama. El recuerdo de sus gemidos masculinos no cesaba en su mente. No era una necesidad producida por su cuerpo. Era el anhelo de su compañía lo que él se había procurado en las últimas semanas. Y eso era más peligroso que toda una completa seducción que Ches hubiera ideado. Contra sus avances podría verse protegida, pero contra sus formas de sincera amistad era... ¡Imposible defenderse!

¿Tan impresionable era Melly, que tras haber jurado no sucumbir a las tonterías de un hombre, se encontraba a merced de Ches? ¿Tan necesitada estaba de amor y cariño, que con el primero que se preocupaba por sus necesidades y salud, se imaginaba siendo su esposa?

Su cabeza y su corazón estaban haciendo un desastre de toda la situación. Tanto que tenía ganas de echarse a llorar y no despertar hasta que todo se hubiera resuelto... pero solucionado... ¿cómo?

Era infame. Un pícaro que se vanagloriaba en su fama y que a cada rato sacaba pecho orgulloso de sus vicios, por no ocultarlos. ¿Por qué lord Chesterfield tuvo que encontrarla cuando iniciaba su huida? ¿No había otro que pudiera haberla ayudado?

Si es que no pedía tanto. Un poco de amor que ella se encargaría de acrecentar en su futuro esposo. Era imprescindible que el caballero en cuestión fuese elegante y comedido, con un físico aceptable, pero no era indispensable que fuera perfecto. Incluso no era imprescindible que el pretendiente tuviera título y fortuna. Su dote era suficiente para ayudarlos a iniciar una cómoda vida. Ashton se había ocupado de eso mismo y siempre contaría con el apoyo económico de su hermano.

El destino la había colocado junto a un hombre con título, apuesto, con fortuna e incapaz de amar. La duquesa de Stone no tenía razón. No la tenía porque la duquesa, Lisa, estaba constantemente pregonando que todo tenía un motivo y que nada sucedía en vano, o algo por el estilo. Lo que a Melly le había sucedido era el colmo de la mala suerte. Había salido de una trampa para osos para caer en un pozo sin fondo. Si Leo era una mala elección, lord Chesterfield

era el colmo de las malas decisiones.

Si tan solo hubiera atisbado un mero indicio de... de... de... ¿de qué? Melly no sabía lo que buscaba mientras escudriñaba en sus ojos cuando él hablaba. Un poco de esperanza. Si hubiera podido vislumbrar un poco de afecto por ella...

En sus conversaciones, Melly se había dado cuenta de que era un hombre que no había experimentado el verdadero cariño. Más allá de la preocupación que se entreveía por su hermana Gertrude, no había habido más que otra mujer que murió muy joven y a la que él llegó a llamar madre. A Amelia se le rompió el corazón al saber los verdaderos orígenes de Ches. Le había confesado que ser una bastarda no era tan malo como ser el bastardo de dos hombres, porque Chesterfield, tal y como le explicó con total impasibilidad, era hijo del anterior duque, quien había violentado a su mujer y luego había sido reconocido por Gales, un hombre del que solo había recibido desprecio y desaprobación desde bien pronto.

Un niño no debería crecer sin nadie a su alrededor que le inspirase confianza o lo pudiera reconfortar. Mientras Ches le explicaba este hecho tan horrible, ella se sintió afortunada por haber tenido a Susan a su lado. La actual marquesa de Spencer siempre la había cuidado y protegido de todo, frente a todos, sin importar las consecuencias. Incluso su hermano Oliver se había desvivido por contentarla. El duque de Ashton desaprobaba por completo a Shell y le había permitido seguir con el compromiso. Y precisamente por Oliver, era por quien ella se mantenía firme y fría ante un conde de Chesterfield que estaba causando verdaderos estragos en su mente y en su corazón.

Ella no podía contribuir a su completa destrucción. Sus faltas no eran cuestión baladí. Había desoído los sabios consejos de Oliver sobre su prometido. No bastante con ello, Melly había escapado de su boda y de su propia casa con un hombre que se había declarado a sí mismo como el enemigo más acérrimo de su hermano. Por lo menos trataría de impedir que el conde la sedujera con su sinceridad y esa bondad que se atisbaba en el fondo de su ser. Todas esas mujeres que él había atendido y cuidado... Un hombre sin corazón no podía ser capaz de preocuparse por otro que no fuera él mismo. Y que Dios la perdonase, ella se moría por salvarlo a él.

Regresar a Londres era del todo impensable porque no deseaba enfrentarse a la realidad, no cuando él la necesitaba tanto. Quedarse era un suicidio para su propio corazón. Cada día que se sucedía lo tenía más claro. Pero a la vez era incapaz de desprenderse de ese hombre encantador que había dejado a un lado al libertino para atormentarla y hacer de sus días un

infierno. ¡La estaba seduciendo sin besos y caricias! Y eso era todavía mucho peor que lo otro. ¡Maldito! ¿Cómo luchar contra la ternura que él le inspiraba? Pleitear contra la lascivia sí podía haberlo hecho con facilidad. ¡Maldición!

Oyó que la puerta de su habitación se abría y supo quién era sin necesidad de que el sándalo inundase sus fosas nasales. ¿Por qué no podía ella afectarle tan solo un poco a él?, se preguntó con enfado Melly.

—¿Te ha vuelto a doler el pie? —Preguntó al ver que Melly seguía en la cama y no se había vestido. Ayer había insinuado que había notado una ligera molestia en el lugar que él creía curado.

—No —respondió mientras miraba hacia otro lado para no cruzarse con su mirada.

—¿Por qué no estás vestida? Te dije ayer que iríamos a cabalgar de nuevo. Querías ver la parte sur de la finca. —Llegó con la bandeja y la colocó sobre sus rodillas.

—No me encuentro bien.

—¿Sigues... indispueta? —Melly había tenido que decirle que sus momentos de mujer habían llegado hacía unos cuatro días. Él le proporcionó lo necesario y fue paciente con sus arrebatos y antojos. Ches la sentía muy irascible en las últimas semanas y achacó los cambios a este estado natural de una fémina. También la ayudó a soportar los dolores, dándole un poco de whisky. Melly se negó, pero él fue tajante y la cosa sí mejoró con el licor.

—Sí. Bueno, no. Sí... yo...

—¿Qué sucede?

Nada más entró, Ches se había dado cuenta de que la actitud de Melly era diferente. Algo había cambiado con respecto a ayer por noche, cuando habían vuelto a compartir una apacible partida de ajedrez. Verla enfurruñada no le gustó. Prefería su visión sonriente y esa alegría tan contagiosa que ella desprendía. Se había acostumbrado a su frescura de un modo tan gradual que en estos momentos en los que ella estaba sombría la echaba de menos.

—Estoy indispueta.

—¿Qué te duele? —inquirió con paciencia y comprensión. «Tú», quiso ella gritarle.

—Nada —susurró.

Ches llevó su mano hasta la frente para tomar su temperatura.

—No pareces estar enferma.

—Chesterfield... yo...

—Creí que habíamos establecido que podíamos hablar de cualquier cosa. —Él no entendía el cambio de ella. Estos días se había mostrado muy sincera y cordial. Tanto que había sido muy inspirador conversar con ella.

—Necesito estar sola.

—¿Por qué? —quiso averiguar con el ceño fruncido.

Melly suspiró. ¿Cómo explicarle que él comenzaba a afectarla y ella no deseaba que eso se produjese?

—Porque no deseo tu compañía.

—¿Disculpa? —Esa contestación lo dejó helado. ¡No había hecho nada para merecer tal desplante!

—Te he dicho que estoy indispuesta. Me gustaría estar sola.

—No.

—¿Qué?

—Vas a desayunar. Vas a ponerte ese improvisado traje de montar mío que tú usas y vamos a salir a dar un paseo.

—¿Acaso soy una sirvienta para que me des órdenes?

—Eres mi invitada. Dijiste ayer que sería encantador salir a montar de nuevo y eso es lo que vamos a hacer.

—Pero... pero...

Ches le quitó la bandeja de las piernas y destapó la colcha.

—Vístete. Te espero abajo. No me hagas subir a por ti.

Chesterfield salió intempestivamente de la habitación. Estaba enfadado. Ella no tenía derecho a cambiar su actitud con él. No, después de estos días de ofrecerle sonrisas y hablar con él con tanta franqueza.

El conde se había levantado alegre. De hecho así había sido desde hacía... Casi desde que habían regresado de visitar a las señoras a las que él daba asilo.

Se metió en su despacho y comenzó a mirar la correspondencia de Londres para hacer tiempo hasta que ella bajase.

Cuando pasó una hora, él resopló. Subió a la habitación tratando de controlar su temperamento. Agarró el pomo de la puerta y la descubrió cerrada. Maldijo. Ella no iba a poner hoy las cosas fáciles. ¿Qué demonios habría cambiado? Él creía que todo estaba bien entre ambos. Melly había bajado sus defensas y él se había mostrado amigable y ningún comentario inapropiado fue dicho. Incluso había estado irritado porque su plan de seducción había quedado olvidado.

—Melly, abre la puerta. —Ches esperó la contestación de ella. No llegó—. Amelia, si no abres la puerta vas a hacer que me enfade. No te conviene que eso suceda. Abre.

—¡No! —gritó ella con fuerza.

—Por los huesos de Lucifer, mujer, ¿qué te sucede hoy?

—Te he dicho que no deseo tu compañía.

—No he hecho nada en los últimos días para molestarte. He sido un perfecto caballero inglés. Aburrido y sin aliciente. Abre la puerta, por favor.

—No. No quiero abrirla.

—Entonces no tengo más remedio que abrirla por mis propios medios.

—¡No te atreverás!

—No vamos a discutir con una puerta de por medio. O abres o la abro yo. Tú decides.

—Si la abres por la fuerza regresaré a Londres de inmediato.

Ches soltó el pomo de la puerta de inmediato.

—¿Estás segura de que deseas enfrentarte a la situación? —Justo anoche mismo ella confesó que no deseaba regresar jamás a la civilización.

—Sí. —No mentía. Era mejor eso que confesar lo que dentro de ella estaba sucediendo.

—Dime qué ha ocurrido para que mi presencia te resulte tan inadecuada. —No sabía de dónde estaba sacando su paciencia, pero él se mostraría tranquilo con la situación.

—Solo necesito descansar de ti unos días.

—¿Qué? —preguntó con los ojos como platos.

—No deseo que me seduzcas más. —Melly se apoyó en la puerta.

—¡No he hecho eso! —rebatí con presteza—. Lo sé porque si hubiera comenzado a hacer algo como lo que has señalado ya haría semanas que serías mía.

—¿Y el ajedrez?

—Eso paró a tiempo, además, estás satisfecha de la lección que allí aprendiste. No te toqué. Tú sola lo hiciste. Tus noches son muy inspiradoras. —Para su pesar así fue, porque la muy bruja lo tenía al borde de la desesperación. Melly no se contenía para mostrar su pasión y él comenzaba a creer que lo hacía para mortificarlo. ¡Era una bruja peor que Lisa!

—¿Y la partida de cartas?

—No cuenta porque tú sí estabas indispueta. Y ahí me hiciste olvidar mi venganza. —¡Infierno! Su erección se había despertado al recordar la suavidad de esa preciosa boca tan maravillosa. Todavía no sabía de dónde sacaba las fuerzas para soportar el celibato.

—¡Vete!

—No, hasta que abras la puerta.

—No pienso abrir.

—Mellyyyyyy —utilizó su nombre como un aviso. Estaba punto de perder la paciencia.

Ella abrió la puerta en ese momento. Los dos estuvieron cara a cara. Él estaba rojo de furia. Ella respiraba con dificultad. Al menos Melly se había puesto su traje de montar... Bien, sus pantalones y una de sus camisas, además de ese sobretodo que estaba seguro de que nunca

regresaría a su armario. ¿Qué diablos le pasaría? En las últimas semanas no habían discutido. Todo lo contrario. Él se había portado como un caballero y ella como una correcta dama. Compartían las comidas y ni una sola vez había tratado de molestarla. Estaban cómodos el uno con el otro. ¡Mujeres!

—Estoy cansada.

—¿De qué? —Él no entendía nada. Toda la experiencia que contaba con las mujeres parecía que lo había abandonado. ¡Se sentía demasiado perdido cuando se trataba de Melly y eso no le gustaba!

—Sé lo que estás haciendo —lo acusó con los ojos achinados—. Pretendes convertirte en mi amigo, en mi confidente, deseas que yo baje mis defensas para llegado el momento seducirme.

—¡Pero si no he hablado de besos, ni te he rozado en estas semanas que hemos pasado juntos! He sido del todo anodino y formal. —Ches estaba incrédulo por la acusación.

—Ese es precisamente el problema. Siendo un libertino sé quién eres. Cuando cambias y te muestras gentil, es cuando sé que me estás tendiendo una trampa. Ya tuve bastante con mi prometido y no deseo tener más problemas con los hombres.

—¿Y eso qué pretende significar?

—Si fueras un caballero te marcharías y me dejarías con mi soledad y tristeza.

—Debo recordarte, pequeña arpía, que esta es mi casa. —No comprendía el cambio de ella. ¡Si lo estaba echando!

—Y yo, que tú fuiste el que me recogió del suelo y me ofreció su casa como un refugio de paz.

—Te advertí de que deseaba seducirte. Me hiciste prometer que no lo haría después de... En fin... aquello. —Su entrepierna volvió a saltar con el pensamiento. ¡Maldito celibato!

—¡Pero no lo estás haciendo! —Se quejó ella.

—¿Disculpa? —Ches maldijo a todas las mujeres de la faz de la tierra. ¡No había quién las entendiera!

Melly avanzó hacia él y apuntó con su dedo el pecho varonil. Él la miró incrédulo.

—He descubierto tu juego y no quiero ser más tu marioneta. No, no voy a dejar que hagas lo que te propones. No cederé. Me niego a escuchar a mi corazón.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando. —El conde cruzó sus brazos sobre su pecho aguardando una explicación plausible—. ¿Te das cuenta de que estás molesta porque no he tratado de seducirte, Melly? De verdad deseas que cambie mi actitud.

—No finjas que te preocupas por mí. No quería conocer tu infancia. ¡Desearía no saber que te ocupas de esas mujeres y sus hijos! No, no quiero. Deseo odiarte. ¡No quiero que seas mi amigo! —gritó con energía.

Esa palabra lo dejó con boca abierta.

—Yo no tengo amigas, Melly. Yo colecciono amantes. No amigas. Creo que te estás equivocando por completo.

—No. Tú estás jugando una baza más compleja que la de seducirme. Estás jugando con mis sentimientos por ti. Has olvidado mi cuerpo para pasar a querer apropiarte de mi corazón. Luego lo pisotearás y esa será una venganza mayor con mi hermano. Yo prefiero ver al libertino, no a un hombre que me hace querer...desear...

—¿Qué, Melly, qué te hago desear?— preguntó al ver que ella se había callado.

—Salvarte —susurró al tiempo que cerraba los ojos.

—Entonces tenemos un problema de entendimiento. Yo no deseo ser salvado. Te lo he explicado multitud de veces.

Ella abrió los ojos.

—Hablas de forma seria, impasible. No dejas entrever tus sentimientos debajo de esas palabras que crees vacías. Hablas con indiferencia sobre tu infancia. Lo malo que te ha sucedido me lo cuentas como si no te importase. ¡Sí importa, Ches! Haces que yo quiera consolarte y abrazarte. Es una forma horrenda de hacer que una mujer quiera estar a tu lado. Más cuando sé que no tienes corazón, que me dañarás a la menor oportunidad.

Él se acercó peligrosamente a ella. Tanto, que la obligó a recular hasta que se dio con la pared que había detrás. Ches puso sus dos manos sobre esa pared recubierta de papel pintado y

encerró su rostro en la cárcel que suponían sus brazos.

—Te equivocas. Te he tratado con respeto y diligencia, porque ese fue tu trato para darme placer con tu boca. He hablado contigo del único modo que sé, sin esperar nada a cambio. No. No deseo ni tengo salvación. Me gusta vivir en pecado, revolcarme en mi lujuria y saber que el infierno me espera cuando Lucifer venga a llevarme. Ya que tanto te incomodan mis charlas, no volverán. No somos amigos, Melly. Eras un medio para un fin. Nunca he pretendido apropiarme de tu corazón, porque ni lo quiero, ni lo deseo, ni lo necesito. No negaré que desearía hacer el amor contigo. Muero por explorar todo tu cuerpo y disfrutar de ti tanto como me plazca. Estas largas semanas hemos estado bien, pero nunca hemos sido amigos. No.

La mirada de él bajó para ver los labios de ella. Melly lo supo. Iba a besarla. Ella se los humedeció. Él se acercó para besarla con tranquilidad. Melly levantó su rodilla derecha e hizo diana en sus partes íntimas. La acción lo dejó en el suelo maldiciendo.

Ese fue el momento de salir corriendo. Esperaba que su pie en verdad estuviera perfectamente curado porque debía huir rápido. Bajó la escalera principal y se encaminó hacia las cuadras.

—Milady —la saludó el mozo que tenía preparados los dos caballos.

—Saldré a cabalgar sola. Desensille el caballo del conde, él no vendrá. —Eso le daría un poco de ventaja.

No tenía la menor idea de lo que hacía ni a donde se dirigía, deseaba huir de allí con rapidez. Puso al trote su montura sin mirar atrás y recorrió un buen tramo... Hasta que oyó detrás de ella unos cascos que venían a todo galope.

Pronto él llegó a su lado y agarró las riendas de su yegua. Frenó al animal y desmontó de un salto. La agarró por debajo de los brazos y la colocó delante ella.

—¿Te has vuelto loca?

—Déjame. Déjame te digo. —Ella lloraba y peleaba contra él.

Ches la inmovilizó con la ayuda de un árbol que encontró detrás y cuando la tuvo bien sujeta, levantó su mentón para obligarla a mirarlo.

—Dime qué sucede, Amelia. No he hecho nada que pueda ofenderte. No he buscado tus afectos íntimos. Me he comportado con decoro y aun así tratas de huir de mí. Me has dejado

dolorido en el suelo, cuando sabes que es la única parte de mi cuerpo que me importa. No merezco tu rabia y desdén. No, cuando no he hecho nada para merecerlos.

La muchacha trató de sosegar el latido de su corazón e hizo acopio de su lógica.

—¿Nada, dices? ¿Nada? Me tienes a cada rato soñando con tus caricias. Pensando en lo precioso que sería convertirme en tu esposa. Me muestras lo que sería una vida a tu lado. Compartes todas tus comidas conmigo y me das una sincera conversación. Cada día entras en mi habitación para que tomemos el desayuno juntos. Me has acostumbrado tanto a tu compañía que no deseo otra cosa más que estar a tu lado. Te felicito. Has ganado, Ches. Has ganado. Me tienes, tienes mi corazón en tus manos y estoy lista para que lo pisotees a tu antojo. Lo has tejido todo muy bien. Me mostraste de lo que eras capaz. Vislumbré el hombre que se oculta bajo tu lujuria y dolor. Y sí, maldito seas, lo quiero, te quiero. Te amo.

Él cerró los ojos con dolor. Los abrió para volver a mirarla con atención.

—Melly, te lo dije. Yo no creo en el amor. No he buscado nunca conseguir tu corazón. Te avisé. No lo quiero. Me he quedado junto a ti porque estoy contento cuando estás conmigo. No puedo amarte como tú deseas que lo haga. No puedo pensar más que en poseerte. Nunca te he mentado. Sabías la clase de hombre que soy. Podemos ser amantes y no creo que eso te satisfaga. Si fuese ruin te prometería la luna para poder conseguirte. No lo haré. Tú sola te has engañado al creer que yo podía cambiar.

Ella lo miró con esperanza. Él se veía rígido.

—Yo tengo mucho amor para dar, Ches. Solo déjame mostrarte lo que puedo hacer por ti. Te he visto. Te querré por los dos. Estas largas semanas en las que hemos sido un matrimonio lo he sentido. Puedo llegar a ti si me lo permites. Lucha, solo un poco, Ches.

Él se retiró y la dejó como si quemase.

—¿Un matrimonio? Oh, Melly. Esos estúpidos cuentos imposibles para niñas incrédulas han nublado tu buen juicio. Hemos sido un hombre y una mujer compartiendo techo, porque no me has permitido tenerte en la cama. Yo he sido esclavo de mis deseos. Te miro y únicamente deseo poseerte. No hay más que eso. Es lo único que puedes tener de mí. Si me quieres será como yo pueda ofrecerme, no como desees tenerme. Sé mi amante. Pero no esperes nada más de mí. Te entregaré mi cuerpo. Nada hay más que eso.

Melly sintió su corazón romperse en mil pedazos.

—Nunca. Jamás, óyeme bien lord Chesterfield, porque no lo volveré a repetir: nunca me tendrás. Si yo he de sufrir por tu corazón, tú lo harás por mi cuerpo. Justo será el pago entre uno y otro.

—Melly... —la miró con tal compasión que ella quiso abofetearlo.

—No soy la mujer adecuada para ti. No me importa. Ninguna otra te querrá como yo lo hago. Me has dejado penetrar en tu alma y he visto lo que escondes. Sé que eres un hombre bueno. No me avergüenza decir que te amo. No espero nada de ti. Desde que sin darme cuenta te fui entregando mi corazón y mi ser, supe que me harías más daño de lo que me hizo el señor Shell. A él no le llegué a amar como a ti. Creo que estoy lista para regresar a Londres y enfrentarme a mi destino. Nada que allí me aguarde puede ser tan doloroso y humillante como lo que aquí ha sucedido. Pero eso, tú ya lo sabías. No te culpo, milord. Me advertiste. Nunca me has mentido. La única culpable soy yo por haberme permitido amarte.

Melly se limpió las lágrimas que surcaban sus ojos. Se liberó del agarre de él y corrió hacia su yegua. De un saltó se subió sobre el animal.

Poco después de aquel episodio, y en el más absoluto de los silencios hicieron el camino de regreso a Londres. Provista de aquel vestido de muselina verde con encaje con el que una vez trató de llegar al altar, Melly bajó del carruaje sin esperar ni aceptar la ayuda del hombre al que amaba.

Orgullosa, miró de frente la puerta principal de la casa de su hermano y se preparó para afrontar las consecuencias de todas y cada una de sus equivocaciones.

Capítulo 5

Un descubrimiento aterrador

Melly abrió la puerta de su casa preparada para enfrentarse a la ira y las preguntas de su hermano. Cuando el mayordomo la hizo pasar a la salita de recibir visitas y se encontró, no con una, ni dos, sino con cuatro mujeres tomando el té tranquilas, se quedó con la boca abierta.

—¡Oh!, querida Melly, pasa. —La invitó alegremente la duquesa de Stone mientras le daba una indicación con la mano—. Llegas pronto. Te esperábamos dentro de una hora. Ha debido ser un viaje... apresurado.

—¿Vosotras me esperabais? —Preguntó aún sin creer la paz y tranquilidad que había ante ella.

Lisa la arrastró y la hizo sentar en una bonita silla tapizada. Le colocó una taza de té en la mano y Melly no se atrevió a moverse por sí... ¡Ellas estaban demasiado tranquilas! ¿Qué sucedía? Miró primero a Susan. La marquesa de Spencer sonreía con ternura. Desvió la mirada hacia Emma. La esposa de su hermano se retorció las manos con nerviosismo. Por último, centró la mirada en la que suponía era la duquesa de Gales. La mujer la examinaba con curiosidad.

—Desde luego que sí. Uno de nuestros informantes —Lisa miró a Elvina porque ella tenía toda una red de espías a su servicio. Por lo visto, uno de sus mayordomos era un verdadero as a la hora de facilitarle información a su patrona—, llegó hace unos minutos para explicarnos que regresabas a Londres hoy. Para ahorrarte la repetición de las palabras, nos hemos reunido todas aquí, a fin de que nos relates... tu... tu aventura.

Amelia entrecerró el ceño. Las miró a todas de modo acusador, sin creer lo que veía y

oía.

—¿Me estáis diciendo que erais conscientes del lugar donde me encontraba, de con quién estaba y no habéis interferido para salvarme?

—¡Te lo dije! —Saltó Susan para regañar a Lisa. La duquesa no le respondió. Se levantó de su asiento y se puso delante de Melly.

—Amelia Worth, ¿necesitabas que te salvásemos?

—¡Desde luego que sí! —explotó Emma sin poder contenerse más—. Si Ashton se entera de que todo este tiempo yo sabía sobre su paradero me repudiará. A ella —señaló a Melly—, la enclaustrará en un convento en Italia y a vosotras tres... —miró a las dos duquesas y a la marquesa— Bueno. A vosotras no os podrá hacer nada porque vuestros maridos os protegerán bien, pero no dudéis de que pronto irá en busca de Chesterfield y lo retará a duelo. En el mejor de los casos me enviará derecha al campo, en el peor, quedará viuda. ¡No debisteis permitir que ese hombre se la llevara! —Cuando la duquesa de Ashton trató de pedir ayuda a Patrick para localizar a Melly el mismo día de su desaparición, esas mujeres, que serían responsables de la destrucción de su matrimonio, la convencieron de que Melly estaba bien y que debía confiar en ellas. Se aseguraron de no desvelar el paradero de la hermana de su esposo y cuando esta tarde las vio ingresar en su casa explicando que Melly regresaba del campo... concretamente de la casa de ese infame hombre...

—Melly, contesta —la incitó Lisa.

La muchacha levantó la cabeza.

—No, no he estado en peligro. No he hecho nada que no quisiera hacer. —Era como si Ches estuviera hablando por ella.

—¡Fantástico! —Se giró Lisa con una enorme sonrisa para ver que ella había tenido razón y la preocupación del resto era infundada.

Elvina se levantó de su asiento y miró a Melly. La esposa de Gales sospechaba que no era todo oro lo que relucía ahí.

—¿Qué te ha hecho? He visto esa misma mirada en mi propia hija. Eres una mujer dolida.

—¿Melly? —susurró Susan.

—Ches ha hecho que me enamorase de él —respondió con sinceridad mientras una lágrima resbalaba de su mejilla—. Bueno, no lo ha hecho del todo... Creo que yo sola lo hice. Yo... Él... Yo... Él... —Las palabras no salían.

—¿Por qué lloras, Melly? —Lisa se aproximó de inmediato hacia la joven.

—Me temo que no soy correspondida en mis afectos. Supongo que es lo que merezco por haber dejado plantado a mi prometido en el altar. —Melly sostuvo el fino pañuelo que él le había entregado una vez para limpiar esas mismas lágrimas. Era el único recuerdo palpable que tenía en su posesión. La única prueba que aseguraba que los días maravillosos que pasó junto a Ches no habían sido un sueño.

Lisa le sonrió con ternura y le cogió la mano.

—Traes contigo el amor de él. Te lo aseguro. Lo más difícil lo has conseguido. No llores. No te rindas ahora. Lo complicado está hecho.

—¿Lo complicado está hecho? —Preguntó incrédula la muchacha, sin permitirse tener esperanza.

—Sí. Ahora solo tenemos que hacerle ver que te ama. Es tan terco que negará que has calado en sus huesos y que no puede vivir sin ti. Todas aquí somos testigo de cómo son los hombres. Creíamos que solo te tendría una semana a su lado, pero ha sido más de un mes... ¡Un gran logro! ¿Qué más pruebas necesitas, cariño?

—Te equivocas, Lisa. —Amelia no podía creer que fuese tan fácil. Él había sido muy claro sobre sus intenciones.

—No lo hago. Conozco muy bien a Ches. Si él no hubiera deseado tu compañía, habría regresado de inmediato. Ese hombre no es capaz de estar alejado de su adorada Mansión de la Perversión más de lo necesario. Tú lo has tenido junto a ti más de un mes. Créeme, has obrado un verdadero milagro. —La duquesa de Stone estaba convencida de sus palabras.

Melly miró al resto de las mujeres.

—Susan, ¿qué opinas?

—Lisa no se equivoca nunca —respondió la marquesa.

—No lo hago —corroboró la duquesa de Stone—, pero debes comprender que no es un

hombre fácil. Vas a tener que recorrer un largo camino, Melly. Debes estar preparada para todo lo que está por venir. Está tan convencido de que no cree en el amor y de que se está mejor solo y ligado a sus perversiones, que tratará de echarse de su lado con todas sus fuerzas... Tal y como sospecho que ha ocurrido. ¿Me equivoco?

Melly afirmó positivamente con la cabeza.

—Emma, ¿estás disgustada conmigo? —Preguntó al ver que la esposa de su hermano no la miraba.

La duquesa de Ashton suspiró con fuerza.

—No, Melly. Confieso que cuando me enteré de los motivos que tenías para huir del señor Shell...

—¿Qué motivos? —trató de averiguar con mucha cautela Melly.

—Querida, —habló Lisa—, no serás tan ingenua como para creer que no conocíamos las inclinaciones de ese hombre...

—¿Hay algo que no conozcáis? —inquirió molesta—. Porque tengo la sensación de que me habéis convertido en una marioneta sin mi consentimiento.

—Fuiste tú la que lo dejó llevarte, Melly —tuvo que recordarle Susan.

Hubo un silencio pesado. Melly suspiró.

—¿Qué voy a hacer? —Amelia confiaba en que el grupo de experimentadas mujeres le echasen una mano.

—Ocultar tus sentimientos y hacerle ver que no sucede nada —dijo Lisa de forma natural, como quien dice que está lloviendo.

—Creo que es demasiado tarde para eso —expuso con pesar la muchacha—. Me temo que le he arrojado todo mi amor a la cara y él lo ha desechado a un lado, alegando que ni lo buscaba, ni lo merece, ni lo quiere. —Una nueva lágrima rodó por su mejilla.

—Melly —tomó de nuevo la palabra la duquesa de Ashton—, no dudo de la buena voluntad de la duquesa de Stone —Emma le sonrió a Lisa mientras lo decía—, pero Chesterfield tiene unas inclinaciones íntimas...

—Lo sé —la cortó Melly.

—¿Lo sabes? —Preguntó con nerviosismo Susan, imaginando que ese depravado hubiera podido hacerle algún daño a la que amaba como a su hermana pequeña.

Melly volvió a cabecear positivamente y añadió:

—Él no oculta nada nunca. Es del todo franco. Comprendo que le gusta mantener a sus amantes inmovilizadas y en ocasiones se sirve de artilugios como fustas o látigos.

—¿Y eso no te molesta? —inquirió con curiosidad Emma.

—No, porque él prometió que jamás haría algo que yo no deseara. —Chesterfield le había roto el corazón, pero no su confianza en él.

Elvina suspiró. Sabía lo que venía a continuación, porque haber conseguido casar a cuatro tercas muchachas a lo largo de su vida, le había hecho maquinari varios planes que resultaron del todo un éxito.

—Lo primero será dejar a un lado a los hombres. No hará falta por el momento implicar la presión de nuestros esposos. —Lisa miró en especial a Emma ante las palabras dichas por Elvina.

—¿Y cómo voy a poder hacer eso? —La duquesa de Ashton estaba segura de que nada más entrase por la puerta y descubriese que su hermana estaba en la casa, Oliver llevaría a cabo un exhaustivo interrogatorio.

—Vamos, querida —habló Lisa—, tienes en tus manos muchas armas para mantener ocupado a tu esposo y que le dé tiempo a Melly. Hazle ver a Ashton que su hermana no debe ser presionada porque puede volver a huir...

—Conozco muy bien a mi esposo. Ashton no va a dejar a Melly en paz ni un instante. Es lo que más aprecia en este mundo. Va a querer averiguar los motivos de la nula celebración de la boda y moverá cielo y tierra hasta descubrir dónde ha estado ella. Es peor que un perro con un hueso cuando se trata de su hermana. —Desde que había desaparecido Amelia, él no había hecho otra cosa que comunicarse con investigadores para seguir su pista.

—¡Sírvelo de la seducción! —adujo Lisa.

Melly rodó los ojos. Ahora comprendía porqué Lisa y Ches se llevaban tan bien. Eran

demasiado iguales.

—Mi querida duquesa, la seducción no es la solución para todos los problemas del mundo —explicó Emma con paciencia.

—¡Son hombres, desde luego que es una distracción válida para conseguir un poco de tiempo! —La duquesa de Stone no veía el problema. Cuando ella deseaba algo muy complejo de su esposo, Lisa, gustosa, intercambiaba algún tipo de favor íntimo y ambos estaban de lo más satisfechos con ese arreglo.

Susan no se sorprendió de la respuesta de su amiga porque conocía demasiado bien a Lisa. Por su parte, Elvina creía que, dadas las circunstancias, y para evitar que el hermano de la dama tratase de asesinar al Chesterfield, era mejor intentar lo que proponía la duquesa de Stone. No lo veía tan fácil Emma, pues sabía que Ashton era un hombre muy celoso del bienestar de los suyos y Melly era una de las personas que más amaba él.

La duquesa de Ashton observó al resto de mujeres mirarla con súplica. Suspiró.

—Está bien, trataré de darle tiempo a Melly. Pero debo señalar que no me gusta ese hombre para ella. Chesterfield es... es... ¡Es inmoral! —Todavía recordaba lo que le había dicho sobre tomarlo a él como amante cuando ella se cansase de su esposo. ¡Ella no iba a abandonar jamás a Ashton porque lo amaba con todo su ser! ¿Y si no le era fiel a Melly? ¿Y si la hacía sufrir?

Melly decidió que era momento de poner todos los secretos sobre la mesa.

—Es mejor que Oliver no sepa dónde he estado ni con quien, porque eso es justo lo que Ches desea.

—¿Qué? —Inquirió Susan sin comprender lo que Melly acababa de decir.

—Chesterfield considera que mi hermano le privó de la mujer que hubiera sido una esposa aceptable para él. —La muchacha miró con cautela a Emma. Em rodó los ojos y comenzó a negar con la cabeza.

—No hay nada entre lord Chesterfield y yo. Lo que sucedió es que cuando era una mocosa de unos dieciséis años, me atreví a robarle un beso y él... Bueno, no sé qué clase de tontería ha estado pensando desde entonces, porque... —Emma comenzó a perder la voz puesto que todas las mujeres de la salita la miraban con mucho interés y se sintió cohibida.

—Recuerdo aquello —expuso Elvina—. Ocurrió en mi casa. Mi hija Valerie creo que fue la que armó el plan para darle una lección a él por burlarse de ellas todo el tiempo. —Elvina sabía que aquello significó demasiado para aquel bravo conde.

—Sí, así fue —retomó la explicación la duquesa de Ashton—. Tomé prestado un vestido de Elvina, me maquillé como una cortesana y... En fin, nos besamos y por lo visto dejé una huella ahí imborrable sin ser consciente de lo que hice. De hecho no creía que algo así fuese posible porque yo era... y él era...

—Uhm, muy interesante —expuso pensativa Lisa. Susan ya estaba imaginando que su amiga estaba tramando un plan.

—¿Qué piensas, Lisa? —preguntó lady Spencer.

—No sabía que la fijación de Ches por la duquesa de Ashton venía de tan lejos. Él sintió esa pérdida más de lo que quiere reconocer. Tal vez podamos forzarlo a ver lo que sería volver a perder la oportunidad de obtener lo que desea. —La duquesa de Stone era muy retorcida en sus maquinaciones, más que la propia Elvina.

—¿Y qué desea Ches? —interrogó Melly a la duquesa de Stone muy interesada.

—A ti, por supuesto. Un mes contigo le ha tenido que remover algo dentro. Si Emma consiguió con un solo beso algo tan importante...

—Él dice que no tiene corazón —recordó Melly. Lisa le sonrió con compasión. La muchacha se veía tan desvalida...

—Puede ser una roca, pero por dentro hay sangre, y un corazón al que por norma general, ellos, los hombres, se niegan en escuchar. Eres muy dulce, Melly. En ti, al igual que en Susan, no hay una pizca de maldad. Esa luz que tú irradias es lo que lo ha mantenido a tu lado durante todo este tiempo. Debes confiar en mi instinto. No soy como mi abuela, no tengo el don de la providencia, pero sí sé lo fundamental.

—¿Y qué es lo fundamental, Lisa? —inquirió al ver que la duquesa había parado de hablar.

—Conozco muy bien a los hombres, y en especial a Chesterfield, no tiene ni un solo secreto para mí. No será fácil, porque él no lo quiere, pero trataremos de salvarlo entre todas nosotras. —Lisa estaba convencida de que así podría hacerse.

—Melly... —tomó la palabra Susan—, lo que voy a preguntarte es del todo íntimo, pero necesitamos saber si... si... —Esto era más complicado de lo que lady Spencer había pensado. Susan había visto crecer a Melly y para ella siempre sería una niña, no la mujer tan hermosa en la que se había convertido.

—¿Puedes estar embarazada? —Lanzó la pregunta Elvina sin remilgos. Si había un bebé formándose en el seno de ella, tenían menos tiempo para enmendar a Chesterfield. La bastardía era un mal muy difícil de borrar. Ningún niño debería ser menospreciado por nacer fuera del matrimonio, y la sociedad estaba muy lejos de comprender que los nacimientos eran una bendición, nunca una maldición, pensó la duquesa de Gales con pesar.

—No. Es del todo imposible, porque sigo siendo pura —confesó Melly con un rubor excesivo en las mejillas.

Lisa se quedó con la boca abierta. Susan respiró con alivio. Elvina admiró la fuerza de voluntad de la muchacha por haber estado junto a un hombre tan apuesto y no haber sucumbido a sus encantos. Y Emma sintió que el gran peso de sus hombros se aligeraba un poco.

—¡Eso es todavía mejor! —Exclamó la duquesa de Stone cuando se recuperó de su sorpresa.

—¿Lo es? —preguntó Melly.

—Sí, porque él no te ha tenido y se volverá loco recordando que ha podido poseerte y no lo consiguió. No tendrá ni tu recuerdo íntimo para consolarse por la pérdida.

Melly bufó.

—¿Pérdida? No, la duquesa de Stone. Ese hombre estaba aliviado y contento cuando he bajado de su carruaje. Dudo mucho que él deba ser consolado por mi partida. Es del todo imposible.

Ches no la había mirado después de aquella última conversación, tampoco había hablado. Cuando bajó del carruaje y levantó la mirada para observarlo, vio en sus ojos un alivio tan grande que estuvo segura de que él se había puesto a cantar y bailar cuando ella desapareció de allí.

—Eso está por ver. ¿Qué baile hay esta noche? ¿Tú has organizado uno, verdad, Susan? —Lisa iba a probar al libertino.

—¿Baile? —Melly entró en pánico ante lo que acababa de preguntar la duquesa de Stone.

—Sí, porque lo que vamos a hacer es... —comenzó su explicación Lisa.

Y el grupo de mujeres atendió con mucha atención las sugerencias que allí se debatieron sobre el mejor proceder para atrapar a un díscolo conde que se negaba a permitirse la felicidad más allá de unos minutos de placer sin amor.

El conde de Chesterfield descendió de su carruaje y admiró su fantástica Mansión de la Perversión. Por fin en casa, pensó. Atravesó la puerta principal y se marchó directo a su despacho para interesarse sobre lo acontecido en el negocio durante su ausencia.

Su segundo al mando, el señor Brad Murder, no tardó en presentarse ante él.

—Me alegro de verte, Ches. Comenzaba a pensar que tus enemigos te habían secuestrado... o que habías vuelto a trabajar para la Corona.

—No seas ridículo, Brad. Me he tomado un descanso, solo eso. ¿Qué novedades hay?

—Tres viudas han venido cada día en tu busca desde que desapareciste. Me he ocupado del matrimonio de los Lars.

—¿Lars? ¿Qué había con ellos?

—Sí, Charles tiene nueva esposa y deseaba que estuviera formada como la anterior. Es Charles, ya sabes cuánto le gusta que le aticen en sus ducales posaderas. Su esposa es joven pero ha mostrado gran devoción en lo que él le pide. —El hombre de Ches soltó una buena carcajada—. Deberías haber visto a la muchacha atizarle con ganas mientras él gemía de placer. Tuve que quitarle la fusta de la mano para que no llegase a correr la sangre. Me parece que la mujer no estaba muy contenta con el enlace, pero ha encontrado un buen motivo para continuar. Ella va a vengarse de él y el duque lo disfrutará con sumo placer. El destino hace unas parejas de lo más pintorescas... Ches, ¿estás bien? —hubo de preguntar su hombre de confianza al ver al conde muy serio mientras fruncía el ceño.

—Sí, desde luego que sí. ¿Qué más novedades me cuentas?

—Tus amantes. Las cinco se han negado a abandonar tu cama en todos estos días que no has estado. Se han mostrado muy contrariadas e hicieron voto de abstinencia durante dos días. Al tercero, invitaron a dos hombres a disfrutar de sus cuerpos y la terma. Traté de impedirlo, pero les ofreciste a ellas todo lo que desearan... si mal no recuerdo.

—Está bien. Las elegí porque disfrutaban de la intimidad y no están dispuestas a renunciar a ello. Dos días me parece todo un logro conociendo a la pelirroja.

—Sí. Michelle ha sido la instigadora de que el resto no se quedase sin el uso de un hombre. Dos en este caso.

—¿Siguen en mis aposentos?

—Sí. Llevan allí tres años. No creo que renuncien al lugar sin presentar batalla. —El señor Murder había tratado de impedir que metieran a un amante allí que no fuese el conde y no pudo contenerlas.

Ches se masajeó la sien con calma. Acababa de regresar y ya estaba aquejado de un terrible dolor de cabeza.

—Trasládalas a otras alcobas. Que elijan las que quieras y las decoren a su antojo. Diles que será más íntimo no tener que compartir cada una, una estancia con las demás. Diles que no importa lo que gasten. Así podrás motivarlas con mayor facilidad.

—¿Vas a desprenderte de ellas? —quiso averiguar su segundo al mano sin creer lo que oía.

—Sí.

—¿Después de tantos años?

—Sí. Tienes razón. —Ches se quedó pensando.

—¿La tengo? ¿Con respecto a qué? —Brad no recordaba haber argumentado nada de importancia.

—Cómprales una joya cara a cada una.

—¿Disculpa?

Chesterfield levantó la mirada en este momento y vio a su hombre de confianza asombrado.

—Necesito descansar de las mujeres por un tiempo. Es difícil de explicar. Requiero que mis estancias vuelvan a ser privadas. No habrá más fiestas allí. Saca la cama que hay y compra una nueva.

Brad carraspeó sin atreverse a hacer ninguna observación, pero aun así tenía que preguntar:

—¿Qué hago con los accesorios que decoran la pared? ¿Debo mover los consoladores de viudas, las fustas y los látigos?

—¡Por supuesto que no! —saltó indignado. Estaba dispuesto a descansar de ciertas cosas, pero no iba a desprenderse de esos utensilios que había dicho el señor Murder, porque eran de vital importancia para él. Su segundo al mando respiró un poco más tranquilo.

—¿Más cambios? —Inquirió con solemnidad y pareciendo que no estaba extremadamente sorprendido con los nuevos arreglos que solicitaba su patrón.

—No lo sé. Haz lo que te he pedido y...

Un golpe en la puerta frenó la explicación del conde. El duque de Ascot, Patrick, su mejor amigo, se asomó por la puerta después de que Ches diese permiso para acceder.

—Es todo, Brad. Gracias —Chesterfield despidió así a su segundo.

Cuando el señor Murder pasó por el lado de Patrick le susurró al oído:

—Se ha deshecho de las cinco sin pestañear.

—¿De la pelirroja también? —quiso averiguar Patrick con sumo asombro. Su amigo siempre andaba diciendo que esa mujer era la mejor amante que había tenido y que jamás se desprendería de ella, porque esa pelirroja sería lo más parecido a una esposa que alguna vez tendría.

—De todas. Está muy extraño. ¿Estará enfermo? —El señor Murder se giró para ver el rostro de su patrón con preocupación.

Patrick iba a contestar cuando el aludido habló:

—Dejad de cuchichear como chismosas. Puedo oíros desde mi posición. No estoy enfermo. Solo hastiado. Un poco de paz y tranquilidad no le hacen mal a nadie. No es como si fuese a vender la Mansión de la Perversión y me marchase al campo a vivir. —Observó con fastidio ante las burlas que oía en la voz de su segundo al mando.

Patrick frunció el ceño. Palmeó la espalda del señor Murder de modo que quedó advertido que él se ocupaba del asunto, y tomó asiento en la silla que antes había sido ocupada por el hombre de confianza de Ches.

—Llevo años pidiéndote que frenases tu desenfreno. ¿Por qué ahora?

Chesterfield se levantó y se fue hacia el decantador para servirse una copa de brandy. Necesitaba templar los nervios. Él nunca había necesitado más que de la lujuria para contentarse y eso no estaba sobre la mesa en estos momentos.

—¿Te sirvo otra? —preguntó a Patrick. Su amigo negó con la cabeza.

—Tengo planes y necesito estar lúcido. Muy lúcido —respondió con un brillo en la mirada que Ches no advirtió.

—¿La Corona necesita un nuevo favor? Creí que habías delegado y te dedicarías a tu esposa y a tu hijo. Con la llegada del pequeño Patrick en camino, creí que apenas tendrías tiempo.

—En efecto, no tengo tiempo. Mi esposa se ha vuelto una mujer muy exigente y con su embarazo anda desbocada y muy necesitada de mis atenciones y afectos.

Chesterfield escupió el trago de brandy que acababa de llevar a su boca ante la observación de su amigo.

—¡Por los huesos de Lucifer, Patrick! Es mi hermana. Mi hermana pequeña de la que hablas con tanto descaro. Somos amigos, pero no estoy dispuesto a permitir que metas en mi mente escenas de ese tipo. ¡Es Ger! Yo le compré su primer helado. La monté en su primer poni. No estoy preparado para comprender que ella tiene... tiene...

—Un esposo y necesidades íntimas. Unas exigencias que yo, como su marido, satisfago —lo ayudó Patrick.

—Aun así es mi hermana. Por favor, recuérdalo cuando hablemos. —Estaba cansado de que su mejor amigo siempre anduviera comentando tan alegremente lo satisfactoria que era su

vida conyugal con su estimada hermana pequeña.

—Eso no te importó a la hora de regalarle una fusta.

—¡Otra vez con eso! —se quejó Ches—. Tú te merecías que yo hiciera una cosa así.

—Ajá. —Patrick se quedó callado y muy pensativo. Eso no le gustó nada a Ches.

—¡Escúpelo! —Su mejor amigo estaba a punto de darle un gancho de derecha con alguna respuesta que estaba maquinando en su mente.

Patrick cruzó la mirada con el conde y con mucha seriedad preguntó:

—¿Le compro yo una fusta a lady Amelia o le recomiendo eso mismo a Ashton? —Pum. El golpe fue de lo más certero e inesperado.

Chesterfield regresó a su asiento y se sentó tranquilamente. Miró con naturalidad a su amigo.

—Podéis hacerlo los dos, si eso os place. Pero nunca la usará sobre mí. Creí que me conocías mejor, Patrick.

—Yo también lo creí. Nunca te juzgué un insensato. Porque de todas las mujeres que habías podido secuestrar, habría pensado que esa, precisamente esa que está rodeada de un batallón de damas perversas, tal vez más de lo que eres tú mismo, sería la última con la que te atreverías a hacerlo.

—Yo no la secuestre.

—¿No te la llevaste a escondidas en mitad de su propia boda y la ocultaste en tu casa de campo?

—No. Ella huyó antes de que yo le ofreciera refugio. —Ches contestó con la misma tranquilidad con la que hablaba su amigo.

Patrick miró con intensidad al conde como si tratase de desenmascarar sus intenciones. El maldito Ches siempre le había resultado complejo de leer. Con todas las habilidades que tenía el duque de Ascot, no era capaz de adivinar lo que se proponía el conde. Tal vez la felicidad con su familia estaba mermando el instinto del antiguo marqués de Ailsa.

—¿Deshacerte de tus amantes es el primer paso para congraciarte con la que será tu

esposa? —preguntó a bocajarro.

Ches no pudo contener la risa y explotó en sonoras carcajadas. Tanto se rio que las lágrimas jocosas asomaron con presteza. Patrick permaneció inescrutable. Dejó que Chesterfield continuase hasta que se cansase de reír.

—Amigo mío, no eres ni la mitad del hombre que solías ser si eres capaz de decir semejante estupidez. Definitivamente has hecho bien en dejar a un lado las misiones en Francia. Serías pasto de cementerio... —Volvió a reír.

Patrick se levantó. Se colocó tras la silla, apoyó las manos sobre el respaldo sobre el que había estado sentado hacía un segundo y miró a Ches con atención.

—Eres carne de esposo. Si yo he sido capaz de averiguar dónde estabas y con quién, no te quepa la menor duda de que la bruja que tienes por amiga, la duquesa de Stone; la mejor amiga de esta, lady Spencer, a la que esa mujer que has mantenido a tu lado este tiempo considera su hermana, la esposa de tu padre que es mi tía, Elvina, una mujer que ha casado sin pestañear a cuatro jovencitas con sus arriesgados planes, están ahora mismo en casa de Ashton confabulando sobre la mejor manera de llevarte al altar. Cosa que te hará bien valorar rápidamente antes de que Em y su esposo decidan presentarse en tu casa para retarte a duelo. Ríe amigo mío, porque no tienes la menor oportunidad ante lo que se te avecina.

—Estás exagerando. —Ches no pensaba mostrar temor ante lo que Patrick había dicho y que sonaba a maleficio y promesa.

—¿Lo hago?

—Sí, porque nadie va a ser capaz de obligarme a hacer algo que no desee. No pienso casarme jamás. Menos lo haré con una muchacha a la que podría destruir con un simple chasqueo de dedos. Una vez, cuando te pedí que me dices la oportunidad para hacerle ver a Emma que yo podía ser un buen esposo, me preguntaste si estaba dispuesto a dejar a un lado mis apetencias íntimas. Contesté que no. Eso no ha cambiado. Dudo que ese batallón de damas a las que has nombrado con anterioridad deje que Melly quede atrapada en mis manos.

—¿Melly? —Patrick no estaba seguro de si su amigo había usado el apelativo cariñoso de la dama con la que se marchó en el día de la boda de esta. Pero como poco era curioso que Ches se refiera a una mujer de ese modo. Ches las catalogaba según sus atributos: «la mujer de pechos grandes, la mujer de boca cálida, la esposa aburrida de profunda cavidad bucal», entre otras observaciones.

—¿Acortar un nombre debe significar que estoy muerto de amor, Patrick? Te creía un poco más listo que todo eso.

—Quiero pensar que soy una persona inteligente. Dios sabe que no hice las cosas bien con Ger. Todo tuvo solución, pero perdí un tiempo precioso con la mujer a la que amo y adoro con todo mi corazón. Tú mismo viniste a mi casa a golpearme cuando tu padre te narró lo sucedido.

—Merecías aquello. Espantaste a sus pretendientes y te empeñaste en relegarla al último lugar.

—Sí, lo hice. Muy a mi pesar, así fue. —No tenía excusa posible—. Espero que cuando Ashton aparezca en tu puerta comprendas que la dama a la que robaste —puntualizó esa palabra— también tiene un hermano que la defenderá con uñas y dientes hasta las últimas consecuencias. Puesto que no voy a decir nada que pueda hacerte cambiar de opinión sobre lo que hay que hacer, nada más agregaré al respecto. —Patrick giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia la puerta de salida—. Aunque sí te diré que estaré en primera fila para verte arrodillado ante una mujer. Si no es esta, otra ocupará el lugar y te aseguro que tu futura esposa tendrá en su mano una preciosa fusta con su bonita inicial decorada en diamantes, muy parecida a la que Ger ha dejado apartada en el armario —gracias al cielo que su esposa se cansó rápido de eso—, y que tú le regalaste. Tendré la cortesía de no pedirte que me muestres tus posaderas, porque con solo verte sentar en una silla sabré si ella la ha gastado. Ten por seguro que me saltaré todas las normas sociales y convicciones y le haré ver a... Melly —arrastró el nombre a propósito— la conveniencia de que recibas tu merecido.

Sin darle tiempo a contestar, el duque de Ascot se marchó de allí satisfecho con la breve visita realizada a su buen amigo. Patrick intuía que no lo haría entrar en razón, pero al menos confiaba en darle algo sobre lo que pensar.

El duque de Ascot había estado muy interesado con la desaparición de la muchacha. Tampoco le pasó por alto la reciente ausencia de lord Chesterfield justo en el mismo instante que lady Amelia se esfumó. Se preocupó mucho al venir a la Mansión de la Perversión y que en el club nadie supiera de Ches. La preocupación de Ger por su hermano hizo que él tuviera que averiguar el paradero del conde. Enterarse de que él había ido a su finca —la cual le desagradaba porque era una donación de Gales— y que además lo había hecho en compañía de una mujer... No hizo falta que el investigador le dijera el nombre de la muchacha, porque cuando Elvina llegó a él para pedirle que no interviniese para localizar a la denominada Melly... Ahí estuvo todo

listo. Lo que no acababa de comprender era cómo Ashton no había llegado a la misma conclusión que él cuando ella desapareció sin dejar rastro. Suponía que su esposa, Em, junto con la duquesa de Stone y lady Spencer habían ejercido su magia con respecto a la cuestión.

Chesterfield estaba en un aprieto. Patrick lo sabía y no podía ayudarlo porque él no se dejaría orientar. Lo conocía demasiado como para que Ches no tratase de huir amparándose en que la estaba protegiendo de él.

Y esa era precisamente la idea que le estaba rondando la cabeza a lord Chesterfield mientras su mejor amigo salía de su despacho. El conde se levantó y se movió hacia la ventana. Londres había amanecido gris. Tan oscuro como su alma y su corazón.

Negó repetidamente para desembarazarse de ese pensamiento. Su segundo al mando entró en ese momento para salvarlo de una encrucijada que no tenía ganas de llevar a cabo.

—Milord...

—Señor Murder —lo cortó Ches sin desviar la mirada hacia el hombre— dígle a Michelle que me espere en mis aposentos. Estaré con ella en un momento. Dígle que hoy habrá fustas. —Pidió, convencido de que era lo mejor. Sí, era buena idea disfrutar de esa belleza pelirroja que tanto lo había satisfecho para olvidar las estúpidas palabras de Patrick.

—Como ordene, milord. —La respuesta de Brad fue dicha con demasiado nerviosismo. Su hombre de confianza estaba acostumbrado a oír cosas mucho más delicadas. Chesterfield se giró para ver el problema y maldijo por lo bajo.

La duquesa de Stone había llegado a la Mansión de la Perversión de muy buen humor. Ese sentimiento acababa de saltar por la ventana. Le dieron ganas de recitar uno de sus conocidos maleficios. Con él eso no funcionaría porque por lo visto ese hombre carecía de principios o de decencia moral. Sabía que iba a ser complejo que se diera cuenta de lo que su amigo necesitaba. Había estado equivocada, porque Ches no se daría por vencido por los métodos convencionales, ni por los maleficios. Había que actuar con la precisión de un doctor que tratase de amputar un miembro, porque lo que estaba en juego era la felicidad de dos personas que estaban destinadas a estar juntas.

—Veo que no estás dispuesto a perder el tiempo —habló con irritación Lisa. No lo pudo evitar.

—Y yo no comprendo el toque de reproche en tu observación. Hasta donde yo sé, soy un

hombre libre que siempre ha disfrutado de la maravillosa perversión.

—Comprendo...

—Como bien has oído, tengo planes. ¿Qué quieres, Lisa?

—Sí, seré rápida. Venía a agradecerte que hubieras cuidado tan diligentemente de Melly.

Él la miró con sorpresa. Eso sí que no se lo esperaba. Hubiera previsto recriminaciones, gritos, maldiciones, incluso algún puñetazo. Siendo como era, una mujer, bien podía asestarle un golpe, porque con la duquesa de Stone uno nunca estaba seguro de lo que ella se proponía o podía llegar a hacer. Verla tranquila y calmada, en especial después de oír lo que él había dicho a su hombre de confianza... Sospechoso.

—Muy bien. Ya lo has dicho... —estaba invitándola a marcharse con descaro.

—Hemos decidido explicar públicamente que Melly estuvo refugiada en casa de la hija de Elvina —siguió ella con su explicación—. Habremos de confiar en que la mentira no se descubra.

—Perfecto. —A él no se le ocurría otra cosa que alegar.

—No sé la magia que has obrado en ella, pero Melly ha regresado más segura de sí misma que nunca. Ashton asegurará ante la sociedad que fue él quien se negó a entregarla en matrimonio porque nunca le gustó ese pretendiente. —Era lo que Emma le iba a hacer ver a su esposo.

—Su reputación sufrirá.

—Sí, porque habrá círculos en los que no sea recibida, pero confiamos en que la protección de tres duquesas y una marquesa sea efectivo para que ella pueda localizar a un pretendiente aceptable y se case a la mayor brevedad posible.

—Ella... ¿desea casarse? —Trató de no parecer afectado o interesado en absoluto. Algo en su interior se agitó. No le gustó ese hecho.

—Sí —respondió Lisa con sencillez—. La idea ha partido de Melly. La joven opina que casarse de inmediato hará que toda especulación se evapore. Buscamos un hombre con un título de alto rango para que en caso de que algo falle, esté protegida.

—Muy bien. —El conde se levantó y se encaminó hacia la puerta.

Lisa hizo lo propio y lo siguió.

—Me alegro de verte, Ches. De nuevo tienes mi más sincera gratitud por ayudar a Melly en un momento de desesperación. Le han venido muy bien tus cuidados y consejos. Nunca la había visto tan feliz y llena de vitalidad. Es otra mujer. Todas temimos que regresase en el mismo estado en el que se marchó. Susan dijo que Melly había estado alicaída. Lo achacamos a los nervios de la boda. —Lisa suspiró—. Por suerte hicimos las averiguaciones sobre el señor Shell en cuanto Melly huyó y nos dimos cuenta de que ella había hecho lo mejor posible. ¡Está tan contenta y feliz! De verdad, esa luz que muestra en su mirada. Ese porte tan seguro... Esta nueva Amelia atraerá a toda una horda de pretendientes. Ashton se ha asegurado de que así fuese, ¿sabes...? —dejó en suspense la frase para captar la atención de Ches.

—¿Qué ha hecho su hermano?

Lisa se tragó la sonrisa que pugnaba por salir. Muy listo se creía él... ¡Pero había picado el anzuelo!

—Ha triplicado la indecente dote que ella tenía sobre su cabeza para que pueda elegir entre un variado grupo.

—Comprendo... —Imaginarla rodeada de un montón de sapos... — ¿Lisa...?

—¿Sí? —la duquesa mostró su mejor sonrisa.

—¿Debo esperar la visita de Ashton?

—Podría ser.

—¿Está... muy disgustado? —Por algún extraño motivo la idea de retarse con él a duelo no le apetecía tanto como cuando sostuvo a Melly entre sus brazos para subirla a su carruaje y marcharse a su finca campestre.

—Oh, no, no. Todo lo contrario. No me sorprendería que él viniese para estrechar tu mano.

—¿Disculpa? —graznó Ches.

Lisa le dio un amigable codazo en el pecho.

—Ya sabes que el duque siempre ha sentido una debilidad especial por su hermana. Verla aparecer con esa enorme sonrisa pidiendo disculpas y solicitando ayuda para casarse lo antes posible... Ashton la ha perdonado de inmediato cuando ella ha confesado haber estado bajo tu protección.

—¿Ella ha dicho que ha estado bajo mi protección? —inquirió con el ceño fruncido.

—Sí. Ha empleado esas mismas palabras. Ha explicado que le has hecho ver la conveniencia de buscar un buen esposo que le descubra el amor verdadero y que la provea de una feliz familia. ¡Niños! Amelia le ha dicho a Ashton que quiere tantos niños con su esposo como pueda fabricar. Su hermano no ha podido ni regañarla. El cambio que ella ha mostrado... En fin... Te dejo con tus planes. Imagino que estarás deseoso de disfrutar de esa mujer que te hará delirar de placer. Disfruta, Ches. Te lo mereces. Todos te debemos mucho. ¡Me marchó! ¡Me marchó! —repitió con gran alegría—. Esta noche vamos todos a casa de lady Spencer. Hay muchos detalles que organizar. Vamos a preparar la reentrada de Melly en el mercado matrimonial y quedan muchas cosas que llevar a cabo. Debo pasar a sobornar a la mejor modista de Londres para que Amelia estrene un precioso vestido... —Lisa se acercó a la oreja de Ches para hacerle una confidencia—. Será un poco indecente, pero confiamos en el buen humor de Ashton para que lo apruebe, ¿sabes? Adiós, querido mío. —Lisa le dio un beso en la mejilla.

El trabajo estaba hecho. La duquesa de Stone salió de la Mansión de la Perversión satisfecha. Plenamente orgullosa de sí misma. No había nada más efectivo que darle a un hombre en su orgullo.

Bien, que jugase con su amante, a ver si Chesterfield era capaz de concentrarse después de saber que la muchacha estaba perfectamente sin él. ¿Qué hombre se resistiría a estar irascible después de lo que ella había susurrado con malicia en sus orejas? Esperaba que Ches se ahogase en su propia indiferencia... ¡Hombres!

Chesterfield se deleitaba en lo que había creado. Michelle estaba pletórica. Los brazos estaban sujetos en las argollas del techo. Sus piernas anudadas con los grilletes del suelo. La había acariciado entre las piernas y ella se había mojado al instante. Tanto que suplicó ser llenada y él premió su sinceridad introduciendo un consolador de viudas de un tamaño más que

considerable. Esta vez no había hecho falta ni untarlo en aceites para que ella permitiese hundirlo hasta el interior.

Tenía la fusta en la mano dispuesto a darle lo que a la pelirroja tanto le gustaba. Michelle siempre se sentía mejor cuando él le daba tres fustigazos en cada una de sus nalgas. A él le gustaba también verlas coloreadas.

Levantó la fusta y dio el primero. No fue ni demasiado sutil, ni demasiado fuerte. La clave estaba en propinar el dolor justo para mezclarlo con el placer.

El gemido de la pelirroja le disgustó. Tanto como lo habían hecho sus gemidos previos. Incluso el tono de su voz le molestaba porque no era el adecuado. No era el de esa muchacha que lo había atormentado durante aquellas largas noches a la que había oído suspirar mientras se daba placer a sí misma.

—¿Ches? —La mujer trató de ladear su cabeza para buscarlo. Estaba completamente detrás de ella y no era capaz de verlo.

—¿Qué?

—¿Por qué has parado? ¿Va todo bien? —Cuando él llevaba a cabo este rito, la fusta bailaba en su mano de modo muy excitante. Él no interrumpía nunca la sesión hasta que ella había recibido exactamente los seis golpes de sublime combinación de dolor y placer.

Ches dejó caer la fusta al suelo. No podía seguir así. No cuando esto no le estaba divirtiendo.

—Creo que estoy cansado por el viaje. No me apetece seguir, Michelle.

—Pero yo no estoy satisfecha aún —se quejó sin dar crédito a lo que oía. ¿Él cansado? Nunca se cansaba de las perversiones. Era capaz de satisfacer a las cinco mujeres que cada noche se acostaban en su cama. ¿Qué le sucedería?

—Le diré a Brad que me sustituya si quieres terminar lo que hemos empezado.

—Tal vez pueda ayudarte con mi boca. Deja que lo intente.

—No. No lo deseo. —Él solo podía pensar en unos labios rodeando su virilidad. No eran los de la pelirroja los que deseaba tener ahí.

—¿Qué sucede, Ches? En estos años, tú nunca... ya sabes... No te has negado a nada. Eso sin contar que nos has repudiado a todas al sacarnos de tu habitación.

—Llamaré al señor Murder para que venga. Estoy seguro de que lo hará a las mil maravillas. —El conde no deseaba hablar con ella sobre lo que le ocurría porque ni él mismo lo comprendía.

—Él no eres tú, Ches.

—Tendrá que valerte si no quieres que te desate y marcharte sin recibir lo que necesitas.

La pelirroja maldijo en alto.

—De acuerdo. Dile a Brad que venga. Espero que por lo menos sea igual de bueno que tú.

—Lo es. Tal vez incluso lo disfrutes más porque él te desea desde que te vio por primera vez.

—¿Tú ya no lo haces?

Chesterfield se colocó delante de ella y la miró con ternura.

—Dije que nunca te mentaría.

—Lo recuerdo.

—No me hagas hacerte daño. —Sabía que sus amantes lo idolatraban. Era su mal. Condenado a enamorar pero jamás destinado a enamorarse.

—Sabía que este día llegaría. Todas nosotras lo sabíamos. Las cinco, de hecho.

—¿Qué sabíais? —Preguntó con sinceridad y muerto de curiosidad.

—Que una mujer te apartaría de nosotras.

Chesterfield no dijo nada al respecto. Se alejó del lugar y llamó a su hombre para que hiciera lo que él no había podido llevar a cabo. La mirada del señor Murder se encendió de tal modo que estaba seguro de que si Ches le decía que a cambio él tenía que trabajar sin cobrar sus honorarios durante un lustro, el hombre accedería sin pestañear.

Se encerró en su despacho. El decantador de brandy pronto quedó vacío. ¿Qué le estaba

pasando? ¿Desde cuándo él dejaba a medias ese ritual que tanto le gustaba?

No podía ser por ella. Chesterfield se negaba a creer que esa muchacha se hubiera podido meter tan adentro en su piel. Era del todo imposible que él sintiera algo por ella. Él no tenía sentimientos más allá de la lujuria.

Chesterfield debía admitir que cuando se la llevó del lado de su hermano, la venganza lo cegaba. Haber visto a Emma tan feliz junto a Ashton le hizo desear haber sido él mismo junto a su esposa. El maldito duque se había interpuesto en su camino y él merecía la revancha.

Amelia. Melly. La dama fue toda una sorpresa. Joven, pero llena de ingenio y humor. Ella lo divertía. Con sus burlas, por no tenerle miedo... Melly se había ganado su respeto. No todas las damas, y menos una de poco más de veinte años, se sentiría cómoda con un hombre de su reputación. La hermana del maldito Ashton, no solo se había sentido cómoda en su presencia, sino que le había hablado con sinceridad cuando le confió lo que le afligía con respecto al señor Shell. Un sapo que no la merecía.

Habían compartido una rutina tan habitual, tan tranquila... Todo era extraño. Muy extraño.

Saber que ella podía ser tan sensual a la hora de experimentar su propio placer... Luego había sucedido aquello con su preciosa boca. Lo lamió y besó con maestría y tragó lo que él le ordenó. No hizo ascos ni hubo arcadas. No todas las mujeres podían tolerar esa manía suya que tanto necesitaba. No en vano era un hombre que se cuidaba muy bien de no embarazarse a ninguna de sus amantes y la mejor forma de remediarlo era terminar de experimentar el éxtasis en ese precioso lugar que tanto placer le proporcionaba.

Nunca había dependido de una mujer para poder disfrutar de sus excentricidades. Melly. Ella lo llamaba a gritos. Más, desde que la bruja de Lisa había dicho que la joven estaba de un humor excelente y que incluso pretendía buscar a un buen esposo lo antes posible. Conociendo a la duquesa de Stone, eso podía ser un tremendo embuste con la única finalidad de molestarlo.

Enumeró diez impropiedades seguidas, tal y como había hecho Amelia cuando aquella piedra la hizo caer al suelo. La maldita Lisa lo había conseguido. Él necesitaba verla para comprobar cuánta verdad había en lo dicho. Un baile en casa de los marqueses de Spencer. Él iba a asistir, para ver aquello con sus propios ojos.

No lo entendían. Sus amigos no entendían que él no podía arriesgarse a destruir el espíritu de Melly. Shell la habría roto, pero él la rompería en mil pedazos si aceptaba ese amor

tan desinteresado que ella le había ofrecido. ¡La estaba protegiendo de un destino peor que el que hubiera albergado con Shell! Emma era más fuerte y Patrick le hizo ver que ella no podría complacerlo.

No era que la amase, porque eso resultaba imposible. Más para una persona que nunca había sentido amor. Creyó haberlo experimentado de la mano de la primera esposa de Gales, pero era demasiado pequeño para recordar qué fue aquello. Linda, la única madre que conoció y ella se marchó para dejarlo solo. Asustado y vacío. No. No volvería a conferir ese poder sobre otra mujer, no mientras él tuviera algo que decir al respecto sobre ese hecho.

No se lo podía creer. Había dejado plantada a la pelirroja. Una diosa perfecta que lo había complacido como ninguna otra había hecho antes. En su mente solo estaba Melly. Tenía que ser porque no se había acostado con ella. No había otra explicación plausible.

Solo si él pudiera disfrutar de ella una vez... Y creía que no iba a poder contentarse solo con su boca. Deseaba poseerla en todos sus orificios. Sí, en todos y cada uno. Chesterfield necesitaba marcarla a fuego. Con todo su ser, deseaba que ella no fuera capaz de olvidarse de él con tanta facilidad. Vanidad y orgullo.

Amor. Ella había susurrado su amor por él y al minuto siguiente estaba pensando en cazar a un esposo adecuado. Bien. Él le haría ver que no era tan fácil olvidarlo como ella pretendía. Era un pensamiento egoísta... Él era el rey de los egoístas también.

Chesterfield salió de su despacho y pidió que le preparasen un baño caliente. Su ayuda de cámara le preparó también un traje formal y se dispuso a ir a ver a esa pequeña arpía a fin de comprobar la veracidad de las afirmaciones de la bruja de Lisa.

Capítulo 6

Una propuesta indecorosa

No pudo haber sido de otra manera. En cuanto los invitados de lord y lady Spencer oyeron el nombre del hombre al que se había anunciado, la música se paró y todos enfocaron los ojos para examinarlo. Había optado por un traje de gala en colores oscuros con un chaleco dorado. Hacía mucho que no usaba un atuendo formal. Lo habitual era ir desnudo o en mangas de camisa. Chesterfield sospechaba que en caso de haberse presentado en uno de dichos estados, la sociedad se hubiera escandalizado... De hecho estaba perfectamente vestido y esperaba que alguna dama se desmayase si pasaba por su lado.

Mientras Chesterfield buscaba entre los asistentes. Dos parejas discutían el mejor parecer para actuar.

—Tom, hemos de subir a dar la bienvenida a Chesterfield —sugirió la duquesa de Stone a su esposo. La duquesa sabía que una situación así podría darse, pero de todos modos, era su amigo, era un conde, hijo de un duque y tarde o temprano tendría que ocupar su lugar en sociedad. Era un hombre con una reputación en ruinas, pero era un hombre, al fin y al cabo. Eso indicaba que a Ches la buena sociedad le perdonaría todas sus imperfecciones más pronto que tarde.

—¿Por qué tenemos que hacer algo así tú y yo? —se quejó el duque de Stone.

—Porque es nuestro amigo.

—No, es tu amigo. No el mío —puntualizó el duque molesto.

—¡Vaya! Esto es del todo una novedad, porque te has pasado los últimos años tratando

de que yo negase mi amistad con él.

—Nunca me ha gustado verlo cerca de ti.

—Te expliqué en su momento que no era mi amante. Nunca lo ha sido y nunca lo será, porque tengo todo lo que quiero. Tú y mis hijos sois lo más importante. Por favor, Stone, él me necesita. Ayudémoslo.

—No puedes socorrer a un hombre que no desea ser salvado —le recordó el duque a su amada.

—Por favor. —Stone estuvo perdido ahí. Si Lisa le pedía algo, no podía negárselo, y menos cuando ella no había presentado batalla.

Ambos se encaminaron hacia el recién llegado.

No fueron los únicos que supieron que debían hacer algo respecto a la intrusión del nuevo invitado. Los duques de Ascot lo vieron en la entrada principal y se prepararon para recibirlo también.

—No creí que viviría lo suficiente para ver a tu hermano llegar a un baile en el que todas las damas estuviesen vestidas con decoro. Es más, pensé en su momento que si él acudía a un evento como este, lo haría desnudo o sin los pantalones puestos —expuso con sinceridad Patrick a su mujer. Ascot no daba crédito a lo que veían sus ojos.

La duquesa de Ascot le dio una mirada reprobatoria a su esposo al tiempo que le decía:

—Mi amor, Chesterfield es muy capaz de comportarse con decoro y elegancia. Ha acudido a muchas fiestas en tu casa, cuando tu tía Elvina era la anfitriona, y nunca ha dado un espectáculo.

Patrick levantó una ceja.

—¿No recuerdas aquella mañana que lo encontramos en medio del jardín desnudo lavándose la cara en la fuente?

Su esposa levantó la mano para restar importancia a aquel recuerdo.

—En esa fiesta se sirvió un exceso de champán. Fue una suerte que ningún otro caballero acabase en aquellas mismas circunstancias.

—Lo que fue una suerte es que tú lo encontrases antes de que lo hiciera mi prima Valerie o su amiga Lena. ¿Tampoco recuerdas aquella vez que él se presentó con una nueva amante y la dama acabó mostrando sus pechos en medio de la fiesta?

Ger volvió a quitar importancia a las palabras de su esposo.

—Ahí también se sirvió demasiado champán. La mujer no tuvo la culpa de que las copas desfilasen sin parar por delante de ella, y tampoco fue culpable de que hiciera tanto calor y solo hubiera eso para refrescarse. Fue una suerte que a ninguna otra dama le diese por soltarse el corsé.

—¿Lo vas a defender de todas las fechorías que yo le pueda achacar? —Preguntó un poco celoso de ver que su esposa tenía tanta buena fe para con Ches.

La duquesa de Ascot le ofreció una brillante sonrisa.

—Siempre. Es mi hermano. Mi único hermano. La persona que siempre me ha cuidado.

—¡Eeeh! ¿Y qué pasa conmigo? Yo te cuido con suma devoción.

—Amor mío, te encuentro delicioso cuando te celas, pero nunca te compares con Ches. Os amo a los dos.

—¿No a mí más que a él? —preguntó perplejo.

—Son amores diferentes. Patrick, eres el hombre de mi vida. Él es el hermano de mi vida. ¿Acaso negarás que tú no amas a tu prima Valerie con fuerza? —Patrick asintió comprendiendo lo que ella trataba de explicarle.

—Vayamos en su busca. Debemos arroparlo.

Patrick cogió el brazo de Ger para ir donde permanecía impasible el libertino más temido de todo el reino.

Lord Chesterfield se sintió del todo estúpido por haber acudido a un evento social que no implicase la realización de una orgía. Bufó y a punto estuvo de echar a todo el mundo del lugar... Gracias al cielo que no lo hizo, porque justo a tiempo recordó que no era su casa y que no era una de las fiestas de su club. Tan habituado estaba a ser el centro de su universo de perversión, que estar fuera de su hábitat natural era toda una contrariedad para el conde de Chesterfield.

Por fin divisó una cara amiga entre la multitud. Melly. Estaba enfundada en una muselina rosa que se ajustaba perfectamente a su cuerpo y llevaba unas bonitas perlas blancas. Su pelo rubio figuraba recogido en un moño desordenado que dejaba fuera unos pocos mechones que él se moría por colocar detrás de su oreja.

Con la vista fija en su objetivo, el conde comenzó a bajar las escaleras. Una pareja se interpuso en su camino. El duque de Ascot y su hermana Ger llegaban en ese momento hasta él para introducirlo en sociedad. No fueron los únicos que salieron en defensa del libertino. Al mismo tiempo llegaron los duques de Stone.

A Chesterfield no le quedó otra opción que quedarse junto a esas parejas. Pero eso no le impidió tener sus ojos puestos en esa preciosa jovencita que no lo había mirado ni una sola vez.

Le sirvieron una limonada. ¡Una limonada! Casi escupió el contenido cuando llegó a sus labios...

—¿Cómo se siente regresar de entre los muertos para volver a introducirse en la buena sociedad? —se burló Patrick de él. Ger fue la única del grupo de las cinco personas que permanecían cerca de la mesa de los refrigerios, que no se rio de la mofa de su esposo. Ches no se molestó por lo dicho. Agitó los hombros.

—Esto no es tan diferente de lo que sucede en la Mansión. Cambian los vestidos, pero lo demás es lo mismo.

—¿Lo es? —Inquirió Stone sin creer lo que señalaba Chesterfield.

—Sí. Aquí no verás a nadie fornicar. No al menos de la forma habitual, es decir sin censura y por los rincones del salón. Stone, si pudieras navegar por los pensamientos íntimos de los aquí presentes, te darías cuenta de que todos están haciendo obscenidades mucho peores que las que harían en mi club.

—No puedes saber eso —añadió el duque de Stone.

—Sí —afirmó Ches—. Fíjate en esa pareja de jóvenes que bailan tan sutilmente. Ese muchacho ha bajado la mirada sobre el pecho de su pareja, tres veces desde que los he visto bailar. En su mente él tiene ese seno acunado entre su labio superior y su lengua. Esa mujer de ahí —señaló a una dama más madura— ha mirado a ese joven que tiene junto a la que presumo será una hija o un familiar allegado, con glotonería siete veces. Apuesto mi fortuna a que la mujer está soñando con enseñarle al muchacho unos cuantos secretos que ella ha descubierto en

la alcoba. En mi mansión todo es más natural que aquí, porque allí no se esconde nada bajo la hipocresía y las buenas maneras.

—Ches, no todo es seducción o indecencia —lo regañó su hermana.

—Lo es, Ger. Un hombre que está junto a una mujer solo es capaz de pensar en cómo será bajo la ropa. Una mujer que se halle junto a un hombre, únicamente puede pensar en que él le descubra el mundo secreto de la intimidad. Es natural y del todo correcto que ambos sexos se busquen y deseen.

Lisa explotó en sonoras carcajadas.

—¿De qué te ríes, bruja? —preguntó Ches, molesto por la mirada con la que ella lo había sondeado desde que lo había visto en lo alto de la escalera.

—Chesterfield... —El susurro de su nombre fue dicho por el duque de Stone a modo de advertencia. A lo largo de los años había tenido que sufrir en sus carnes esa extraña amistad entre su esposa y el conde, pero no consentiría tal falta de respeto o familiaridad entre ellos. Nunca.

Lisa sujetó a su esposo por el brazo de modo muy tierno para calmar su ánimo. La bestia se relajó.

—¿Qué me dices de esa bonita pareja que baila el vals embelesada? —La duquesa de Stone señaló con el dedo a Melly, quien precisamente estaba rodando por la pista con una pirueta llevada a cabo por un apuesto caballero—. ¿El muchacho también le está haciendo el amor indecorosamente a nuestra lady Amelia?

La mirada que Chesterfield le ofreció hubiera dejado congelado a cualquiera en su lugar. No a la duquesa de Stone. Lisa estalló en carcajadas.

—¡Estás celoso! —exclamó Patrick sin creer lo que veía.

El duque de Stone dio un paso al frente para examinar mejor a la muchacha y la reacción que había causado en el libertino. Stone comenzó a reírse a gusto:

—Ha valido la pena vivir para que llegase este día. ¡Dios santo! —El duque de Stone miró al cielo con gesto dramático—. Esto es un milagro. Chesterfield prendado de una damita... Nada más termine el baile voy a solicitarle por lo menos tres piezas. He tenido que esperar muchos años, pero al fin voy a darte tu propia medicina. Pienso convertirme en su mejor amigo, con el único fin de atormentarte. Oh, sí... —Y Stone volvió a reír mientras Chesterfield

permanecía imperturbable sin poder decir nada al respecto. ¡Maldita Lisa!

—¡Stone! —Se quejó su esposa con disgusto.

—¿Qué? —preguntó el aludido inocentemente.

—Tú estás casado. Yo soy tu esposa. Estás hablando de bailar con una preciosa joven y convertirte en su mejor amigo, y lo estás haciendo delante de la mujer que puede dejar de satisfacer tus necesidades íntimas.

—Valdrá la pena, mujer... —El duque llevaba demasiado tiempo con ganas de vengarse de Ches, y ya de paso de su mujer. ¡Lisa no entendía que las mujeres no debían ser amigas de otros hombres, menos como Chesterfield!

—¡Stone! —Lisa dio un fuerte pisotón sobre el suelo y se marchó de allí. Su esposo comenzó a caminar raudo detrás de ella. ¿Desde cuándo Lisa era tan susceptible? Él tomó nota de ofrecerle de vez en cuando un poco de su medicina. ¿A qué hombre le gustaba que lo dejaran relegado en su casa porque su esposa tuviera que salir corriendo para ayudar a otro? A él desde luego no. Por muy loable que fueran las intenciones de su esposa por Ches, Stone era un hombre muy celoso y posesivo... Ello sin contar que siempre se sintió inseguro por la relación que mantenían Lisa y el conde.

Patrick miró a la pareja y se sonrió.

—¿De qué te ríes, Patrick? —preguntó Ger.

—Esa bruja nunca me cayó en gracia —se sinceró el duque de Ascot—. Cuando tu hermano la puso en tu camino y la nombró tu institutriz...

—¡Aquello fue muy breve! La duquesa es una gran mujer. De ella aprendí mucho.

Patrick suspiró.

—Lo sé. Debo admitir que es una persona muy especial. Tener comiendo de su mano a un bruto como Stone...

—Bien... Entonces yo debo ser una gran mujer, porque tengo bailando alrededor de mi meñique a un arrogante aún más bruto que Stone. —Ger levantó una ceja para retarlo a desmentirlo.

—Un beso en tu oreja es lo único que necesito para que tú supliques por mi toque, esposa... —Él tuvo que defender su orgullo masculino, pues lord Chesterfield lo examinaba con curiosidad.

La duquesa de Ascot dio otro pisotón en el suelo y se marchó del lugar ofendida.

—Eso va a costarte muy caro, amigo mío —le advirtió Ches—. ¿No vas a buscarla?

—Iré luego —dijo resignado—. Haga lo que haga ella va a sacar esa maldita fusta esta noche.

—Nunca lo entendí, Patrick. ¿Cómo permites que una mujer te doble en el lecho?

El duque le sonrió.

—Eso es lo que ella cree que hace.

—¿Disculpa?

—Mi esposa nunca me niega nada porque yo tampoco le niego sus súplicas. Deberías probar a ser uno solo en el lecho. Es más divertido cuando dos personas están en el mismo punto, al mismo tiempo. La compenetración entre nosotros es excelente. Yo nunca haré nada que a mi esposa le disguste. Ella no hace nada que a mí me moleste. Entre una esposa y un esposo puede haber la misma perversión y delicia que entre dos amantes.

—Ella usa una fusta sobre ti —hubo de recordarle el conde.

—Ella agita una vara que no me hace daño.

—Yo agito una fusta y tampoco hago daño —apostilló Ches.

—Exacto. A Ger le gusta sentirse poderosa. A mí me encanta que ella se vea así. Si precisamente tú, no comprendes algo tan básico como la complacencia entre dos amantes...

—El lecho no tiene secretos para mí —recalcó con orgullo incuestionable.

Patrick suspiró. No iba a sacar nada de él.

—¿Qué vas a hacer con ella? —No hizo falta que Patrick explicase a quien se refería, porque Ches la seguía con la mirada.

—¿Cargarla sobre mi hombro y robarla, sería demasiado para mi primera inclusión en

sociedad como conde de Chesterfield y no como el Rey de la Perversión? —preguntó irónicamente.

—Si tus intenciones son serias, podrías hacerlo. Después de los dos años, que son los que estaréis reclusos en tu finca de campo como lord y lady Chesterfield, nadie recordará el escándalo y podréis regresar perfectamente saciados el uno del otro. —Patrick lo haría si fuese el caso. De hecho, a él no le tembló el pulso a la hora de hacer cosas peores para conseguir a su esposa.

Chesterfield se carcajeó en la cara de su amigo. Patrick resopló. Había tenido la esperanza de que su amigo...

—¿Quién ha hablado aquí de casarse? ¿Desde cuándo es necesario que medie un casamiento para disfrutar de la mujer con la que se sueña?

Patrick dejó de mirar la pista de baile y enfocó su mirada con la de Ches.

—El matrimonio debe mediar desde el mismo momento en el que se sueña con poseer a una mujer con la intensidad que tú lo haces. Es la norma social, más si es la hija natural de un duque y hermana de otro.

Patrick no le dio opción a contestar. Se marchó del lugar para localizar a su esposa. Con un poco de suerte podría llevársela de la fiesta y poder disfrutar de ella en la intimidad de su alcoba.

Melly había sentido su presencia incluso antes de que el salón de los marqueses de Spencer se quedase en silencio. De igual modo, había sentido su mirada sobre su persona desde que sir Damian se había presentado ante ella para solicitarle un baile.

La duquesa de Stone le había asegurado que Ches estaría esa noche ahí y que ella no debía hacer caso de su presencia. ¡Eso era muy difícil! Más si ese hombre se sentía como un león que saltaría sobre su presa a la menor oportunidad. Él era imprevisible y tenía miedo de protagonizar un escándalo mayúsculo. Nadie se había enterado de su desaparición. Si alguien descubriese que había estado residiendo bajo el techo de Ches sin carabina... Bueno, incluso si

hubiera habido un ejército de carabinas con ellos, Melly hubiera caído en la ruina de igual modo, porque él era él y ella lo deseaba.

Lo había visto de soslayo y él parecía todo un lord apuesto, gentil y caballeroso. No había ni rastro del pícaro.

Cuando apareció, Melly había observado la reacción de su hermano. Oliver había sostenido con firmeza el brazo de su esposa. Si el duque de Ashton supiera que el libertino no venía a por Emma, sino a por ella... porque estaba en la fiesta por su causa, ¿no?

Con Chesterfield no sabía cómo serían las cosas. En su casa de campo habían estado peleando y al minuto conversando como amigos. No, amigos no. A él le disgustaba que ella dijese que habían desarrollado un lazo de amistad.

—¿Está bien, lady Amelia? —preguntó su pareja de baile al sentirla tan rígida.

—Desde luego, sir Damian. —Melly le ofreció una sonrisa cautivadora y se estrechó más en sus brazos.

Esperaba que las recomendaciones de la duquesa de Stone diesen sus frutos, porque se sentía del todo una traidora a los sentimientos que habían despertado por Ches.

El joven respondió a la muestra de ella con otra sonrisa y le ofreció una discreta caricia en su espalda para hacerle ver a la dama que el interés era mutuo.

—¿Le gustaría salir a tomar el aire, lady Amelia?

—No creo que sea correcto, sir.

—No, no sería apropiado. ¿Puedo sugerir hacerle una visita mañana en su casa, milady?

—Sería encantador. —Ella le sonrió. Juraría que había oído un rugido proviniendo de alguna parte del salón de baile...

La pareja siguió con su conversación coqueta sin ser consciente de que un hombre que echaba humo por las orejas había dado dos pasos en su dirección. Chesterfield no podía soportar más ese espectáculo que ella estaba ofreciendo. Los dos habían bailado en su casa. Ella se había resistido a apretarse contra él y él hubo de hacer mucho empeño para que Melly se recostase en su torso. ¡Ella no podía hacer eso con ningún otro! No con tanta facilidad. Lo mínimo sería que opusiera tanta resistencia como le había ofrecido a él. Que ese muchacho fuese más joven que él

y más apuesto le traía sin cuidado. ¡Melly no podía arriesgarse a ponerse en entredicho! Si ella quería comprometer su reputación, lo haría con él, y con nadie más.

Una figura femenina se cruzó de nuevo en su camino para frenar su avance hasta la pareja.

—Lisa, harás bien en volver junto a tu duque. No es un buen momento para molestarme con tus tonterías —le habló con voz cortante. Ella no se amedrentó.

—No es un buen momento para que tú hagas algo de lo que vas a arrepentirte. Interrumpe ese baile, y yo misma te retaré a duelo por comprometer la reputación de ella.

—No soy yo el que está poniendo a prueba el decoro. Si no intervengo, ella hará un escándalo de sí misma —trató de defenderse el conde. Él volvió a iniciar el paso y Lisa colocó su mano en su pecho para frenarlo.

—Ches, es tu primera aparición. Si intervienes, como has dicho, dejarás bien claro el motivo por el que estás aquí. La condenarás en un abrir y cerrar de ojos.

—No voy ni a tocarla. Solo los separaré. —Ches volvió a tratar de avanzar. La duquesa se interpuso otra vez.

—Tu reputación lo hará. La condenará. Muestra tu interés abiertamente y verás cómo siguen vuestros pasos y se descubre que ella ha estado residiendo en tu casa. Ni tú eres tan canalla como para hacerle eso a una muchacha tan buena como ella.

Chesterfield bajó la mirada y dejó caer los ojos en los de Lisa.

—Tengo que hablar con ella.

—No creo que debas.

—Tú eliges. O hablo con ella o la robo de nuevo.

Los dos se midieron las miradas en una muda batalla.

—¿Podrás sacarla de aquí sin que tu padre, Stone, Spencer, Ashton y el mismo Patrick lo impidan? —la retó ella.

—Tanto me importa. La habré tocado y a ojos de todos estará condenada.

—Sí eres un canalla, sí —dijo más para ella que para él—. No creí que fueras así. No tú, que estuviste a mi lado cuando Stone me abandonó aquella noche a mi suerte. ¿Dónde está el hombre que admiro y al que defiendo con todas mis fuerzas? Si ese hombre digno está ahí, es hora de que salga y haga una propuesta honorable.

—No voy a ofrecer más explicaciones. Mis asuntos con Melly son nuestros. Debo hablar con ella.

—¿Con qué motivo?

—No es de tu incumbencia. De una manera u otra voy a hablar con ella. Tú verás si será por las buenas o por las malas.

—Su hermano la vigila. A ella y a su esposa. Tu presencia ha hecho que Ashton esté muy pendiente de Melly. No veo cómo puedo organizar una cita clandestina esta noche, Ches.

—Eres una poderosa cailleach y más que eso, una mujer inteligente. Algo se te ocurrirá. Si mal no recuerdo, dijiste que Ashton me tendería la mano. —Él levantó una ceja para ver si ella había sido honesta.

—Una cosa es estar agradecido porque Melly haya estado sana y salva y regrese con aires renovados, y otra muy diferente propiciar una reunión con toda la alta sociedad alrededor. —Ella trató de ser convincente y apelar a su buen criterio como caballero.

—Tú lo has querido, bruja. —Ches dio un paso.

—Lo haré —tuvo que claudicar Lisa—. Ve a la entrada y espérala en el despacho de lord Spencer. Trataré de entretener a Ashton. No te demores y, por amor de Dios, no hagas ninguna tontería.

—¿Como las que tú hiciste con Stone en tu juventud? —rebatía él haciendo que ella se sonrojase.

—Entonces trata de no hacerle el mismo daño que él me hizo a mí en su momento —le aconsejó con humildad. Él sintió que había perdido la batalla con la reflexión que Lisa había lanzado.

Chesterfield se marchó hacia el lugar donde Lisa le había dicho. Mientras, la duquesa se encaminó hacia la pareja y cuando vio que el muchacho se retiraba, fue cuando abordó a Melly.

—Te está esperando en el despacho de lord Spencer —le dijo solo para sus oídos.

—Me aconsejaste que no hablase con él. Dijiste que ni se me ocurriese mirarlo.

—Y lo has hecho perfectamente bien. Debemos hacerle creer que esto es una extorsión. Ches piensa que tú no quieres verlo ni mucho menos hablar con él. Es bueno que una mujer no se muestre tan predispuesta a los deseos de un hombre, más cuando es uno como el que tenemos aquí. Recuerda que el conde está acostumbrado a ordenar y que sus pedidos sean atendidos al momento.

—Lisa, no es buena idea que esté a solas con él. —Ella era débil. Lo deseaba, lo amaba. No se veía con fuerzas para enfrentarlo.

—Trata de recordar que él ha vuelto a Londres y lo primero que ha hecho es encamarse con una mujer...

—¿Disculpa? —Ese detalle tan importante nunca antes había sido dicho.

—¿No te lo había contado? —inquirió falsamente sorprendida Lisa.

—No. No lo habías hecho. En caso de haberlo sabido, hubiera accedido a salir a la oscuridad del jardín con sir Damian. —Estaba muy dolida con Ches. Ella había significado tan poco para él que ya había tenido a una mujer para acostarse en su lecho...

—Esa es la actitud que debes mantener.

—No me gusta este juego, Lisa. Yo... ¿Y si me olvido de él y busco un hombre con el que pueda casarme?

Lisa la comprendía. Sufrir por amor... y además a manos de esos tercos hombres que las rodeaban...

—Podrías hacerlo. Si no es sir Damian, puede ser otro. Vamos a ayudarte decidas lo que decidas. —Lisa le habló con sinceridad.

—¿Y si no puedo hacer que él me ame? ¿Qué será de mí si dejo que Ches me hunda?

—No lo sé, Melly. No debo decidir por ti. Te ayudaré en cuanto pueda. Todas lo haremos porque te queremos y también lo valoramos a él. Hay un buen hombre bajo toda esa condescendencia y arrogancia. ¿Estás dispuesta a ver dónde te lleva esta lucha?

—No tengo otra opción. Me he enamorado de él —respondió resignada.

—Ve ahora. Emma ha sacado a Ashton a bailar. ¡Vamos!

Melly se escabulló de allí con el corazón bombeando con fuerza. Estaba nerviosa. Hacía pocas horas que se habían separado y se sentían como años. Bueno... más para ella que para él, porque por lo visto, lo primero que había hecho Ches fue darse un festín con una mujer. Eso le dio fuerza para presentarse ante él en una actitud belicosa.

Entró y dejó la puerta abierta. Lo vio de pie observando la pequeña biblioteca que había en el despacho. Chesterfield se movió rápido y cerró con llave la estancia. Ella se negó a entrar en pánico, pese a que estaba muy nerviosa.

—Es una noche encantadora —habló él primero. Lo sentía a su espalda. Ella se negó a girarse.

—¿Qué hago aquí? —Ella no iba a andarse por las ramas.

—Ha sido del todo un baile... apasionado. ¿Verte sujeta por los fuertes brazos de un hombre te ha puesto húmeda? ¿Si hurgo entre tus piernas veré el resultado de esa danza tan inapropiada que has compartido con un hombre, que te ha hecho el amor con la mirada una docena de veces?

Melly hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no darle un bofetón.

Ella decidió quedarse callada. Chesterfield se acercó por detrás y le susurró al oído:

—No es malo desear que un hombre te toque. Que te humedezca entre las piernas. Sentir deseo es natural. ¿Sigues divirtiéndote por las noches? ¿Será ese muchacho quien me sustituya en tus fantasías, Melly?

—Tú nunca has sido objeto de mis caricias secretas. —Mintió. Quería hacerle daño.

—No me sorprendería. Viendo tu inconstancia...

—¿Disculpa?

—Declaraste tu amor por mí esta misma mañana. Hoy por la noche ya andas buscando un esposo adecuado. De haber sabido la clase de mujer que tuve junto a mi alcoba, no me hubiese contenido una estúpida promesa hecha en un momento de pura lujuria, querida mía.

Melly se giró para verlo de frente. Su rostro era impasible. No había emoción alguna.

—Tú, has regresado a la ciudad y lo primero que has hecho es concederte una amante.
—Aquí podían acusarse los dos.

Chesterfield sonrió de lado. A la bruja le había faltado tiempo para esparcir el chisme.

—¿Y si te dijera que deseé que ella fueras tú? La tuve dispuesta, bellamente atada y lista para fustigarla y únicamente deseaba que tú ocupases su lugar —confesó sin rubor.

Melly trató de controlar la sorpresa de su confesión.

—Te invitaría a regresar a su cama —trató de mostrarse de igual modo que él: indiferente.

—Lisa te ha aleccionado bien. Veo en ti su toque —adivinó él. Melly no había sido nunca tan cerrada como lo estaba siendo ahora mismo. La duquesa de Stone había tratado de cambiar su actitud.

—Agradezco que mis amigos se preocupen por mí y me guíen en mi camino.

Ches se acercó a ella y Melly sintió el aliento en su nariz. Olía a limonada... ¿Él olía a limonada?

—Te deseo. No pienso descansar hasta que te haga mía.

—La venganza fue satisfecha, milord.

—Esto es orgullo. No venganza. No deseo a otra mujer más que a ti. Yo siempre consigo lo que busco.

—¿Se supone que es ahora cuando debo echarme a sus brazos y dar gracias a Dios por la oportunidad que se me ofrece, milord?

—¿Quieres que lo averigüemos? —la retó.

—Confesé mi amor. No sé cómo, no sé cuándo, pero has logrado un imposible.

—¿Cómo he hecho eso? —preguntó con humor.

—Yo te detestaba tanto o más que mi hermano y Emma juntos. Siempre pensé que eras un hombre diabólico. Me juré que no sucumbiría a tu encanto, a tus promesas licenciosas.

Terminé ofreciéndote dos intimidades, a cada cuál más indecente que la anterior. Prometí que no volvería a entregar mi corazón a otro hombre como Shell.

—Yo no soy como Shell.

—¿No?

—No, porque ese hombre no podía pensar en acorralarte contra la pared, subir tu pierna en su hombro, rasgar tu ropa interior por completo y hundir su lengua para descubrirete un éxtasis más embriagador que el que te dará tu mano por las noches.

Ches la vio tragar saliva con fuerza y se felicitó. Melly estaba ruborizada. Excitada por sus palabras. Solo tenía que rozar sus labios y caería.

—¿Y luego qué, Ches? —quiso averiguar cuando recuperó la voz.

—Sé mi amante. Solo dame la oportunidad de demostrarte que lo haré valer la pena. Te aseguro que no te defraudaré.

No le dio opción a añadir palabra alguna a esta proposición tan indecorosa. La boca de él bajó sobre los labios de ella con la precisión exacta. Melly hizo lo que haría cualquier mujer enamorada: cerrar los ojos y dejarse besar por el hombre al que amaba.

Las dos lenguas pronto estuvieron tocándose con maestría. Por supuesto, Melly llegó hasta la pared a la que él había hecho mención. Lord Chesterfield sacó los pechos de ella con suma facilidad.

—Desde que te he visto no he podido parar de maldecir a la modista que te ha provisto de ese maldito vestido. Todos han admirado tus senos, yo soy el que los va a poder lamer —observó mientras los amasaba con gracia. La lengua se enroscó en el pezón izquierdo y ella comenzó a gemir. Ches jugueteó con su compañero con la ayuda de sus dedos. Lo apretó haciendo que ella echase la cabeza hacia atrás para disfrutar de esas sensaciones. Las manos de Melly jugaban con el cabello de Ches mientras la operación se sucedía.

Pasados los minutos necesarios para que Ches los venerase como ellos merecían, se colocó de rodillas y rasgó sus enaguas. Su pierna izquierda colgó por su hombro derecho. Su sexo apareció húmedo ante sus ojos. Se le hizo la boca agua al ver ese nido de rizos tan bello. Al fin iba a poder tocar entre sus pliegos. De una vez por todas bebería de la fuente de su placer, para hacerla gritar como deseó haberlo hecho en el momento en el que la enseñó a

autocomplacerse.

Cuando un dedo de él se hundió en su interior, Melly creyó que moriría de gusto. En el momento en que la lengua masculina se apoyó en su perla, ella deseó quedarse así para siempre.

La experta lengua de Ches no necesitaba más que guiarse por los gemidos de ella para saber que su labor estaba siendo del todo fructífera. El gozo era muy difícil de soportar. Tanto, que Melly no tardó en gritar su liberación.

Chesterfield sintió su pecho hincharse de orgullo. Ella había descargado su placer sobre su lengua. No había en este mundo nada comparable a saborear el resto de esa ambrosía con la que se alimentaría a cada momento. Ella sabía tan dulce que lo enloquecía. Ninguna mujer se mostraba tan moldeable entre sus manos. Ella era sencillamente gloriosa en su pasión y sus placeres.

Cuando se despegó de ella, tuvo que sujetarla por la cintura para que sus rodillas no cedieran y terminase en el suelo.

La aupó en sus brazos y la depositó sobre el escritorio del marqués. Llevó sus manos hasta la presilla de sus pantalones y liberó su miembro.

—No había pensado que fuera sí, pero necesito hundirme en ti.

—Lo sé. —La joven sentía lo mismo. Lo ansiaba en su interior, siendo parte de ella.

Él se acercó a ella con una única intención. Melly cerró sus piernas ante su primer contacto.

—¿Melly? —preguntó sin comprender la reacción de ella.

—Deseo casarme.

—Me ha quedado claro esta noche. Te he visto coqueteando con al menos tres caballeros. Sin contar al que te ha sacado a bailar —adujo enfadado y frustrado.

—¿Qué deseas, Ches? ¿Dime lo que quieres de mí? —Melly apoyó su mano sobre su pecho y lo miró a los ojos.

—Hacerte el amor.

—¿Y luego?

—Volveré a llevarte al cielo.

—¿Y cuando te canses de mí, me regalarás un bonito collar de zafiros?

—Melly, eso tardará mucho en llegar —fue sincero a medias.

—Deseo casarme —repitió ella.

—Deseo una amante. Te deseo a ti, aquí y ahora. Meeeelly —su nombre sonó a súplica.

Ella negó repetidamente con la cabeza al tiempo que suspiraba. Había dejado llegar demasiado lejos las cosas. La duquesa de Stone le avisó que debía mantenerse fría y había fallado estrepitosamente. Si no lo frenaba, él tomaría su inocencia y ella no podría encontrar un esposo si perdía su virtud. Él la había corrompido, pero no le había entregado más que su amor. No le daría esa parte de su cuerpo que él deseaba poseer.

Melly lo empujó con delicadeza y se puso de pie.

—Ve con otra mujer, Ches. Yo no tengo más que amor y devoción que ofrecerte. Si tú no los quieres, otro los valorará.

—No puedo darte lo que pides —dijo con pesar desde el lugar en el que estaba.

—¿No? Dime tus motivos.

—Tú necesitas amor, una familia, un hombre que te corresponda. No soy así. Si te engañase, si jurase mi amor, solo te haría sufrir. Prometí ser sincero contigo siempre. No soy lo que necesitas.

—Pero eso no te impide desearme como tu amante. Sufriré de igual modo, pero tú no estarás encadenado a mí —le dijo con sinceridad.

—Disfrutar conmigo no te impedirá encontrar a otro hombre bueno que te merezca.

—¿No lo hará? —Inquirió con horror por lo que él había insinuado.

—Lo he visto antes. Las mujeres que han pasado por mi cama han aprendido tanto que se han convertido en condesas, alguna ha llegado a ser duquesa. Si somos discretos nadie tiene porqué enterarse. Puedo comprar una casa al otro lado de la ciudad. Melly...

La joven se acercó hasta él y le dio un ligero beso en los labios.

—Encuentra lo que necesitas en otra parte. Yo trataré de hacer lo mismo. No soy inconstante, Ches. Te amo, pero debo seguir mi camino sin ti. —Una lágrima resbaló por su mejilla.

Ches se la limpió con su pulgar.

—Te necesito, Melly. Nunca he necesitado a una mujer antes.

Ella le sonrió.

—Te recuperaste cuando perdiste a Emma, lo harás también ahora. Esa mujer con la que te has acostado hoy volverá a complacerte en cuanto le guiñes un ojo. Búscala. —Le aconsejó con ternura.

—No soy lo que necesitas —dijo con pesar.

—Lo eres. Tal vez más de lo que crees.

—No hagas esto, Melly.

—¿Podrías llegar a amarme si accedo a lo que pides? —inquirió sabiendo la respuesta.

—No tengo corazón.

La muchacha no alegó nada más. Se encaminó con tristeza hacia la puerta y descorrió la cerradura para terminar de una vez por todas con ese capítulo de su vida. Lo deseaba, pero no debía sucumbir y no lo haría.

Esa noche, el conde de Chesterfield llegó a su Mansión de la Perversión destrozado. Una negativa. Había recibido la primera negativa de la mujer que más deseaba tener en la intimidad. Entró hecho un demonio y echó a todos los depravados que había en el lugar. Desalojó la mansión de todos y cada uno de los visitantes que allí se dieron cita esa noche. Únicamente se quedaron los sirvientes y las mujeres y pocos varones que allí residían. Su hombre de confianza no osó preguntar el motivo de su malhumor, pero sospechaba que eso se debía a una mujer.

El señor Murder no había tenido el privilegio de ver a su patrón contrariado en lo que llevaba a su lado, y eso eran unos cuantos y largos años. Echar de la Mansión de la Perversión a todo el mundo... Brad creía que el conde estaba en verdaderos problemas y esperaba que todo se solucionase de un modo satisfactorio para él. Chesterfield merecía un poco de paz y cariño en su vida.

¿Quién sería la dama que le había robado el corazón al Rey de la Perversión?, se preguntó el señor Murder mientras sonreía.

Capítulo 7

Una amante en su lecho

Ashton se paseaba inquieto por la biblioteca. El baile de los Spencer parecía haber ido bien hasta que Melly desapareció. Luego ella regresó con la mirada aguada y se marcharon de allí. Tal y como había hecho cuando ella regresó a casa, hizo un buen número de preguntas que no fueron respondidas ni cuando amenazó con enviarla al campo. Su esposa le había pedido indulgencia y Emma se puso del lado de Melly. Em le advirtió que ella se marcharía con Amelia en caso de que él la enviase lejos de Londres.

Pasaba algo. Él sabía que esas dos mujeres le estaban escondiendo un gran secreto. Consiguió hacer que Emma confesase sobre las sospechas que cernían sobre señor Shell. Ashton lo había considerado un truhan embaucador desde el mismo momento en el que lo conoció. Nunca sospechó de los gustos de él. Justo lo hacía a la inversa, todo un mujeriego.

Estuvo satisfecho con que su hermana no hubiera cometido el mayor error de su vida. Lo que no le gustó fue que desapareciera de la faz de la tierra. Se había vuelto loco buscándola. Amelia era su hermana pequeña. Debía velar por ella. Protegerla incluso de sí misma.

Bien. Había tenido la paciencia de un santo y él nunca fue un hombre con consideraciones.

—¿Me habías mandado llamar, Oliver? —amaneció Melly por la puerta de la biblioteca.

—Ven. Es hora de que hablemos, hermana. —El duque dio unos golpecitos al asiento del sofá para que ella tomase asiento junto a él. Ashton creyó que una conversación en la biblioteca sería un poco menos seria que llevarla a cabo en su despacho.

—Si es sobre mi desaparición ya te dije que estuve bien y que no he perdido mi virtud.
—Insistió ella, tal y como lo había hecho la primera vez que ambos se entrevistaron.

—Emma y tú estáis confabuladas contra mí.

Melly abrió los ojos como platos.

—¡Eso no es cierto!

—Lo es porque os conozco muy bien a ambas. No me disgusté cuando huiste de tu boda. Mi esposa me hizo comprender tus motivos y los respeté. He tenido que hacer de tu dote un escándalo para que... bueno... para que este turbio asunto no sea tan comentado. Creo que ha dado sus frutos y la prueba es que anoche mismo tuviste un buen número de pretendientes. Las flores que hay en la entrada son también un buen indicador. Y a pesar de todas esas buenas noticias, no has permitido que recibiésemos en casa a ninguno de los muchachos que se mostraron interesados en ti... ¿Qué sucede, Melly?

—¿Por qué es tan importante que me case? ¿Por qué no puedo gestionar mi dote y vivir como una solterona?

—Ah, no. Hemos hablado de esto muchas veces, hermana. Eres una dama. Una mujer hermosa. Tu esposo será afortunado por tenerte. Serás una esposa maravillosa, tendrás unos hijos que te llenarán de dicha y todo se hará conforme marca la costumbre.

Melly rodó los ojos. Él no era tan esnob como lo fue antaño, pero seguía siendo muy duro de entendimiento.

—Es muy pronto para tomar una decisión. Temo que pueda aparecer otro señor Shell que estropee mis ilusiones. —No era mentira del todo. El que había aparecido después de su prometido fallido le había hecho mucho más daño.

—Puedo entrevistar yo a los caballeros y decidir quién es el más indicado —propuso con naturalidad.

—¡No! —Conociendo a su hermano elegiría a un petimetre... Cierto que el hombre que ella deseaba era mucho peor que cualquiera de esos pretendientes que Ashton le podría imponer, pero no deseaba que su hermano hiciera algo como aquello.

—Bien. Te concederé un mes para sociabilizar si me dices dónde estuviste ayer y en compañía de quién.

—¿Qué? —Melly sentía que la había atrapado en una travesura. Pero era peor que una broma. Lo que ella había hecho con Chesterfield... al que casi consiente en tomarla...

—Emma es buena tratando de hacer que yo no vea... Pero no es tanto como os creéis los dos. Sé que algo os traéis entre manos. Tarde o temprano lo voy a descubrir. Espero que no sea tan malo como lo que me estoy figurando.

—¿Dudas de mí? —preguntó lo más inocente que pudo. Se sentía muy mal por no poder confesar sus sentimientos y faltas, pero si su hermano se enteraba de... ¡De todo! Ella y Ches tendrían un grave problema. Conocía muy bien a Ashton, era duro, era frío, era intransigente cuando se lo proponía.

—No he sido un buen ejemplo para ti. Si descubriste a Em escabullirse de mi casa... antes de que nos casásemos... En fin, comprendo que si te has enamorado y has cometido un error... Yo puedo hacer ver a ese hombre la conveniencia de que tome la decisión correcta.

—No hay nadie, Oliver.

—¿Dónde estuviste anoche, Melly?

—No hay nadie, Oliver —repitió con convicción. El duque sopló y trató de contenerse. Había descubierto que no era bueno perder los nervios. No en lo que se refería a Emma y a su hermana. Ambas podían hacer de su vida un infierno y él valoraba mucho la tranquilidad y paz que había en su casa.

—El caballero no puede ser peor que el señor Shell, hermana. Confía en mí, por favor —trató otra vez de convencer a Amelia para que le confesara lo que ocurría.

—En cuanto haya un hombre que sea merecedor de ser mi esposo, te lo diré.

—¿Y cuándo me explicarás dónde has estado todas estas semanas?

—Ya te lo dije. Estuve en casa de la duquesa de Lennox. La hija de Elvina me dio cobijo... —Iría al infierno por ser una vil mentirosa.

—Puesto que no confías en mí y no deseo promover una gran pelea entre nosotros, decido esperar a que me confieses la verdad sobre todo lo sucedido. —Esa fue la versión que le dieron y él no creyó ni por un instante—. Como ves, he aprendido a ser paciente. Pese a que todo en mi interior me invita a gritar como un ogro y a maldecir como un pillastre, me contendré y te daré tiempo. Tengo fe en que sabrás recompensar mi confianza.

Ella asintió incapaz de decir nada más al respecto. La conversación se quedó así. El duque de Ashton fue paciente y comprensivo.

Melly deslumbró en la temporada y los pretendientes la asediaban constantemente. La cosa estaba muy tranquila. Melly disfrutaba de largos paseos por Hyde Park en compañía de los duques de Ascot y diversos pretendientes que su hermano había aprobado, y Chesterfield parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. La joven debería dar gracias por ello. Pero no era como lo había previsto.

Ese hombre se había apoderado de su corazón, de su mente y de su cuerpo como si fuera el mismo Lucifer nacido para atormentarla. Dolía. Recordar el pasado que compartió con Ches era abrasador y doloroso al mismo tiempo.

A veces había querido correr a la Mansión de la Perversión para echarse en sus brazos y suplicarle que la abrazase. Eso duraba hasta que recordaba que él, tarde o temprano —sospechaba que más temprano que tarde—, la desecharía en cuanto llegase una mujer más apetecible que ella.

La duquesa de Stone le había pedido un poco más de tiempo, pero cuanto más pasaba, más desesperada se sentía Melly. Tenía que buscar una solución para olvidar definitivamente al hombre que no deseaba su amor. Había pretendientes muy apuestos y loables dispuestos a tomarla por esposa. Ninguno la satisfacía, pero si les daba una oportunidad, ellos podrían... No. Ninguno sería como Ches, porque su desvergüenza y naturalidad la habían cautivado. Era brutalmente sincero y eso le gustaba muchísimo. No había una gota de mentira en él. Era un hombre tan franco... Tanto, que no había dudado a la hora de pisotear su corazón sin sentir el más mínimo remordimiento.

Y mientras los días corrían, otra mañana, su hermano la convocó para hablar. Esta vez la citó en el despacho. La cosa ya era seria. Llamó a la puerta y se le concedió permiso para entrar. Vio a la duquesa de Stone sentada frente a Oliver. Eso le sorprendió mucho.

Cuando lady Amelia entró, la duquesa comenzó a salir del despacho.

—¿Lisa? —Inquirió Melly al ver que la duquesa no la había mirado. Su corazón comenzó a retumbarle en los oídos.

La duquesa retrocedió sobre sus pasos. Se acercó a ella y le preguntó solo para sus oídos:

—¿Te propuso ser su amante, Melly? —La muchacha asintió—. Entonces he hecho lo correcto. —La duquesa de Stone le dio un beso en la mejilla y se marchó de allí.

La muchacha avanzó con cautela hasta estar frente a un duque de Ashton que se veía peligroso. Ella tragó saliva con nerviosismo.

—Melly, por favor, siéntate —la llamó su hermano. Ella, dócil, accedió a la petición. Fue cuando tomó asiento que decidió mirar a Oliver a los ojos. Él se veía lívido. Melly se preocupó.

—¿Qué sucede?

Oliver se levantó de la silla y se encaminó al mueble para servirse una copa, sin responder. Comenzó a llenar el recipiente. El líquido casi se desborda. Bebió un largo trago.

—Dime que es mentira. Dime, Melly que no huiste de un monstruo para terminar en los brazos de otro. —Ella se quedó callada. Melly no se atrevía ni a girar la cabeza para mirarlo. La rabia que destilaba en la voz era muy palpable.

—No puedo hacerlo sin contar una mentira.

—¿Y qué importa otra más, hermana? —rebatía él.

Ya no tenía sentido cubrir el embuste.

—Lo siento, Oliver. Él estuvo ahí cuando yo salí corriendo. Me hubiese marchado con quien fuese —explicó con sencillez.

—¡Pero fue lord Chesterfield! —Oliver gritó—. Te marchaste con el hombre que pretendía casarse con mi esposa. Te dejaste seducir por un miserable que jamás repondrá tu honor. —Estaba furioso. Melly lo entendía. La habían descubierto y solo quedaba asumir la culpa.

—No me sedujo.

—¡Tanto importa! Si yo lo he acabado descubriendo, todo Londres lo sabrá. Estás perdida, Melly. Todo lo que una vez deseaste, no llegará. No serás esposa, no serás madre... A

menos que des a luz a su bastardo —escupió desde su posición con ira.

—No perdí mi virtud. Te lo dije.

—¿Y debo creerte? Te di la oportunidad para ser sincera conmigo. Me miraste a los ojos y me mentiste. ¿Qué debo pensar ahora, hermana?

—No te he mentado con respecto a eso. —Melly se limpió las lágrimas con el pañuelo. Ese que siempre llevaba con ella y que se le antojaba ahora lanzarlo a la chimenea.

—¿No lo entiendes? Él se ha vengado de mí. Tú le has dado los medios necesarios para herirme. Tú, mi propia hermana... —expuso con desolación.

—Lo... lo sien...to —tartamudeó.

—¿¡De qué me sirve a mí que lo sientas!? —gritó mientras lanzaba la copa que mantenía en sus dedos contra la pared más cercana. Melly dio un brinco en su silla. Sollozó con fuerza.

—¡Oliver! —Entró en ese mismo momento en el despacho Emma.

—¿Qué, esposa? ¿Qué truco vas a emplear conmigo para que la deje tranquila hasta que ella comience a contarnos lo que le aflige? ¿Me seducirás aquí y ahora para evitar que vuelque mi ira y mi rabia sobre ella?

Emma se colocó delante de él tratando de no amedrentarse. Su esposo era de fuerte carácter, bien lo sabía ella.

—Oliver..., por favor —susurró la duquesa. Su esposo se acercó a ella peligrosamente.

—¿Por favor, qué, duquesa? ¿Por favor, mira hacia otro lado mientras calumnias a tu hermana? o ¿por favor, no me acuses de encubirla?

—Oliver... Emma no sabía de mi paradero —habló Melly entre sollozos.

El duque se encaminó hacia donde estaba su hermana sentada.

—Esperaba más de ti. Nacer bastarda no es el único pecado que te puedo achacar, ¿verdad? —habló furioso.

—¡Oliver! —Emma no se podía creer lo que acababa de escuchar. Él, que siempre había evitado utilizar esa palabra...

—Será mejor que te calles, duquesa. Esto es todo culpa tuya. —El duque estaba enfurecido. El dolor de la traición que sentía era lacerante.

—¿Lo es? —preguntó Emma con la cabeza alta.

Oliver la miró.

—Tú trajiste a ese hombre a nuestras vidas. Por ti es por lo que él ha visto a mi hermana como un arma para hacerme pagar la osadía de desearte. Sí, duquesa. Tú eres la culpable, pero no la mayor culpable de toda esta situación. Amelia se ha servido en bandeja para que él tomase su revancha. Debe estar revolcándose en su triunfo lleno de gozo. ¡Mi maldita hermana bajo su techo durante más de un mes! Serás pura, pero los dos sabemos de lo que él es capaz. Dios sabe las perversiones con las que te habrá tentado. —Volcó los papeles que había en su escritorio con ira. Deseaba gritar, deseaba llorar, patear. Era un hombre con la rabia y la furia corriendo por sus venas.

Las dos mujeres soltaron un aullido al ver la impotencia e ira que él arrastraba.

—Lo siento —volvió a susurrar Melly.

El duque se irguió todo lo alto que era. Se recompuso su chaleco y cogió su chaqueta, que estaba sobre el respaldo de su silla, para colocársela.

—Bien. Estaré en mi club lo que queda de día y noche. Trataré de divertirme todo cuanto pueda. Tal vez sean mis últimos momentos de diversión. Estar rodeado de un poco de alcohol y algunas mujeres que no sean unas pérfidas, me hará bien, porque mañana al amanecer tendré una cita ineludible.

La duquesa corrió a sus brazos mientras Melly se colocaba en pie.

—Oliver, por Dios, no. Te lo suplico —Emma lo abrazaba mientras él permanecía impasible.

—Hermano, no es necesario hacer nada como eso. Por favor...

Oliver se desembarazó de su esposa y miró con furia a Melly.

—Llora, Melly. Llora ahora que ya has hecho todo el mal que podías haber causado.

El duque se marchó del lugar dejándolas en un estado de desolación y tremendamente

preocupadas.

—Lo siento, Em, lo siento mucho. —La hermana de Ashton se abrazó a la duquesa.

—Melly, lo retará a duelo. Chesterfield lo matará. Matará a mi esposo si ambos se enfrentan. Melly, ¿qué vamos a hacer? No puede batirse en duelo con Ches. Oliver no puede hacerlo, lo necesitamos vivo. ¿Cómo lo arreglaremos? ¿Cómo? —preguntó la duquesa inundada en lágrimas mientras miraba a la muchacha.

—Lo arreglaré, Em. Yo lo arreglaré.

—¿Cómo? Chesterfield lo odia con todas sus fuerzas. Está seguro de que Ashton lo privó de mí. No comprende que yo amo a mi esposo y que el conde nunca fue nada para mí. ¡Chesterfield está loco, Melly! Mi hijo crecerá sin su padre... Mi hijo... Melly, por favor...

La joven limpió las lágrimas de la duquesa mientras la miraba con calma.

—Yo tengo algo que Ches desea. Te prometo que ese duelo nunca tendrá lugar. Confía en mí, hermana. —Melly se abrazó de nuevo a la duquesa esperando que su idea sirviera para frenar el duelo.

Melly era la culpable de toda la situación y ella tenía que enmendar todo este entuerto por el bien de los que más amaba. Ashton no tenía ninguna posibilidad de salir victorioso de ese duelo. Además, que no deseaba que los dos hombres a los que amaba acabasen el uno con la vida del otro. Solo podía hacer una cosa y era la que debía llevarse a cabo.

Lord Chesterfield no comprendía lo que le sucedía. Bien, sí lo entendía porque por primera vez en su existencia deseaba algo que no podía tener. En sus pensamientos solo estaba ella. Esa mujer tentadora que se negaba a yacer con él. Esa muchacha que una vez había dejado su boca a su servicio. La deseaba tanto que en su mente no había otro pensamiento que no fuera ella. Melly. Amelia. La puñetera hermana de Ashton. Lo que había nacido como una improvisada venganza le estaba pasando tremenda factura.

Brad había comprado una nueva cama. Esa en la que cada noche se acostaba solo y en la

que soñaba que ella se metía para satisfacerlo. Sus aposentos no eran ya un lugar donde se celebrasen divertidas orgías. En verdad era el único lugar de la Mansión de la Perversión donde el sexo no era una actividad habitual. Su terma romana únicamente servía para que él se diese un plácido baño y pensase en ella emergiendo desnuda para darle cobijo entre sus piernas. Era enfermizo. Cuanto más pensaba en ella, más la deseaba. Era como un niño empecinado en tener el mejor de los regalos el día de Navidad. Ella se negaba a entregarse a él.

Ches creyó que si la dejaba en paz un tiempo sus ansias disminuirían. Error. Los días se sucedían, las semanas transcurrían y él la deseaba con más intensidad. Tanto, como el aire para respirar. Melly se colaba en su mente día y noche para atormentarlo con sus negativas.

Y lo peor de todo no era que necesitaba poseer su cuerpo, sino que añoraba sus conversaciones, sus miradas, sus sonrisas. Ese tiempo que habían pasado en su finca de campo y que había servido para ser... para ser... No. Amigos no era la palabra que debía emplear. No. Algo parecido a un matrimonio, tampoco era otra de las definiciones a emplear. En fin, en su casa habían sido un hombre y una mujer que conversaban, que se sentían cómodos, que sonreían, que compartían comidas, juegos y visitaban a los arrendatarios. También habían bailado y habían tenido esos momentos de intimidad tan incompletos en los que se dieron placer.

¡Maldición! Melly se había convertido en su amiga, pero era mucho, muchísimo, más especial que la bruja de la duquesa de Stone. De Melly quería sus palabras, sus miradas y sus sonrisas. Haber estado con ella fue perfecto. Si eso era de lo que trataba ser un matrimonio, él podría habituarse.

Chesterfield dio un puñetazo en su cama y se removió inquieto con este pensamiento de primera hora de la mañana tan perturbador.

Necesitaba olvidarse de ella. El problema era que no quería a otra mujer en su lecho. Estaba en una espiral de incomprensión por su parte.

La puerta de su alcoba se abrió con violencia.

—Brad, lárgate de aquí. Te he dicho que saldré de la cama cuando considere que debo hacerlo. —Su hombre de confianza había irrumpido en su habitación cada día desde hacía siete porque él estaba atrincherado en el lugar bien provisto de botellas de licor y algo de comida que le servían cuando lo solicitaba.

—Di a tus mujeres que nos dejen a solas porque tenemos que hablar, Ches. —La duquesa de Stone estaba muy disgustada. Desde que se enteró de que Chesterfield había echado a todos

de su mansión, había creído que él estaba a punto de cambiar de actitud. Había pasado un mes y todo seguía igual o peor.

El conde despegó con cuidado los ojos y centró su atención en ella. La duquesa estaba desplegando las cortinas y abriendo la ventana.

—Esta manía tuya de meterte en la alcoba privada de un hombre, no creo que sea del agrado de tu esposo —señaló cansado.

La duquesa de Stone se encaminó hacia una de las sillas donde tantas veces habían compartido confidencias.

—¿Cuántas amantes tienes escondidas en esa nueva cama que te has apropiado? ¿El otro lecho finalmente lo quebraste con tanto deporte de cama? —señaló con seriedad.

Chesterfield salió de su cama, agitando con fuerza las sábanas y las colchas.

—Me temo que no hay nadie conmigo. ¿Quieres ocupar un lugar, Lisa? Tal vez pueda enseñarte algo que Stone valore —expuso con mofa.

—Creo que mi esposo podría enseñarte ciertos valores, como la honradez y la sensatez. Son lo que más falta te hace en estos momentos de cabezonería —rebatía ella con tranquilidad.

—¿Yo? ¿Pretendes que sea honrado y sensato? —preguntó mientras se colocaba una bata.

Lisa no sabía si estar más fascinada porque él no estuviera desnudo o porque en su lecho hubiera amanecido solo. Lo general era que hubiera un regimiento de mujeres adorándolo. ¡Ches llevaba pantalones! Curioso...

—El señor Murder está seriamente preocupado por ti.

—¿El señor Murder te ha llamado? —Ella afirmó con la cabeza—. Entonces es un hombre que pronto estará sin empleo. ¿Qué le preocupa exactamente? ¿Que no quiera yacer con mujeres? ¿Que mi alcoba sirva para mi descanso? ¿O que no haya fustigado a ninguna mujer desde que regresé del campo?

—Lo que a Brad le preocupa es que te encierres en tu habitación, rodeado de alcohol y apenas te alimentos.

—Si muero, tampoco se perdería gran cosa —admitió con humor mientras tomaba asiento frente a la duquesa.

—Es un pensamiento muy egoísta por tu parte. Pese a que tú no te valores, hay personas a tu alrededor que buscamos tu bienestar y pretendemos verte feliz. A ti, hombre terco y egoísta.

—¿Felicidad, Lisa? Lo único que me llenaba de gozo, soy incapaz de llevarlo a cabo. La lujuria me rehúye. La perversión me está siendo negada por mi propia mano. Mejor me iría si muriese. Este es un sufrimiento que nunca creí que padecería. Estar privado de la diversión que ofrecen las mujeres... —Ches la miró de hito en hito.

—¿Qué? —preguntó inquieta Lisa.

—¿Has estado haciendo de las tuyas, lady Maldiciones?

Lisa se sonrió.

—Tenía entendido que no creías en mis maldiciones.

—Confieso que mi entrepierna funciona perfectamente, lo hace al menos mientras duermo, pero eres conocida por privar a un hombre de sus mayores deseos. ¿Tienes algo que ver con mi estado, Lisa? —inquirió sin apartar su mirada seria de su amiga.

—No. Me temo que tu enamoramiento es mérito de Melly. No mío.

Ches abrió los ojos como platos.

—No sabía que tú también creías en estúpidos cuentos de hadas.

—¿Quién más lo hace, Ches? —Trató ella de averiguar con cautela. Él había dicho mucho más en esa frase de lo que pensaba. Lisa había leído entre líneas.

—Cualquier mujer ilusa que afirme que lo que me aflige es fruto del amor.

—De un amor frustrado por tu propia terquedad —puntualizó con acritud la duquesa.

—¿Qué quieres, Lisa? Tengo planes.

—¿Rematar esas dos botellas medio llenas que están sobre la repisa de la terma romana, Ches? No me parece un plan aceptable.

—¿Por qué no regresas junto a tu esposo y tus hijos y me dejas en la tranquilidad de mi

soledad, Lisa? —se quejó Ches.

—Pídele que sea tu esposa antes de que te la roben, o peor aún, hagas algo que sea irreparable.

Chesterfield se rio sin demasiado humor.

—A estas alturas la hacía comprometida con algún sapo que le gustase a su hermano.

—Ella está sufriendo igual que tú, Ches —confesó al fin la duquesa. Él se removió inquieto. No esperaba esa respuesta.

—Hace algún tiempo que no veo a lady Amelia, pero la última vez que la observé con atención, mientras flirteaba y seleccionaba cuidadosamente a su futuro esposo, no la vi demasiado triste por mi... pérdida.

—Todos vosotros sois orgullosos. No he conocido a un ser con más orgullo que un hombre. ¿La arrogancia y terquedad viene con el título? Porque no encuentro otra explicación.

—Siempre tan atenta en tus ataques —bufó él.

—Ches, Melly hizo exactamente lo que yo le sugerí que hiciera.

—¿Y eso qué quiere decir? —Ella tuvo toda su atención en este punto de la conversación.

—Se mostró encantadora porque tú deseabas verla melancólica por tu abandono. Yo no lo permití. —Lisa subió el mentón al descubrir su ardid.

—¿Por qué harías una cosa semejante?

—Porque eso sirvió para que tú te presentases en la fiesta de lady Spencer, celoso, y la acorralases en el despacho del marqués.

—No le hiciste un favor a la dama. No pienso casarme con ella.

—Lo sé. Me ha quedado muy claro cuando la duquesa de Ashton me confesó que Melly le había explicado que tus intenciones con ella eran las de convertirla en tu amante —habló furiosa.

—Es lo único que puedo ofrecerle y ella lo desechó al instante. —El conde hizo una pausa—. ¿Te das cuenta de lo terriblemente inapropiadas que son siempre nuestras

conversaciones? Stone cualquier día se batirá en duelo conmigo si llega a entrever lo que tú y yo conversamos. No creí que diría esto, pero estoy de acuerdo con él en que debes restringir tus visitas. Una dama casada, una al menos que está completamente enamorada de su esposo, no debe venir a mi alcoba.

—Alguien tiene que cuidar de ti.

—Lisa. Me crie sin una madre. Estuve bien. Estaré bien. Vuelve a tu casa y cuida de tu familia. Yo no tengo salvación. Ni la tengo, ni como tantas veces he dicho, la necesito.

La duquesa se puso de pie.

—¿No te casarás con ella, verdad?

—No puedo hacer eso.

—¿Vas a decir que la estás protegiendo? De ti, ¿cierto?

—He dicho que no pienso tomar una esposa porque no la necesito. Lo que deseo de Melly es que sea mi amante. Ella no me lo concederá. Yo no seré su esposo. Supongo que ninguno de los dos va a obtener lo que necesita —habló con sinceridad.

Lisa lo miró con los labios apretados en una final línea blanca.

—Bien. Ashton no tardará en llegar para retarte a duelo.

—¿Disculpa? —preguntó sin creer lo que la duquesa había dicho.

—El hermano de Melly se ha enterado del lugar donde ha estado y de quién ha sido su... acompañante durante su misteriosa desaparición —confesó sin emoción.

—Creí que dijiste que estaba contento. Aseguraste que no debía sorprenderme si él venía a tenderme su mano en muestra de gratitud. —Trató de aparentar una tranquilidad que no sentía.

—Te mentí, él no sabía dónde ni con quién había estado ella.

—Así que la pequeña arpía al fin ha usado esa baza para forzarme a reparar su honor. —Ches sonrió de lado. Al fin ella había hecho algo para que él pudiera maldecirla.

—No. He sido yo quien consideró que era momento de tomar cartas en el asunto. Melly tiene que casarse y debe ser contigo porque te ama. —Lisa no se sintió mal con su confesión.

Chesterfield se puso de pie. La miró colérico.

—Da gracias al cielo de que eres una mujer y nunca pegaría a una —le espetó lleno de rabia. ¿Amiga? ¡Y un cuerno, ella era su amiga!

—Tú, ofrece gratitud al cielo porque yo sea tu amiga y solo quiera verte feliz. —Le escupió llena de arrogancia sabiendo lo que él pensaba en estos momentos.

—No me obligaréis a hacer nunca nada que yo no desee. Melly podría cargar con mi bastardo y aun así no me casaría con ella. Si tenía alguna duda sobre si mi obra estaba siendo correcta o no, tú te has encargado de dejarme claro que no pienso cambiar de parecer.

—Entonces busca tus pistolas, porque o mueres tú, o matas al segundo hombre que ella más ama. No me has dejado más elección.

Él apretó tanto los dientes que creyó que alguno le saltaría. Esa bruja había obrado una auténtica maldición.

—Maldita seas, la duquesa de Stone. Maldito el día que entraste en mi vida. Maldita la vez que dejé que me impresionases. Supe que me traerías problemas desde que te vi. Si hubiera huido de tu compañía, yo sería un hombre libre de tus maquinaciones. ¿¡Por qué demonios no te ocupas de tu familia y me dejas tranquilo!? Nunca pedí tu ayuda. Desprecié tu amistad hasta la saciedad y aquí seguimos.

Ches se acercó muy amenazante hacia Lisa. Ella no tuvo miedo. Se irguió y lo miró con la misma rabia que él destilaba.

—He visto crecer a Melly desde que era una niña. Estás loco si pensabas que iba a echarme a un lado viéndola ser infeliz.

Ches se dio la vuelta. No deseaba seguir mirándola. Se volvió a colocar delante para hablar:

—Vete, Lisa, apártate de mi vista y nunca regreses a mi casa. Mis puertas están cerradas para ti desde este mismo instante. No vuelvas, porque no sé de lo que seré capaz de hacer si te vuelvo a ver.

Lisa lo rodeó y se encaminó hacia la puerta. Abrió y sin girarse habló:

—No seas un necio, Ches. He puesto al alcance de tu mano lo que tanto deseas. Si no era

así no habrías aceptado ser su esposo por otros modos. Comprendo tu enfado, no te tendré en cuenta lo que me has espetado con tanta rabia e ira. Tú me cierras tus puertas, las mías siempre estarán abiertas para ti. Ve en mi busca cuando me necesites, querido amigo mío. Comprendo que es la furia la que ha hablado y nubla tu buen criterio.

La duquesa de Stone se marchó de allí con el corazón hundido. Chesterfield. Su amigo la despreciaba. Ella había obrado de la peor forma posible. No había visto otra solución al problema. Meditó y examinó sobre los caminos que se presentaban ante la pareja. Rezó a Natura para pedir consejo. Nada más que lo hecho estaba sobre la mesa si no quería que esa pareja se perdiera en los recuerdos del tiempo y no pudiera descubrir el amor que podían construir juntos. Unidos como una familia.

El conde tomó la botella y dio un largo trago. Su amiga, su buena amiga Lisa lo había metido en la boca del lobo. Sin escapatoria. O se casaba con ella o mataba a su hermano. Un duelo. Tantos años huyendo de problemas como este y justamente se iba a batir por el honor de una mujer a la que se moría por tomar y que no conseguiría jamás de un modo indecente.

Una puñetera broma del destino. Sopesó sus opciones. No podía asesinar a Ashton. Si se medía las fuerzas con el duque, y sospechando que estaba furioso con él, Ashton tiraría a matar. Él no deseaba morir, por lo que se vería obligado a matarlo primero.

Hacer algo como eso implicaría que nadie de su entorno se lo perdonase jamás, comenzando por la ninfa a la que deseaba y pasando por su propia hermana Ger, Patrick, su padre, Elvina, Emma... y una larga lista de nombres.

Casarse. Lo que nunca pensó que ocurriría. Lo obligarían a recitar sus votos. Ella sería suya. A su disposición para el resto de sus vidas. La tendría cuando quisiera, a todas horas. Podría saciarse de su hambre por Melly. Suya. La idea no era tan descabellada. Era eso o matar a su hermano.

Si hacía tiempo hubiera visto un duelo con Ashton del todo interesante, ya no lo hacía así. Una esposa. Y de pronto se descubrió sonriendo ante esa extraña perspectiva... Hasta que recordó qué sucedería cuando se cansase de ella y tuviera que buscar nuevas mujeres que lo contentasen. Bien. No sería el primer hombre que tuviera una esposa en su casa y una amante en otro lecho.

Un golpe en la puerta frenó sus pensamientos.

—Milord —amaneció tras la puerta el señor Murder.

—¿Qué sucede? Si es Michelle, dile que no puedo atenderla hoy. No deseo acostarme con ella. —Tenía planes más interesantes que atender.

—No es la pelirroja. Hay una dama que dice que debe verle por un asunto de vida o muerte.

—Despáchala de inmediato. No me interesa saciar las lascivias de ninguna mujer esta mañana.

La puerta se abrió de par en par. Melly dio esquinazo al guardián que la había atendido e irrumpió en la habitación del Rey de la Perversión.

—Lo siento, no puedo esperar más, milord. —Melly lo miró desafiante. A Ches le gustó ver el valor que ella exudaba.

El señor Murder la agarró del brazo para tratar de sacarla de la habitación.

—¡Alto, Brad! —lo reprendió el conde—. Ella se queda. —La sentencia dejó al hombre de confianza perplejo. El señor Murder miró con atención a esa bonita dama que se escondía tras la capucha de la capa que había dejado caer en cuanto estuvo frente a su patrón. Contempló la mirada del lord... El hombre la soltó como si ella quemase y se marchó a toda prisa.

Ches se colocó delante de ella.

—¿Qué puedo hacer por usted, milady? Debería haber avisado antes de su visita, podría haberse encontrado con... Con una estampa indecorosa y del todo inapropiada para una dama tan delicada como usted —se burló de ella.

—No hay nada en ti que me sorprenda, Ches. Verte retozar con un par de faldas ligeras no me hubiera impedido atravesar esa puerta.

—Cinco.

—¿Disculpa? —Preguntó ella sin saber a qué se refería él.

—Suelen ser cinco mujeres las que ocupan mi lecho.

Melly sintió cómo él hundía ese cuchillo en su corazón y cómo disfrutaba al hacerlo. Hizo oídos sordos.

—Mi hermano tiene la intención de retarte a duelo. Imagino que vendrá esta tarde.

Él se hizo el sorprendido.

—Bueno, ha tardado un mes solo en enterarse... Creí que por lo menos necesitaría seis meses para seguir nuestros pasos —dijo sin emoción.

—No puedo dejar que lo mates.

—Creo que Ashton no aprobaría tu falta de fe en sus habilidades. Lo estás menospreciando.

—Haré lo que haga falta para que él siga vivo. Es un buen tirador, pero tú te dedicas a matar gente. Mi hermano no tiene posibilidades contra ti.

—Creí que mis asuntos secretos para la Corona, eran eso: secretos. Supongo que me equivoqué.

—Patrick habla mucho con la duquesa de Ashton, no es difícil imaginar qué tipo de negocios os unen al duque de Ascot y a ti —razonó la mujer con simplicidad.

—Me temo que si tu hermano exige una reparación de tu honor, poco voy a poder hacer.
—Él retomó el asunto principal de la conversación.

—Seré tu amante.

Los dos se miraron sin saber cómo continuar su conversación.

—¿Qué implica eso, Melly?

—Me entregaré a ti si no te bates en duelo con Ashton —habló con esperanza.

—Lo que pides es del todo imposible. Un duelo es una cuestión de honor. Si él me exige que me bata, yo debo responder. Soy un libertino de la peor clase, pero nadie nunca me acusará de falta de honor.

—Eres un hombre con muchos recursos. Muy inteligente. Sencillamente, dile que tienes que marcharte por alguna obligación de la Corona. Pospón el duelo hasta que él lo olvide.

—¿Si hago eso tú te inclinarás a mis deseos? —Tanteó.

—Si con ello salvo la vida de mi hermano, que yo misma he puesto en peligro por mis malas acciones, lo haré. Haré lo que me pidas si me prometes que no lo matarás. Por mi hermano

caminaría sobre brasas ardientes y desafiaría al mismo Lucifer, cosa que estoy haciendo en este momento.

Chesterfield sintió la fuerza de sus palabras y se sintió... ¿Celoso? No. Imposible, él nunca fue un hombre celoso. Serían gases.

—Tienes mi palabra de que tu hermano no morirá.

—Gracias —susurró cerrando los ojos llena de esperanza. Se sacrificaría porque era lo necesario.

—Desnúdate, Melly —pidió mientras dejaba la botella en el suelo y se sacaba la bata de dormir.

—Yo... ¿Ahora? Había pensado que... —Melly sintió sus rodillas desfallecer. Creyó que tendría más tiempo para prepararse para... para... para las atrocidades que él le exigiría.

—Has venido a ofrecerte a mí. Te quiero ahora. ¿Hay algún problema?

—N... no...ooo —tartamudeó mientras con los dedos trémulos se deshacía el lazo de la capa. ¿Qué había pensado? ¿Qué él le daría un poco de... de...? Chesterfield no tenía ni decencia ni corazón. Lucifer sería más amable que él. De esto ella estaba segura.

Chesterfield se quedó completamente desnudo en cuanto se quitó los pantalones y la ayudó a desprenderse de su vestido de paseo y de la ropa interior. La admiró en todo su esplendor mientras daba gracias a su suerte. Por fin la tenía para él.

Ella temblaba. Ches se molestó por esa reacción de Melly. Ella nunca había manifestado temor ante él.

—¿Qué sucede, Melly?

—Yo haré lo que me pidas, pero quisiera... yo... —No se atrevía a exponer sus demandas por miedo a contrariarlo y que se echase atrás en el acuerdo.

—Dime lo que te preocupa. Una vez te dije que no haría nada que te lastimase ni tampoco te mentiré jamás. —Le recordó mientras quitaba las horquillas de su precioso pelo dorado. Tenía unos ojos tan bonitos... azules. Él se ahogaba en ellos.

—No deseo que en nuestra cama haya... Solo... Estaremos tú y yo. No me importa si

necesitas más mujeres, podrás verlas, pero no mientras yo esté presente... Por favor.

—No habrá más que una mujer cuando esté contigo, Melly. ¿Qué más necesitas que sepa?

—Yo... bien... Comprendo que necesitas usar ciertos tipos de artilugios para... No sé...

—Son muchas demandas, Melly. Una amante, más la mía, tendrá que habituarse a mis necesidades. —Si comenzaba a claudicar, ella se vería llena de poder y él no deseaba que lo convirtiera en un corderito. ¡Él era un lobo!

—Sí. Bien, supongo que con lo de no meter a ninguna mujer u hombre yo...

—No —la cortó él—. Definitivamente ningún hombre va a verte, tocarte y definitivamente no va a poseerte. —Las palabras, tan cargadas de posesividad, la dejaron estupefacta.

—¿Me dolerán las argollas? —inquirió con temor.

Chesterfield la sostuvo entre sus brazos y se encaminó hacia la cama.

—Nunca te lastimaré. —Sonó a promesa, pero Melly no fue tan ilusa de creer que algo como eso sucedería. Él le había roto el corazón. Chesterfield haría ahora picadillo los pocos trozos que aún sostenían su cordura y ella lo iba a permitir.

La estiró sobre el lecho y comenzó a besarla con deleite y pasión. Había echado de menos sus tiernos labios. Esa rica lengua que lo volvía loco. Cuando llegó hasta sus senos para amasarlos y lamerlos creyó que moriría de emoción. Esos pezones habían sido creados para amantarlo a él. Solo a él. A ningún otro hombre. Eran de un tamaño más que considerable. Para el cuerpo que tenía eran grandes y a él le encantaban. Los lamió con destreza y la hizo gemir con facilidad. Melly se abandonó a sus promesas de placer. Cuando lo sintió descender en busca de su sexo, Dios la perdonase, ella lo deseaba ahí. Esa lengua hundida en su cavidad era lo que deseaba experimentar de nuevo.

Y cuando Ches sopló sobre sus rizos para burlarse de su necesidad ella lloriqueó:

—Por favor, por favor...

—¿Me necesitas, tesoro? Deseas mi lengua recorriendo tus secretos mientras mi dedo hurga en tu interior para someterte a mis caricias... Dime, Melly. Sé franca, dime lo que deseas.

Díselo a tu amante.

Ella se retorció en la cama llena de necesidad. Ches la encendió con un simple beso, la hacía irradiar calor.

—Sí, sí. Te necesito. Por favor, por favor.

—¿Me has echado de menos? Confiésalo, tesoro, ninguno nunca podrá llevarte tan lejos como yo lo hago.

—Sí, sí... Tu lengua... dame lo que necesito, Ches... Solo tú. Solo tú.

—Mía. Mía y de nadie más. Recuérdalo, Melly. Eres solo mía.

—Sí, sí, sí...

Chesterfield bajó su boca hacia el punto donde ella lo necesitaba. Pronto sintió las manos de Melly presionando en su cabeza. La rubia estaba fuera de sí. Apretaba su cabeza para mantenerlo justo donde él debía estar. Pequeña codiciosa.

Mientras, su lengua jugueteaba con mucha gracia y a un ritmo perfecto. El dedo pulgar se metió en ella. Melly gritó de puro gozo. Ches intensificó las lamidas dispensadas sobre su perla, dispuesto a que Melly alcanzase el cenit lo antes posible. Necesitaba meterse dentro de ella.

—Cheeeeeeeessss —gritó sin contención.

Melly no soportó la tortura y su cuerpo llegó al Olimpo para codearse con los dioses en estos momentos de puro éxtasis. Algo dentro de ella se había roto por completo. Tanto placer fue desgarrador. La diferencia entre acariciarse ella y lo que él le había hecho fue como el día y la noche. El conde no pudo soportarlo más. Trepó sobre ella y se sirvió de sus piernas para hacerle abrir las rodillas. Se veía fantástica con los ojos cerrados y una sonrisa maravillosa en su rostro. Colocó su miembro sobre su entrada y de una estocada se abrió paso.

Un grito desgarrador retumbó en la alcoba. Melly arañó la espalda de Chesterfield haciéndole sangre. Lo obligó también a él a aullar de dolor. Los dos se quedaron quietos. Ches no se atrevió ni a buscar sus ojos por miedo a moverse y hacerle más daño.

—Melly... ¿Eras virgen? —Preguntó sin creer lo que había pasado.

—Por supuesto que lo era —respondió con enfado.

—Pero... eso es imposible...

Ella trató de apartarlo. Al moverse le hizo daño y se quejó de dolor. Ches la volvió a inmovilizar.

—Yo deseaba entregarme a mi esposo —señaló mortificada.

—Tu prometido era el señor Shell...

—Bien lo sé. Un hombre que prefiere a los hombres.

—Un hombre que le gusta entregarse a los hombre mientras ve a las mujeres siendo penetradas por sus compañeros —puntualizó él—. Nunca me advertiste de que eras pura.

—No creí que tuviera que hacerlo, puesto que no estaba casada y era lógico que fuese inocente —expuso con irritación.

—Me contaste lo que él te obligó a ver, a hacer. ¿No creíste que yo debería saber que tú seguías intacta? —Se sentía estafado. ¡Ella era virgen! Él, que no hacía daño a sus mujeres ni cuando usaba la fusta o los látigos, acababa de hacerla agonizar.

Ella bufó con esa pregunta.

—¿Hubiese cambiado algo que lo hubieses sabido?

—Sí, desde luego sí. Yo no te habría asaltado del modo en el que lo he hecho. No soy un patán. Soy un experto amante que nunca ha causado dolor en sus compañeras de lecho. Tú, precisamente tú, la mujer que más he deseado, has sido la que has tenido que sufrir a mis manos.

—No es precisamente —usó la misma fórmula que él acababa de emplear— el dolor que acabas de causarme el que más me dolió —respondió mordaz.

—Mellyyyyyy —susurró no sabiendo muy bien qué pretendía decir con el uso de su nombre.

—Termina de una vez lo que has empezado.

—Lo siento. No quise que esto fuese doloroso para ti. ¡Maldita sea, Melly! Tenías que habérmelo dicho —la regañó.

—Ahora ya lo sabes. Sigue. Terminemos con esto de una vez para que pueda marcharme

a mi casa.

—No, querida mía. No vas a poder irte hasta que yo te lo permita y tengo muchos planes para ti. Llevo dos largos meses imaginándote en todo tipo de situaciones. No vas a escapar.

—¿No pretenderás hacerme de nuevo lo que me acabas de hacer? —preguntó indignada.

—No con tanta prontitud. Te dejaré reposar lo suficiente para que la próxima vez sea del todo satisfactorio. Pienso resarcir mi error. Te colmaré de tanto placer que serás la mujer más feliz de toda la tierra.

Melly quiso gritar. ¡Ella no deseaba placer! Solo deseaba amor...

—¿Cuál de todos sus errores resarcirá primero, milord? —Volvió ella a hurgar en la herida esperando que él tuviese algún que otro remordimiento. Aunque dudaba que así fuese.

La respuesta de Ches fue darle un beso tierno en la boca mientras acariciaba su pelo y le susurraba bonitas palabras en su oreja.

Comenzó a mecer sus caderas con delicadez hasta que sintió que Melly volvía a gemir con intensidad. Entonces intensificó sus movimientos para gozar plenamente del premio que había tardado en recibir.

Tanto se concentró en sentir su propio placer que no fue consciente de que sobre su espalda trepaba una mujer que lo besaba. Melly sintió un cabello deslizarse sobre su rostro y abrió los ojos. Una pelirroja estaba colgada de la espalda de Chesterfield.

Gritó de indignación. Él lo interpretó como una señal y trató de apartarse de dentro de ella para vaciar su semilla sobre su estómago. No pudo. Alguien lo presionaba. Sintió las manos de Melly empujarlo con fuerza mientras le gritaba que se apartase de ella. Que la liberase.

El éxtasis llegó y no pudo evitar finalizar en el lugar donde se juró que nunca lo haría en una mujer. Se giró para ver al intruso. Michelle. La pelirroja lo besaba mientras lo manoseaba con emoción. Ese momento fue aprovechado por Melly para salir de la cama como una flecha, recoger sus zapatos, vestido y capa para marcharse.

Miró la cama y se fijó que la pelirroja lo tenía inmovilizado.

—Michelle, basta. Basta. —Gritaba él mientras trataba de salir del abrazo de ella.

Melly se vistió. Abrió la puerta y echó a correr. Ches consiguió desembarazarse de su invitada indeseada y se lanzó a la carrera, desnudo, por el medio de los pasillos mientras la llamaba como un loco poseído por el demonio.

—Meeeeellyyy, detente. Melllyyyy. Para de inmediato. Mellyyyy. —Pero la muchacha lloraba y no dejaba de huir de ese maldito bastardo. Oh, sí. Era una palabra malsonante que ella despreciaba. La despreciaba tanto como a él. Ese bruto que la había obligado a entregar su virtud, que la había obligado a ser su amante para salvar la vida de su hermano. A ese malnacido que la había desgarrado y luego había consentido que una de sus faldas ligeras se metiera en su lecho. Con ellos, mientras hacían el amor. No. No había hecho el amor porque él no era capaz de hacer tal cosa. Habían fornicado como hacían los animales en celo.

El señor Murder lo detuvo antes de que lord Chesterfield saliera completamente desnudo por la puerta principal de la Mansión de la Perversión.

—Milord, no puede hacer eso. Podrían encerrarlo en la prisión por alterar la moralidad, o peor aún en la institución mental de Bedlam. Se lo suplico. —Le pedía mientras el conde luchaba por desembarazarse de su agarre.

—¿Por qué no la has detenido?

—No he llegado a tiempo, milord. Lo siento. Por favor, no siga luchando contra mí. —Esas palabras parecieron surtir efecto. Ches se masajeó las sienes con calma.

—Brad, quiero que instales a las cinco en una misma casa o por separado. Las quiero fuera de aquí lo antes posible.

—¿Milord? —Su patrón se había vuelto loco. Juró que nunca se desprendería de ellas.

—Ya me has oído —vociferó iracundo mientras iba de vuelta a su cama.

Allí se encontró con la pelirroja en su cama.

—¿Una virgen, Ches? —La pelirroja levantó las sábanas para mostrar la sangre—. Todo esto era porque deseabas acostarte con una virgen... —dijo más para ella que para él—. Yo te habría traído una hace semanas de haberlo sabido. Nos has desatendido por esa chiquilla que ha salido corriendo al verme en tu cama... ¿Crees que aguantará la fusta, Ches? Yo te lo diré. No lo hará. Busca a otra para nuestro harén. Ella no nos conviene.

El conde agarró la botella y dio un largo trago.

—Lady Amelia va a convertirse en mi condesa. No habrá otra mujer en mi lecho hasta que me canse de ella. Ahora vete antes de que te saque arrastras.

La pelirroja se levantó y se colocó a su lado.

—No eres más que un niño caprichoso que pretende cumplir las demandas de su padre. Siempre has despreciado a Gales, pero los dos sabemos que nunca has podido soportar no hacer lo que él esperaba de ti. Pide un casamiento y tardas dos meses en ofrecérselo.

—Márchate.

—Lo haré. Pero te esperaré cuando regreses a mi cama, y te aseguro que no te será fácil volver a entrar en ella, milord. —Le escupió con hastío.

Lord Chesterfield apretó tanto el cuello de la botella que sostenía que se hizo añicos en su mano. La sangre pronto comenzó a emanar de ahí. Sumergió la mano en la terma y poco después se metió todo él allí para calmar los nervios.

Todo había resultado ser un desastre. Ches maldijo con fuerza su estúpida suerte. Ella había llegado para entregarse a él. No iba a desperdiciar un regalo con el que soñaba cada día. Deseaba hacerle el amor. Virgen. Ningún otro la había poseído nunca. Era la primera mujer que había encontrado intacta. La sensación de ser el primero fue hermosa, y lo hubiera sido más si no la hubiera partido por la mitad con su incursión salvaje. Sumergió los hombros en la tibia agua y le escoció. Ella lo había dejado marcado. Se rio por la burla del destino. Stone había sido un monstruo con Lisa y ella también lo dejó marcado antaño. Él mismo vio la espalda de ese hombre que había sido un compañero de armas y que había puesto espacio entre ambos, porque desconfiaba de sus intenciones con su esposa. Lisa. Su única amiga.

La bruja no obraba nada sin la debida meditación. La duquesa de Stone siempre tenía un motivo para todo. De hecho ese era su mayor credo. La hubiera estrangulado cuando confesó haberse chivado de todo lo acaecido con Melly. Bien, ahora que la había hecho suya, el destino de ambos estaba sellado. Sería su esposa. Suya. Que Dios lo perdonase, él no podía separarse de ella. La acabaría lastimando, pero hasta que eso sucediese la amaría con cada fibra de su ser. Lord Chesterfield abrió los ojos como platos. ¿De dónde demonios había salido ese pensamiento? Negó con la cabeza. Seguro que eso había sido un breve desliz producido por la emoción de haber conseguido lo que tanto le había costado.

Una mujer. Una mujer se le había resistido y la caza resultó ser satisfactoria. El premio, glorioso... Bien. No tanto como hubiera deseado. La interrupción de la pelirroja le había costado

no poder disfrutar de ella, todo sin contar que se había vaciado en su interior. Bueno. No pasaba nada... se iba a casar con ella. Si había un embarazo... La bilis le subió por la garganta. Una esposa y ahora un niño se colocaban en su mente. Dentro de poco estaría soltando por la boca unicornios rosas...

Salió de la terma y se dispuso a llamar a su lacayo para que preparase un atuendo formal. Cuando llegase el furioso Ashton él pretendía presentar su mejor aspecto. No todos los días uno cambiaba un duelo por un matrimonio.

Se rio porque si le hubieran dicho que se encontraría feliz y contento mientras la soga de las nupcias le apretaba el cuello, él hubiera escupido en la cara de quien se hubiese atrevido a asegurar tal necedad.

Capítulo 8

Un falso matrimonio

Chesterfield sonrió. Hoy se sentía como un auténtico conde. Ataviado con sus mejores galas y sentado en su despacho. Respetable. Sacó su reloj y comprobó la hora. Ashton se retrasaba. Tal vez hubiera sido mejor haberse presentado en su casa y pedir formalmente la mano de su hermana. Nooooo. Demasiado civilizado para él, pensó. Le iría bien a su orgullo no mostrarse tan deseoso de convertirla en su esposa. Todavía no se creía el paso que iba a dar. Sería un hombre casado y la idea no le aterraba lo más mínimo. Era del todo extraño.

Llamaron a puerta y él dio acceso.

—Milord —se presentó el señor Murder ante él—, el duque de Ashton solicita audiencia.

—Hágalo pasar, por favor.

Ches se levantó para recibirlo y agachó la cabeza con cortesía para ofrecerle una breve reverencia cuando lo vio. Después de todo, ese hombre al que había despreciado iba a ser parte de su familia y era un duque.

—Ashton, por favor, tome asiento. —Ofreció el conde, mientras su hombre de confianza se iba de la sala.

El duque se quedó de pie mirándolo con ira.

—La tuviste tú. Todo este tiempo mi hermana estuvo en las garras de un monstruo infame, que solo Dios sabe lo que le ha causado a una buena y tierna muchacha que no ha hecho mal nunca en su vida. Eres despreciable. No pudiste tener a mi esposa y te has tenido que

contentar con arrebatarme a mi hermana. Te odio, Chesterfield, pero sobre todo te compadezco. Eres del todo despreciable.

El conde se sentó. Había esperado muchos insultos, gritos y palabras malsonantes, creía que algún puño volaría hacia su hermoso rostro. Se había preparado para ello, pero sentir la repugnancia de ese hombre por su persona le molestaba más de lo que sería capaz de reconocer.

—Lo siento. —Chesterfield se había disculpado y esperaba que eso sirviera para apaciguar un poco las agitadas aguas.

—Tu disculpa, como tú, se puede ir al infierno. —Bien, Ashton no se lo iba a poner fácil, pensó Ches.

—Comprendo que estés disgustado. Sé que mi fama me precede, pero durante el tiempo que Melly...

—Lady Amelia —lo corrigió con ira Ashton a la hora de referirse a su hermana.

Ches respiró profundamente tratando de controlar sus nervios. Sentía ganas de escupirle todo lo que Ashton le había hecho pasar a Emma en su momento... No era apropiado hacerlo porque eso era otra historia muy interesante.

—Lady Amelia no sufrió ningún mal mientras estuvimos en el campo. —Por descontado él no iba a contarle lo que había hecho con ella hacía unas pocas horas. Así que no era mentira del todo.

—Elige a tus padrinos. Nos veremos al amanecer.

—Eso no será necesario. Estoy dispuesto a reparar el honor de la dama. Me casaré con ella —sentenció con humildad. Verlo lleno de ira, mientras decía esas palabras, no le dio buena espina al conde.

—Antes que entregártela a ti, la arrojaría a los leones. Con ellos, mi hermana sufriría menos que a tus manos.

Chesterfield se levantó de la silla. Lo miró desafiante.

—Tu hermana me ama. Yo estoy dispuesto a casarme con ella. No creo que tengas más que añadir.

—Ella no tiene la edad suficiente para casarse sin mi autorización —hubo de recordarle. Ese hombre la tendría por encima de su cadáver putrefacto.

—No seríamos la primera pareja de enamorados que se escapa a Gretna Green para casarse. —Ir a Escocia para recitar los votos estaba muy de moda entre los jóvenes enamorados que encontraban impedimentos para casarse.

—Al amanecer habrá un duelo. Más te vale estar allí. No tienes honor, pero el poco que te queda será puesto en entredicho si no acudes. Me aseguraré de que todo el mundo sepa que lord Chesterfield no es más que un ruin libertino que carece de honor y rehúye un duelo.

Ches lo miró impasible.

—No pienso batirme en duelo contigo. A mi futura esposa no le agradaría que acabase con la vida de su hermano. Habrás de contentarte con mi propuesta de matrimonio, porque ella no va a recibir ninguna otra. Va a ser mía o de nadie más.

Ashton no se lo pensó ni un instante, dio unos pasos y le asestó un duro puñetazo. Chesterfield cayó sobre su sillón y no hizo amago de defenderse.

—Te veré en el East End antes de romper el alba —señaló antes de salir de allí hecho un auténtico basilisco.

Chesterfield debía reconocer que el duque sabía cómo atestar un golpe. Escupió la sangre que sentía en la boca y se marchó directo al decantador para servirse una copa de brandy. Su relación con la familia de la novia no había ido como él deseaba.

Minutos después, el duque de Ascot y su padre entraron en su despacho sin ningún tipo de ceremonia. Bueno. Esos dos habían tardado poco en enterarse del chisme. La bruja se había tomado su tiempo para ir a chivarse a su mejor amigo y a su padre sobre lo que él había hecho. Con la duquesa de Stone todo era impredecible. ¿Qué otra sorpresa tendría ella guardada bajo la manga?, se preguntó con disgusto.

—Pasad, pasad, esto es tan solo mi guarida... —ironizó cuando los tuvo delante.

—¿Ashton? —Preguntó Patrick al ver su labio partido.

—Así es, el hermano de mi prometida no está satisfecho con mis actuaciones pasadas —confesó sin reparos el conde.

—¿¡Lo culpas!?! —gritó su padre.

—No. Yo a él —Ches señaló a Patrick— le puse la cara más morada de lo que ha hecho Ashton, cuando fui a hacerle una visita para pedirle cuentas sobre lo que había estado haciendo con Ger.

—Has ido demasiado lejos, Ches —lo regañó Patrick—. Tuviste que casarte con ella antes de regresar a Londres.

—Lo haré ahora —explicó con calma.

—¿Entonces lo del duelo...? ¿Es un chisme malicioso?

—Oh, no. Él exige satisfacción —respondió Ches a la pregunta formulada por el duque de Gales.

—¿Por qué no le has dicho que estás dispuesto a casarte con ella? —quiso averiguar su padre, desconcertado.

—Lo he hecho, pero se niega a que yo la tenga por esposa.

Patrick suspiró.

—Te lo mereces. Te advertí que te ibas a meter en un buen enredo. No quisiste escucharme.

—Es peor de lo que imaginas, amigo mío, porque él está empeñado en tener su duelo y yo no puedo matar al hermano de la mujer con la que pretendo casarme. Melly no me lo perdonaría jamás. Tampoco deseo morir porque estoy dispuesto a casarme con una mujer a la que estimo.

Patrick se quedó con la boca abierta. Ches rodó los ojos al ver la reacción de su amigo. Gales buscó una silla para tomar asiento.

—Tenemos que pedir consejo a Elvina. Si hay alguien capaz de poner orden en todo este enredo es mi esposa —expuso cansado el duque. Todos los años que había deseado que su hijo se convirtiese en un hombre casado y fuera sensato y honrado... No, Ches no podía poner las cosas fáciles nunca. De todas las muchachas, había ido a poner sus ojos en la hermana del hombre que lo detestaba con todas sus fuerzas.

—¡No! —gritó con fuerza Ches—. La duquesa de Stone ya ha hecho bastante.

—¿La bruja? —inquirió Patrick con el ceño fruncido. Ches afirmó con la cabeza—. ¿Qué ha hecho?

—Decirle al hermano de Amelia que yo la robé y que la mantuve en mi casa todo el tiempo que ella estuvo desaparecida.

—Creí que era tu amiga... —murmuró Patrick sin saber el motivo de la traición de la duquesa de Stone.

—Lisa no hace nunca nada sin un buen motivo. —Ches quería pensar que eso era cierto.

—Si el motivo no es que tú acabes muerto o que Ashton lo haga en tu lugar... Yo no veo otro —apuntó Patrick con molestia—. ¿Seguro que es tu amiga, Ches?

El conde bufó. Eso mismo se preguntaba él.

—¿Qué vas a hacer, hijo mío?

—No tengo ni la menor idea. Me ha amenazado con poner en entredicho mi honor si no acudo al campo de duelo. —Ches le dio otro sorbo a su copa.

—No creí que diría algo así, pero estoy de acuerdo con tu padre, debemos pedir ayuda a Elvina. Si algo sabe mi tía, es solucionar problemas casamenteros. Tal vez lo único que haga sea cogeros de las orejas a ambos y pedirlos que hagáis las paces —expuso con burla. Patrick se imaginaba a su tía haciendo justamente eso y tal vez fuera la solución más fácil para evitar lo que se preveía como un drama.

—La duquesa de Stone ha propiciado esto. Estoy dispuesto a ver hasta dónde llega la bruja con su actuación.

—¿Vas a presentarte al duelo? —Patrick no se lo creía.

—Sí. La bruja me quiere allí y no voy a decepcionarla. —Chesterfield comenzó a darle vueltas al líquido que había en su vaso. Se sonrió—. Al menos me quedará el consuelo de que si muero, Lisa no podrá vivir con su conciencia limpia. Regresaré de entre los muertos para atormentarla y de paso haré lo mismo con su esposo. —El conde comenzó a reírse con su idea mientras Gales y Ascot se miraban con horror.

Lord Chesterfield definitivamente había perdido el juicio...

Algo no iba bien. La duquesa de Ashton no había podido conciliar el sueño con facilidad. Su esposo había regresado a casa y no las había mirado ni a Melly ni a ella. Estaba furioso con ambas. Había ido a su alcoba en su busca para hacerlo entrar en razón. Encontró la puerta de él cerrada con llave. Por primera vez desde que se casaron ella iba a dormir sola en su habitación. Sin él. Emma estaba relativamente tranquila, pues Amelia le había prometido que no habría duelo porque ella había solucionado el problema. Confió en su palabra y dejó que el malhumor se alejase de su esposo con el paso de los días.

Un carruaje la despertó y ella corrió como una flecha hasta los aposentos de Melly. Iba sollozando de pena y angustia.

—Melly, despierta, despierta. Melly. —Em la zarandéó con firmeza.

—¿Qué sucede, Em? —preguntó la joven, con los ojos aún entornados. No había luz asomando por la ventana.

—Ashton se ha marchado. Ha cogido sus pistolas. ¡Se ha ido!

—No, no puede ser. Te lo dije. Lo he arreglado.

—¿Cómo lo has hecho?

—Es complicado.

—Melly, se ha ido. No está solucionado. ¡Todo es un desastre! Seré viuda y mis hijos crecerán sin su padre. —Emma se puso a llorar mientras se tocaba la barriga.

—Le dije a Ches que sería su amante si no permitía el duelo. Yo he cumplido con mi parte. Él no faltaría a su palabra —dijo con cierto pánico. No podía suceder eso que estaba explicando la esposa de su hermano.

—Melly, sus pistolas no están. Lo he visto desde la ventana salir de casa con Stone y lord Spencer. Van a un duelo. No sé qué hacer... no sé cómo arreglar esto. ¿Qué hacemos? —Emma

miraba con súplica a la hermana de su esposo porque realmente no veía una solución al problema.

La joven saltó de su cama y rebuscó en el fondo de su baúl privado removiéndolo en busca de unos pantalones y una camisa. También estaba ahí el sobretodo que le había quitado a Ches. Comenzó a vestirse mientras la duquesa no cesaba de llorar.

—Ve con tu hijo. En tu estado no es bueno que te agites. Yo iré a buscarlos. Lo impediré. Lo prometo.

—Melly...

—Confía en mí. A mi hermano no le sucederá nada malo —se juró a sí misma.

Melly voló por la escalera de la casa y cuando salió en busca de un caballo, encontró que el carruaje de la duquesa de Stone la aguardaba.

—¿Lisa?

—Sube, vamos. Debemos darnos prisa— le ordenó la duquesa desde la ventana. Melly subió y se colocó a su lado.

—¿Por qué me descubriste, Lisa?

—Te propuso ser su amante. Él merecía un escarmiento —apuntó la duquesa con furia.

—La vida de mi hermano corre peligro. Puede que Ches y yo mereciésemos sufrir por lo que hicimos. Emma llora desconsolada creyendo que su marido morirá a manos del conde —le dijo la muchacha con molestia.

—Melly —Lisa la miró con ternura—, si no lo obligaba, él no te hubiera tomado por esposa nunca. Tu hermano era la baza que yo tenía a mi abasto. No había otra solución. No veo el futuro, pero sí soy una mujer muy inteligente que ve cosas que otros no perciben. Él hubiera acabado destruyéndose a sí mismo y tú no hubieras encontrado amor junto a otro, porque no conseguirás sacar a Ches de tu corazón jamás. Espero que recuerdes mis palabras llegado el caso. —La duquesa suspiró.

—¿Cómo detendremos el duelo? —Lo importante ahora era salvar a Oliver.

—No tengo ni la menor idea... —confesó con cierto temor.

—¡Excelencia!

—Te he dicho que no veo el futuro como hace mi abuela, solo actúo según mis impulsos. Decirle a tu hermano que él había estado contigo fue lo que tuve que hacer.

—¡Se matarán!

—No lo consentiremos.

—¿Alguna mujer ha conseguido detener antes un duelo?

—No lo sé. Pero pronto averiguaremos si nosotras dos vamos a ser capaces de hacer algo como eso...

El carruaje se paró y las dos bajaron corriendo.

Melly gritó con todas sus fuerzas cuando vio a su hermano apuntando al amor de su vida mientras que Ches no había levantado la pistola.

—Stooooonee, ahoraaaaa... —chilló Lisa para que su esposo empujase a Ches a un lado.

El marido de Lisa movió de su lugar a lord Chesterfield y la bala lo rozó en el brazo. La mala suerte hizo que el conde cayese sobre una piedra y se golpease la cabeza con ella.

Melly corrió y llegó hasta la posición de Ches. Se arrodilló junto al conde y lloró al verlo inerte y sin vida.

—Ashton, ¿cómo has podido? ¿Cómo has podido matar al hombre que amo? No te lo perdonaré jamás. Nunca lo haré —le dijo a su hermano cuando él llegó junto a ella. Trató de levantarla. Ella se removió—. ¡Suéltame! —Melly le propinó un codazo y se giró para mirar a los cinco hombres que había ahí—. ¿Cómo habéis permitido este teatro absurdo? ¿Por qué?

Patrick se sintió mal. Había tratado por todos los medios que el duque de Ashton entrase en razón. Gales había hecho lo mismo, incluso los testigos de él, es decir Stone y Spencer, lo habían hecho. El duque de Ascot se olió algo extraño cuando el esposo de la bruja pidió hacer un cambio con él para ser el padrino de Ches. Puesto que su amigo asintió y Ashton no se interpuso en el acuerdo, los dos intercambiaron sus lugares. Ahora, después de haber visto la maniobra del esposo de Lisa, comprendía lo que había hecho la bruja. ¿Cómo era capaz esa mujer de anticiparse a los movimientos de los demás? Justo estaba haciéndose esa pregunta cuando el marqués de Spencer, de nombre Leonel y apellido Jones, llegó a su lado y le palmeó la espalda.

—Se empeña en decir que es una bruja, nunca lo he creído pero comienzo a hacerme muchas preguntas. La duquesa de Stone siempre alega que es tan solo una mujer inteligente que ve cosas que a otros se les escapan. ¿Cómo ha sabido ella que Ches no levantaría el arma para apuntar a Ashton? ¿Y si Stone no se hubiera intercambiado contigo, Patrick...? Muchas cuestiones... Olvídalas, ha salido bien... —Lord Spencer miró al hombre que yacía en el suelo—. Bueno. Ha salido todo lo bien que cabría esperar.

—Lord Chesterfield ama a esa mujer, el conde no habría atentado contra la vida del otro hombre que Melly ama —puntualizó Lisa mientras pasaba por el lado de ellos para ir en busca de Ches.

—Lisa, ¿está muerto? —preguntó Melly con temor. Lisa negó con la cabeza.

—Hermana es momento de marcharnos. —Oliver trató de volver a agarrarla para llevársela del lugar.

—No pienso irme contigo.

—Melly, nos vamos de inmediato.

—No, hermano. No me separaré del hombre al que he entregado mi corazón y mi cuerpo —confesó sabiendo que su hermano no la perdonaría jamás.

Lo vio cerrar los ojos y se lamentó por causarle ese daño a Oliver.

—O vienes conmigo ahora o nunca —la amenazó.

—Regresa a casa con tu esposa y tu hijo. Emma necesita saber que estás bien. Te quiero, Oliver. Pero no dejaré a Ches hasta saber que él está bien. Lo amo.

—Has elegido tu camino, Melly. —Ashton se marchó de allí sin mirar atrás y con el corazón roto. Estaba decepcionado con ella.

—¡Oliver, te quiero! Siempre te querré. Eres mi hermano —gritó. Pero el duque no se dio la vuelta. La ira y la furia lo embargaban y no le permitían ver nada más que eso. Melly no lo culpaba por su reacción, él creía que la estaba protegiendo.

—La duquesa de Stone, esto fue su plan... ¿qué hacemos ahora? —Preguntó Patrick, quien estaba acucillado mirando a su amigo a fin de revisar su pulso.

—Nos lo llevamos a mi casa, por supuesto —señaló Lisa. Esa respuesta le valió un gruñido de su amado esposo.

—¿A mi casa, Lisa? ¿No hay otro lugar en el que tu amigo esté mejor que bajo mi techo? —Stone comenzaba a arrepentirse de haber sido parte activa en las ocurrencias de su duquesa.

—Me necesita. Él me necesita. Tú y yo somos lo que somos porque él nos ayudó. No puedo quedarme de brazos cruzados cuando él me necesita. —Lisa miró con súplica a Stone.

—Puede llevárselo él —señaló a Patrick—. A fin de cuentas, está casado con su hermana.

—Lo haría encantado, desde luego —se ofreció el aludido.

—Por favor... —La duquesa hizo un bonito puchero para conmover a su esposo.

—Está bien, está bien... —claudicó el esposo a regañadientes. Su esposa lo contentaría en la cama con una nueva perversión que él deseaba hacerle desde hacía demasiado... Lisa ya no iba a tener escapatoria.

La respuesta de Stone le valió una sonora carcajada que salió de la garganta de lord Spencer. El marqués y el duque, es decir Tom y Leonel, se llevaban como el perro y el gato. Que el hijo del duque de Stone, el pequeño Marcus, hubiese proclamado su intención de casarse con la hija de ese odioso marqués, con la dulce Eleanor, no había hecho otra cosa que enemistarlos todavía más. Y lo peor de todo era que a Lisa no se le había ocurrido otra cosa más que fueran todos de viaje a Irlanda para visitar a Nana en los próximos meses.

—Siempre supe que ella —dijo mirando a Lisa— llevaba los pantalones en tu casa, Stone —se mofó el marqués de Spencer ante la retirada tan apresurada del duque a manos de su esposa.

—Entonces harás bien en recordar que esa mujer está criando al muchacho que pretende casarse con tu pequeña —le escupió con rabia Stone mientras levantaba del suelo a Ches con la ayuda de Patrick.

El pequeño Marcus estaba convencido de que Eleanor sería su esposa y ninguno de los dos hombres veía esa unión con buenos ojos. Stone y Spencer eran como el agua y el aceite. ¡Sus hijos no podían casarse!

—Eso sucederá cuando el infierno se congele. —A lord Spencer le recorrió una mala sensación por todo el cuerpo al pensar en emparentar con esa familia. Su esposa Susan y la esposa del hombre con el que no se llevaba bien eran amigas íntimas, pero nunca consentiría que

el denominado Marcus, que a su tierna edad ya era lord Sunrey, desposase a su princesa. No. Nunca sucedería algo como eso, se prometió Spencer.

—Por favor, falta mucho para que Marcus y Eleanor se casen —habló Lisa—. Haya paz. ¿Podemos ocuparnos del bienestar de lord Chesterfield? Por si nadie se ha dado cuenta, necesita atención médica.

—Faltan años para que se casen, pero no juntos —puntualizó amenazante lord Spencer. Lisa suspiró.

—¿Nos vamos? —Preguntó la duquesa mirando a Melly.

Los hombres acomodaron a Ches en el carruaje y los duques de Stone, junto con la muchacha, se dirigieron al hogar de Lisa y Tom.

Ver en la cama a ese poderoso hombre tan indefenso le partía el corazón. Melly no podía dejar de llorar. Lisa le había dicho que no moriría. Que se recuperaría pronto. El médico certificó las palabras de la duquesa.

Por lo visto, entre los secretos de la duquesa de Stone también figuraba el de hacer tisanas para ayudar a los enfermos. Cuando se presentó en la alcoba en la que estaba el paciente le dijo la manera que ella debía dársela a beber a lord Chesterfield... ¡Directamente de sus labios y despacio!

Se preparó para pasar unas angustiosas horas. Él se removía en la cama, inquieto. Susurraba en sueño y la llamaba a ella. Su nombre lo decía claro. «Melly, amor mío no me abandones. Melly te lo suplico, quédate a mi lado. Mi amor. Mi amor.», había susurrado durante su inconsciencia mientras ella sujetaba su mano y le decía palabras igualmente tiernas.

Lisa, que había estado a su lado cuando aquello fue dicho, suspiró con alivio.

—Decirlo en sueños no es lo mismo que sentirlo cuando despierte —advirtió Melly con pesar, tratando de no perder el contacto con la realidad.

—Sé que te ama. Estaréis bien juntos. Va a ser un día largo. Con una noche todavía más complicada. Pide lo que necesites... No vas a querer tu propia habitación, ¿verdad? —tanteó la duquesa.

—No me iré de su lado hasta que despierte. —Las normas sociales no importaban en estos momentos.

—Bien. Si me disculpas, tengo que ir a calmar a mi esposo. Los favores que hoy le he solicitado los voy a tener que pagar muy caros. —Dijo más para sí misma que para el resto. Cuando cayese la noche, Lisa imaginaba que Stone la ataría a la cabecera de la cama y haría con ella lo que se le antojase. La perspectiva de estar a merced de las necesidades de su esposo la pusieron húmeda al momento. Ese duro, bruto y arrogante, todavía sabía hacer que ella se derritiera con el primero de sus besos.

Melly estaba sumida en sus propios pensamientos y no la había oído hablar.

—No se ha defendido del ataque de mi hermano. ¿Por qué? —Melly no entendía el proceder de él.

Lisa le sonrió con ternura.

—Te ama. Matar al hermano de la mujer a la que ama no hubiera hecho las cosas fáciles contigo. Chesterfield es duro con respecto a algunas cosas, pero otras las entiende maravillosamente bien... ¡Y rápido!

—No. —Ella negó con la cabeza con suavidad—. Me desea, no me ama. No ha sido capaz de mantener su promesa.

—¿Qué promesa? —Lisa no sabía a qué se refería la joven.

—Me ofrecí como su amante para que no acudiese al duelo.

—¡Melly! —La regañó la duquesa.

—No veía otra solución. Desde que el destino lo puso en mi camino, ha dicho que deseaba seducirme. Ver a Emma suplicándome ayuda para que su esposo no falleciera por mi causa... No me dio otra opción.

Lisa le colocó una mano sobre el hombro para infundirle valor.

—Stone me ha dicho que Chesterfield se ha ofrecido a casarse contigo, pero que tu hermano ha preferido batirse en duelo. Ashton no ha consentido en entregarte a un hombre como él.

Melly apretó los ojos con fuerza. Obligado a casarse con ella. Y su hermano se había opuesto. No le sorprendía. Oliver no consentiría que Ches ingresase en su familia. Además, Ashton creía que estaba obrando por el bien de ella. Esta última conjetura, Melly no la ponía en duda.

—Temo lo que me pueda hacer —dijo Melly, mientras sostenía la mano del hombre que tal vez volcase su ira contra ella.

—Si algo he descubierto de Ches, es que es un buen hombre. Leal, fiable. No te obligaré a hacer nada que no desees. —De hecho ese era el credo que él ejercitaba, según había averiguado Lisa—. Estoy segura de ello.

—Es lo que siempre me ha dicho él mismo.

—Te deseo suerte, Melly. Ten fe. Todo llega al que sabe esperar.

La duquesa le dio un beso en la mejilla y se marchó del lugar.

A la mañana siguiente, Lisa substituyó a Melly en el cuidado del convaleciente para que ella pudiera adecentarse y comer algo. En cuanto salió de la habitación, el conde se removió inquieto como si hubiera percibido su pérdida. La duquesa se acercó para tocar su frente.

—Tú no eres mi esposa —dijo, mientras agarraba la mano de la duquesa de Stone con hostilidad y abría los ojos de par en par—. ¿Quién eres?

Lisa lo sondeó con la mirada.

—Yo soy tu amiga. Soy la duquesa de Stone. —Él le soltó la mano y bajó la guardia. La duquesa percibió un cambio en su actitud. Se sonrió. Él se empeñaba en negarla, pero los dos eran amigos.

—¿Lisa? —A él eso le parecía razonable. Había algo en el rostro de ella que le hizo decir su nombre sin tener que buscarlo en su mente con detenimiento. Chesterfield se sentía extraño.

—¿Dónde está mi esposa? —inquirió con impaciencia.

Lisa lo miró con atención. ¡Eso sí que no se lo esperaba!

—¿Cómo se llama tu esposa? —Lisa respondió con otra pregunta a la que le dio un tono muy cauto.

—Si eres mi amiga, sabes que la paciencia no es una de mis virtudes. Dime ahora mismo por qué mi esposa no está en mi cama. —Él sabía que había tenido un percance y estaba disgustado porque su mujer no estuviera atendiéndolo— ¡Melly! —gritó él con desesperación. En su sueño había visto que la perdía. Ches se movió y aulló de dolor—. ¿Qué me ha sucedido? ¿Por qué tengo el brazo vendado y la cabeza me arde como el infierno?

Lisa se colocó a su lado y evitó que él saliera de la cama.

—Has tenido un accidente. Debes reposar. ¿Qué recuerdas?

—Pistolas. Alguien me apuntó. —Las imágenes estaban difusas—. ¿Un esposo celoso por haberme acostado con su mujer? —tanteó Ches.

Lisa suspiró. Incluso despistado él no olvidaba sus vicios...

—Veo que recuerdas tus... En fin, sí. Eso ha sido lo que ha ocurrido. Tu esposa, Melly, está muy disgustada contigo porque te han pescado con tu amante. Tu esposa, Melly —repitió la duquesa— iba a abandonarte por tu falta, pero no lo ha hecho, porque llorando ha venido a cuidar de ti en cuanto se ha enterado de que estás herido. Aunque no te lo mereces, tu esposa, Melly —puntualizó por tercera vez—, no ha dejado de preocuparse por ti. Estaba hecha un mar de lágrimas. No la mereces.

—Soy un conde, puedo tener a mi esposa en casa y a mi amante en mi lecho —señaló testarudo.

—Entonces ella se marchará de tu lado. Y... bueno, tú la amas. Al menos eso es lo que has dicho durante toda la noche mientras delirabas. ¿La amas, verdad? —Lisa no necesitaba confirmación porque lo sabía, pero a él le iría bien decirlo en alto.

—Por supuesto que sí. Es mi esposa. No me hubiera casado con ella de no haber sido de

otro modo. Si he buscado una amante, ella ha tenido que hacer algo para que yo me marchase de su lecho. —Lisa tenía ganas de gritarle. Incluso privado de ciertas partes de su mente, él seguía siendo todo un libertino despreocupado.

—¿Qué recuerdas de tu vida? ¿Sabes cuál es tu título? —Como descendiente de Natura, la duquesa sabía sobre dolencias e intuía que el fuerte golpe en la cabeza había mermado su mente.

—Soy Albus John Lamark, conde de Chesterfield. Resido en el campo junto con mi esposa. Gales... Gales ejerce como mi padre. Lo demás no está del todo claro... ¿Hay algo que deba saber, Lisa? —El nombre de esa mujer era muy habitual para él. Demasiado, y tal vez por eso se fiaba de ella. Algo lo impulsaba a brindarle su plena confianza. Su rostro era muy, pero que muy conocido para él.

—Noooo —señaló con la boca pequeña mientras salía de la habitación—. Iré a buscar a tu esposa, a Melly, para decirle que estás despierto.

—Quiero marcharme al campo de inmediato. Avisa a mi esposa de mis planes. Si sigue teniendo la estúpida idea de abandonarme, ya puede olvidar semejante tontería. —A él no lo abandonaba ninguna mujer, menos la suya propia. Eso sí lo tenía muy claro.

—Mientras no tome a otra amante, no creo que ella quiera marcharse de su lado, milord. —Usó la formalidad a modo de reprimenda.

—Recuerdo también a tu esposo... Lord... —comenzó él a decir, obviando la recomendación de la duquesa, pero el título no le salía del todo...

—Stone.

—Eso. ¿Ha sido él quién me ha retado a duelo por acostarme contigo? —Esa mujer le era demasiado familiar y no sabía si la conocía en el aspecto íntimo.

Lisa se rio con ternura.

—No, Ches. Tú y yo nunca podríamos ser amantes porque somos amigos. Muy buenos amigos.

—Amigos —repitió con calma—. Recuerdo que tu esposo me odia por ser tu amigo.

—Lo hace, pero también te aprecia. —Si no fuese así, el duque no habría permitido

traerlo a casa.

La duquesa cerró la puerta tanteando su siguiente paso. La cabeza de él debía haberse dado un buen golpe. Eso era seguro. Que justo hubiera convertido a Melly en su esposa en su inconsciente... Como poco era algo curioso que la joven debía aprovechar para sacar ventaja.

—¿Sucedo algo, esposa? —preguntó el duque al ver salir a Lisa de la habitación donde habían acomodado a Ches.

—Se ha despertado.

—¿Por qué has de estar tú, precisamente cuidando de él? —Los celos lo estaban martirizando.

—¿Nunca vas a comprender que no hay nada entre él y yo? —inquirió con enfado.

—Es Chesterfield. No es un hombre común. Es famoso por tener a cualquier mujer con solo chasquear los dedos. No quisiera tentar mi suerte. —Tom era un hombre muy seguro de sí mismo, pero el conde era el mayor de los libertinos sin escrúpulos.

—Lo que dices es un completo disparate. Estás poniendo en entredicho mi lealtad, mi amor y fidelidad hacia ti. No me gusta que hagas eso, Tom. —Ella se había enfadado mucho.

—Soy como soy. Lo sabías cuando me permitiste tenerte. Chesterfield...

—Basta, Stone. Él y Melly son uno y yo no tendré la necesidad de cuidarlo y atenderlo. Ella lo hará. ¿Te tranquiliza eso? —Su esposo era demasiado cabezota en cuanto a Ches.

—Sí. Pero más me tranquilizaría que lo hiciera de inmediato. Y si además se van de mi casa al momento, tanto mejor.

—Se van al campo. No te preocupes. —Lisa se quedó pensativa un instante—. ¿Crees que el hermano de la dama tiró a matar?

—Yo lo hubiese hecho —dijo el duque con una sonrisa. Su esposa rodó los ojos—. Ashton no deseaba hacerle daño, no al menos tanto como para matarlo. El disparo estaba enfocado para darle en un brazo. Ashton... Él ha sido siempre muy... es...

—Vengativo, frío y un estirado.

—Es su hermano. No puedes culpar a un hombre por defender el honor de su sangre.

Lisa suspiró.

—Me ocuparé del duque en su momento. Voy a buscar a Melly para explicarle la situación con su... esposo —arrastró la palabra.

—¿Se han casado? ¿Esta noche? —Stone no comprendía nada.

—Él cree que sí. Se ha despertado preguntando por su esposa, por Melly. El golpe ha hecho algo dentro de su cabeza...—Lisa se rio, si hubiera sabido que él necesitaba un fuerte golpe para comprender, ella se lo habría dado hacía tiempo.

—No quiero saberlo, Lisa. Deshazte de él lo antes posible —pidió mientras se marchaba del lugar. No es que el duque de Stone no apreciase a Ches, sencillamente es que no deseaba tener bajo su techo a otro hombre que no fuera uno de sus hijos. Él era el rey de su casa y así deseaba que continuase siendo. Siempre estaría celoso de la relación que su esposa tenía con el conde. No porque sospechase que ambos pudieran traicionarlo, sino... sino... ¡Le molestaba y punto!

Melly bajó a por el desayuno a la cocina. Estaba famélica. Se había marchado tranquila porque la duquesa de Stone lo cuidaría diligentemente. Se despertó con él abrazado a ella. Había sido una sensación gloriosa. Melly mordió el bollito de canela recién horneado. Estaba riquísimo. Durante todo el día de ayer no había podido probar bocado a causa de la preocupación.

—¿Quién eres? —Le preguntó un niño muy bien vestido que estaba comiéndose un bizcocho.

—Me llamo Melly. ¿Quién eres tú?

—Soy Marcus, conde de Sunrey y futuro duque de Stone. ¿Qué haces en mi casa?
—Melly supo de quién era hijo antes incluso de que él hubiera hablado. La misma rudeza de su padre había en el niño.

—Estoy cuidando de un hombre que está un poco enfermo. Tu madre nos ha dado cobijo.

—¿Es tu esposo?

—Ajá... —dijo no sabiendo muy bien que responder a eso.

—Yo estoy prometido, ¿sabes? —Melly vio al muchacho sacar pecho al hacer esa afirmación. Sin lugar a dudas era hijo de Stone. Además de ser rubio y de ojos azules como lo era el duque, parecía un tirano como él. Y eso que era un muchachito.

—¿No eres demasiado pequeño para estar prometido? —La seguridad de él la había dejado sorprendida. Ese niño no tendría más de diez años.

—No. Ella es perfecta. Eleanor, es la hija del marqués de Spencer y es mía. —Melly abrió los ojos con sorpresa, el joven se estaba refiriendo a la hija de Susan, a quien ella consideraba su propia hermana—. Le he pedido a mi padre que redacte el contrato lo antes posible. Algún otro me la podría robar y no estoy dispuesto a que eso suceda. Cuando uno encuentra a una bonita compañera, dulce, tierna y hermosa, no debe esperar a que otro se le adelante.

Melly deseó que Chesterfield hubiera oído esa conjetura. La joven se sintió envidiosa de la seguridad del niño.

—Entonces espero que seas muy feliz con tu futura esposa.

—Lo seremos —sentenció con la misma precisión que haría Lisa. Sin duda, también había rastro de la duquesa en él.

—Marcus, ve a buscar a tu hermano. Id con la niñera. —Le aconsejó la duquesa de Stone cuando irrumpió en la cocina.

El muchacho cabeceó afirmativamente y se marchó. Las dos se quedaron solas.

—Es un niño precioso —apuntó Melly.

—Lo es. Pero es terriblemente terco. Cree que tiene que hacerlo todo él solo y nunca pide ayuda. No es comunicativo, solo expresa sus deseos... Demasiado parecido a Stone. —Lisa suspiró en este punto.

—Dice que está prometido con la hija de Susan.

Lisa se rio con ligereza.

—Mi hijo sabe lo que quiere. No importa la edad que tenga. Asegura que se casará con ella y que nadie lo frenará. Como puedes suponer, el esposo de nuestra Susy no está de acuerdo con la pretensión de Marcus. Mi esposo tampoco. Esos dos hombres no se soportan y no están dispuestos a que nuestros hijos se casen. —Lisa sonrió. La providencia era muy extraña.

—Lee —Melly se refería al esposo de Susan— es muy duro, pero es un buen hombre. Sospecho que igual que Stone. El marqués de Spencer me leía cuentos de princesas cuando yo era pequeña. Me enseñó a montar. —Amelia tenía gran afecto por la familia de Susan.

—Lo sé, yo también estaba ahí, ¿recuerdas?

—Hace tanto tiempo de aquello, Lisa —señaló con añoranza.

—Es momento de pensar en el futuro, no en el pasado, Melly. Ches ha despertado.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —Melly comenzó a andar rauda para ir a su lado. Lisa le agarró el brazo.

—No recuerda el altercado. Dice que tú eres su esposa y que quiere marcharse al campo de inmediato.

—¿Ha olvidado su vida? —preguntó en una mezcla, de sorpresa e ilusión... Un pensamiento demasiado egoísta.

—No del todo.

—Debemos llamar al médico.

—Hazlo cuando llegues al campo. Ponte en contacto con el señor Penguin. Creo que vive en la zona —dijo pensando si eso era así— es un buen hombre y un buen galeno.

—¿Voy a ir al campo? —inquirió incrédula con el ceño fruncido.

—Ches cree que eres su esposa —expuso Lisa como si eso contestase todas las dudas de Melly.

—Te he oído antes, pero no lo soy.

—Estaba dispuesto a casarse contigo. Ve con él y ayúdalo a recuperar la memoria. —Era lo que ella haría para terminar de enamorar a un hombre que se resistía a reconocer que había entregado su corazón.

—¿Y cuando lo haga y descubra la farsa? ¿Viviremos felices rodeados de todo nuestro amor? —ironizó sin creer que la duquesa lo viese todo con tanta facilidad.

—Estará perdidamente enamorado de su esposa. ¡Estarás bien y la situación se arreglará por sí sola! —Lisa no veía complicación alguna. La muchacha bufó—. Melly, nada sucede en vano, todo tiene su motivo.—Lisa restó importancia a las preocupaciones de la joven.

—Eso último lo dices a cada rato para obligarnos al resto a obrar según tu voluntad —se quejó ella.

—Enviaré tus baúles a casa de Ches en cuanto mi servicio los recoja de tu casa. También tranquilizaré a Emma sobre tu paradero.

—He perdido a mi hermano, Lisa. Oliver no me perdonará jamás —expuso con gran pesar.

Lisa tomó su mano entre las suyas.

—Todos conocemos el carácter duro de Ashton. Él se dará cuenta de que te ama y recapacitará. Siempre fue un estirado y demasiado frío para mi gusto. No te preocupes por eso. Oliver necesita tiempo.

—Es mi hermano... No soporto su enfado.

—Lo sé. No te preocupes por Ashton ahora —repitió con efusión—. Tienes una hazaña más importante por la que luchar. Te prometo que a tu hermano pronto se le pasará el enfado. —Ella conocía a las personas y sabía que así sería.

—¿Lo hará? —preguntó con esperanza.

—Síííí. Venga, Melly, sube a verlo o harás que salga de la cama. Estaba muy enfadado porque no te encontrabas a su lado cuidándole.

—Más vale que esto salga bien, Lisa —dijo mientras se encaminaba hacia la habitación con un poco de esperanza residiendo en su corazón.

Melly llamó a la puerta antes de acceder. Lord Chesterfield dio su aprobación y entró. Lo vio de pie colocándose su ropa.

—No deberías estar fuera de la cama. —Lo regañó nerviosa, mientras se acercaba a él con temor por si se desplomaba.

—Estoy perfectamente bien. Debemos irnos a casa.

—A casa —repitió ella en voz baja.

—Me ha disgustado despertar y no ver a mi esposa junto a mí —la reprendió.

Melly quiso gritar.

—Si hubieras abierto los ojos más temprano, me hubieras observado a tu lado —se defendió.

—Como sea. Ahora estás aquí. —Chesterfield dejó de colocarse la camisa y la agarró del brazo para pegarla a su pecho.

—Milord... —susurró Melly.

—¿Qué hay de malo en que un hombre desee un beso de su esposa? —No dejó que la dama contestase. Se apoderó de sus labios con ternura. Melly trató de resistirse, pero lo que le hacía sentir él era demasiado como para no poder atenderlo.

¡Ay! Se sentía tan bien... ¿Y si Lisa tenía razón y de un golpe salía una boda dichosa y llena de amor y devoción?

Había sido un viaje de lo más tranquilo hasta la finca de lord Chesterfield. Su supuesto esposo la llevó de la mano durante todo el camino. En el habitáculo incluso la había acariciado y besado con ternura. Las palabras de amor tampoco dejaban de oírse. ¿Quién era este hombre y dónde estaba el libertino? Si lo que Ches hubiera necesitado era un golpe en la cabeza, ella se lo hubiese podido dar mucho antes. Melly se sintió horrible con ese pensamiento, pero es que... es que... ¡Estaba desconocido! Tan tierno y seductor que ella acabaría amándolo con locura, si es

que no lo hacía ya...

En el carruaje había tratado de hablar con él para explicarle que no estaban casados. No fue posible. Usaba los besos para silenciarla y ella se dejaba manejar completamente sin remordimientos. Un poco más, se dijo. Estaría al lado de ese maravilloso conde que se creía un esposo devoto, y pasados unos días confesaría la verdad con todo lo sucedido. ¿Qué mal podría haber en disfrutar del amor que él le profesaba a cada instante? Sí. Ella merecía un poco de eso que él le ofrecía sin remilgos.

Nada más ingresaron en la casa, el servicio estaba preparado para recibirlos. Ches se había referido a ella constantemente como su condesa y nadie se atrevió a poner en duda la palabra de su patrón.

Melly se quedó mirándolo mientras él cenaba. Tenía mucho apetito. No recordaba haberlo visto comer con tanto gusto mientras estuvieron en la casa la otra vez. Le gustaría tanto saber qué pensaba él sobre ella, sobre este supuesto matrimonio... Ches se veía feliz. No había mal en ocultar la verdad porque él estaba contento. La miraba de una manera que... ¡La hacía suspirar de pura dicha!

Chesterfield se sentía pletórico. Levantó la mirada de su plato y la examinó con atención. Era preciosa. Su esposa era un sueño de mujer. ¿Por qué habría ido a buscar a una amante si tenía una esposa como esa? Respondía muy bien a sus besos y caricias. En el carruaje había estado a punto de hacerle el amor dos veces. Se contentó con unos besos y con examinar sus pliegues para descubrir si ella se humedecía con sus atenciones.

No dejó de declarar su amor porque comprendía que ella estuviese dolida al haberse enterado de que él había buscado los favores de otra mujer. La tendría contenta y feliz para que no tratase de huir de su lado. Se sonrió. Más allá de ella no era capaz de recordar nada que no fuese significativo y eso le daba buena cuenta de lo importante que era su esposa para él.

Estaba tranquilo porque se suponía que recordaba lo necesario. La cabeza no le dolía en exceso y el brazo, salvo un tonto rasguño, lo movía con normalidad. Así que esta noche pensaba hacer uso del derecho matrimonial. No recordaba demasiado sobre el placer que ella le daba. Ese punto sí estaba muy difuminado. Había gritos, y sangre. Nada más conseguía rescatar del olvido con respecto a Melly. Su esposa. El conde sacó pecho con orgullo.

Dejó de comer y levantó la mirada de nuevo para verla.

—Esta noche visitaré tu lecho, esposa.

La cuchara de Melly cayó sobre su plato e hizo un ruido sordo.

—¿Disculpa? —se sentía boba. Si era su esposa, lo lógico era que él quisiera hacerle el amor. Ella no deseaba esa intimidad. No porque todo era una farsa y...

—Deseo poseerte y esta noche te tendré. Me gustaría que usaras algún tipo de... alguna vestimenta inapropiada que encienda mi sangre —le recomendó. Tras decir eso Ches recapacitó y puntualizó—: Mejor, espérame sobre la cama desnuda. Te daré tiempo para que te prepares para mí. Tomaré una copa de oporto en la biblioteca.

Ches se levantó y arrojó su servilleta sobre la mesa.

—Yo... no puedo hacer eso, milord —expuso con nerviosismo. Él se detuvo antes de salir—. Me temo que estoy indispuesta —aclaró ella.

—¿Qué te aqueja?

—Son mis días... Uhm...

—¿Sangras? —Ella asintió. Lo necesitaba pero no deseaba yacer con él. No sin desvelar toda la mentira que estaba en su cabeza. Solo unos pocos días y se confesaría, se volvió a repetir ella para tratar de calmar su conciencia—. Esta tarde no sentí nada. —En sus dedos no había habido sangre, solo sintió el gusto de mujer de su esposa cuando la probó.

—Ha sido hace escasos minutos —mintió con mayor precisión.

—Comprendo. Bien. Espérame en tu lecho de igual modo.

—Pero... pero... —comenzó ella a excusarse sin saber bien qué más añadir.

Él se marchó de allí contrariado. Le hubiera gustado hacer el amor con Melly. El motivo por el que no la tomó durante el viaje, fue porque necesitaba hacerlo sobre una cama.

Y no tardó demasiado en aparecer en el lecho de ella. Melly trató de hacerse la dormida.

—Sé bien que estás despierta, esposa. —Señaló con una amplia sonrisa mientras se metía en la cama—. Me molesta esta estúpida camisa de dormir. ¿Me suelo acostar así o desnudo? —Creía que era la segunda opción, pero por si acaso le preguntaría a ella.

—Con la camisa, milord. Es usted del todo recatado. —Iría al infierno por ser una mentirosa consumada. No le apetecía tenerlo desnudo cerca. Lo oyó suspirar y pensó que se

quedaría resignado.

—¿Te sientes mal? Los dolores suelen ser muy fuertes. ¿Quieres un poco de whisky?

—¡No! —gritó ella. Pero no estaba contestando a la pregunta, sino que estaba poniendo objeción porque él la había cobijado en su abrazo y la apretaba con firmeza.

—De acuerdo. Yo deseaba explicarte que sé lo que sucede entre nosotros.

—¿Lo sabe, milord? —preguntó mientras su cabeza se apoyaba con mayor comodidad sobre su torso varonil. El vello de él le hacía cosquillas en la mejilla. Era imposible no sucumbir a sus muestras de cariño y deseo... ¡Melly estaba perdida!

—Sí. No sé lo que me llevó a buscar una amante. He tratado de averiguarlo, pero mi mente se niega a responderme. Te prometo que no habrá ninguna mujer en mi vida más que tú. Los votos entre un hombre y una mujer deben ser inquebrantables. Te juro por mi honor que no volverá a suceder algo como esto nunca. Por favor, no me abandones.

Melly tragó con fuerza. ¿No podría él quedarse así para siempre? Un duro golpe en la cabeza y parecía haberse transformado en todo un esposo dedicado y amable. ¡Estaba durmiendo en su cama mientras le acariciaba la espalda! Había suplicado que ella se quedase junto a él. ¡Chesterfield era tan amable, considerado, amoroso, atento! Melly siempre supo que debajo de toda esa capa de lujuria y rechazo habitaba un hombre bueno y noble, lleno de amor para dar...

Unos días más para disfrutar de esto que pronto se acabaría y confesaría la verdad sobre su verdadera identidad. ¡No podía desvelar el pastel!

—No te abandonaré nunca, Ches. Siempre estaré a tu lado hasta que me eches. —Sonó a promesa, porque lo era.

—Entonces, esposa mía, me temo que no podrás huir nunca de mí. Esa pelirroja que nos ha separado..., te prometo que ya no es ningún problema.

—¿Pelirroja? —Melly se tensó. Él lo notó. Le acarició la espalda con mayor ternura.

—Es lo único que recuerdo. Es una mujer pelirroja que trepa sobre mi espalda. Luego veo tu cara de horror. ¿Nos sorprendiste, Melly? ¿Fuiste tú la que habló con el esposo de esa dama con el pelo de fuego? —Al ver que ella no respondía él siguió con su explicación—: Si lo hiciste, lo puedo comprender. Te he traicionado y no volverá a pasar. Te prometo que no consigo comprender por qué buscaría a otra mujer en mi lecho cuando siento que tú eres la indicada para

mí. Es extraño. Mi interior está lleno de contradicciones, pero lo único que se siente correcto, leal, firme, eres tú. Melly. Amelia.

Él terminó la exposición con un beso en sus cabellos y Melly se durmió pensando que con ese hombre sí podría ser una esposa devota, amable, tierna y seductora. ¿Podría quedarse Chesterfield así para siempre?

Y por la mañana, sus mejores deseos se cumplieron. Su esposo de mentira apareció en la puerta portando una bandeja, tal y como solía hacer cuando habían estado compartiendo aquellos días en este mismo lugar. Había bollitos de canela y un vaso de chocolate caliente.

—Esto —él levantó la bandeja— recuerdo que te gustaba bastante. Que te la trajese hasta la cama. ¿Es así? —preguntó cuando llegó hasta el lecho para sentarse junto a ella.

—Sí. Es perfecto. —Las lágrimas comenzaron a salir por la dicha de sentirse tan apreciada. Veía en la mirada de él tanta pasión y devoción... Cuando él despertarse de su letargo, sabía que todo eso se esfumaría.

—No, no, no, mi amor. No llores. —El conde apartó la bandeja a un lado y la abrazó con fuerza—. He debido ser un esposo horrible. Pero te compensaré por todo. Lo prometo, mi tierna Melly.

Y fue entonces cuando ella buscó los labios de él para besarlos con intensidad. Pronto un gemido de él escapó de su garganta. Los besos se fueron intensificando. Melly lo necesitaba. Él deseaba hacerle el amor. Desde que la vio lo quiso. Eso sí lo recordaba con fuerza. En ese recuerdo había una iglesia y ella había caído al suelo. Bueno. Luego le preguntaría por ese episodio en concreto, ahora mismo disfrutaría de sus besos.

—Ches... te necesito, mucho.

—Yo también te deseo. Debemos parar. En cuanto te sientas mejor haremos el amor, ¿de acuerdo?

Ches le dio un ligero beso en los labios y salió de la cama.

Melly quiso volver a llorar. Ese hombre egoísta y libertino había antepuesto su salud y bienestar a sus instintos primarios... Si recuperaba la memoria... ¿sería muy malo que ella le atizase en la cabeza con una piedra? Se regañó a sí misma por ser tan perversa... pero es que... es... que... ¡Era el esposo que deseaba!

Esa mañana estuvieron dando un paseo a caballo y visitando a los arrendatarios. La presentó como su condesa y de nuevo aparecieron remordimientos. Por descontado, estos fueron sosegados con un par de besos que él le ofreció mientras la ayudaba a desmontar. Las palabras de ternura también ayudaron a adormecer la conciencia de Melly.

Los días se sucedieron en una cotidianidad tan maravillosa como la que habían compartido cuando ella trató de escapar de su matrimonio con Shell. Su esposo dormía en su cama aguardando a que ella le dijese que ya no tenía sus días de mujer. La abrazaba y besaba.

Una noche se sintió fría sin él. Se incorporó y lo vio frente a la chimenea. Desnudo.

—¿Ches?

—Me siento cómodo sin ropa. —Se giró para mirarla por si hería su sensibilidad. En los días que pasaban juntos, percibía que era una dama del todo correcta y pudorosa, aunque nunca renegaba de su toque.

—Puedes estar así, si lo deseas.

—Melly, me inquietan algunos sueños.

—Puedes hablar conmigo de cualquier cosa —lo invitó a sincerarse.

—Temo que te asustes y me abandones.

Melly se levantó de la cama al percibir su angustia. Llegó hasta él y lo abrazó desde atrás. Él estaba de pie y pronto la cargó en sus brazos y se sentó con ella sobre él en la butaca más cercana.

—¿Qué te inquieta, mi amor? —Melly le acariciaba el pelo con mimo.

—En mis sueños sostengo una fusta.

Melly trató de aparentar normalidad.

—¿Qué más ves?

—Muchas mujeres. Todas gimen y me suplican que les dé placer. Me siento infame porque te estoy siendo desleal. No sé quién soy, Melly. Tú me haces sentir una cosa por el día muy diferente, me colmas de amor, pero las noches... son muy inquietantes.

—¿Te gusta?

—¿Uhm? —preguntó él mientras trataba de ordenar sus pensamientos.

—¿Cuando estás con esas mujeres y sostienes una fusta?

—¿Me abandonarás por ser franco, esposa?

—Nunca. Te lo dije. No mientras tú no desees que me marche. Yo te amo, Ches.

—Lo sé. Yo te amo, Melly. Por eso me desconcierta lo que sueño. Lo disfruto plenamente. Me gusta tocar a esas mujeres, porque todas tienen tu rostro. Yo no deseo hacerte daño con una fusta. Aunque disfruto cuando lo llevo a término.

—Lo sé.

—Hay una casa. Una gran habitación con una cama enorme, hay agua. Allí me baño con ellas. Me satisfacen. También hay otras parejas. ¡Un salón! Un salón que parece un teatro. ¿Conoces esto que tengo en mi mente, mi amor?

Melly miró su rostro. Era la ocasión perfecta para desvelar la verdad, para que él pudiera elegir entre la vida que ella le ofrecía y la que él tenía en el pasado. Veía tanta agonía en su mirada... Culpabilidad. Melly suspiró con fuerza.

—No tengo ni la menor idea de lo que puede ser, mi amor. —Iría al infierno por todas las mentiras que le había contado ya. Una más no marcaría la diferencia. No lo haría porque en un par de días ella le contaría toda la verdad. Pero no esta noche. Estar en sus brazos, que él fuera el esposo devoto y perfecto con el que ella tanto había soñado de pequeña... Unos días más y se confesaría. No hoy, no tan pronto.

Ches la regresó a la cama y de nuevo durmieron abrazados. Melly era consciente de que

no podría volver a dormir en paz si no era con él. Había hecho bien en ordenar el cierre de los aposentos de él aludiendo a que estaban siendo reformados para que así, el conde no viese las argollas.

Pero como todo no podía durar, porque en los últimos días su memoria había despertado de forma descorazonadora, el día temido llegó.

Él se había marchado a Londres. Cuando el mayordomo le informó del paradero de su esposo, ella supo que la hora de enfrentarse a la realidad había llegado. Del mismo modo que supo donde debía ir a buscarlo para plantarle cara al destino. Esperaba que lo vivido en esta última semana fuera suficiente para que él comprendiera lo que podían llegar a ser: un matrimonio por amor.

Y que Dios la ayudase, porque Melly no sentía ni un ápice de arrepentimiento por no haberlo sacado del engaño que él mismo había tejido.

Melly suspiró. La vez anterior compartieron todo un mes y no sirvió de nada. Bien. No tenía caso quedarse de brazos cruzados. Se marcharía para entrar en la Mansión de la Perversión por última vez. De él dependía que ellos no tuvieran un triste final.

Una Melly decidida a enfrentar el destino abrió la portezuela del carruaje que había alquilado en el pueblo y suspiró. En la Mansión de la Perversión se dio cuenta de que iba a perder su vida, pues el señor Shell se mostró implacable cuando se quitó la máscara. Melly trató de calmarse. Sus manos estaban temblorosas. Se quitó la capa y mostró ese descarado vestido que había encontrado en el armario de la casa de Ches. Tendría que colarse en el club y ver qué era lo que sucedía. Una mala sensación la recorría de arriba abajo. No podría soportar una nueva decepción. No con él. Había puesto en el candelero todo lo que tenía que ofrecer. No había nada más, porque nada le había ocultado al hombre que amaba. Había sido una tonta por haberse

callado la verdad. Sencillamente no quería despertar de ese sueño que él había fabricado para ella.

Con sigilo sorteó a las numerosas parejas que estaban entregadas al desenfreno incluso por el pasillo de la casa. Llegó hasta aquella habitación en la que él le arrebató la última de sus propiedades: su virginidad. Abrió lentamente preparada para esperar cualquier cosa. No había necesitado los poderes de una bruja, ni la clarividencia, porque Melly sentía dónde había de encaminar sus pasos.

Una pelirroja, aquella que una vez los interrumpió estaba atada de manos y pies. Se veía roja en la zona de las posaderas. Había sido azotada. Se adelantó sin hacer demasiado ruido y lo vio arrodillado ante ella.

—¿De verdad deseas que te lama después de haberte azotado con la fusta? —Oyó Melly que le preguntaba a su amante.

—Es lo que más te gusta. Hazlo, Ches.

Melly se negó a llorar o a gritar. Su corazón estaba partido en mil y un pedazos. Jamás se recompondría. Se irguió como la mujer decidida que trataría de mostrar.

—¿Dónde quedan tus palabras de amor y fidelidad, esposo? —inquirió con rabia.

Chesterfield saltó hacia atrás y cayó sobre sus partes traseras al suelo.

—Puedo explicarlo, esposa.

—Ella no es tu esposa, Ches —habló la pelirroja.

Melly la miró con ira. Divisó un fino pañuelo de seda sobre una mesa y se acercó para cogerlo. Lo colocó justo en la boca de la pelirroja. La oía murmurar y quejarse, no le importó. Y cuando la tuvo amordazada, fue hacia la cama para buscar una sábana que le echó por encima. Era la única manera que había para obviar su presencia.

Chesterfield no se había atrevido a hablar mientras veía a Melly tan decidida poniendo orden.

Amelia se colocó delante de un conde, que aún no se había levantado del suelo, con los brazos en jarras.

—He sido una estúpida por creerte. Por amarte. Nunca cambiarás. Jamás dejarás de ser un libertino.

—Melly —comenzó a decir mientras se incorporaba—, debes entender que necesitaba respuestas. Esta mujer me ha dicho que tengo cinco amantes y que no soy un hombre casado. Ha puesto una fusta en mi mano y he disfrutado de lo que se me ofrece. Sospecho que tú me has mentido —la acusó. Todo en ese lugar le era francamente familiar. La pelirroja también.

La mentira había sido descubierta. Ella lo miró a los ojos con la verdad habitando en ellos.

—Tan solo te he amado. Te he entregado todo lo que tengo y soy. No es suficiente. Cinco mujeres que te darán lujuria y pasión son mejor que una buena esposa que te ofrezca su corazón y devoción. Ches, no puedo soportarlo más. He peleado por ti con todo lo que tenía a mi alcance. Con la verdad y la mentira. Ninguna de las dos cosas me ha servido para que me veas y valores. El crimen que has cometido al regresar aquí y buscar a tu amante no lo perdonaré jamás. No te culpo, no puedes luchar contra lo que eres.

La rabia la hizo sollozar.

—¿Te atreves a acusarme de mentir? ¿Tú? Que me has tenido una semana viviendo en las sombras de la mentira. Que te has negado a hacer conmigo el amor y me has embaucado para apropiarte de mi título y fortuna con falsos pretextos. No, querida esposa —arrastró la palabra con animosidad—, no me disculparé por tratar de averiguar quién soy en verdad. Por lo que a mí respecta no eres más que una embaucadora. Una mujer pérfida que no ha hecho más que mentir una y otra vez —espetó con sorna.

Melly cerró los ojos con fuerza. Ahí estaba, lord Chesterfield en su máximo esplendor. El hombre que siempre sería. No. No podía más. Ya estaba bien de luchar.

—Sí, te he mentido y mi excusa, mi única excusa es que he sentido ese amor tan profundo que eres capaz de darme. Me has cobijado bajo él, como un esposo tierno y delicado, y me negaba a salir de allí. He retrasado lo inevitable todo cuanto he podido, me negaba a que volvieras a ser ese hombre egoísta que se dedica a seducir mujeres sin atender a sus propios sentimientos como hombre. Yo te habré mentido. Tú también lo has hecho, porque a cada instante de estos días, que han sido los más felices de mi vida, me has hecho promesas de amor que has quebrantado a la menor oportunidad. También eres un embaucador que ahora ha arrancado las ilusiones y esperanzas de mi roto corazón. No importa, Ches, quédatelo. No puedes

romperlo más de lo que ya lo has hecho.

—¿Y qué quieres que haga? No sé quién soy. Descubro tus embustes. Esa preciosa mujer se presenta desnuda ante mí portando una fusta que lleva mi nombre. ¡Yo dirijo esta casa de pecado! No soy un santo, sino todo lo contrario. Mi hombre de confianza corrobora que no soy un hombre casado. Protagonicé un duelo contra tu hermano porque yo no deseaba casarme contigo y él lo exigía. ¿¡Qué esperas de mí, Melly!>? ¿Que mis olvidos no destapen la clase de mala mujer que eres?

Las lágrimas caían libres por su rostro con fuerza. Trataba de no sollozar. La humillación era insuperable. Todo malo. Siempre pensaría lo peor de ella. Nunca recordaría el amor que se profesaban cuando estaban juntos.

—Espero que sea feliz, lord Chesterfield. Le deseo una vida próspera llena de eso que tanto necesita para saciar sus perversiones. Dé gracias al cielo, como hago yo, de que todo esto solo haya sido una farsa y el uno sea libre del otro.

Se giró con humildad y lo dejó tal cual lo había encontrado. Desnudo y disfrutando de una mujer mundana que lo satisfaría mucho mejor que ella.

Se acabó. Se había acabado. De nada había servido confesar su amor por él cuando Chesterfield era todavía Ches. Tampoco había funcionado engañarlo mientras era un devoto esposo. Con él solo conseguiría humillación, engaño, desesperación. Lo mejor era poner punto y aparte. Él seguiría por su lado, y ella por el suyo. Había amores muy fuertes que no estaban destinados a ser. Bien lo sabía Melly.

Sola y arruinada, se encaminó hacia el único lugar en el que sabía que le darían cobijo: la casa de la duquesa de Stone.

Capítulo 9

El pasar y el pesar de los años

El aire era fresco pero se sentía enardecido. El barco surcaba el mar y ella miraba a lo lejos el camino que había dejado atrás. Un año y medio. Dieciocho meses enteros lejos de todo cuanto había conocido, admirado y sufrido. Volvía a casa y lo hacía con esperanza, con ilusiones renovadas. Una ola hizo que la embarcación se moviese más de lo debido. Melly se agarró con firmeza a la barandilla. La señora Black hizo lo mismo que ella al sentir el movimiento tan violento.

Cuando llegó a los Estados Unidos de América, el viaje en barco fue un suplicio. Llegar a Boston fue tranquilizador para ella y sus acompañantes. La duquesa de Stone la había provisto de fondos, de una dama de compañía apropiada, esa era la señora Black, y uno de los hombres más leales y curtidos de su esposo, ese era el señor Adrien Smell.

Después de pasar por el hogar de la duquesa y desahogarse con ella sobre sus dolencias, partió hacia casa de su hermano para hacer las paces con él e informarle que él había tenido razón sobre todo, en lo referente al señor Shell, y al conde de Chesterfield. Le pidió disculpas y su hermano hizo lo propio con ella. Lo comprendía. Él se sentía enfadado, pero luego se angustió por haberla tratado tan mal. Ella también entendía que había tenido una buena parte en la culpa. Era a su hermano al que había fallado como mujer casta, respetable y pura. Era un duque y siempre quería lo mejor para ella, por eso la muchacha lo perdonó sin dudar. Los dos se abrazaron y ella juraría que su hermano tuvo los ojos congestionados. Melly comprobó con alegría que el matrimonio de los Ashton no se había resentido ni un ápice por su encrucijada.

Oliver le dio las señas de una buena familia con la que había hecho negocios y que lo

habían invitado a visitarlos e instalarse en su casa el tiempo que necesitase. Así fue como lady Amelia, hija de un duque, fue recibida por los Emerson, con alegría y los brazos abiertos. Era una familia de Boston acaudalada que se dedicaba a la comercialización de cristales, tanto para las ventanas como espejos.

El viaje hasta llegar a su destino fue largo, pero le sirvió para darse cuenta de que había sucedido lo mejor para los implicados. El amor de su vida nunca renunciaría a sus excentricidades por ella. Y Melly no podría vivir sabiendo que él no le era fiel. Todo había sido para bien. Con esa idea desembarcó en un Boston muy diferente al rígido Londres. Algo más permisivo, pero con las mismas reglas de moralidad inquebrantables.

La familia que le dio asilo estaba compuesta por una muchacha y tres jóvenes. El mayor le sacaba a ella cinco años. Pronto se llevaron bien. Cameron Emerson. Se había convertido en un buen amigo que la acompañó a bailes y le presentó a la buena sociedad bostoniana.

La joven, dos años menor que ella, Lucy, se convirtió también en una buena amiga. Llegó un poco alicaída al hogar de los Emerson, pero los días pasaron y su corazón se fue recomponiendo poco a poco.

Estaba satisfecha con el devenir de los acontecimientos. Había conseguido hacerse una vida sencilla, pero sin escatimar en eventos sociales y los lujos propios de la hija de un duque en casa de una familia muy rica.

La paz se truncó con la llegada de una misiva. Su hermano le escribía para que regresase con el fin de conocer a su nuevo hijo. Ella había sido elegida como la madrina del pequeño Máximo y su presencia era indispensable.

No estaba lista. No deseaba volver a Inglaterra. Su corazón había estado en sosiego lejos de casa. Regresar podía suponer un duro revés.

—¿Va todo bien, Melly? —Preguntó el señor Emerson al verla tan pensativa mientras contemplaba el mar.

—Sí, Cameron —Los dos acordaron al poco de conocerse prescindir de los formalismos en privado—. Ha pasado mucho tiempo y se siente como toda una vida.

—¿Estás pensando en él? ¿En el hombre que te rompió el corazón? —Las confidencias entre uno y otro fueron necesarias, porque ella decidió que no podía ofrecer lo que el hijo mayor de la familia que la había acogido deseaba.

—No. Ya sabes que no me permito pensar en él —Melly le sonrió con complicidad—. No es sano para mi mente tampoco.

—Melly... —susurró sin saber cómo continuar la frase.

Ella se giró para mirarlo. Era muy diferente a ese hombre en el que tenía prohibido pensar. Era rubio, con ojos tan oscuros que se veían negros. Anchos hombros y un porte muy elegante. Era un americano apuesto. Pero más allá de un aspecto saludable que haría temblar las rodillas de cualquier mujer con buen gusto, era tierno, animado y en ocasiones se dejaba llevar por sus opiniones sin importar ante quién las dijese.

—Te presentaré a todas las muchachas casaderas de Londres. Iremos a todos los bailes y fiestas que ofrezca la alta sociedad y regresarás a casa llevando de tu brazo a una buena dama a la que tu madre llamará hija con admiración.

Su amigo suspiró. El señor Emerson había disfrutado tanto de su compañía que a los cinco meses de tenerla en su casa se vio sobrepasado por unos tiernos sentimientos que comenzaban a ser muy peligrosos. Lady Amelia lo había frenado con compresión. Cuando llegó la carta de Inglaterra, pensó que podría acompañarla a su casa y pedir la mano de ella al duque. Con un poco de suerte pronto podría conquistarla.

Por supuesto, su padre se disgustó con la partida de él. No así su madre, que pidió que regresase con una buena prometida.

—¿Bailaremos como hacíamos en Boston?

—Por supuesto que sí. Cuadrillas, vales... disfrutaremos de las fiestas. Solo ten cuidado de no quedarte a solas con una mujer y estarás bien.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto te vean, amigo mío, las damas comenzarán a tramar la mejor forma para tenderte una trampa. —Melly se rio sincera.

—Ella tiene razón, muchacho —señaló con alegría la señora Black.

—No me creo ni por un instante que las damas casaderas sean tan peligrosas como me hacéis ver. ¿No lo son, verdad, señor Smell? —Cameron se giró en busca de apoyo masculino.

—Me temo que lo son. He visto a caballeros más que cuidadosos caer en las garras de un

inocente beso que les ha costado su soltería prácticamente en el acto. Hay buenas damas con título deseosas de pescar a un indómito americano joven y rico. —Le tocó el turno de reír al protector de Melly.

El señor Emerson refunfuñó.

—Siento que soy un cachorro a punto de entrar en la selva.

—Lo eres —concedió Melly—, pero yo te protegeré de toda la horda que despertarás con tu primera aparición. El decoro es fundamental, como en Boston. No muestres tus inclinaciones por ninguna mujer hasta que estés decidido, y así no despertarás las ilusiones de la dama en la que no estés interesado. Aun así, no debes dejar de ser atento y amable con todas. Mantente siempre solícito ante cualquier necesidad que ellas tengan y sé el perfecto caballero americano.

—Muchas normas —dijo bufando.

—No. Solo te he dicho las más básicas. El resto las iremos viendo sobre la marcha. Mi hermano te presentará candidatas aceptables también. Ser el anfitrión del duque de Ashton te abrirá muchas puertas —señaló Melly con alegría al imaginarlo rodeado de preciosas damas que lo harían sentir todo un sultán.

—De acuerdo. Veremos lo que ofrece Londres. Habré de regresar con una mujer o mi madre no me hablará jamás. Solo espero que sea la que yo deseo. —La miró con una intensidad que Melly tuvo que desviar la mirada, mientras la señora Black y el señor Smell se reían por lo bajo.

—Ashton, no obramos bien. Ninguno de nosotros está libre de haber interferido en su vida —señaló Susan, la marquesa de Spencer.

—No me gusta lo que estamos haciendo —confesó el duque de Ashton con disgusto.

—No estamos haciendo nada más que haberla traído a casa —expuso la duquesa de Stone mientras tomaba el té—. Ashton, te aconsejé mandarla lejos porque ella necesitaba un poco de paz y él un buen escarmiento.

—Me importa muy poco lo que él necesite —habló Emma.

—Confieso que he sido su peor enemigo, pero este tiempo ha demostrado que puede ser digno —confesó con pesar Ashton.

—Adoro a Melly. Todos aquí lo sabéis. Es lo más parecido a una hermana que he tenido —apuntó lady Spencer—. Me tuvisteis que haber informado de que ella se había peleado con Chesterfield mucho antes.

—¿Para qué, Susan? —preguntó Lisa—. Conociéndote, lo hubieras desangrado como si de un cerdo de granja se tratase. —La duquesa sabía que Susy había aprendido muchas cosas durante el periodo que residió con su abuela Nana en Irlanda.

—Lo hubiese hecho —confesó sin pestañear—, en caso de haber sabido que la había maltratado y la había hecho entristecer, no habrían sido necesarias maldiciones, un buen cuchillo apoyado en su garganta le hubiera hecho recuperar de inmediato la memoria y la cordura. —Susan se enteró de todo, en cuanto Melly se marchó del reino. Estuvo muy disgustada y Lisa hubo de refrenarla para no visitar a Ches en numerosas ocasiones.

—Es cierto que él se ha reformado. Deshacerse de la Mansión de la Perversión... —Emma se quedó pensativa. Aquello fue toda una revelación de intenciones.

—No había nada que amase tanto como su antro de maldad, aparte de a Melly, por supuesto —aportó Lisa a la conversación.

—El señor Emerson me ha indicado que entre Melly y su hijo mayor se ha desarrollado una floreciente amistad —tuvo que señalar el duque.

Los cuatro que había reunidos en la salita de recibir visitas aguardaban impacientes el regreso de la hija pródiga. Había llegado el momento de saber si el destino era justo o si deparaba otras cosas para esa pareja tan compleja. Decidieron esperar a la joven en el mismo lugar para saludarla y conversar sobre el modo de proceder.

—Si se hubiera enamorado de él, regresaría casada. Siento que nunca conocerás a las mujeres que te rodean, Ashton —lo acusó la duquesa de Stone.

—Conozco muy bien a mi esposa —se defendió del ataque. Emma y él se sonrieron—. Además, no sé el motivo por el que me he dejado convencer para hacer que regrese. Ella estaba muy bien en Boston.

—Chesterfield se ha convertido en todo un conde correcto al que las mamás buscan para casar a sus hijas. ¿Qué mayor milagro habrías de necesitar para comprender que él está totalmente arrepentido y reformado? —Lisa comprendía aún la reticencia de Ashton. Amelia partió de Londres destrozada—. Fue irónico que él cayera por las escaleras justo el mismo día que Melly se marchó hacia Boston, y recuperase la memoria cuando ya no la podía tener.

El destino era un camino muy tortuoso.

—Nos has contado muchas veces esa historia. Dudo mucho que sea tan tierna como la explicas. Todos aquí sabemos que quieres a Chesterfield como si fuese tu propio hermano. —Susan no comprendía el interés de su mejor amiga en salvarlo a toda costa.

—No mentí en nada —expuso altiva Lisa—. El señor Murder se presentó en mi casa pidiendo auxilio porque su patrón estaba destrozando la Mansión de la Perversión. Yo creo que no le prendió fuego por miedo a que ardiesen las casas colindantes. Vosotros no estuvisteis allí. Ches era un hombre completamente destruido. Tuve que atender sus manos ensangrentadas. Creedme, su corazón estaba mucho más maltrecho que esas manos. Cuando me pidió ayuda para recuperarla y le confesé que se había marchado, me suplicó que hiciera algo para ayudarlo. Callar fue lo más complicado que hice. Tan solo pude prometerle que si demostraba ser digno de ella, vería recompensado su sacrificio. No hace falta que recuerde que al día siguiente, ese mismo hombre se presentó en esta misma casa para suplicar la absolución y declarar que no tenía ninguna esperanza, pero que si alguna vez se le presentaba la ocasión de resarcir a la dama, lo haría con toda su alma. También es cierto que el duque —miró a Oliver— no quiso recibirlo... —dejó la frase en suspense.

—No negaré que cuando lo vi entrar en Almack's creí que lo echarían a patadas —se sonrió Susan al recordar aquella escena—. Estuvo tres meses a prueba gracias a la intervención de Elvina.

—No olvides la amable donación que ofreció su padre para remodelar parte del salón del club —apuntó Emma.

—Cierto. Se ha esforzado y creo que debe tener una oportunidad —opinó Lisa.

—¿Otra más? Yo si fuese Melly, le prendería fuego a él nada más lo tuviera delante. ¿Olvidas cómo lo encontró cuando fue a contarle la verdad para enfrentarlo? —preguntó Susan a la duquesa de Stone, pues Lisa misma le contó todos los detalles de aquello.

—¿Cómo lo encontró? —Ese dato no era del conocimiento de Ashton.

—Vamos —Lisa movió la mano para restar importancia—, era un hombre confundido. Ya os lo expliqué, tal y como él me lo indicó.

—¿Le creíste, Lisa? —preguntó con cautela Emma.

—Sí. Tenía el recuerdo de dos hombres en su interior y no sabía cuál de los dos era. Su antigua amante se cruzó en su camino y se vio muy tentado para buscar la verdad con ella. Chesterfield se ha equivocado demasiadas veces, os lo concedo, pero la ama. Lo ha proclamado alto y claro donde ha ido. Los periódicos se han hecho eco de su nueva vida —ella misma había aireado el asunto de forma pública— y sospechan que hay una dama que demuestra que un hombre enamorado es capaz de mover el cielo y la tierra para ser merecedor de ella. Hemos creado una bella historia. —Lisa en verdad esperaba que así fuese—. Es cierto que siempre habrá envidias y lenguas viperinas que pondrán nuestro trabajo en entredicho, pero debemos esperar que nuestra buena voluntad sea lo que quede.

—Cuando se cayó por la escalera... ¿se hizo bastante daño? —preguntó Ashton con interés.

—Sí, excelencia —respondió la duquesa de Stone—. El señor Murder me dijo que no se rompió el cuello por un milagro divino. Al menos, el golpe le volvió a asentar la cabeza y comprendió todos sus errores.

—¿De verdad consideras que él comparó sus dos vidas y decidió que estar junto a Melly valía más que todas las excentricidades que se le presentasen? —Susan no tenía las ideas tan claras como Lisa en lo que respectaba a Ches.

—Ashton lo creyó. —Lisa agitó los hombros—. Si el hermano de la dama a la que él había hecho daño, lo creyó, ¿quiénes somos nosotros para dudarlo? Chesterfield tenía ante sí poder ser el hombre que todos creíamos que podría ser, o regresar a su anterior estado de libertino despreocupado. Creo que eligió sabiamente.

—Encontrar al conde en la puerta de mi casa, al entrar y salir, durante todo un mes hasta que al fin Emma me convenció para recibirle... Ciertamente puso mucho interés para disculparse. Y las palabras y gesto de él consiguieron despertar en mí recuerdos dolorosos. Yo tampoco obré como correspondía con mi esposa en mi momento. Del mismo modo hice daño a mi hermana con mi intención de mantenerla en un altar como una santa inmaculada mujer.

—Eso está olvidado, mi amor —señaló rauda su esposa. Él le sonrió con complicidad.

Ashton no creyó nunca que sería capaz de perdonarlo, pero las acciones habían hablado por él este largo año y medio. Eso, y que las mujeres que lo rodeaban eran muy tiranas y le habían hecho ver la necesidad de que su hermana y Chesterfield al menos pudieran cerrar una vieja herida. La pareja necesitaba tiempo para decidir lo que deseaba, lejos del dolor, de las esperanzas sacudidas. La distancia era una buena herramienta para poner en orden los sentimientos y acciones. El duque de Ashton mentiría si no confesase que desde que la mandó lejos había esperado que ella se enamorase y tomara un esposo. De hecho, conocía al joven que la estaba acompañando de regreso a casa y era todo un buen partido.

—¿Vas a oponerte a las intenciones de Ches, mi amor? —preguntó Em con cautela.

—No lo sé. La experiencia me ha enseñado que mis intervenciones no son lo que necesita Melly. Supongo que dejaré la decisión en sus manos.

—Querrás decir que esperas que ella lo haga sufrir y que en última instancia tienes la esperanza de que lo rechace —dijo con reprobación la duquesa de Stone.

—Por mucho que se empeñe en señalar que es usted una bruja, excelencia —habló el duque—, debo recordarle que no lo es.

—Puede que no lo sea, pero he acertado completamente sobre tus emociones —expuso satisfecha al verle apretar los labios en una fina línea recta.

—Lo que creo que debemos hacer es no interferir entre la pareja —tomó la palabra Susan—. Les hemos estado guiando como marionetas amparándonos en su propio bien. Es momento de echarnos a un lado y dejar que el destino siga su curso. La hemos traído de vuelta y es todo lo que vamos a hacer... ¿Lisa? —preguntó a la que era incapaz de quedarse a un lado siempre.

—Sí, sí. Por supuesto que me quedaré quieta observando cómo renace el amor de sus cenizas... Porque eso es justo lo que va a pasar —dijo mirando fijamente a Ashton.

—Y no haré nada que impida eso —apuntó Oliver—, pero tampoco lo fomentaré... Tal y como vamos a prometer que haremos todos los aquí implicados de inmediato, ahora mismo.

Los asistentes se comprometieron a llevar a cabo lo propuesto por el duque. A la que más le costó claudicar fue a la duquesa de Stone, pero finalmente aceptó.

La llegada a casa se preveía tranquila. No lo fue. Lady Spencer, la duquesa de Stone, Emma y su hermano les habían estado esperando. Todo parecía demasiado idílico para su gusto. Se deshicieron en halagos y buenas palabras. Todos parecían una gran familia feliz. Trataron de forma atenta al señor Emerson, al que prometieron encontrar una buena muchacha que llevarse a Boston.

Cuando él afirmó que tenía una en mente con la que le gustaría regresar a su ciudad natal, todos se sonrieron... Salvo la duquesa de Stone. Melly ya imaginaba que el americano no era del agrado de ella porque para Lisa, la joven era la única mujer que podría traer la felicidad a su buen amigo Chesterfield. Aquello no estaba pasado. La duquesa tendría que comprenderlo. Además, ¿qué probabilidades habría de volver a cruzarse con él? Ninguna. Él estaría con sus perversiones y ella regresaría a la sociedad con la asistencia a sofisticados y elegantes bailes... Seguro que no se verían.

No se preocupó de nada más que de saludar a sus sobrinos, a los que colmó de besos y achuchones. El pequeño Máximo era igual que su padre.

Estaba en casa y volvería a la sociedad paulatinamente.

De hecho, sus amigos le informaron de que el primer baile sería esa misma noche en casa de la duquesa de Stone.

Decidió que no había nada extraño en esta primera invitación hasta que lo vio a él, y el tiempo pareció detenerse y el suelo comenzó a abrirse bajo sus pies.

Lord Chesterfield había sufrido por su propia mano lo peor que le podía pasar a un hombre enamorado que acababa de enterarse de que todo estaba perdido. Ella se marchó aquel día.

Sentado en el despacho de su formidable casa en Mayfair, el conde de Chesterfield echó

una mirada atrás como hacía cada día para no olvidar lo que debía hacer.

Melly. Amelia. Su falsa esposa. Su verdadero amor. Ese que se le había escurrido entre los dedos de las manos.

Aquel fatídico día en el que él había sucumbido a la curiosidad con la que lo tentó la hermosa pelirroja. En cuanto Melly se marchó, él quitó la sábana con la que ella había tapado a su supuesta amante, y al verla, supo lo que tenía que hacer. No dejar que se fuera. Debía luchar por Melly, para descubrir la verdad junto a ella. Esa ternura, bondad y dulzura no debían ser desechadas a la ligera. Cuando comenzó a correr por el pasillo, poco sabía él lo que se estaba terminando en su vida. Tropezó y rodó sin control por las escaleras. Vinieron de inmediato a socorrerlo. Fue un accidente muy complejo que le fracturó el brazo y varias costillas.

Estuvo en cama tres semanas que le sirvieron para despejar su mente. Poco a poco fueron viniendo los recuerdos nítidamente. Él se la había llevado aquel día de su frustrada boda. En casa, en el campo, había compartido mucha intimidad con ella, más que si se hubiesen acostado juntos todas las noches. Le llevaba el desayuno, disfrutaba de su sonrisa y su frescura. Nunca había estado tanto tiempo en compañía de una mujer si no era para sucumbir a la lujuria, y él no se cansaba de ella. Es más, cuanto más tiempo pasaba con Melly, más parecía necesitarla a su lado. Luego ella le confesó todos sus sentimientos. Lo abrumó con tanto amor. Vio en sus ojos una adoración que creía que no merecía y decidió poner distancia entre ambos. Sí, se asustó. No estaba preparado para lo que ella le imploraba. Era un hombre disoluto. No había una pizca de honradez en él. ¿Cómo iba a poder darle a ella lo que tanto necesitaba? ¿Amor? Él no conocía el significado de eso. Si ella le hubiera pedido que mantuvieran una relación como amantes, no se lo hubiera pensado ni un instante. Era lo máximo a lo que podía comprometerse. Una dama como ella querría todo o nada. Él no podía ofrecer el todo.

Regresaron a la ciudad y se sintió morir cuando se enteró de que ella estaba buscando un esposo. Sí. De acuerdo, era egoísta no querer casarse con ella y desear a la vez que Melly se quedase destrozada por su negativa. Pero en honor a la verdad, ella siempre le inspiraba sentimientos contradictorios. Un instante estaban discutiendo y al siguiente eran una bonita pareja de amigos. Sí. Ches se había hecho la idea de que tenía otra amiga, además de Lisa. Por más que no lo hubiera querido reconocer, Melly se había convertido en su amiga.

Luego, en aquella fiesta, la había arrinconado para forzarla a convertirse en su amante porque la deseaba. Creyó que si se acostaba con ella, después de hacerlo podría seguir con su vida. Error. Cuando recuperó la memoria comprobó que él la había tenido en su lecho y que la

seguía deseando con la misma intensidad. Saber que ella no había yacido con otro hombre despertó su posesividad. En el momento en el que la bruja destapó todo el pastel y supo que Ashton lo retaría a duelo... Tuvo claro que deseaba casarse con ella. Incluso recordaba la idea de pensar en tener sus propios hijos con Melly. Cuando el hermano de la dama no lo quiso como esposo hirvió de furia. De nuevo, sus esperanzas iban a ser truncadas por el mismo hombre que una vez lo apartó de otra mujer. Emma. Em no había sido ni la mitad de importante de lo que había conseguido ser Melly en tan poco espacio de tiempo. ¿Tendría razón su padre cuando lo acusó de ser un hombre hambriento de afecto y que solo vería cubierta la necesidad cuando formase su propia familia?

Con esa idea rondando su cabeza, llegó hasta el campo de duelo. El conde no podía alzar la pistola contra el hermano de Melly. Ella se había sacrificado para que él no acudiera al duelo y ni eso pudo cumplir. No subió su arma y cuando vio que Oliver disparó, creyó que todo se acababa. Melly. Ella pasó por su mente y lo único que lamentó mientras creyó que su tiempo en la tierra finalizaba, era que no había podido decirle que podría llegar a amarla y que echaría de menos esos hijos que aún no habían podido tener. Cuando la bala lo rozó, comprendió que la amaba con fuerza.

A medida que la bala se aproximaba, se dio cuenta de que su adversario, que estaba muy furioso con él, no sin motivo, había disparado para no matarlo. Sintió a Stone darle un fuerte empujón y ahí comprendió que ese fue el motivo por el que el duque de Stone cambió su posición con Patrick. La bruja. Lisa siempre tenía un plan alternativo. De allí se llevó un rasguño y un fuerte golpe en la cabeza que le nubló sus aspiraciones.

Luego se despertó creyendo que estaba casado. Una vez más la bruja trató de regañarlo al decirle que había participado en un duelo a causa de una amante y que la que él creía su esposa iba a abandonarlo. Esa idea le causó pavor. Tanto temor que lo único que se encontró diciendo fueron palabras de amor para mostrarle a Melly cuánto la necesitaba. Pero ese sueño idílico con la que era su esposa en su mente pronto se truncó, cuando el antiguo Chesterfield quiso salir a flote. En la Mansión de la Perversión todo se torció. Dolía. Aún dolía ver el rostro de tristeza con el que ella lo había mirado cuando le aconsejó dar gracias al cielo de que no estuvieran casados. Las duras palabras que él le había espetado a ella... Eso era una condena que llevaba esculpida en sangre en su corazón.

Aquellos días en los que estuvo en la cama por haberse caído por las escaleras solo pudo compadecerse de sí mismo y pensar en cómo mejorar las cosas. Lisa le confesó que Melly había zarpado sin rumbo cierto esa misma tarde. Ese fue el momento exacto en el que supo que nada

volvería a ser lo mismo. La bruja no quiso desvelarle el paradero de Melly. Había suplicado una vez la ayuda de Lisa y ella señaló sin compasión que le había entregado a esa muchacha hasta en tres ocasiones y que él no merecía más oportunidades. La duquesa le espetó, llena de ira, que esperaba que la joven regresase a Londres felizmente casada con un par de bebés en sus brazos para mortificarlo.

Esa fue su peor pesadilla convertida en realidad. Se presentó en el hogar de Ashton para pedir disculpas. No le permitieron la entrada y cada día durante varias semanas acudió a esa casa hasta que un día le permitieran ofrecer sus disculpas.

Cerró la Mansión de la Perversión después de reducirla a polvo con sus propias manos, y se mudó a una casa corriente, desde la que trataría de convertirse en el hombre que debería haber querido ser. El señor Murder se hizo cargo del personal que trabajaba para él y montó su propio club. Chesterfield, por su parte, tuvo el apoyo de sus allegados y a ellos les confesó su intención de redimirse y juró que si ella regresaba soltera le haría ver que había cambiado y que podía ser un esposo devoto.

Esa esperanza era la que lo movía constantemente cada día. Se había inmiscuido en negocios serios. Sus inversiones giraban en torno al ferrocarril y varias minas. El vicio quedó relegado a un lado. El celibato se convirtió en su mejor amigo para expiar sus pecados y solo quedaba esperar el devenir de los acontecimientos.

Se había convertido en el milagro de la temporada. Los periódicos que una vez contaron sus fechorías como un hombre indecente e inmoral, se habían hecho eco del cambio que había protagonizado. Incluso había conseguido un paseo en Almack's, y eso sí fue todo un logro. Ahí, en las letras de los periódicos, se veía la mano de la duquesa de Stone para ayudarlo a redimirse. Decían que él había cambiado por un amor frustrado que le había hecho darse cuenta de la necesidad de encontrar a una buena condesa que terminase de arreglar su corazón. Sí. Definitivamente Lisa estaba escribiendo su propia historia de cuento de hadas y tenía mucho empeño en que él dejase de ser un dragón que escupía fuego, para convertirse en un príncipe azul.

Él deseaba que el cuento se completase para Melly. Algo que se preveía imposible porque ella ni siquiera estaba en el reino y no era consciente de los progresos que él estaba haciendo por ella. Solo por ella. Melly. Amelia. Su amor verdadero, la princesa que podría salvar al sapo si aceptaba su amor.

Un año y medio lleno de trabajo y buenas intenciones que parecían no dar frutos. Hasta

que una invitación llegó a su casa. La duquesa de Stone iba a dar una gran fiesta de bienvenida para lady Amelia.

Al leer las letras escritas creyó que su corazón explotaría de felicidad. Se había preparado para lo que estaba por llegar y esperaba estar a la altura. Ella bien valía el esfuerzo final.

Se colocó sus mejores galas y se dispuso a ir a la cita social. Cuando llegó y la vio, el mundo dejó de girar. Estaba preciosa. Se veía igual de dulce, pero con una mirada más... Parecía más madura, menos ingenua. Lamentablemente, estaba seguro de que él había contribuido a que el sufrimiento la hiciera más fuerte. Era una mujer poderosa. Hermosa. Una bella dama enfundada en un precioso traje de muselina azul zafiro que iba del brazo de un hombre al que él no conocía y que no le gustaba nada cómo miraba a Melly.

—¿No pensarías que sería todo tan fácil verdad, Ches? —Llegó la duquesa de Stone hasta su lado. Mientras, él seguía observando a Amelia con atención.

—¿Está casada? —Lo mejor era saber si todo estaba perdido de inmediato. No volvería a inmiscuirse en la vida de ella si era propiedad de otro hombre. No. Él no daría al traste con los sueños de ella otra vez.

—No.

Sintió alivio con la respuesta, pero...

—¿Prometida?

—Tampoco. —Ches respiró con verdadero alivio esta vez. La duquesa fue consciente de la reacción de su amigo—. No al menos de momento, pero no es difícil imaginar que el americano que se ha traído con ella está del todo prendado.

—¿Lo ama? —quiso averiguar.

—No lo sé.

Ches se giró para mirar a Lisa con una ceja levantada. Dudaba que hubiera algo en este mundo que ella no supiera. Era de un instinto más férreo que el del propio Patrick.

—Si lo ama, me apartaré. —Señaló con sinceridad mientras la observaba conversar con un grupo de damas.

—Ella ha estado residiendo en la casa de la familia del señor Cameron Emerson todo este tiempo. Creo que si Melly hubiese correspondido a sus intenciones, ella se habría casado con él. Aunque no lo creas, Ches, hay hombres muy sensatos que luchan por lo que vale la pena y que no fastidian todas y cada una de las oportunidades que tienen a su alcance por bravuconería.

El disparo de su veneno se sintió llegar hasta su maltrecho corazón.

—Creí que después de más de un año terminarías por cansarte y dejarías de recordarme mis errores.

Ella se rio con ligereza.

—Si pensabas algo como eso, no me conoces en absoluto, amigo mío.

—¿Ashton ha cambiado de opinión sobre lo de no inmiscuirse?

—Ni te favorecerá, ni te vetará. Que ya es más de lo que merecías y de lo que un hombre como Ashton está dispuesto a ofrecer.

Ches regresó la mirada hacia la duquesa.

—Gracias, Lisa. Siempre has estado a mi lado, incluso cuando yo me empeñaba en alejarte de mí. Ni la oposición de Stone a nuestra amistad ha podido evitar que me abandonases a mi suerte. Gracias, amiga mía —habló con el corazón.

—Te ha costado mucho decirlo.

—Ni te imaginas cuánto. Un hombre no debe necesitar a nadie a su lado. Un hombre no se muestra débil. Un hombre es duro e inflexible.

—¿Gales? —Preguntó Lisa adivinando de dónde venían esos consejos.

—Mi padre era todo un duque dispuesto a que yo no mostrase lo que habitaba en nosotros. Hijos de un hombre miserable que violentaba a las mujeres. Cuanto más intentó enderezarme, más logró que yo me echase a perder. No negaré que soy plenamente responsable de mis actos, pero creo que tanto Gales como yo, lo hubiéramos podido hacer mejor. Por suerte, Ger salió bien parada de toda la situación.

La mano de Ches se movió discretamente para darle a la duquesa un apretón en la suya que la hizo suspirar. Al fin había podido llegar a él. Desde que lo conoció en aquella fiesta

campestre que ofreció el padre de Lisa, ella se juró que lo ayudaría porque por él valía la pena el esfuerzo. Al fin era el hombre que estaba destinado a ser.

—Te estimo, Ches. Siempre lo haré.

—Lo sé —dijo con una sonrisa.

—Eres un arrogante. Ahora haz el favor de soltar mi mano antes de que mi esposo te dé un puñetazo. —Ches la soltó al punto.

—Amiga mía, ¿qué me aconsejas hacer con la dama?

—La he estado observando. Te ha visto y está nerviosa. No le hemos contado cuánto has cambiado porque esto te corresponde a ti.

—¿Vas a ayudarme por última vez? —La pregunta sonó a súplica.

—Me temo que no puedo hacer eso. Ashton me lo ha impedido. Está todo en tus capaces manos.

—No quiero hacerle más daño.

—Lo sé.

—Ahora la arrogante eres tú.

—Bueno, un poco de arrogancia en una mujer no es malo. No es como si fuera un conde díscolo empeñado en ahuyentar a todos los que están a mi lado...

—¿Lisa? —El duque de Stone llegó al lado de los amigos.

—Mi amor —respondió ella.

—Stone —saludó Chesterfield. El duque lo miró.

—Espero que consigas lo que desees, Chesterfield —habló el duque de Stone. El aludido abrió los ojos como platos—. No creas ni por un momento que mis deseos son inocentes. Solo espero que consigas lo que desees para perderte de vista. Nunca me ha gustado compartir las atenciones que mi esposa te profesa. Comprendo que Lisa es tu amiga. Mi mujer no puede desembarazarse de los pobres animalillos que están heridos y necesitan ayuda. Es por eso que me enamoré de ella.

Ches sintió cómo el duque le daba una bofetada imaginaria con semejante insulto.

—Yo creí que lo sabías porque lo habías vivido en tus propias carnes, Stone —señaló con humor Ches. En los últimos meses habían limado asperezas... pero no tanto...

—No creas que no he visto que le has dado la mano a mi esposa delante de toda esta buena sociedad. Yo, si fuera tú, iría con cuidado, porque aunque has cambiado mucho, yo sigo siendo el mismo bruto, duro y arrogante que bien podría ponerte un ojo morado y mermar significativamente tu bella apariencia. Melly no te encontraría tan apuesto. —Stone levantó una ceja.

—No diré nada más al respecto —Señaló Ches mientras Lisa le daba un tierno codazo a su esposo.

—Muy bien. Ahora, si me disculpas, tienes a una dama a la que conquistar y yo una esposa a la que seguir seduciendo. —Tom se giró hacia Lisa—. ¿Me concede el siguiente baile, duquesa? —Stone le hizo una bonita reverencia y su esposa le tendió la mano dispuesta a bailar.

En ese momento, las miradas de Melly y Ches se cruzaron. Deseaba decirle tantas cosas. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo convencerla de que había estado equivocado y de que había cambiado, si ella no había estado en la ciudad para verlo?

Se envalentonó y fue directo hacia donde ella estaba en compañía de un grupo de amigos y ese americano, que sospechaba que le iba a traer problemas.

—Lady Amelia, es un placer volver a verla después de todos estos meses —habló Ches mientras le hacía una reverencia.

—Lord Chesterfield, el placer es todo mío —señaló con seriedad. El conde desvió la mirada hacia el compañero de ella. Ese que tenía la mano sobre su cintura. Amelia se dio cuenta de lo que él estaba mirando y lo que esperaba: una presentación con el americano. Levantó la nariz para parecer altiva y habló—: Permita que le presente al señor Cameron Emerson, de Boston.

El americano le tendió la mano y él se la dio en un firme apretón.

—Es un placer conocerle, señor Emerson.

—Lo mismo digo, milord. Si nos disculpa, este es nuestro baile.

Y el americano se la llevó de su lado sin que él pudiera hacer nada al respecto. Chesterfield se quedó allí, de pie, viendo a la pareja prepararse para un vals. ¡Tenía que ser un maldito vals!

Bien. Lo peor ya había pasado, trató de convencerse Melly. Los dos se habían visto, habían conversado como dos personas civilizadas y cada uno seguiría su camino como habían hecho esos meses pasados.

—¿Estás bien? —preguntó con curiosidad el americano.

—Por supuesto que sí. —Ella sonrió al terminar la afirmación.

—Tu actitud ha cambiado desde que ese lord ha entrado en el salón. —Cameron la había estado observando. La vista de ella había ido en multitud de veces hacia el lugar donde el hombre hablaba con la denominada duquesa de Stone—. ¿Es él?

—¿Disculpa? —Melly trastabilló y su compañero de baile la sujetó para evitar que perdiera el equilibrio y terminase en el suelo.

—No hace falta que respondas. Ya sé que es él. ¿Lo sigues amando? —preguntó con nerviosismo al ver que sus esperanzas podían acabar en ese mismo momento.

—Lord Chesterfield es un buen amigo de la anfitriona de la fiesta. No hay nada que me una a él.

—No es lo que te he preguntado —advirtió en tono comprensivo.

—Es lo que yo he respondido. —Ella no iba a hablar sobre Ches, porque no había más que decir al respecto.

—Mi padre me dijo que no debía dejarte venir. Que debía mantenerte lejos de eso que te había hecho huir de Londres. Le aseguré que no había nada que temer. Tú misma me dijiste que... —Él comenzó a negar—. No importa. Decidas lo que decidas, yo estaré a tu lado, Melly.

Ella no añadió nada más al respecto.

Ajeno a la conversación que entre la pareja se mantenía, lord Chesterfield apretaba los puños. El hombre primitivo que habitaba en él y que la consideraba suya, deseaba saltar a la pista de baile, asestarle un puñetazo a ese hombre y robarla por última vez.

—Debo confesar que creí que ya habrías armado un escándalo. —Ashton había llegado hasta él.

—No volveré a hacer nada que pueda herirla. Lo juré por mi honor y lo cumpliré. —No dijo nada más. Dejó que la mirada de ambos, la de él y la de Melly, se cruzase por última vez, y se marchó de la fiesta.

Melly no sabía qué pensar. Era el quinto baile en el que coincidían y nada. Bien. Sí. Debería estar tranquila y satisfecha de que cada uno hubiera tomado su camino... Pero ¿por qué el camino de lord Chesterfield tenía que cruzarse con el de ella en los eventos sociales? Y lo más importante, ¿desde cuándo a un libertino se le daba tal calurosa bienvenida entre la buena sociedad?

La tónica habitual era verlo bailar un par de piezas con dos jóvenes casaderas, luego se marchaba a la sala de caballeros para jugar unas partidas a cartas y se iba en silencio. No hablaba con Melly, pero sus miradas se cruzaban con demasiada frecuencia. Tantas, que el americano ya se había dado cuenta de que era él a quien ella no podría olvidar jamás.

Era todo muy extraño. Todo tan frío entre ellos dos, que Melly estaba desconcertada. En especial porque nadie se escandalizaba al verlo en los salones de baile decentes. Y lo peor era que las madres dejaban que sus hijas danzaran con él. ¿Qué se estaba perdiendo?

—Lord Chesterfield ha bailado con mi Mary cuatro veces a lo largo de esta temporada. —Oyó Melly que una mujer decía a un grupo de matronas.

—El conde lo ha hecho dos con mi Magui —rebatía otra graciosa mujer.

—Pero con mi hija está bailando un vals. Me parece que esta temporada conoceremos a la próxima condesa de Chesterfield. ¿Quién iba a pensar que nosotras nos pelearíamos porque nuestras hijas recibieran sus atenciones?

—Era un hombre aburrido disfrutando de su soltería. Por fin ha comprendido que debe sentar la cabeza. Imagino que su padre, el duque, ha tenido que presionarlo —señaló la primera mujer que había hablado.

—Mucho lo ha debido hacer si consiguió que lord Chesterfield se deshiciera incluso de su Mansión de la Perversión. —La mujer más menuda se rio con ligereza ante esta observación.

—Me parece que mi Clarisa tiene muchas posibilidades de instalarse en la casa que él tiene en Mayfair —expuso arrogante una de las matronas.

Melly no pudo soportar más lo que esas mujeres estaban señalando y se dio la vuelta dispuesta a marcharse del lugar furiosa. La providencia hizo que un sirviente, cargado con una bandeja de copas, se colocase en su camino. El estropicio que armó fue bochornoso. Todo el mundo cesó de bailar para contemplar su torpeza con horror. También todos los caballeros, incluido él. Efectivamente, estaba bailando con una belleza rubia incluso más joven que la propia Melly. El conde y ella se miraron.

La dama giró sobre sus talones y se encaminó hacia el jardín para tranquilizar el palpitar de su corazón.

Una figura femenina emergió desde detrás para llegar junto a ella y acompañarla. Si Melly se hubiera dado la vuelta en ese mismo momento, habría visto que lord Chesterfield se encaminaba en su busca también.

Las dos mujeres llegaron al lugar más apartado de la terraza.

—¿Qué ha sucedido, Melly? —preguntó lady Spencer con cariño.

—Nada de importancia. Mi vestido se ha llevado la peor parte. El bajo está completamente arruinado. —La bebida se había volcado ahí—. Creo que nunca conseguiré deshacerme del olor a limonada.

—No digo con tu vestido. Digo con Chesterfield.

—¿Con el conde? —preguntó extrañada Melly.

—¿Hay otro Chesterfield del que no hemos oído hablar?

—No. Desde luego que no.

—Ya que tú no te dignaste en explicarme tus problemas antes de marcharte a los Estados Unidos de América, tuve que preguntarle a Lisa. Me contó una historia del todo curiosa. Una de la que no fui partícipe. —La marquesa la regañó.

—Tú ya tenías suficiente con lo sucedido con tu esposo y yo no deseaba cargarte con mis problemas —se excusó en sus buenas intenciones.

—Y es porque recurriste a Lisa, y nadie lo hubiera hecho mejor que ella, por lo que no te doy el tirón de orejas que mereces, querida mía. Te he dado tiempo desde que has regresado de tu largo viaje y sigues sin confiarme tus inquietudes. Yo también puedo ayudarte. Prometí a tu hermano que no lo haría, que Chesterfield debía conquistarte por sus propios medios, pero no me importa desobedecer a Oliver, si es lo que tú me pides que haga.

Melly la miró con horror.

—¿Por qué demonios iba a pedir una promesa como esa mi hermano? Y peor aún, ¿por qué debería él querer conquistarme cuando lo único que ha hecho es romperme el corazón una y otra vez? Debe estar loco si cree que yo saltaré a sus brazos de pronto. No. Nunca. No le daré jamás una nueva oportunidad de hundirme en la miseria.

—Es un buen hombre ahora, Melly. —La muchacha bufó.

—¿Durante cuánto tiempo lo será? Yo te lo diré, hasta que una mujer que él desee se cruce en su camino y decida que necesita una amante.

Susan chasqueó la lengua. Comprendía perfectamente el razonamiento de la joven.

—Lo primero que hizo cuando recuperó la memoria fue ir a pedir disculpas a Ashton. Tu hermano lo ha perdonado y te aseguro que el perdón no ha sido nada fácil de conseguir. Tú, al igual que yo, conocemos bien el carácter de Ashton. Es duro y frío. Emma lo ha suavizado, pero no tanto como debería. Cada día Chesterfield ha tenido que demostrarle a Oliver por qué debía darle una nueva oportunidad.

—¿A Oliver? —se indignó ella—. No. Era a mí a quién él debía haber impresionado y haber demostrado lealtad. Era a mí a quién debió haber pedido disculpas. —Estaba furiosa.

—Yo, te las pido ahora. —Una voz masculina emergió de la oscuridad—. Fui un necio, un estúpido arrogante que no supo ver el regalo que le hizo la vida al poner a una mujer única como tú en sus manos. Lo siento, Melly. Una y mil veces. No sé cómo, no sé cuándo, pero te juro por mi honor que te compensaré cada desdicha que te causé. —Melly no necesitó girarse para saber quién era el que figuraba a su espalda.

Aun así, Melly se volteó para enfocar su mirada. Levantó el mentón todo cuanto pudo.

—Lo lamento, milord, pero sus disculpas, ni las quiero, ni las necesito, ni las deseo. Buenas noches.

Melly agarró el dobladillo de su falda dispuesta a pasar por su lado e ingresar de nuevo en el salón. Él le aferró el brazo con firmeza. La obligó a detenerse. Se acercó a su oreja. Ella se tensó.

—Fui un necio también porque una vez una dama me ofreció su corazón y yo, arrogante y estúpido, dije esas mismas palabras que ahora me gustaría desdecir. —Chesterfield se había dado cuenta de que ella le estaba pagando exactamente con su misma moneda.

Melly miró donde él tenía la mano y luego levantó la mirada con furia. Él la soltó de inmediato y Melly se pudo marchar al fin. Esa noche la fiesta finalizó temprano para la dama, porque de ahí se metió en su habitación y lloró todo lo que se había negado a llorar cuando se marchó de Londres con el alma hundida.

Mientras todo eso sucedía con la hermana de Ashton, la marquesa de Spencer y lord Chesterfield mantuvieron una charla.

—No sé si a usted, marquesa, llegué a pedirle disculpas por lo que le hice a Melly. —Ches sabía que la denominada Susan estaba muy unida a la joven.

—No, milord. A mí no me habló acerca de nada de lo sucedido.

—Acéptelas, aunque ya ve que de nada sirve arrepentirse del pasado —señaló derrotado. Estos días él no se había atrevido a hablar con Amelia porque la veía feliz e ilusionada con el americano. Ches estaba a punto de echarse a un lado porque sinceramente no quería causarle más daño a la mujer a la que había herido tantas veces. El amor era del todo complejo. Y dolía.

—Yo he estado en su lugar, milord.

—¿En el mío? —inquirió él con curiosidad.

—En el de Melly. En un lugar muy parecido a este —Susan señaló el oscuro jardín que los envolvía—, un hombre tomó mi amor, mi cuerpo y los arrojó a las llamas para destruirme. Me marché humillada y acabada de Londres, tal y como creo que hizo nuestra Amelia. Yo tuve ayuda y consuelo en Irlanda, también llegó a mi vida la luz que puso brillo en la oscuridad. De aquella nefasta noche, nació mi hija Eleonor. Ella me dio fuerzas para continuar, para regresar y enfrentar el pasado. Aquel hombre que no merecía mi amor, solo tuvo que chasquear los dedos

para que yo me diera cuenta de que por mucho dolor que me hubiera causado, siempre sería el amor de mi vida. Decidí darnos una oportunidad a ambos y ahora los dos somos felices. Tenemos una hermosa familia, amigos que nos aprecian. —Susan llegó hasta su lado y colocó su mano en el hombro de él—. Todos cometemos errores, milord, solo unos pocos se atreven a pedir disculpas y a luchar por lo que no merecen, pero saben que deben tener.

—Lady Spencer, nosotros no tenemos una hija por la que luchar. Si ella hubiera quedado embarazada tal vez hubiera regresado a mi lado —dijo con pesar.

—Usted tiene algo más fuerte que eso, milord.

—Le ruego que me ilustre, marquesa.

—Chesterfield, usted tiene la promesa de una familia junto a la mujer que ama. No hay nada tan potente como luchar por lo que se anhela. No las necesita, pero tiene mis bendiciones. —Susan le dio un par de palmadas sobre el hombro y lo dejó en su soledad.

Capítulo 10

El perdón del amor

No había podido pegar ojo. Amelia dejó atrás su pasado en el mismo momento en el que puso un pie en aquel barco. Lejos del dolor, descubrió la paz. Una tranquilidad que se había hecho añicos nada más verlo la primera vez. Se mantenía correcto y apartado de ella. Eso debería haberle alegrado. No. No era así. Verlo indiferente después de todo lo que habían compartido no le sentaba nada bien. Pero al mismo tiempo no deseaba que se acercase a ella. En su interior había una lucha sin cuartel entre lo que deseaba y necesitaba. Entre lo que ansiaba y no debería desear.

Iba a entrar al despacho para hablar con su hermano sobre algunas cosas, cuando el señor Emerson llamó su atención. Los dos decidieron marcharse a dar un apetecible paseo por Hyde Park a petición de él.

Salieron por la puerta y se dieron de bruces con el conde de Chesterfield, que acababa de subir los escalones hasta la puerta principal.

Amelia jadeó. Chesterfield la miró con los labios apretados. Su acompañante maldijo en su interior.

—Lady Amelia. Señor Emerson, solo venía a desearle lo mejor. Mis más sinceras felicitaciones. Buenos días. —Chesterfield no le dejó ni hablar, ni preguntar, ni responder. Llegó, dijo lo que venía a decir, y sin desembarazarse de su sombrero y bastón se marchó de allí lo antes posible.

Melly miró a Cameron sin comprender lo que había sucedido.

—No deseaba que te enterases así, Melly. Lo siento —se excusó el americano con cierto remordimiento.

—¿Qué es lo que acaba de suceder? —Ver a Ches tan apesadumbrado dándole su enhorabuena... ¿De qué iba todo ese asunto?

—Yo llegué a Londres con la idea de tratar de hacerte ver que yo...

—Cameron, ya hemos hablado antes de esto...

—Lo sé. Bien, lo sé —la cortó el americano—. Lo que sucede es que le he pedido a la hija del duque de Butthan que acepte mi mano en matrimonio y ella ha accedido. El compromiso ha sido anunciado esta misma mañana. Deseaba ser el primero en decírtelo. Lord Chesterfield se ha adelantado.

—¿Estás prometido? —Él afirmó con la cabeza.

—¿Estás enfadada? —Intuía que los sentimientos de ella no habrían cambiado pero tal vez...

—No, desde luego que no. —Melly le dio un abrazo y un beso en la mejilla—. Me alegro mucho por ti. De verdad que sí. Siento no haberte ayudado más a localizar a una buena esposa. —Melly no había tenido más ojos que para el conde. Había sido una amiga negligente.

—La duquesa de Stone, lady Spencer, incluso la esposa de tu hermano y la duquesa de Gales han hecho desfilar a un buen número de hermosas candidatas hasta que me he decidido por una buena esposa. —Esas mujeres que él había enumerado lo habían asediado durante los bailes para que tuviera en cuenta a todas y cada una de las mujeres casaderas disponibles. Era imposible que el señor Emerson abandonase Londres sin estar comprometido con una dama de alta cuna.

—Vayamos a tomar un helado para celebrarlo. Tus padres se enorgullecerán de que te lleves a Boston a una buena mujer —dijo, tratando de olvidar el encuentro con el conde.

Los dos comenzaron a caminar mientras se reían y se hacían confidencias. Esa fue la escena que vio, pero no consiguió oír, el conde de Chesterfield desde la otra esquina. Todo estaba perdido. Acabado. La columna de chismes había dado el soplo esa mañana de que el anuncio entre la hija de un importante duque y un recién llegado americano procedente de Boston iba a tener lugar en breve. La bruja de Lisa había ido a sacudirle el periódico en sus

mismas narices. La duquesa volvió a acusarlo de ser un patán y nuevamente le dijo que Amelia estaría mejor sin él. Además, le acusó de no haber hecho nada en las semanas en las que había coincidido con ella. ¿Cómo podía él volver a socavar la felicidad de ella? Si Melly elegía al americano, él no tenía derecho a exigirle nada. ¡Deberían darle un premio por su sacrificio! Por supuesto que a cada momento hubiera tenido ganas de arrojarle a sus pies para suplicar su perdón. A cada momento hubiera deseado besar esos dulces labios que una vez estuvieron a su alcance. Se moría por acariciar de nuevo todos sus secretos... ¡No podía porque no tenía derecho a hacer algo como aquello!

Chesterfield se había desprovisto de su egoísmo y de sus oscuras inclinaciones y no volvería a ser nunca más aquel hombre que hirió a Amelia.

Después de la reprimenda de Lisa, se colocó sus mejores galas para ir a la mansión de Ashton para confirmar lo sucedido. Verlos juntos tan cómplices le dio buena idea de que era cierto que ambos estaban comprometidos. Tuvo el impulso de pedirle a ella que no lo hiciera, de confesar que había cambiado y que le diera una oportunidad... ¿De qué serviría? Ella no había aceptado ni sus disculpas, porque él no merecía su perdón.

Debía confesar que el viejo Ches todavía estaba escondido en algún lugar, y que afloró para susurrarle al oído que la cargase sobre su hombro y huyera a toda prisa. Melly era su última oportunidad para ser feliz. Se contuvo. Usó toda su fuerza de voluntad para no hacer lo que todo su cuerpo, mente y corazón le pedían. Fue correcto y elegante al admitir su derrota.

¡Deberían darle un premio!, volvió a pensar. Porque si tiempo atrás él fue un monstruo insensible, estaba demostrando que la oscuridad de su alma se había extinguido por completo. Lo importante era la felicidad de Melly. Los celos enfermizos que sentía no mermarían lo que debía hacer. Si ese americano era lo que ella deseaba...

Ches suspiró y puso rumbo a su casa. Tal vez sería momento de hacer ese viaje que una vez planeó y que había pospuesto por ella. Buscar por el mundo a su buen amigo John podía ser una excelente meta. Con esa idea se encaminó a su casa.

Y la conversación que deseaba tener con su hermano llegó por la tarde. Melly entró en su

despacho y Oliver la atendió con diligencia.

—¿Estás satisfecho con tu vida, hermano? —preguntó Melly sin andarse por las ramas.

El duque dejó sus papeles y reposó su espalda sobre la silla mientras enlazaba sus manos y colocaba ahí su barbilla.

—A grandes rasgos podría decirse que sí. Tengo un ducado próspero. No me faltan medios económicos. Y poseo lo que todo hombre debería tener y unos pocos consiguen.

—Amor —dijo ella sin esperar a que él terminase.

—Sí. El amor de mi esposa, mis hijos, y espero que el de mi hermana. —Él le sonrió—. No siempre me he comportado bien contigo, Melly. Deseé lo mejor para ti y saber que habías puesto tus afectos sobre él... Fue un duro golpe a mi orgullo, pero también tenía miedo de que te rompiera. Lo hizo.

—Sí. Lo consiguió porque yo lo permití. ¿Te hubieras rendido tú con Emma, Oliver? —fue una pregunta humilde.

—Nunca. Pero yo soy un hombre.

—¿Acaso no era Emma una mujer? ¿No era Ches un hombre? ¿Qué diferencia había?

—Tu linaje y su reputación.

—Yo sigo siendo la hija natural de un duque. Él es un conde. Además, uno que parece que va a casarse. —Señaló la última parte con tristeza. ¿Por qué él no pudo haber pensado eso antes, cuando ella tanto lo necesitó?

—Melly, aunque no lo creas, hice todo lo que hice para protegerte. Eres mi hermana pequeña. No quería verte hundida.

—Pero eso no dependía de ti. —Ella le sonrió con ternura—. Yo tomé mi decisión cuando decidí huir de mi boda con él. Nunca pensé que lograría conquistar mi corazón con tanta facilidad. Él siempre fue honesto conmigo. Me avisó de que su plan era seducirme para vengarse de ti por robarle a Emma —se sinceró Melly.

—Santo Jesús divino —murmuró Ashton. Si tuviera al tipo delante, le daría una zurra—. Supongo que eso alivia mi conciencia por haberle disparado.

—¿Lo hubieses matado?

—No. Emma no me lo hubiera perdonado jamás, eso sin contar que la duquesa de Stone me hubiera podido lanzar una de sus conocidas maldiciones, y que el duque de Gales me habría retado también a duelo... Y además estaba Patrick, el duque de Ascot me hubiera retado a duelo si algo le hubiere sucedido al hermano de su esposa. La única suerte que tiene lord Chesterfield son esas amistades que tanto se ha empeñado en repudiar mientras era un libertino disoluto.

Melly se rio con franqueza.

—Hay un buen hombre bajo esa capa. Yo lo he llegado a ver, aunque fue un instante y no me dejó disfrutar de esa visión durante demasiado tiempo. —La pena volvía a envolverla de nuevo.

—Lo sé. Ha demostrado que puede ser un hombre respetable y serio. Tuve mis dudas cuando se presentó en mi casa para explicar su comportamiento. Lo ha conseguido. ¿Te han contado que destrozó la Mansión de la Perversión cuando se enteró de que te habías marchado?

—¿Lo hizo? —preguntó extrañada.

—Sí. A golpes. Lisa tuvo que cuidar sus manos. Se rompió todos los dedos. No sé si te has fijado, pero esas manos ya no han vuelto a ser las mismas. Sus dedos tiemblan.

El corazón de ella se estremeció. Cuando la agarró por el brazo sintió algo temblar.

—¿Por qué?

—Tuvo un accidente y recuperó la memoria cuando su dura mollera dio contra el suelo.

—¿Qué le pasó?

—Se cayó por las escaleras. Tengo entendido que aquel día discutió contigo porque lo encontraste con su amante. Se marchó detrás de ti, pero tropezó. Cuando comprendió lo que había hecho fue cuando decidió destruir su adorado antro de lujuria.

Melly se quedó muy pensativa.

—No lo entiendo. Él me tenía... siempre le dije que le amaba...

—Los hombres somos criaturas caprichosas, Melly. Chesterfield era un hombre atormentado por una infancia compleja, unos orígenes muy cuestionables y un padre muy

exigente y duro.

—¿Lo estás justificando? —inquirió asombrada e indignada a partes iguales.

—No. Él pudo haber elegido ser el hombre que estaba destinado a ser mucho antes. Se dejó seducir por la inmoralidad y el vicio. Pero también es cierto que pudo haber acabado peor.

—¿Peor que ser lo que él es? Usa fustas en sus intimidades de alcoba. —Melly se tapó la boca nada más dijo esa frase.

—Haré como que no he oído esa última parte.

—Nunca lo ha hecho conmigo. —Por alguna extraña razón, no quería que su hermano pensase mal de ellos dos.

—Melly, te he presionado antes y he comprendido que nunca más lo volveré a hacer. Dime qué deseas hacer.

—¿Con respecto a qué?

—Eres una mujer, tu destino es casarte y hacerlo bien. Con un hombre con fortuna y título.

—No creo que pueda casarme... —expuso con pesar.

Ashton carraspeó.

—Bien... si es por tu... por no tener... por tu falta de... por... —Esto era más complicado de lo que suponía.

—Por mi falta de virtud.

—Sí. Si es por ese motivo, podemos buscar un hombre al que no le importe eso.

—A todos los hombres les importa ese detalle. Ellos pueden retozar con cuantas mujeres deseen, pero nosotras debemos esperar a ser entregadas al amparo de nuestra noche de bodas. Esas mujeres que ellos, vosotros, porque tú hermano no estás libre de culpa, tomáis son hijas, hermanas, primas, tías, de alguien y también merecen ser consideradas como seres de valor. No simple diversión.

—Ese pensamiento es peligroso, Melly. El orden social es el que es. Pero puesto que

nosotros, tú y yo, nos hemos saltado sin remordimiento todos nuestros deberes, es momento de que me digas qué deseas hacer. Cuando te vi con el señor Emerson, creí que podrías elegirlo a él.

—¿Te hubieras casado con otra mujer que no fuera Emma?

—Ha pasado más de año y medio, Melly.

—¿Si hubieras estado separado de Emma, año y medio, a tu regreso te hubieras casado con otra mujer, Ashton? —La joven levantó una ceja para retarlo.

—No. Sabes bien que nada me hubiera separado de Emma —reconoció con orgullo—. ¿Debo suponer que deseas casarte con Chesterfield?

—¿Lo aprobarías si así fuese? —Tanteó ella.

Oliver descansó su espalda sobre la silla.

—No volveré a interferir en tus decisiones. Serás tú la que viva con ellas. Nunca te daré la espalda. Aquello fue demasiado doloroso para mí y no volveré a ser un necio. Siempre cuidaré de ti. ¿Lo deseas como esposo?

Melly se tomó unos minutos. Suspiró.

—No. Nunca podré perdonarlo. No confío en él.

—Muy bien. ¿Qué deseas hacer, pues? —Él se acercó a la mesa y colocó los codos sobre la madera para mirarla fijamente.

—¿Es necesario que lo decida en este mismo instante?

—No. Tienes todo el tiempo que desees. Medítalo bien porque si optas por no casarte, jamás conocerás la dicha de ser madre. Podrías hacerlo por otros medios. Pero ambos sabemos lo duro que es para un hijo ser tratado de bastardo.

—Lo sé. No haría nunca eso a una criatura. Ese estigma me ha perseguido demasiado tiempo como para comprender que no debo hacer eso.

La joven se levantó de su asiento y se marchó del despacho de su hermano. Todo era confuso y extraño. Chesterfield era diferente. Ni si quiera Ashton había montado en cólera cuando ella había hablado más de la cuenta sobre el conde.

Cogió su capa y se fue a dar un paseo. Sus piernas la llevaron hasta la Mansión de la Perversión. Abandonada. Esa casa se veía como ella estaba por dentro. Ventanas rotas, saqueada. Una rata vagaba con inmunidad sobre una repisa.

Nada más ver esa casa comprendió que no había nada que solucionase sus problemas si no los enfrentaba. Se había marchado lejos y todavía estaba en el mismo punto de incertidumbre que aquel día que subió al barco.

Miró con atención esa ruina. En ese lugar había vivido auténticas atrocidades. Primero con el señor Shell, quien le descubrió verdaderas perversiones. Luego con Chesterfield, cuya virginidad se apropió causándole un daño aterrador. Y por último, de nuevo con Ches, su falso esposo. La imagen de él arrodillado frente a esa pelirroja no conseguiría salir nunca de su mente.

Se fue hacia la esquina y cogió un carruaje de alquiler para llegar a Mayfair. No sabía qué casa sería la de él, pero esperaba poder localizar la dirección. Estaba segura de que todo el mundo sabría dónde residía el conde de Chesterfield. Al menos eso esperaba. Tenía que cerrar la herida de una vez por todas porque si no, no conseguiría seguir adelante.

Chesterfield se había metido en su despacho para poner en orden sus asuntos. Sostenía una copa en la mano mientras miraba por la ventana. No. No iba a echar de menos Londres. Esperaba marcharse a las colonias. Tal vez incluso a los Estados Unidos de América. No tenía la menor idea de dónde comenzar a buscar a John, pero por algún lugar lo haría.

Y entonces su vista cayó sobre ella. Dejó la copa y salió a la calle en mangas de camisa y sin su corbata.

—¡Melly! —La llamó desde el otro lado de la calle. Ella lo vio y cruzó. Los viandantes se habían parado para observar el alboroto.

—Milord. —Ella hizo una breve reverencia.

—¿Estás sola? —preguntó mientras buscaba al americano a su alrededor.

—Tenía que hablar contigo.

—Vayamos dentro, ya hemos causado demasiado revuelo. —Ella lo miró sin creer lo que oían sus orejas. Él parecía estar preocupado por los rumores que pudieran comenzar a circular. ¿Tan empeñado estaba en casarse bien, que tenía miedo de que ella empañase esa buena imagen, que al parecer, él había estado fabricando durante los últimos meses?

—Supongo que será lo mejor. —Ella se encaminó hacia su casa. Él la siguió de cerca.

La guio hasta su despacho y la invitó a sentarse en una otomana. Él hizo lo mismo con el sofá contiguo.

Los dos se miraron durante un largo rato. Ninguno se atrevía a hablar. Melly suspiró con fuerza.

—¿Vas a casarte?

Él la miró con sorpresa. No sabía cómo tomar esa pregunta.

—Supongo que tenía la esperanza, sí —respondió, sintiéndose un poco inseguro.

—¿Hay alguna mujer que...? —se dio cuenta de lo inapropiada que era la pregunta y se calló.

—Siempre habrá una. La única. Pero supongo que no tiene caso volver a pensar en el pasado, porque la dama va a casarse.

Melly sintió su corazón hundirse. Él al fin había conseguido enamorarse de una mujer y esa dama iba a ser propiedad de otro. Al menos estuvo satisfecha de que él probase un poco de su propia medicina.

—Tengo que saberlo. He pasado por tu antigua casa. La dejaste, era lo más importante para ti y la abandonaste. Todo el mundo dice que has cambiado. Las madres ponen bajo tus ojos a sus dulces hijas para que selecciones a la mejor candidata. A ti, un hombre que juró no casarse, jamás. Que no creía en el amor. ¿Por qué, Ches? ¿Por qué ahora y no antes? No lo entiendo. —Trató de manejar las lágrimas. No dejaría que escapasen.

Él se levantó en silencio. Anduvo hasta la ventana y miró el paisaje. Todo se sentía igual, pero diferente. Ches regresó a su asiento mientras ordenaba sus pensamientos con cuidado.

—Antes del duelo, yo decidí que me casaría contigo. Tu hermano no me aceptó. No lo culpo. Yo no era un pretendiente adecuado para ti. Un conde libertino, sin reputación y con su

honor pendiendo de un hilo, no era la mejor opción para la hermana de un duque, la hija de otro.

—Bastarda —volvió a recordar.

—Eso carecía de importancia porque ya te conté de quién soy yo hijo. Lo había decidido, Melly, porque deseaba ser tu esposo. Cuando viniste a suplicar que no acudiese al duelo y te ofreciste como mi amante debí habértelo dicho. No pude esperar. Yo me acosté con la mujer que iba a ser mi esposa, mi condesa, la madre de mis hijos, porque te deseaba a toda costa. Te amaba. Te amo.

—¿Qué? —Él le sonrió mientras ella lo miraba con los ojos como platos.

—No tengo nada que perder, por lo que no es ninguna mentira, si es eso lo que estás pensando. Sé que no serás mía. Prometí decirte siempre la verdad y lo seguiré haciendo. Aquel día no te informé de mis planes porque verte dispuesta a entregarte a mí, nubló mi juicio. Eras lo que más deseaba. Desde que te recogí en brazos del suelo y te saqué de la finca de tu hermano, no pensaba en otra cosa más que en hacerte el amor. Verte dispuesta a entregarte a mí... Mi orgullo, pues... todo eso hizo que yo no te confesase lo que pretendía.

—Es típico de ti. Dar por hecho que yo hubiera accedido a ser tu esposa. —Señaló con disgusto. Él no le había preguntado si ella todavía deseaba ser su esposa. Ches daba por hecho que ella saltaría de alegría... Bien. Tal vez lo hubiera hecho, pero él no merecía mostrarse así de seguro y tirano.

Ches le sonrió con ternura.

—Tú dijiste que me amabas, y que no importaba si yo no lo hacía, porque tenías suficiente amor para los dos. Yo creo, Melly, que sí te hubieras casado conmigo —explicó con cautela y sin rastro de arrogancia.

—Sufriste un fuerte golpe. Tú me colocaste, en tu mente, como tu esposa. Luego me acusaste de mentirosa y embustera mientras azotabas y venerabas el cuerpo de otra mujer. Créeme, Ches, después de ver aquello, creo que yo no sería capaz de tener tanto amor por ti. Todo tiene su límite.

—Mi mente estaba perturbada. Mucho antes de perder la memoria e idear esa farsa en la que tú eras mi esposa, yo era un hombre que no sabía lo que debía hacer, que no tenía más que una vida depravada a su alcance con el vicio como guía. Yo amé a una mujer, Melly. Le di todo mi corazón a la primera esposa de Gales. Cuando se marchó, me sentí morir y juré que nunca

más volvería a darle ese poder a otra persona. Tú hiciste que esa promesa se rompiera. Poco a poco, te hiciste un hueco en mi corazón. Primero como mi amiga, luego como mi amante, posteriormente te deseaba con fuerza como mi esposa. Tanto, que inventé que lo eras cuando mi mente se perdió.

—Te lo di todo, Ches. Todo lo que era, lo que podía ofrecerte. Lo tuviste en tus manos. Lo dejaste caer al suelo y luego pisoteaste los pedazos sin compasión. —Las lágrimas rodaron sin control. Melly sacó un fino pañuelo de lino. Ches se lo quitó de las manos para secarle él las lágrimas.

—Sé el daño que te he hecho. Que nos he hecho a los dos. Deja que limpie tus lágrimas, mi amor. No derrames más, porque yo no soy digno de ellas. Me entregaste tu corazón. Un tesoro que yo debí haber custodiado con mi propia vida. Tienes razón. No tengo excusa posible. Lo siento, Melly.

—¿De qué me vale que lo sientas, Ches? ¿Aliviará eso mi dolorido corazón? No. Viví un infierno. Viví una agonía continua.

—Saber que te casarás con otro y serás feliz, mientras yo me echo a perder sin consuelo... Espero que sea suficiente resarcimiento para ti, amor mío. Porque eso es justo lo que va a suceder. Entrarás a la iglesia, recitarás tus votos junto al señor Emerson, yacerás con él y a él le entregarás el amor que yo tenía que haber protegido. Te aseguro que no puedes pedir mayor condena para mí. —Ches se fijó en el pañuelo que aún sostenía entre los dedos. Lo desplegó y vio sus iniciales—. Es mío —dijo como si fuera todo un gran descubrimiento. Levantó la mirada hacia la de ella con tremenda sorpresa—. ¿Por qué lo guardas? ¿Por qué lo sigues manteniendo cerca de ti, Melly? —sus preguntas sonaron esperanzadoras.

—No voy a casarme con el señor Emerson. No soy su prometida. No podré casarme con nadie. Nunca.

Chesterfield desvió la mirada de la sencilla prenda y la miró fijamente a los ojos.

—¿No eres suya?

—No.

—Dime porqué tienes esto, Melly. —La urgíó a responder mientras se acercaba para ponerse acucillado ante ella—. Una palabra, amor mío, una palabra y no lucharé con ansia por lo que creí haber perdido. Solo dame un motivo para demostrarte que te merezco y te haré ver

que puedo ser lo que necesitas. Dime que no me amas, que no hay esperanza, y te responderé como tú hiciste, pues yo tengo suficiente amor y paciencia para los dos. Te lo suplico, Melly. Una sencilla sonrisa bastará para que no me dé por vencido. Del mismo modo, una negativa hará que me quede observando cómo te alejas. Por ti me sacrificaré si es lo que decides. ¿Deseas que me aparte para que puedas tratar de ser feliz? ¿O dejarás que te demuestre cuán grande puede ser mi amor? Esta vez tendrás tú mi corazón para hacer lo que te plazca con él. Rómpelo, pisotéalo, pero quédate a mi lado, mi amor.

Melly le acarició la mejilla mientras cerraba los ojos con fuerza. Las lágrimas volvieron a caer.

—Llevo tanto tiempo deseando oír algo como lo que acabas de decir, que temo que en cualquier momento me despierte.

—Debes saberlo, Melly. No hay más mujer que tú. Si me aceptas no habrá otra. He aprendido a vivir con el celibato. Desde que te fuiste no he yacido con otra porque no he podido hacerlo. Solo estás tú. Era mi única penitencia autoimpuesta. Si no eras tú, ninguna otra me interesaba.

Ella no dudó de sus palabras. Siempre había sido sincero con ella.

—¿Y si es tarde, Ches? ¿Por qué habría de ser diferente esta vez? ¿Y si volvemos a dañarnos? Yo no podré soportar una nueva decepción.

Él le sonrió. Le acarició la mejilla también.

—No hay prisa, mi amor. El tiempo es nuestro. Deja que te corteje. Permite ver el hombre que soy. Te advierto que no soy un santo, pero que trato de controlar muy bien mis bajos instintos. Mi humor no es todo lo bueno que quisiera, pero he aprendido a valorar lo que se me ofrece y creo que podemos estar bien. Si no me caso contigo, nunca lo haré. Mi padre lo sabe y ha decidido respetar mi decisión. El hijo de mi hermana Ger puede tener dos ducados si hace falta.

Melly se levantó de su asiento y se encaminó hacia la puerta. Ches también se levantó, pero no la frenó en su avance. Melly abrió la puerta y antes de salir se giró.

Debía ser valiente. El credo de Lisa le vino a la mente, todo tiene un motivo, nada sucede en vano. Él estaba ahí para ella. Ella estaba ahí para él. Su corazón no latiría por nadie que no fuese él. Chesterfield había confesado lo que sentía. Ella lo creía con una fe ciega. Sentía su

amor. Había sentido su devoción cuando esas manos trémulas se habían acercado a su rostro.

Melly le sonrió con timidez.

—Margaritas, no rosas. Nada de joyas hasta después de casarnos. Quiero ir a la ópera también. Dentro de tres semanas representan una tragedia de amantes, nos hará bien ver la función para recordar lo que tenemos a nuestro alcance.

Él cabeceó afirmativamente. Lleno de gozo. Su corazón rebosaba alegría. Deseaba ir en su busca y darle un beso. No se atrevió. Tenía tiempo. Ella no se iba a casar. Él no se iba a marchar. Esta vez las cosas serían diferentes.

Se sentía una libertina. Esclava de sus impulsos. La culpa era de esas mujeres que tenía a su alrededor. Pese a que no estaba casada todavía, las duquesas y la marquesa hablaban sin tapujos sobre cuestiones de alcobas. En sus charlas había pañuelos de seda, y utensilios de lo más pintorescos. Casi hacían que Chesterfield pareciera un santo en sus peores años... Casi.

Los preparativos de la boda seguían a buen ritmo. Habían decidido que se casarían en ocho meses. Ya habían pasado cuatro. Cuatro meses en los que él solo había rozado su mano para sostenerla al subir y bajar del carruaje. Cuatro meses en los que incluso los bailes eran del todo decorosos. ¡Ni un solo beso!

Cuando el primero de los regalos de boda llegó a su casa, Melly decidió que era momento de que la mujer perversa que habitaba en su interior tomase el mando. Esa fusta de color rosa con una bonita «A», de Amelia, incrustada en diamantes, le dio buena cuenta de qué hacer. Los duques de Ascot, en la nota que acompañaba el paquete, le dijeron que no fuese tímida a la hora de usarla con su futuro esposo.

De todas las indecentes charlas y chismes, incluso después de ese extraño presente, ella comprendió una cosa fundamental. Y era que entre un hombre y una mujer, más cuando era un matrimonio, todo estaba permitido. Debía estarlo si en verdad Stone se dejaba atar a la cama y su esposa disponía de él a su santa voluntad... Las damas habían dicho que todo estaba permitido y cuanto mayor indecencia hubiera en el lecho, mayor sería el placer para ambos.

Bien. Habían pasado cuatro meses y ella necesitaba hacer el amor con él. Ese hombre no podía haber cambiado tanto como para que ella se presentase en su alcoba a altas horas de la noche y se mostrase ante él gloriosamente desnuda... Eso esperaba, porque fue lo que le aconsejó Emma que hiciera si tan necesitada estaba de las atenciones de su prometido. ¿Cómo había adivinado la esposa de su hermano que eso era justamente lo que le hacía tener un pésimo humor cada día?

Y ahí estaba ella. Siguiendo al respetable mayordomo de su futuro esposo para que la guiase hasta la habitación de él.

Abrió la puerta y se metió. Lo sintió levantarse de la cama con presteza.

—Soy Melly —dijo cuando intuyó que tal vez él estaba buscando un arma para defenderse de la incursión.

—¿Melly? ¿Qué haces aquí? —Él se levantó y buscó rauda una bata. Ella lo vio perfectamente desnudo. Se mordió el labio inferior. Su prometido no había cambiado ni un ápice.

—¿Vas a regañarme por presentarme en tu habitación a horas intempestivas y con intenciones del todo reprobables? —inquirió con humor.

—No, por supuesto que no. Al cielo gracias que al final has venido, amor mío. No sabía cuánto más podría aguantar sin besarte, tocarte y poseerte. Te prometí tiempo, pero no puedo soportar más la espera. Bailar contigo es todo un gran problema. —Él se miró la entrepierna. Bien, al menos eso duro que ella sentía cuando bailaban era la excitación de él... No todo estaba perdido.

—Te deseo, Ches.

—Más te deseo yo a ti.

La fusta cayó al suelo cuando él fue a abrazarla y la besó. Ella la llevaba oculta en su capa. Después de besarla él bajó la mirada al suelo. La chimenea aún daba buena luz. Se agachó a recoger el utensilio. Lo miró asombrado.

—¿Quién te ha dado esto, Melly? —Imaginaba la respuesta pero...

—Es nuestro primer regalo de bodas.

—¿Los Ascot?

—Me temo que sí. Se supone que yo debo usarla sobre ti, pero creo que será mejor que me enseñes primero.

—¡No puedes estar hablando en serio! —se quejó él—. No me tientes, Melly. Por amor del cielo, no lo hagas. Llevo luchando contra esa parte de mí mucho tiempo para echarlo todo por la borda.

—Una vez prometiste que no harías nada que yo no deseara.

—Siempre —sonó a promesa. Ella lo creyó.

—He descubierto que nada debería estar prohibido entre dos... amantes. —Dijo mientras se daba la vuelta para dejar caer la capa y ofrecerle la espalda a él para que le desabrochase el vestido—. He pensado que podemos instalar un par de grilletes en una habitación especial para nosotros.

—Melly, no puedo hacerte eso, no a ti. No voy a arriesgarme a que huyas de mí. No puedo hacerlo. Haremos el amor con pasión, pero no deseo que sufras a mis manos.

—Tenía entendido que eras un buen dueño y que todas las siervas que pasaban por tus manos se llevaban un placer increíble. Yo deseo conocer todas tus facetas, Ches.

El conde bajó las manos con frustración. Esos botones eran un suplicio. Sus nervios, combinados con que sus manos no eran lo que fueron antes de que él se peleara con la Mansión de la Perversión...

—No puedo hacerlo —apuntó con tristeza. Melly se giró para mirarlo.

—¿Cuál es el problema?

—Son diminutos.

—¿Qué? —ella no seguía su explicación.

—Mis manos —él las levantó para mostrarlas—, concretamente mis dedos no reaccionan todo lo bien que deberían.

—¡Oh! Supongo que tendrás que hacerlos saltar. Rompe mi vestido, por Dios, Ches.

Dicho y hecho. Usó parte de su fuerza y en pocos minutos ella estuvo bellamente dispuesta ante su vista. La muy pícara había dejado puestas sus medias de seda, sus escaupines

estampados, y su fusta se movía con gracia por el aire.

—Deja eso a un lado. No nos harás daño a uno de los dos.

—Yo pienso usarlo sobre ti. Si no me enseñas a combinar el placer con el dolor, supongo que solo habrá dolor. —Él la miró con asombro.

—¿Serías capaz de hacerlo?

Ella levantó una ceja.

—¿Tú no? Oí una vez una descripción muy malvada sobre lo que te gustaría hacerme. ¿La recuerdas?

—Sí, pero de todo ello me conformé con tomar tu boca.

—Deseo un esposo exigente que me enseñe todo un mundo de perversión. Que me colme de placer y me haga desear la lujuria.

—Yo puedo ser ese hombre —expuso más animado.

—Solo estaremos nosotros dos en nuestra alcoba. Incumple el trato y tendré tantos amantes que no llegarás a saber cuál de los hijos que dé a luz es tuyo.

Chesterfield se quedó con la boca abierta. Por lo visto todo el tiempo que él invirtió en ser un buen hombre, ella lo había invertido en ser una mujer malvada... ¡Y le encantaba! Era una diosa segura de sí misma empuñando una fusta que él tenía ganas de probar y recibir. Esperaba no tener que partírla el instrumento en la cabeza a su buen amigo Patrick. Ciertamente cuando él se la regaló a su hermana, nunca creyó que tendría una esposa y que su mejor amigo llegaría a vengarse.

—Aquí no hay grilletes, Melly. ¿Cómo lo hacemos?

—Debe ser sobre mi espalda o sobre mis nalgas.

—Donde tú desees.

—¿Nalgas? —preguntó mientras se encaminaba hacia la mesa más cercana para dejar caer sobre ella la mitad de su cuerpo y mantener sus pasaderas al borde. A Ches se le hizo la boca agua. Nunca vio una imagen más sugerente. Ella figuraba con las piernas ligeramente abiertas.

—¿Estás segura?

—Confío en ti, amor mío.

Chesterfield llevó sus dedos hasta el sexo de ella para evaluar su humedad. Estaba empapada. Deliciosamente empapada, tanto que se arrodilló y llevó su lengua ahí. Ella gimió al primer contacto. Encontró su perla y la estuvo torturando mucho rato, pero sin llegar a permitirle a ella que llegase al éxtasis. Melly lloriqueaba cada vez que él bajaba el ritmo. Metió un par de dedos en su interior y siguió torturándola con delirio.

—¿Qué deseas, amor mío?

—Complacerte.

—Esa es mi chica. —Él agarró la fusta y la agitó un par de veces en el aire. Esperaba no haber olvidado su toque.

—¿Me dolerá? —inquirió insegura.

—Lo haré una vez. Si no deseas que siga, solo habrás de decirlo. Nunca haré nada que no quieras, mi amor.

—De acuerdo. Hazlo —dijo con convicción. El primer azote llegó. Se sintió como una leve picadura. Ches pasó sus manos por el lugar para calmar la sensación.

—No se sintió tan malo.

—¿Vamos con el segundo?

—Sí.

Otro fustigazo más fue dado con precisión para no causar daño, si no para transmitirle... Era algo extraño. Oírlo gemir a él. Sentir su propia necesidad. Esa parte de su cuerpo estando ligeramente dolorida... Extraño. Le gustaba cuando él pasaba la mano para calmarla.

—¿Puedes soportar dos más en el otro lado?

—Sí.

Él se agachó y volvió a hurgar entre sus piernas.

—Estás mojada, mi amor. Creí que no reaccionarías así.

—¿Cómo?

—Te gusta que te castigue.

—¿Castigarme? —ella se giró para enfocar su mirada. Él torció una sonrisa.

—¡Oh, sí! Has sido una muchacha muy mala. Me has tenido loco de pasión en estos últimos meses. Has coqueteado conmigo a todas horas, haciendo que casi perdiera la cordura. Ver comerte esos helados... No tenías la menor compasión. Tu lengua sorbía con glotonería y yo solo podía pensar en tu caricia sobre mi virilidad. Has sido del todo mala, Melly.

—¡Nada parecía hacerte reaccionar! —Se defendió ella ante el ataque.

—Mi sangre hervía, mi amor. Tanto que creí que estallaría en llamas. No comprendes el poder que ejerces sobre mí.

—Lo... siento —se disculpó con humildad. Podía sentir la necesidad que él había pasado en cada una de sus palabras dichas.

Ches hundió dos dedos mientras que su boca bajó de nuevo para buscar su centro del placer. Ella volvió a lloriquear cuando se apartó de allí.

—Eso es justo lo que yo sentía cuando te tenía rodeada mientras bailábamos el vals y tú me soplabas en la oreja.

—Lo siento por eso también.

—¿Dos más, Melly?

—Sí.

La fusta cayó dos veces sobre la nalga izquierda de modo muy rápido. Él masajeó la zona. Esta vez usó aceite para acariciar las posaderas de ella.

—¿Estás bien?

—Sí. Es interesante. —La combinación de ese dolor leve con las caricias de él... Muy tentador.

—¿Te gusta?

—No lo sé, pero sí puedo soportarlo. Sí te diré que me siento bien sabiendo que te

complace verme así. Estoy tranquila con nuestros juegos. No te sientas mal, Ches.

Él la cargó en sus brazos y la dejó sobre la cama.

—Ahora voy a hacerte el amor. Tu primera experiencia con mis excentricidades ha sido del todo prometedora. Es momento de colmarto con todo mi amor.

—¿No voy a poder azotarte yo a ti, hoy? —Se quejó haciendo un puchero que él encontró adorable.

—Te enseñaré a hacerlo. Practicaremos con un par de cojines. Pero solo lo harás conmigo.

—¿Cojines? —Ella lazó una ceja—. Te creía más valiente.

—Te lo mostraré sobre los cojines y luego sobre mí. Eres malvada, Melly... No creí que fueses así... —Estaba por cantar a Dios una plegaria llena de fervor. Y eso que él no era un hombre creyente.

—Por cierto, mi amor... Tú también jugarás conmigo. Solo conmigo.

—Soy tuyo, Melly. Lo malo es que después de todos estos meses de celibato me temo que me dejaré en evidencia.

—¿Qué? —No comprendió.

—Tengo ganas de verter mi semilla, no sé si seré capaz de hacer el amor durante demasiado rato... Tengo mucha hambre de ti, Melly.

—Como bien dijiste, tenemos tiempo, ¿no, mi amor?

—Sí, todo el del mundo.

Los labios de él bajaron sobre los de ella. La besó con desesperación. Lamió cada parte de su escote y sus orejas. Cuando llegó a los pechos los veneró de tal modo que ella comenzó a retorcerse loca de necesidad. Verlo enroscar su lengua sobre sus pezones era algo tan malvado de ver... que le placía. Tal vez ella sí fuera toda una libertina. ¡Y le encantaba!

Cuando él navegó hasta sus rizos, al fin su lengua hizo lo que ella deseaba. Los dos dedos de él se metieron en su parte de mujer, mientras otro cosquilleaba su parte trasera.

—¿Ches? —preguntó un poco asustada al ver lo que él se proponía.

—No es uno de mis placeres predilectos, Melly, pero voy a desear poseer todas tus partes. Ya tuve tu boca y tu sexo. Deseo también hacerte el amor ahí. —La yema del dedo se introdujo levemente en su entrada posterior—. Te prepararé y te enseñaré para que puedas tomarme. Prometo que lo gozarás. ¿Confías en mí?

—No será como... como... —No deseaba nombrarlo.

—No. Él prefiere a los hombres. —Ches adivinó a quién trataba ella de referirse—. Yo te adoro a ti. Nunca he estado con un hombre y nunca lo estaré. No habrá más mujer que tú.

Melly se relajó. Si Ches resultaba ser como Shell... No. Él no era así, se lo habría dicho en un primer momento. Aquel libertino que conoció cuando escapó de su boda no tenía pudor a la hora de confesar sus necesidades.

—Entonces confío en ti, mi amor.

—Recuerda siempre que nunca haré nada que no desees.

—Ajá... —Atinó ella a decir mientras él volvía a poner su lengua y sus dedos a trabajar. Se sentía llena, gloriosamente perversa con sus dedos en su interior mientras otro trataba de abrirse paso en ese orificio secreto, y su lengua lamía ese punto exacto que ella necesitaba que fuera atendido.

Y pronto él hizo que ella gritase sin contención ni pudor su placer. Fue sublime. Su cuerpo se liberó como si un torbellino hubiera arrasado a su paso.

Ches se sonrió. No había perdido su toque.

—Hay tanta pasión en ti... Lo supe desde que te vi darte placer a ti misma... Dime, mi dulce Melly. Confiesa si has estado haciendo eso durante muchas noches.

Ella lo miró a los ojos. Se mordió el labio inferior.

—Siempre que he sentido la necesidad.

—Quién te tocaba en tu mente, dime quién era... Dímelo, mi amor. —Él sumergió la cabeza de nuevo para recoger los restos de su arduo trabajo.

—Túúúúú. —Gritó ella al sentir de nuevo el placer de su lengua entre sus piernas.

—Te amo, Melly. —Confesó cuando llegó hasta su rostro y le acarició la mejilla.

Ella le acarició el cabello. Lo abrazó con fuerza.

—Te amo, Ches. Siempre lo he hecho. Desde que me salvaste en la finca de mi hermano y me llevaste para huir.

—Creo que tú me salvaste a mí aquel día, Melly.

Chesterfield le abrió las piernas con las suyas y colocó su miembro sobre su entrada.

—¿Estás lista?

—¿No deseas que yo te tome con la boca?

—Me temo que si tus labios se apoyasen ligeramente sobre mi miembro, me derramaría en el acto. No estoy muy seguro de si podré contenerme lo suficiente para que puedas volver a sentir el éxtasis. Me temo que llevo demasiado tiempo sin liberar mi cuerpo de la necesidad.

—¿Ni con tu mano?

—Yo nunca uso mi mano, Melly. —De una estocada entró en ella. Hubo gritos. Dos. Pero en este caso fueron de puro gozo.

—Eres perfecto, Ches.

—Lo soy gracias a ti. —Él comenzó a moverse con fuerza y ella le salió al paso.

El conde sentía su necesidad llegar. Él era rudo, un amante exigente. Melly ya lo imaginaba y nada se le reprochó. Ella lo disfrutaba plenamente.

—Melly, debes decirme si me vació dentro de ti o lo hago fuera... Debes decir ya... No aguantaré mucho.

—¿Por qué? —Preguntó ella sin dejar de moverse.

—Puedo dejarte embarazada.

—Dentro. Deja tu semilla en mí, hazlo, mi amor. Nada me agradaría más que darte un hijo.

Chesterfield se dejó llevar y gritó mientras hacía que ella también se volviese loca con

sus embestidas y el roce de dos de sus dedos en su perla.

Él se dejó caer con delicadeza sobre ella y Melly lo abrazó fuertemente.

—No voy a escapar, Melly.

—No voy a consentir que lo hagas, mi amor.

Él levantó la cabeza y la miró con ternura.

—Cuando te quité la virtud me dejé una parte de mí en ti. ¿Hubo un embarazo, Melly?

—No. Tuve la esperanza de que pudiera haberlo. Incluso sola y lejos, un hijo tuyo era lo que más deseaba —se confesó—. Sangré como de costumbre.

Él le dio un ligero beso.

—Te amo. Te daré tantos hijos como desees. Lo juro.

—Eso está muy bien —señaló ella mientras se ponía de pie e iba en busca de la fusta.

—¿Qué haces? —Preguntó él con nervios cuando la vio colocar un par de cojines sobre la mesa.

—Esperar a que me des mi primera lección. Yo también voy a castigarte cuando seas un muchacho malo.

Él explotó en francas carcajadas y se levantó para darle un beso profundo. Le sujetó la muñeca y ella recibió la primera de las lecciones. Cuando la sintió preparada, Ches se dejó caer sobre el escritorio. Melly era perversa. La había observado golpear los sillones y estaba seguro de que ella lo había disfrutado plenamente.

Se colocó y esperó a ver dónde dirigía ella la fusta. El primer golpe llegó demasiado suave sobre su nalga derecha.

—Melly, estás siendo blanda. Debes imprimir un poco más de fuerza. No tanto como has hecho sobre los cojines, pero sí usa un poco más de energía.

A él le llovió una ráfaga de tres fustigazos más. Picaban. Ella aprendía demasiado rápido. Ches se quedó quieto cuando Melly se colocó a su espalda y comenzó a tocar sus bolsas con los dedos. Enroscó su eje con facilidad y lo masajeó con fuerza. Él estaba duro y preparado para un

segundo asalto. Ella lo obligó a darse la vuelta... Y cuando la tuvo arrodillada chupando su virilidad pensó que se moriría de gusto. Era maravillosa.

Su lengua era terciopelo. Tan buena en lo que le hacía que pronto la levantó y la colocó sobre el escritorio. La extendió y se abrió paso de nuevo en su cueva.

—Dios mío, Melly. Te he necesitado tanto toda mi vida... que ahora lo veo. No te tuve y te añoré. Y cuando te tuve te hice daño. Castígame todo cuanto quieras —aquello fue interesante. Patrick tenía razón. Le había gustado más de lo que jamás admitiría—, pero nunca me abandones.

—Nunca. —Consiguió ella decir entre gemidos llenos de lujuria.

Y los dos se sumieron en una nueva aventura íntima que se alargó hasta bien entrado el día siguiente.

Por descontado, la boda se celebró en las dos semanas siguientes con una dispensa especial. Se hizo en la finca familiar de Ashton, pero esta vez Chesterfield apostó a un par de sus hombres en varios puntos por si ella tenía la tentación de huir. Ya había escapado de un matrimonio y no estaba dispuesto a que ella se marchase.

La novia salió del brazo de su hermano portando una hermosa sonrisa en su rostro. Esa tarde los dos se habían divertido con la fusta y ella ya había vuelto a probar lo que él sentía cuando empuñaba ese delicioso y perverso objeto. No era el único utensilio que él le había enseñado a utilizar. La nueva colección que Ches había comprado a instancias de Melly era muy interesante.

Y en medio del delirio de uno de sus encuentros como hombre y mujer, ella le prometió que le entregaría a él esa parte de su cuerpo que aún permanecía virginal, en su noche de bodas. Aquello fue un error, porque tras diez minutos, los que Melly pudo disfrutar de su desayuno de bodas, se la cargó en brazos y se disculpó. Ella enrojeció hasta las cejas, pero no lo frenó. Las mujeres la miraron con satisfacción mientras los hombres comprendían las prisas.

Y todo salió a pedir de boca. Juntos era una maravillosa perversión completamente excitante.

Melly no pudo haber pedido mejor esposo. Él nunca esperó mejor salvadora. Fue un amor complicado que estaba destinado a ser. Al menos, esto pensó la duquesa de Stone cuando se enjugó una lágrima al ver a la pareja contraer nupcias al fin.

—Lo has logrado, esposa. —Le dijo Stone mientras Chesterfield se enfilaba hacia la habitación y Ashton apretaba los puños.

—Lo sé.

—Él —dijo refiriéndose a Ches— tiene al fin otra amiga.

—La tiene.

—Eres toda para mí, Lisa. —Ella se giró para mirar a su marido.

—Siempre he sido tuya. Siempre lo seré. Te amo.

—Te amo, duquesa.

—Deja que vaya un momento a apaciguar los ánimos de Ashton o irrumpirá en la habitación de la pareja y sacará al esposo a golpes.

—Ches tiene ya legítimo derecho a estar con su esposa.

—Es su hermano.

—Mira —Stone señaló hacia el lugar donde estaba el hermano de la recién casada—, no hace falta que vayas, están con él Susan, Patrick y Gales. Ellos lo tranquilizarán. ¿Bailamos, mi amor?

—Desde luego, mi duque.

El resto de las parejas no tardaron en unirse al baile. Incluso Emma terminó de aplacar a su esposo con la promesa de usar un pañuelo de seda rojo en la alcoba. La duquesa de Stone le había hecho esa recomendación en especial y la esposa de Oliver estaba dispuesta a ver de qué trataba eso que la duquesa alegaba que era delicioso.

Emma usó las palabras: lecho, pañuelo para atar, lengua y placer mientras bailaban. Aunque nunca precisó quién estaría a disposición del otro... Ashton se la cargó a hombros al punto y los invitados rompieron a reír. La mirada de Emma se cruzó con la de Lisa. La duquesa le guiñó un ojo.

—¿Qué has hecho, Lisa? —Stone veía ahí la mano de su esposa.

—Nada. Solo estaba pensando en lo interesante que sería subir a nuestra habitación y

jugar un poco... Me gustaría tanto estar a tu disposición, esposo... —Susurró remolona en la oreja de Stone.

El duque se la cargó al hombro. La mirada de Tom se cruzó con la del marqués de Spencer. Lisa pronto oyó a Susan dar un aullido de sorpresa. Vio al marqués con su mujer en brazos. La duquesa de Stone rodó los ojos. Su esposo y el de Susan siempre estaban compitiendo por todo...

Si ellos supieran que el destino los había condenado a entenderse... Pero eso era otra historia muy curiosa que...

Epílogo

Una gran enlace al que asistir

Años más tarde.

Chesterfield se paseaba nervioso por la estancia. Melly llevaba demasiado tiempo dando gritos. En el último que su esposa ofreció, ya no pudo soportarlo más y abrió la puerta violentamente.

La vio sobre la cama luchando por recuperar la respiración. En dos zancadas se acercó hacia ella para verla con detenimiento.

—Es una niña —dijo el médico que sostenía a la criatura. Se la dio a su padre. Lord Chesterfield la acunó con delicadeza y temor por si le hacía daño. Seguía sintiéndose inexperto en el arte de acunar a un bebé. El conde se pegó a su condesa y colocó a la pequeña sobre su pecho.

—¿Estás bien, mi amor?

—Todo lo bien que se puede estar después de que una pequeña persona salga de tu interior —trató de bromear la madre.

La pequeña Lucille fue toda una sorpresa inesperada. A sus años, ya no creían que fueran capaces de tener más hijos. Por lo visto, Chesterfield estaba en plena forma y ella no se quedaba atrás. Con esta, la familia contaba ya con seis hijos.

—Lo siento. Siento que todo esto sea doloroso. Si te sirve de consuelo, he pasado unas horas infernales mientras dabas a luz a mi hija. Creí que me moría de impotencia. —Chesterfield acarició la cabeza de la pequeña con ternura mientras le daba un beso en la mejilla a su esposa.

—No, mi amor. Eso no me consuela. Lo haría si la próxima vez, tú parieses a nuestro hijo mientras yo me paseo por la estancia con preocupación. ¿Podrías hacerlo por mí, Ches?

—No creo que eso funcione así, tesoro —dijo sonriendo.

—La condesa debe descansar, milord. Aunque parece una jovencita, estamos hablando de una mujer madura —señaló el médico, el señor Penguin, mientras se limpiaba las manos y se disponía a salir del lugar—. Todo ha ido muy bien, pero sería conveniente reposo, buena comida y tranquilidad para que no haya complicaciones. —El galeno miró a la madre—. Lo ha hecho muy bien, milady—. El doctor observó con suspicacia al conde—. Milord, no creo que sea conveniente que su esposa vuelva a ser madre.

El señor Penguin se marchó a casa para reunirse con su familia. Su mujer y sus hijos le estarían esperando y él ya había cumplido su cometido.

Lord y lady Chesterfield no eran ningunos jovencitos, pero en la cama se comportaban como recién casados. El mayor de sus hijos, su primogénito, Albus, contaba con casi quince años.

La familia se quedó en la soledad de la habitación de lady Chesterfield. Melly emitió un pequeño aullido.

—¿Qué sucede, mi amor? —quiso averiguar el padre al ver a su mujer removerse con la pequeña en su abrazo.

—Tú hija es ansiosa como tú. Me parece que ha mordido mi seno.

Él se rio con ligereza.

—Si fuera un muchacho, te diría que en efecto va a ser tan escandaloso como yo. Siendo una princesa, creo que mi hija solo está reclamando su sustento. Puedo buscar a una nodriza si no quieres alimentarla tú misma.

—Yo deseo cuidar de mi hija, mi amor. Lo he hecho con todos mis hijos. Ella necesita mi sustento para crecer fuerte y sana. Estoy segura de que, pese a no ser un hombre, esta pequeña va a ser tan fuerte como su madre. Nuestra primera hija. Ella será capaz de someter a quien se le

antoje. No en vano, su madre consiguió atrapar en sus garras al célebre libertino lord Chesterfield... ¿Qué no hará una niña nacida de mis entrañas? —Lo desafió con la mirada a desmentirla.

—Es muy cierto, Melly. Y ahora que has hablado de libertinos, es cuando recuerdo que ha llegado por carta una invitación a una boda.

—¿Una boda? Si todos tus conocidos en edad de tomar esposa ya están bien asentados —observó lady Chesterfield con sorpresa.

—No todos. El sobrino de Patrick, lord Seaford va a casarse. Es una suerte que no haya salido a su madre. Según tengo entendido, lady V siempre estuvo en contra del santo matrimonio —señaló con una sonrisa ladeada. Todavía recordaba a esa loca con gran cariño. La denominada Valerie, la prima de su mejor amigo, fue una mujer muy compleja que trajo de cabeza a toda la familia.

Era curioso que una mujer que había huido del matrimonio con ansias hubiera orquestado las nupcias de su hijo desde la cuna. Desconcertante, de hecho. Ese era el chisme que había oído correr por los salones antes de retirarse al campo.

—¿Seaford? —Melly no situaba ese título.

—El hijo de los duques de Lennox.

—¿Valerie? ¿La hija de Elvina? ¿Estás hablando del hijo de la duquesa de Lennox? ¿Del nieto de la duquesa de Gales? —Era imposible que él se casase. Ella era una asidua de los cotilleos de la prensa y lo situaban como el heredero de lord Chesterfield.

—Sí, el joven Jason. El conde de Seaford, futuro duque de Lennox.

—¿Estás seguro de que la invitación para la boda es precisamente para casar al infame lord Seaford? —Melly no se lo podía creer.

—Si su bendita madre te oye llamar así a su retoño, no creo que le agrade. —A él una vez se le escapó ese apodo que la buena sociedad le había dado al hijo de lady V y ella lo amenazó con cortar sus partes íntimas y dárselas de comer a sus perros. Con el paso de los años, la duquesa de Lennox no se había calmado, sino todo lo contrario.

—Pero si los periódicos dicen que tiene una reputación más peligrosa que la tuya propia... —pensó inquieta Melly, mientras se apiadaba de la dama que tuviera que cargar con

semejante hombre.

—¿Por qué te apenas? —Inquirió al ver el semblante serio de su amada esposa.

—Aunque hace demasiados años, todavía recuerdo el gran esfuerzo que tuve que poner de mi parte para no asesinarte. Tú eras un hombre muy terco que se resistió con todas sus fuerzas a convertirte en un esposo...

—Pero he conseguido ser el mejor —puntualizó con orgullo lord Chesterfield.

—Porque tuviste a la mejor mujer dispuesta a hacer de ti un hombre casado —le recordó ella con más orgullo aún.

—Eso también es verdad.

—¿Con quién se casa el infame lord Seaford? —Melly esperaba que fuese una mujer de fuerte temperamento. El muchacho de los Lennox no había heredado el dulce, correcto y templado temperamento del duque. Según tenía entendido, era más bien una copia de su madre Valerie. Y Melly sospechaba que siendo un hombre, el joven sería mucho peor de lo que se rumoreaba que fue su madre en su juventud.

—Creo que...

En ese preciso momento, la puerta de la alcoba de la condesa se abrió de sopetón y los hijos de los condes llegaron para conocer a su única hermana.

Desde los niños más jóvenes a los más mayores, todos pensaron en el momento en el que esa pequeña tuviera que ingresar en el mercado matrimonial. Ellos la defenderían. En especial el padre, que nunca encontraría a un hombre que la mereciera.

Fin.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1

